



EL FALSO NERÓN

Un nuevo caso de Flavia Albia, investigadora romana.

LINDSEY DAVIS



Lectulandia

Desde que murió en el año 68 por su propia mano, los rumores no han cesado de correr por toda Roma asegurando que el emperador Nerón está vivo y dispuesto a reclamar su trono. Ahora, los rumores afirman que ya ha llegado a la capital del Imperio. Y a Flavia Albia le llega el encargo de averiguar qué hay de verdad en la amenaza.

Aunque no le tienta especialmente trabajar para el emperador Domiciano, la familia de Flavia necesita el dinero del encargo. Para resolver el caso deberá infiltrarse en peligrosos grupos, negociar con los espías y esquivar a los asesinos enviados por el traidor. ¿Tendrá éxito? ¿Logrará desenmascarar al traidor? ¿O Roma se verá empujada una vez más a la guerra civil?

Lectulandia

Lindsey Davis

El falso Nerón

Flavia Albia - 5

ePub r1.0

NoTanMalo 21.09.18

Título original: *The Third Nero*
Lindsey Davis, 2017
Traducción: Gema Moral

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dramatis personae

Emperadores

DOMICIANO, nuestro Dios y Amo, una presencia amenazante.

NERÓN, de recuerdo funesto, un héroe para algunos.

El hogar

FLAVIA ALBA, con licencia para realizar investigaciones.

T. MANLIO FAUSTO, su marido, no es el que era.

DROMO, su esclavo, una dura prueba.

GRECINA, su ama de llaves, a prueba.

GALENA, una supuesta cocinera, una durísima prueba.

KATUTIS, un secretario de una cultura más antigua.

LARCIO, un capataz con los pies en la tierra.

EL FABULOSO ESTERTINIO, un guitarrista de visita.

La familia

Q. CAMILO JUSTINO, un tío servicial, senador.

MARCIA DIDIA, una prima favorita, tiene garra.

MARIO, otro primo, tiene una flauta.

Funcionarios del Palatino

FLAVIO ABASCANTO, funcionario de alto rango del espionaje romano.

CLAUDIO FILIPO, un burócrata al alza (o a la baja), el jefe de Albia.

TREBIANO, el observador de Partia, otro jefe de Albia.

RUBRIO, el recadero de Filippo.

FUSCO, un asesino entrenado.

EUTRAPELO, el mejor archivero (para que conste).

CAYO RITELIO, un agente sobre el terreno, desaparecido.

ILIA, su agraviada esposa.

En la Castra Peregrina

«TITO», el Princeps Peregrinorum^[1] (no es su verdadero nombre).

PLOTIO, su recadero para todo.
ALFIO, un «fontanero», un joven agradable.
«NERÓN», un prisionero (no es su verdadero nombre).
PATERNO, una incógnita.
TRÓFIMO, un agente provocador, despreciable.
«SIMÓN», un escribiente (no es su verdadero nombre).

Sospechosos

DOS VIUDAS DE ALCURNIA que no conspiran juntas (eso dicen ellas).
SALUSTIO LÚCULO, sus difuntos maridos.
C. VETULENO CÍVICA CERALIS, enigmas históricos.
LUSIA PAULINA, que conoce a todo el mundo (su verdadero nombre).

De la lista de contactos de Albia

SÓDALO, un encargado de los archivos, nacimientos y matrimonios.
PERELLA, una «bailarina» agraviada, fallecimientos sobre todo.
MOMO, un depravado que todo lo arregla.
RUTILIO GÁLICO, el prefecto de la ciudad (hombre poderoso).

En la Casa de Partia

DOLAZEBOL, un taimado enviado diplomático.
BRUZENO, un artero asistente.
ASXEN, su esposa, una mujer agradable.
ESQUILA, una buena pieza.
VINDOBONA, su gato blanco^[2].
DOS LEBRELES que no han leído el descargo de responsabilidad.
«UN SOBRINO», el sobrino de alguien.
CORELIO, «contando manteles».
UN JARDINERO, «podando».

También: damas veladas, guardias, músicos, jardineros, mulas (una sabina y otras), gatitos, catafractos, esclavos con fregonas, elefante.



La crudeza de la guerra llegará entonces al Oeste, y el hombre exiliado de Roma, blandiendo una poderosa espada, cruzará el Éufrates con muchas decenas de miles de hombres.

Del texto conocido como
Oráculos sibilinos

Roma

Septiembre, año 89 d. C.

Capítulo 1

Mucha gente quería creer que el emperador Nerón no había muerto. Hubo al menos tres pretendientes que se hicieron pasar por él. Uno de ellos había hecho su falsa afirmación al cabo de pocas semanas de la muerte de Nerón, bajo el gobierno de su sucesor, Galba. De otro se encargó Tito, y el año pasado Domiciano tuvo que vérselas con un tercero. Fingir que uno era Nerón resucitado tenía un curioso atractivo. Y era sencillo: parecerse a él, poseer una lira, aparecer de repente en un lugar lejano como Siria, y luego no dejar de moverse de un sitio a otro cuando las legiones fueran a por ti. Como desde luego harían.

A uno de los Nerones falsos lo atraparon en el mar; dos Nerones posteriores intentaron huir a Partia. Craso error. Los partos, taimados extranjeros con pantalones y gorros cónicos, utilizaban a cualquier Nerón falso que cayera en sus manos como herramienta política. Pero una vez que Roma hubiera negociado el regreso del impostor en cuestión, este pronto hallaría el fin de su ilusoria existencia y acabaría muerto en una zanja. Al menos en eso coincidiría con el auténtico Nerón.

Para asumir la falsa identidad, no era preciso dominar el arte de la lira de antemano, puesto que Nerón no pasó de ser un músico mediocre, de modo que unas notas cualesquiera sonarían auténticas. El parecido podía obtenerse tiñéndose el pelo de rubio y encasquetándose una corona de laurel en la cabeza. Mostrar una gran confianza en sí mismo sería el toque maestro.

Siendo realistas, tales suplantaciones eran mucho más difíciles ahora. En Siria bastaba con pedirlo para que la gente se uniera a una revuelta, pero incluso allí empezaban a hartarse de los fracasos y de sus horribles consecuencias. Roma ha convertido las represalias en un arte propio. Roma sofoca una revuelta con tal firmeza, que su recuerdo pervive largo tiempo. Lo sé por experiencia. Procedo de Britania. Todo eso lo padecimos después de Boudica.

En cualquier caso, habían transcurrido dos décadas desde la muerte de Nerón. Incluso en los distritos en los que siempre había tenido sus fanáticos seguidores, su demente atractivo se había vuelto más impreciso. A los nuevos pretendientes les costaba más provocar revueltas, incluso entre crédulos que se convencían a sí mismos de que Nerón era maravilloso y no se había rajado la garganta con una cuchilla, o había mandado que se la rajaran porque él era demasiado cobarde. Se había ocultado solo hasta que llegara el momento adecuado para reaparecer y derribar la tiranía...

En Roma se veía a Nerón de una manera distinta, aunque realmente necesitáramos un protector que pudiera librarnos de los tiranos. Teníamos nuestro tirano. Dedicaba mucho tiempo a buscar personas que pudieran querer echarlo, luego las hacía ejecutar. Los pretendientes lo ponían especialmente nervioso.

El tercer Nerón falso, el más reciente, permanecía «en la sombra». En parte puede que se debiera a que la *Gaceta Diaria* de Roma no mostraba interés por él. Los editores querían noticias «que fueran noticia», y no estaban para prestar atención a

otro tañedor de lira, confabulado de nuevo con Partia, que conduciría una vez más a la sórdida muerte del patético aspirante. ¿A quién le importaba que al número tres lo arrojaran a la zanja sempiterna? Los impostores fracasados ya no eran noticia.

Además, ocurría en el extranjero. Cualquier Nerón falso tenía que competir por el interés del público con los pormenores de nuestra vida cotidiana: decretos senatoriales, la cosecha, nacimientos aristocráticos, crímenes, escándalos, testamentos, prodigios, resultados atléticos, y los supuestos éxitos militares de nuestro emperador Domiciano, que estaba vivo y coleando.

Para colmo, la columna de la *Gaceta* sobre sucesos asombrosos tenía un notición aquella semana.

SORPRENDENTE NOTICIA DE UN MILAGRO EN EL AVENTINO. Edil golpeado por un rayo el día de su boda. «Está decidido a asistir a los Juegos Romanos», promete la llorosa desposada del milagroso superviviente. «Manlio Fausto asistirá en el desempeño de su cargo oficial».

Por Juno. Era tan ridícula como la mayoría de informaciones de la *Gaceta*. Estaba a la altura de las terneras de tres cabezas que nacían en una aldea de Mauritania, o de un pequeño terremoto con pocos muertos. Yo era la desposada, así que lo sabía de primera mano. No había tenido tiempo para llorar, aunque el recién casado que hubiera estado a punto de morir fuera el mío. Y hasta que estuviera segura de que se había restablecido, desde luego ni por asomo iba a permitir que a mi marido lo obligaran a aparecer en público durante los Juegos, aunque fuera su deber ayudar a organizarlos.

Sin embargo, la falseada noticia tuvo sus consecuencias. Ese mes de septiembre, los esforzados burócratas aún seguían atando cabos sueltos sobre el último Nerón falso en su vasto edificio de oficinas del Palatino. Querían asegurarse de que siguiera «en la sombra». Como tarea rutinaria, todos leían la *Gaceta* para garantizar que se cumpliera la política oficial... entendida aquí la «política oficial» como «las decisiones paranoicas de Domiciano». La sección de sucesos asombrosos de la *Gaceta* se revisaba con menos rigor que otras secciones (¿a quién le importaba una lluvia de ranas verdes en Tracia?), pero la SORPRENDENTE NOTICIA DE UN MILAGRO movió a los burócratas a hacer una pausa. Con la curiosidad propia de su oficio, debieron de comprobar con quién se estaba casando el infortunado magistrado al caerle encima el rayo.

El artículo no especificaba que la novia supuestamente llorosa era una de las hijas de Marco Didio Falco, que en otro tiempo había trabajado como informante imperial, ni que yo misma realizaba investigaciones para el público en general. Seguramente en la *Gaceta Diaria* no lo habían mencionado porque no acusan a las esposas de los magistrados de actividades sórdidas... a menos que hayan cometido adulterio con actores, e incluso entonces han de ser actores conocidos por el público. Pero los burócratas existían para saber quién era quién y a qué se dedicaba. Tenían sus propios

recursos: vulgares espías, torturadores, escuadrones de la muerte y, en ocasiones, para simples tareas de vigilancia, contrataban a investigadores privados. Tenían listas de todos los que trabajaban por libre. Me gustara o no, sabían a qué me dedicaba.

Quiso mi mala suerte que uno de ellos necesitara a alguien que realizara una tarea discretamente. Había unas viudas de por medio, viudas de noble cuna con maridos difuntos de clase alta. Sería muy poco diplomático que los típicos hombres armados y repulsivos abordaran a aquellas matronas, incluso en la Roma de Domiciano. De modo que cuando mi boda llamó su atención, los funcionarios pensaron en pasarme a mí el encargo.

Me llamo Albia, Flavia Albia. Trabajo para personas afligidas que necesitan respuestas. Soy eficiente y discreta. Llegué a Roma procedente de Britania, lo que me convierte en misteriosa y exótica. Pero los burócratas sabían que, como hija adoptiva de Marco Didio Falco y de Helena Justina, podía pasar por una mujer decente e inteligente cuya madre era la hija de un senador y su padre, un hombre de elevada posición en Roma. A los de palacio les iba estupendamente que acabara de casarme con un magistrado bien considerado y que, como decía la *Gaceta Diaria*, pronto fueran a verme mordisqueando frutos secos con él entre la flor y nata de la ciudad durante los Juegos Romanos.

Lo de Britania, mejor olvidarlo. Aquellos escarabajos de biblioteca estaban más que dispuestos a pasar por alto los rumores de que yo era una druida con mal genio sin pelos en la lengua. Para entrevistas delicadas con viudas de alta posición, yo era la persona ideal.

Capítulo 2

Más de una novia se despierta la mañana siguiente a la boda temiendo que su flamante marido no sea el hombre que ella creía. En nuestro caso, si yo me había equivocado, no era culpa suya. Los dioses lo habían derribado y habían provocado un gran cambio en él; yo debía mantener la esperanza de que ese cambio era temporal. No eran mis dioses, o si lo habían sido (si yo tenía algún dios), el panteón olímpico entero tendría que responder ante mí.

Tiberio Manlio Fausto, una persona dulce y seria, había insistido en que celebráramos una ceremonia nupcial completa, con una gran procesión pública desde la casa de mi padre hasta la suya. Él creía que el espectáculo era necesario. Iba a comprometerse con una informante, lo que socialmente constituía un mal paso. Incluso yo debía admitirlo. Mi padre jura que el trabajo de informar es completamente honrado, pero también es subastador, así que se le da muy bien hacer afirmaciones falsas. Además, la gente sabía que procedo de Britania, esa peculiar provincia situada en los confines de Europa. Britania tiene fascinado a todo el mundo en Roma... y nadie querría que un hijo suyo formara una familia con una huérfana britana. Así que, si bien la ceremonia completa no era un requisito legal, Fausto y yo la llevamos a cabo como gesto público.

Durante mi procesión como novia, se desencadenó una gran tempestad sobre el Aventino. Un rayo cayó sobre mi recién adquirido marido. Nadie se había atrevido aún a sugerir que fuera un castigo por casarse conmigo, aunque yo sabía que lo pensaban.

Otros tres hombres resultaron muertos instantáneamente. En aquel momento asimilé con dificultad lo que les había pasado, pero a pesar de la lluvia que caía copiosa sobre nosotros, noté olor a humo. En el instante mismo del impacto, vislumbré el destello de las armas que portaban. Luego vi a ayudantes nerviosos que negaban con la cabeza para indicarme que no debía mirar los cadáveres, a los que el rayo había desnudado prácticamente, dejando la ropa hecha jirones y haciendo que sus zapatos salieran volando.

Tiberio sobrevivió. Cayó al suelo, brevemente inconsciente. Nuestros familiares se esforzaron frenéticamente en reanimarlo; consiguieron ponerlo nuevamente en pie, pero tuvieron que llevarlo a rastras hasta nuestra casa, porque no podía caminar. Al principio era incapaz de tragar o hablar, pero luego logró valientemente graznar unas palabras más o menos de bienvenida como esposo a su desposada. Yo tenía ganas de echar a todo el mundo de allí, pero me pareció que debía seguir con las formalidades, ya que tanto significaban para él.

En cuanto pude lo metí en la cama. No fue una noche de bodas muy normal que digamos. Tiberio pareció dormir razonablemente bien. Yo no dormí nada. Aterrada por él, angustiada. Éramos tan felices antes y teníamos tantas esperanzas. Sabía que había estado a punto de perderlo, y desde un comienzo comprendí que quizás habría

sufrido un profundo cambio.

Al principio no mostraba casi huellas físicas. A la mañana siguiente, le salió un enorme moretón en el pecho. Con el tiempo, mi padre acabó confesando que debía de haberlo provocado él al golpear a Tiberio con los dos puños, porque se le había parado el corazón. Mi padre sabía que, por una horrible coincidencia, yo había enviudado ya una vez por culpa de un extraño accidente en la calle; Falco no podía soportar que ocurriera por segunda vez, sobre todo delante de mis narices. Su acción salvó la vida a Tiberio, pero siempre se mostraría reacio a explicar con cuánta fuerza lo había golpeado.

—Este intenta conservarlo, querida. Atraes los desastres. No se me ocurre ningún otro hombre lo bastante valiente para aceptarte.

—¡Vaya, gracias, papá! —Ningún huérfano habría tenido mejor padre adoptivo. Estaba muy preocupado; lo noté porque bromeó diciendo que había tenido la oportunidad de golpear a su yerno.

Al examinar a Tiberio detenidamente, descubrí unas extrañas marcas rojas que se extendían como ramificaciones, subiendo desde los pies hasta el torso. Para entonces mi madre nos había enviado a un médico, y según él eran unas marcas típicas. Opinó que el rayo había impactado en los otros tres hombres directamente, los había matado, y luego se había desplazado por el suelo con menor potencia, hasta asaltar a Tiberio. Eso le había salvado la vida, aunque me advirtió también que mi pobre marido sufriría efectos secundarios impredecibles, seguramente para siempre. Cada persona se veía afectada de una manera distinta, y aunque parecía ileso, podrían aparecer graves daños incluso muchos años después.

Conmocionado aún, Tiberio sentía dolor y se mostraba muy retraído. Dejó que lo cuidara, aunque le dolía todo el cuerpo y tenía ataques de pánico. Aparte de su tío, que vino a hacerle una breve visita, prohibí que viniera más gente a verlo. A la mayoría de nuestros parientes solo les interesaba descubrir si nuestro matrimonio se había consumado o no (pero ¿qué se creían? ¡Por Hades!). Por suerte, todavía había bastantes que estaban demasiado borrachos para salir de casa.

El suceso atrajo a desconocidos. Había mirones delante de nuestra casa. Otros miembros de la profesión médica llamaron rápidamente a la puerta para tratar de sacarnos dinero. Les consulté en el umbral de la puerta y luego los despedí con cajas destempladas. El médico de mi madre había recetado a Tiberio un sedante suave, y nos había aconsejado dejar que el tiempo obrara su efecto. Me gustó ese médico.

Habíamos planeado dar varias fiestas, que cancelé. Por lo general, las parejas de recién casados están obligadas a mantener una activa vida social durante días, pero yo ya había tenido suficiente con la boda. Se lo consulté a Tiberio de todas formas, y él convino conmigo en que habíamos logrado nuestro objetivo. Habíamos anunciado nuestra unión de un modo espectacular; más tarde, cuando la *Gaceta Diaria* informó sobre el suceso, nuestras familias nos aseguraron que la gente pagaba grandes sumas por obtener semejante reconocimiento. Mi padre envió a su secretario al Foro para

que anotara todos los detalles en una tablilla. Luego nos la trajo, se la leyó a Tiberio y nos la dejó. La arrojé al interior de un arcón. Ya sabía lo que había ocurrido. Lo revivía cada vez que intentaba descansar.

Procuré mantenerme ocupada.

Habíamos ido a vivir a una casa que Tiberio había comprado con intención de reformarla para nosotros. Se suponía que él iba a dirigir un negocio de construcción desde un edificio contiguo a la casa; pretendía financiar nuestra propiedad con los ingresos de los nuevos contratos, pero ¿cuándo estaría bien para volver a trabajar? Mientras estaba postrado en la cama, ni siquiera se lo comenté. Pero tenía que reflexionar sobre nuestra situación.

Teníamos una casa de simples paredes enlucidas, vacía de muebles, salvo por el hermoso vestíbulo de entrada y nuestro dormitorio, que Tiberio había acabado de reformar como regalo de bodas para mí. Hasta la mañana siguiente a nuestra boda, yo no los había visto. Entonces por fin pude ver bien, a la luz del día, los exquisitos frescos de las paredes, los elegantes suelos, las puertas enmarcadas con arquitrabes y picaportes de bronce nuevecitos, las reparadas bovedillas del techo. Paseándome sola por la casa me sentía muy angustiada. Si perdía a Tiberio, jamás podría vivir allí. Mi marido había trabajado muy duramente para que la disfrutáramos juntos. En ese mismo momento, debería ser él quien estuviera enseñándomelo todo.

El pintor de los frescos se presentó en nuestra puerta en cuanto se enteró de lo ocurrido, preocupado por su factura. Le espeté que era muy desconsiderado acosar a un hombre que había estado tan cerca de morir, y le pedí que volviera al cabo de unos días. Si Tiberio no había mejorado para entonces, yo misma me encargaría del pago.

Otros acreedores acudían al negocio de al lado para preguntar a nuestro capataz. Larcio vino a contármelo en voz baja, y explicó que también él les estaba dando largas. Lo tranquilicé asegurándole que disponíamos de fondos suficientes; era cierto, pero yo era reacia a recurrir a mis propias inversiones para no gastar todo nuestro dinero demasiado pronto. A corto plazo, tanto Tiberio como yo teníamos parientes acaudalados. Podíamos tragarnos el orgullo, aguantar las pullas, y pedir prestado a mi padre y a su tío para pagar las facturas urgentes. Así es como se hacen las cosas en Roma. Jamás nos quedaríamos desamparados.

En aquel momento no fui aún a visitar a mi banquera, una astuta griega que creía que todas las mujeres debían ocultar sus ahorros al marido. Eso, o apoderarse de todo el dinero que tuviera él... después de envenenarle la comida.

Me gustaba Arsínoe, pero sabía que ella vería el rayo como un regalo de boda de los dioses para mí: muerto el marido, la mujer adquiere riqueza e independencia. Ella aún no sabía que, si Tiberio se recuperaba, tendría que recurrir a mis inversiones para financiar el negocio que queríamos poner en marcha. Todos los banqueros dan por supuesto que nuestro dinero es suyo y que pueden jugar con él. La idea de que un día puedas usarlo tú es una blasfemia.

Tiberio y yo planeábamos dirigir un negocio familiar en el que yo me involucraría

plenamente. De modo que ahora debía hacer frente a nuestras deudas. No estaba hecha para dedicarme a tejer plácidamente en el atrio con mi telar, afirmando que del dinero se ocupaba siempre mi marido, porque yo no entendía de esas cosas... Nunca tendría un telar en casa. Por los dioses, era informante, no tejedora.

Necesitaba organizar nuestros asuntos, empezando con el servicio doméstico. Por el momento, solo tenía un esclavo que pertenecía a Tiberio, Dromo, para ayudarme a cuidar del paciente y de todo lo demás. Dromo, un joven lerdo que solo tenía un pensamiento en la cabeza: ¿quién cuidaba de él? Alterado por lo que había ocurrido, se había vuelto más dependiente y nervioso. Si su amo moría, Dromo perdería a quien le sustentaba. No habría más pasteles, ni podría seguir pasándose medio día durmiendo sobre su estera. Tal vez incluso lo venderían a alguien que le obligaría a trabajar. O quizá le golpearían con saña...

Le dije que si no dejaba de quejarse yo misma le golpearía. Si quería que Tiberio se curara, tenía que ayudarme a cuidar de él. Se fue rezongando a preparar una bebida especiada para su amo. La receta se la había dado yo, aunque enseñar a Dromo a hacer cualquier cosa era de lo más arduo.

Me senté para pensar. Necesitábamos a alguien para contestar a la puerta. Tras años de encontronazos con los incompetentes malhablados y ávidos de sobornos que hacían de porteros en Roma, ahora era yo la que necesitaba uno, muy a mi pesar. Tiberio era magistrado, y mi propia profesión atraía a tipos dudosos. Cara a cara con un extraño (o, peor aún, con algún idiota al que ya conoces), se limitan tus opciones. Necesitaba un intermediario. No podía utilizar a Rodan, el viejo exgladiador de mi antiguo apartamento; era despreciable y sucio, no se podía confiar en él en situaciones delicadas. Dromo también era un inútil. Podía abrir la puerta y recibir mensajes sencillos, pero luego se olvidaría de darnoslos.

Necesitábamos con urgencia a una persona que llevara la casa. Yo no podía ayudar a Tiberio en su negocio, ocuparme de mis propios clientes, y luego, además, comprar, limpiar, cocinar y hacer las camas, y mucho menos cumplir con esa tarea propia de las amas de casa que consiste en charlar cortésmente con las visitas, aunque sean personas a las que desprecie (la mayoría). Tal vez consiguiera sentarme en el patio y hacer circular unas galletas de almendras, pero alguien tenía que encargarse de comprar golosinas en abundancia y de traerlas luego en una bandeja. Yo no estaba hecha para organizar una casa. Puedo hacerlo. Helena Justina, mi madre adoptiva, me había convertido en una mujer instruida y capaz. Pero no era eso lo que yo deseaba hacer... igual que no lo deseaba ella. Así pues, tenía que encontrar un buen mayordomo o un ama de llaves, y encontrarlos rápido. Luego les proporcionaría el resto del servicio que necesitaran.

Podía dar instrucciones. Siempre se me había dado bien analizar situaciones y expresar luego mi opinión. Tiberio fingía incluso que le gustaba esa faceta mía. El ama de llaves respondería ante mí y sabría a qué atenerse. A cualquiera que me enojara, lo echaría a patadas.

El primer sirviente de la lista habría de ser un esclavo obediente para todo lo que Dromo se negaba a hacer.

Puede que te preguntes por qué no me deshacía de Dromo. Mala idea. Dromo pertenecía a Tiberio. Soportaría al chico pacientemente, como hacía él. No quería que Tiberio Manlio me culpara jamás de haber echado a su adorado esclavo predilecto.

No, por supuesto que no lo adoraba. Dromo lo agotaba y lo volvía loco. Pero en eso yo me mantenía al margen.

Tenía muy claro lo que estaba a punto de iniciar. Era una esposa juiciosa y, al elegirme, Tiberio Manlio había demostrado ser un hombre inteligente. Yo no era una jovencita virgen de quince años que jamás hubiera estado a cargo de las llaves de la casa. Tenía casi treinta años y había vivido por mi cuenta durante mucho tiempo. Además, ya había estado casada antes.

También él. Por lo que podía ver, de su anterior matrimonio Tiberio había aprendido a elegir a una persona distinta para el siguiente. Conociendo a su exmujer, podía afirmar que desde luego eso lo había conseguido. Una diferencia fundamental entre Laia Graciana y yo era que yo tenía mi propio oficio. Un buen informante es una persona solvente; mis ingresos me daban un poder tranquilizador. Por mucho tiempo que Tiberio tuviera que permanecer confinado en cama, yo podría pagar nuestras facturas. Me sentía sola al no poder compartir mis inquietudes con él, pero no perdí la serenidad.

Iba a recibir un nuevo encargo más pronto de lo que pensaba. Llegó otro visitante. Dromo le hizo pasar, gritando desde el otro lado del patio que estaba demasiado ocupado para seguir encargándose de las visitas. Volvió a su tarea de no hacer nada. El hombre encontró solo el camino para llegar hasta mí. Lo conocía: era Claudio Filippo, un burócrata de palacio. Aunque afirmó que venía en misión oficial para desear lo mejor a mi marido, desde el principio adiviné que había algo más.

Capítulo 3

Yo estaba sentada en un antiguo banco de piedra que Tiberio había comprado. Filippo se acercó. Nos hallábamos en un patio vacío y pequeño, frente a una pared en la que recientemente se había abierto una puerta para acceder al negocio de construcción contiguo. Junto a la puerta había una pila de tosca piedra tallada, puesta de canto, un objeto enorme y feo que esperaba hacía tiempo a que lo sacaran de allí. Haría falta un grupo de peones con gruesas cuerdas. Se oirían muchas imprecaciones. Yo tenía la intención de verlos trabajar secretamente desde el piso de arriba.

Se podría hacer algo con aquel patio cuando dispusiéramos de tiempo. Por el momento, en el espacio al aire libre solo había mi banco y una maceta con una adelfa, una planta tristona que se había movido desde el portal, donde antes agonizaba. Al dejar atrás el vestíbulo redecorado, Filippo debía de haber comprendido que el resto de la casa estaba todavía por terminar. Aunque echó un vistazo en derredor, no hizo ningún comentario. Soltó una leve tosecilla, como si fuera una reacción al polvo, y expresó la refinada sorpresa de que alguien pudiera vivir en aquel caos. Me percaté de que disimuladamente tomaba nota de lo bueno y de lo destartado. Debía de estar evaluando nuestra situación financiera.

Tiberio Claudio Filippo era esbelto y austero, de finas facciones. Su aspecto resultó inesperado, porque tenía los modales de un hombre con escasa personalidad o vida familiar. (¿Comía y dormía en palacio, por si su imperial amo precisaba de él?).

En lo tocante a la profesión, había seguido los pasos de su padre, un servidor muy respetado del antiguo y sabio emperador Vespasiano. El padre, Claudio Leta, había sido un liberto de palacio, por lo que seguramente se había casado con otra antigua esclava de la familia imperial, y sus hijos habrían nacido libres. ¿Había otros hijos? No me imaginaba a Filippo con hermanos o hermanas. Si los tenía, seguro que hacía inventarios de sus juguetes y luego redactaba unas normas para decir quién tenía derecho a jugar con cada uno.

Mi padre había trabajado con el viejo Leta, al que yo también había conocido, así que podía decir sin equivocarme que Filippo debía de haber heredado la buena planta de su madre. Podría haber sido un vividor que se dedicara a hacer carrera entre las mujeres ricas de la alta sociedad, pero había preferido convertirse en funcionario. Su anticuada actitud era toda suya. Ni mi padre ni yo habríamos confiado en que Leta nos sirviera un trozo de pastel; no obstante, Leta permanecía siempre alerta, era un observador agudo y un gran manipulador. El hijo podía o no ser igualmente agudo. Hacía poco que Tiberio y yo lo conocíamos, y aún no sabíamos hasta qué punto era ambicioso, o si se dedicaba a conspirar.

Esto último parecía probable.

Claudio Leta, el padre, conspiraba lo suyo. Durante años había mantenido una acérrima enemistad con el jefe del servicio de inteligencia, Anácrites. Leta había ascendido bajo el reinado del emperador Claudio, mientras que Anácrites era un

hombre de Nerón. En la administración pública, este tipo de historias son cruciales. Cuando el jefe de los espías puso fin a su contienda al morir en extrañas circunstancias, como suele ocurrirles a los mejores y a los peores, Claudio Leta no lloró su muerte, se limitó a adueñarse de su cargo. Con él al frente de los espías, primero Vespasiano, y luego el fugaz Tito, pusieron al día el servicio secreto de Roma, en otro tiempo una tarea menor de la Guardia Pretoriana. Leta fue tan sutil, que el público apenas percibió la renovación.

Todo cambió al llegar Domiciano. Los espías actuaban ahora abiertamente por todas partes; no se dedicaban a vigilar las fronteras de las tribus hostiles (aunque también eso era cosa suya), sino a todos los habitantes de Roma, aterrados súbditos de su siniestro amo. Así pues, al saludar a Filippo, me sentía recelosa.

—Cuando nos conocimos, tu padre acababa de morir. ¿Has sucedido a Claudio Leta?

Intentaba halagarlo. Filippo aparentaba unos treinta y tantos, demasiado joven para dirigir una secretaría. Vestía la túnica blanca de los funcionarios de palacio, pero conservando la sencillez, con escasos adornos dorados, y no apestaba a ungüentos caros. No le vi ninguna joya.

—Mi campo de acción es similar.

Aquella ladina respuesta me recordó a Leta, que siempre había cultivado el misterio. Decidí tratar a Filippo con cautela, de modo que esperé a que él tomara la iniciativa.

Ser portador oficial de buenos deseos era un motivo de lo más normal para su visita. Como magistrado, Tiberio era uno de los hombres más relevantes de Roma, al menos durante el año que duraba su cargo. Había cuatro ediles; para los de rango senatorial, aquel era un peldaño más en la escala hasta el consulado, pero Tiberio era plebeyo, por lo que debía esperar mucho menos. No obstante, durante su año de mandato, se ocupaba de supervisar una cuarta parte de toda la ciudad.

Filippo dijo que a Domiciano le gustaría saber que un edil se había salvado de la muerte por poco, y de un modo tan extraordinario: salvado por los dioses. ¿Sería yo tan amable de describir lo sucedido? Así lo hice, limitándome a los hechos.

—Por favor, no le des demasiada importancia, Filippo. No dejes que suene como si hubiera sido un favor divino, en competición con nuestro Dios y Amo. —Ese era el título que prefería Domiciano, al tiempo que fingía ser demasiado modesto para permitir a la gente que lo usara.

Filippo frunció levemente los labios. Sabía a qué me refería. Nuestro emperador se consideraba a sí mismo un protegido de Júpiter, y a Minerva, su patrona personal. Cualquier otra persona que afirmara gozar de la protección especial de los dioses debilitaría la posición del emperador. A Domiciano bien pudiera ocurrírsele que Manlio Fausto suponía una amenaza para él.

—Se salvó de milagro, Filippo, pero sufre grandes dolores. ¡Para Manlio Fausto no ha sido ningún honor divino!

Filipo quiso verlo por sí mismo. No tenía más remedio que permitirlo, de modo que lo acompañé al piso de arriba. Cuando nos asomamos al dormitorio, Tiberio yacía con el rostro pálido y los ojos cerrados. Parecía dormido, pero cuando Filippo dio media vuelta, abrió los ojos para intercambiar conmigo una mirada. Su expresión me preocupó. No podía entretenerme en ese momento investigándolo, pero me dejó inquieta.

Filipo no parecía tener prisa por marcharse. De vuelta en el patio, volvió a pasear su entrometida mirada en derredor; esta vez comentó la falta de servicio doméstico. Dijo que yo parecía tener muchas cosas de las que preocuparme, y luego señaló que los proyectos de reforma salían muy caros.

Adiviné lo que pretendía. Y dejé que siguiera con su juego.

—Debes de tener muchos quebraderos de cabeza, sin contar, además, con la presión del dinero... Si me lo permites, te hablaré con franqueza. ¿Te iría bien una tarea remunerada, Flavia Albia? Sería algo rápido y sencillo que tú podrías hacer con los ojos cerrados.

—Mi marido no desea que su esposa trabaje —dije descaradamente, sonriendo con afectación. Tiberio no había planteado tal cosa, de lo contrario, no me habría casado con él. Él valoraba mi trabajo.

Seguramente Tiberio podía oírnos desde el dormitorio; le había dejado la puerta abierta por si necesitaba algo. Sin embargo, no oí carcajadas ni gruñidos.

—Estoy seguro de que podríamos encontrarte una misión aceptable... De hecho, tengo algo que podría resultar adecuado... si estás interesada.

Era reacia a trabajar para las autoridades, así que no animé a Filippo a continuar.

Él insistió. Nada detiene a un burócrata cuando intenta encasquetarle a alguien una tarea... y, como solía decir mi padre, sobre todo cuando se trata de una tarea estúpida.

—Estoy seguro de que tu marido lo aprobará... Flavia Albia, necesito a una persona respetable en la que pueda confiar, preferiblemente del sexo femenino, para hacer preguntas a dos mujeres. Son esposas de antiguos cónsules de muy alto rango. De hecho, ambos maridos fueron gobernadores de provincia.

—¿Fueron?

Filipo dio un respingo con nerviosismo.

—Fallecieron, tristemente. Ambos.

—¿Cómo? —pregunté con expresión impávida.

—Ejecutados.

Ya sabía yo lo que quería decir.

—¿Enviaron a unos hombretones para ayudarles a suicidarse? ¿Aporrearon su puerta al amanecer, espada en mano?

—Sí, lo habitual.

Filipo lo dijo como si fuera un suceso de lo más prosaico. Para él lo era. Trabajaba para Domiciano.

En los últimos tiempos, ocurría con demasiada frecuencia que oficiales armados se encargaban de eliminar a personas de alto rango. Tito lo había hecho; incluso Vespasiano lo había hecho en alguna que otra ocasión, aunque usando a Tito como hombre de paja. Ambos le restaban importancia. Se comportaban como si aquellas ejecuciones les angustiaban. Domiciano no mostraba tales escrúpulos. Bajo su gobierno, cualquiera que tuviera la mala suerte de captar la atención del emperador podía acabar siendo condenado.

No había aceptado el encargo, pero por supuesto pregunté quiénes eran los difuntos y qué habían hecho.

—Saber quiénes eran es lo más fácil. Tu tarea, mi querida Albia, es ayudarme a demostrar lo que hicieron.

—¿Lo que realmente hicieron, quieres decir? Supongo que Domiciano tenía ya hecha su idea cuando los eligió para su expeditivo cese. —Cualquier «idea» de Domiciano sobre sus presuntos enemigos solía ser ridícula.

Filipo se explicó. Uno de los dos hombres había sido ejecutado el año anterior, el otro más recientemente. Cuando me dijo sus nombres, los recordé vagamente. Su muerte había tenido mucho eco porque Domiciano los había condenado cuando ambos estaban aún en el cargo, lejos, en sus respectivas provincias. Ejecutar a un gobernador en activo era algo inaudito. A otros gobernadores los habían acusado de delitos menores, por lo general de extorsionar a gente de su provincia, pero los habían llevado a la capital para juzgarlos como era debido.

¿Por qué Domiciano los había mandado ejecutar? Impávido, Filippo enumeró los cargos presentados contra ellos: Salustio Lúculo, gobernador de Britania, supuestamente «había inventado una nueva jabalina y le había dado su propio nombre». De ser cierto, no era más que un estúpido insulto a un emperador susceptible. A Cívica Cerialis, que ejercía de gobernador en Asia^[3], simplemente lo habían acusado de «conspiración», un término convenientemente ambiguo. A ambos les habría sido difícil defenderse de tales acusaciones, aunque defenderse de Domiciano no era en realidad posible.

Supuse que los habían eliminado por estar relacionados con la revuelta de Saturnino. Antonio Saturnino era también gobernador de provincia, en su caso de la Germania Superior. En enero pasado había realizado un chapucero intento de hacerse con el poder. Después Domiciano mandó ejecutar a senadores de los que sospechaba que habían estado involucrados. No pudo localizar a muchos.

En cuanto a Saturnino, una mala organización podría explicar por qué fue derrotado con tanta facilidad. Para ser ratificado como emperador, habría necesitado convencer a un Senado extremadamente nervioso. Mis dos tíos, que eran senadores, se guardaban para sí sus opiniones y jamás hacían ningún comentario en público. La mayoría de los demás senadores compartían su cautela.

No se detectaron apoyos a Saturnino a gran escala. Sin embargo, Filippo me contó que Domiciano no lo había olvidado. Casi un año más tarde, aún seguía queriendo

vengarse.

En aquel momento, Domiciano se hallaba en la Panonia defendiendo nuestras fronteras. La campaña bélica terminaba en otoño; Domiciano volvería a casa. En Roma, en el imponente palacio de lo alto de la colina, todos los burócratas estaban nerviosos. Naturalmente, Filippo quería un buen informe con el que dar la bienvenida a su amo. Quería que yo se lo proporcionara.

—Nuestro Amo quedaría muy complacido si se confirmaran sus sospechas sobre esos dos hombres.

O mucho menos complacido si yo demostraba que se había equivocado... Eso podía resultar funesto para mí.

—¿Es seguro que va a volver? —pregunté—. ¿No se quedará allí divirtiéndose con banquetes y acostándose con jovencitos atractivos en los cuarteles de invierno?

Filipo dejó pasar este comentario, sabiendo quizá que tenía cierto fundamento.

—Ha pacificado el territorio y ahora vuelve a casa. Se le concederá un doble triunfo por sus éxitos en Panonia y Dacia.

—¿Pacificado? ¡Pensaba que había comprado a los dacios! —Mucha gente lo despreciaba por eso. Yo también lo habría hecho de no ser porque lo despreciaba ya por muchas otras cosas—. No he oído nada de que el Senado le haya concedido un triunfo.

—Ni tampoco lo ha oído el Senado. —Filipo adoptó una expresión adusta y solemne.

Su padre, pensé, jamás habría admitido que los senadores eran simples marionetas.

—¿Lo que Domiciano quiere, el Senado debe dárselo?

Él asintió.

Me pareció incongruente estar sentada en mi jardín particular, escuchando contar secretos de estado a un hombre que parecía demasiado joven para conocerlos, pero los funcionarios de Domiciano solían ser jóvenes. Rápidamente se había deshecho de los más viejos, a los que consideraba comprometidos. En lugar de aprovechar su experiencia o confiar en su lealtad, Domiciano destituía a cualquiera que hubiera servido a su padre o a su hermano, llegando incluso a deshacerse de ancianos libertos que habían tenido relación con Nerón en otro tiempo.

—Bien, ¿y en qué consiste la tarea, Filippo? ¿Es adecuada para mí y querré siquiera intentar llevarla a cabo?

El atractivo burócrata de recta nariz me miró con arrogancia.

—Te invito a interrogar a las esposas de Lúculo y Cerialis. Averigua si confirmarían que sus maridos apoyaron a Saturnino.

Me reí burlonamente. Las esposas jamás admitirían algo semejante.

—Sería una estupidez revelar conversaciones de alcoba. Admitir que estaban al corriente de la revuelta antes de producirse las perjudicaría a ellas mismas, a sus hijos, si los tienen, y a otros parientes.

Las conjuras no se olvidaban nunca en Roma. Ejecutar a dos gobernadores no era más que el principio; el incidente provocaría ondas expansivas durante años. Ninguna persona cercana a los hombres condenados por Domiciano se vería jamás libre de sospecha.

Yo lo sabía muy bien. Algo similar había ocurrido en mi propia familia. Nunca hablamos del tema.

—¿Cuáles serán mis honorarios?

Filipo mencionó una cantidad sin la menor vacilación. Era más alta de lo que me había esperado. Él parecía muy seguro de sí mismo.

—Claudio Filipo, ¿tienes autorización para ofrecermé esa suma?

—La tengo.

—Estoy impresionada. La quiero por adelantado —concreté.

—¡Oh, vamos, Flavia Albia! Ten fe. Tu padre ha realizado encargos imperiales y se le ha pagado por ellos.

—¡Dos años más tarde! Necesito ingresos ahora, Filipo. Por eso acepto. Tengo muchos deberes como esposa de un edil, sobre todo ahora que se acercan los Juegos Romanos. Manlio Fausto me necesita. Si quieres que deje de cuidar de él y te haga este favor, tendrás que pagarme por adelantado.

Filipo suspiró.

—Bueno, dispongo de un fondo especial al que puedo recurrir.

Los fondos especiales de dinero siempre son intrigantes. Suelen ser secretos, y se destinan a actuaciones «muy» especiales. Quise saber más.

—Deduzco que mi misión será más difícil de lo que tan alegremente quieres dar a entender... ¿Tendré ayuda?

—Mi personal siempre te será útil.

—¿Y tú crees que los gobernadores conspiraron de verdad?

—Es más que probable.

—¿No es una de las fantasías del emperador?

—El emperador es extremadamente perspicaz. —Cuando estás convencido de que la gente quiere eliminarte, tienes que permanecer alerta. Domiciano tenía la habilidad de aferrarse a la vida.

—Sigo creyendo que las damas se limitarán a negarlo.

—Eso me temo. —Filipo se lo tomaba con calma. Juntó las yemas de los dedos de ambas manos en un gesto preciso y remilgado—. Pero tenemos que preguntarles. Bien, Flavia Albia, ¿puedo dar por sentado que estás dispuesta a hacerlo?

Acepté el trabajo.

—Hay algo más que puedes hacer por mí, si no te importa —dijo entonces el funcionario de palacio con diplomacia—. Mientras interrogas a las mujeres sobre Saturnino, averigua, por favor, si sus maridos tuvieron alguna relación con el fiasco de Siria. Necesito saber si esos hombres tuvieron algún contacto con el tercer Nerón falso, o se interesaron por él.

- ¡Típico de un funcionario, pedir dos trabajos por el precio de uno!
- ¿Aceptas?
- Acepto preguntarles.

Así fue como adquirí conocimientos especiales sobre los falsos emperadores. Filipo me lo soltó así, como quien no quiere la cosa.

Por supuesto se supone que no debo hablar sobre ese lamentable asunto, o dar a entender siquiera que sé algo de él. Mi padre siempre dice que todo el Imperio Romano tendrá que entrar en decadencia y caer antes de que sus escandalosas memorias puedan darse a conocer a un asombrado público. Las mías también contendrán material excitante. Por ejemplo, el tercer Nerón falso que tan solapadamente había añadido Filipo a mi misión, no estaba tan en la sombra como la gente cree. Puedo decirlo con total confianza: lo llegué a conocer.

Capítulo 4

Debería haber prestado más atención a la petición sobre el falso Nerón. Cuando un burócrata afirma que algo carece de importancia, puedes apostar lo que quieras a que es importante.

Volviendo mis pensamientos hacia mi enfermo marido, me pregunté por qué, al abrir los ojos y mirarme, Tiberio Manlio parecía tan afligido. Era como si no pudiera siquiera recordarme.

En cuanto se fue Filippo, subí al dormitorio, llevando conmigo la tablilla oficial que autorizaba mi acceso a las mujeres que debía interrogar.

Dromo estaba allí.

—¡Lo estoy cuidando!

Estaba claro que pretendía que me fuera.

—Ahora me quedará yo. —El esclavo me fulminó con la mirada—. Quiero hablar con tu amo en privado. —Sujeté la puerta abierta para que saliera, señalándole el camino por si no captaba el mensaje. Gané la partida, aunque tuve la impresión de que no podía confiar en que fuera siempre así.

Tiberio nos había observado sin hacer comentarios. Lo miré. Estaba limpio y vestido, pero Dromo no lo había afeitado. Tenía la piel demasiado sensible; no soportaba la cuchilla. Era horrible ver a un hombre tan robusto reducido a yacer sin fuerzas todo el día en la cama.

Sus ojos grises me estudiaron. Debió de notar mi inquietud, así que al fin alargó una mano, animándome a sentarme junto a él. Noté la calidez en su piel.

Instalada en el borde de la cama, agité la tablilla con la orden de trabajo.

—Filippo quiere que lleve a cabo unos interrogatorios. Le he dicho que te niegas a permitir que tu esposa trabaje. —Apareció una leve y fugaz sonrisa. Su sentido del humor aún andaba por ahí al acecho—. Con los honorarios pagaremos los frescos, pero lleva consigo una carga moral. Nunca he trabajado para el gobierno; nunca he querido hacerlo.

—Tu padre lo hizo. —Afectado por el sedante, a Tiberio le costaba pronunciar bien las palabras.

—Sí, pero nunca desde la muerte de Vespasiano. Mi padre lo respetaba. A mí me contratan para constatar las oscuras sospechas de nuestro Dios y Amo, lo que es muy distinto... Tengo que demostrar si tenía razones, o no, para ejecutar a dos hombres.

—Solo porque Domiciano crea que otras personas conspiran contra él no significa que lo haya imaginado. —Tiberio se mostraba lúcido y tan justo como siempre.

—Oh, sí. Cuando triunfe una conspiración, todas sus sospechas se verán justificadas. Si realmente es un dios, después de estirar la pata puede contemplarnos a todos desde arriba con esa sonrisa de suficiencia suya. —Tiberio meneó un poco la cabeza, advirtiéndome que no soltara tanto la lengua—. Bueno, edil, mi misión parece clara: interrogar a unas respetables viudas. Sabrán quién soy y por qué me han

enviado. Será del dominio público.

Tiberio se encogió de hombros levemente.

Yo quería que despotricara y me negara su permiso. Quería una discusión. ¿Le habría importado más si no hubiera tenido dolores? Detestaba verlo demasiado débil para criticar este nuevo encargo, y, tal vez, incluso en aquel momento inicial, quería que me proporcionara una excusa para negar mi ayuda a palacio.

Lo miré. Mi marido. Mi marido, al que los dioses romanos habían sumergido en una especie de oscuridad en la que yo ya no estaba segura que pudiera alcanzarlo.

—¡Oh, Tiberio! ¿Cómo estás, amor mío?

Su respuesta fue otro gesto apagado. Éramos sinceros el uno con el otro. Le expliqué que su expresión de antes me había alarmado.

—Parecía que hubieras perdido la memoria. Me ha dado miedo que no supieras quién era yo.

Al decir esto, la expresión que había notado antes pareció despejarse. Alargó la mano, me atrajo hacia su lado para que me tumbara en la cama, y me rodeó con los brazos.

—¡Inolvidable! —musitó por encima de mi coronilla, y sonó en parte como su tono burlón de siempre.

—¿Flavia Albia?

—Flavia Albia, hija de Didio Falco y Helena Justina. —Su formal respuesta tuvo un efecto tranquilizador, hasta que siguió hablando—. Esposa de Manlio Fausto... Pero ese es el problema —admitió con voz queda—. ¿Quién es Fausto?

Tal vez bromeaba. Pero su inseguridad me partió el corazón.

Capítulo 5

Decidí ir a ver primero a la viuda del gobernador de Britania. Quería quitarme de encima Britania cuanto antes. Le había pedido a Filipo que concertara el encuentro para esa misma tarde.

Iba a interrogar a ambas mujeres en palacio. Terreno neutral. El mejor lugar disponible, ya que al parecer habían vendido sus mansiones de la ciudad y se habían trasladado al campo a llevar una vida tranquila en sus respectivas fincas familiares. Después de que Domiciano liquidara a sus maridos, les debía de haber resultado difícil permanecer entre la sociedad romana, donde la mayoría de sus amigos se sentirían nerviosos por conocerlas. Tal vez pudieran verse en el campo. Pero lo más probable era que las amistades fueran una más de las pérdidas que habían sufrido.

Filipo debía de haber obligado a ambas patricias a viajar hasta Roma especialmente para ser interrogadas. Supuse que era su forma de recordarles el poder que tenía el emperador sobre ellas.

Un momento. Quizá debería empezar con una disculpa... No sabía por qué, pero me pareció que con eso era poco probable que me granjeara sus simpatías.

Me preparé antes de acometer los interrogatorios.

Había ciertas cosas que podía deducir yo misma. Las viudas debían de ser de una generación anterior a la mía, puesto que sus maridos habían completado el *cursus honorum*, o carrera política, senatorial. Se empezaba siendo cuestor, se pasaba a ser tribuno, edil, pretor, cónsul y luego legado, y, hoy en día, si nos ponemos cínicos, se acababa ofendiendo a Domiciano y encontrando una muerte prematura. Para ser cónsul, la edad mínima es de cuarenta años; de modo que debían de rondar los cincuenta cuando se les otorgó el gobierno de una provincia, y sus esposas serían unos diez años más jóvenes. Los patricios suelen casarse en cuanto entran en el Senado a los veinticinco, y a menudo sus esposas son aún adolescentes. Se supone que así se evita que su reputación se haya echado a perder por algún escándalo. Bueno, todo el mundo sabe que las jóvenes ocultan sus travesuras. Yo misma tenía hermanas adolescentes. Mis padres vivían con un temor constante.

Los senadores también pueden haber cometido sus locuras, pero eso a los hombres nunca se les echa en cara. «¡Tranquilízate, Albia!».

De modo que los dos antiguos cónsules eran hombres maduros, en la cima de su poder, quizás incluso sabios y competentes. Se habían ido a gobernar algún lugar extranjero, antes de disfrutar de un cómodo retiro con el dinero que pudieran sacarles a los lugareños... siempre que logran eludir la desaprobación imperial.

Por lo general se considera que Asia es el botín más apetecible de todos. El gobernador al que se enviara allí habría servido ya durante tres años en alguna provincia menos importante, por lo que sería más viejo, pero sin llegar a decrépito. Que Domiciano hubiera nombrado gobernador de Asia a Cívica Cerialis era un gran honor. ¿Cómo había perdido después el favor del emperador de manera tan radical?

Britania, por supuesto, es una provincia inferior. ¡No tenía nada de recompensa!

Tal como esperaba, no se sabía gran cosa sobre Salustio Lúculo, que había sido enviado a romanizar a los britanos teñidos de añil. Sabía que había sucedido en el cargo a Julio Agrícola, con quien Domiciano tenía una delicada relación; el emperador desconfiaba de la supuesta ambición de Agrícola y de sus éxitos militares. Sin embargo, Agrícola había sido gobernador durante un largo período, realizando una conquista tras otra; cuando por fin lo llamaron de vuelta a Roma, se decía que había entrado en la ciudad tranquilamente por la noche, en lugar de hacerlo con orgullo y de forma pública. Tras informar al emperador, se le habían concedido honores triunfales, incluyendo una estatua en el Foro, pero él se había retirado de la vida pública de inmediato.

La gente creía que a Agrícola se le había ofrecido el importante cargo de gobernador de África^[4] y que lo había rechazado. Tal vez aborrecía a Domiciano... o sabía que Domiciano lo aborrecía a él. Se habló también de mala salud. Mi familia, que se interesó por el tema, pensaba que simplemente Julio Agrícola estaba ya harto. Civilizar Britania lo había dejado agotado. Bueno, era muy posible, afirmaban, y me miraban sonrientes.

Cuando Salustio Lúculo lo reemplazó, se le ordenó que evitara más conquistas militares. No sería él quien anexionara al imperio las montañas de Caledonia. ¿Qué había hecho entonces? ¿Se aburría y se había puesto a jugar con los pulgares, hasta que se le ocurrió inventar nuevas armas para el ejército? ¿O acaso la historia de la jabalina era solo una excusa?

Me resultó muy útil poder completar mis deducciones. Uno de mis tíos senadores vino a visitarnos para preguntar por Tiberio. Anunció su llegada con un saludo despreocupado, en ausencia, como siempre, de Dromo. Era Camilo Justino, el hermano menor de mi madre, su favorito. Entró a grandes zancadas y sin ceremonias, a pesar de su toga de bordes púrpura, que siempre llevaba con aire muy desenvuelto.

—¡Tío Quinto!

Me dio un abrazo que me cortó la respiración.

—¡Menuda boda, joven Albia! ¡Por Júpiter Tonante! ¿Cómo está el pobre muchacho?

Lo envié arriba a ver al paciente. Estuvo con él un rato. Tiberio debía de tener algo que hablar con él.

Cuando mi tío volvió a bajar, me preguntó severamente por el encargo de Filipo. ¡Así que era eso! Hombres decidiendo lo que era adecuado y seguro para mí.

Aproveché la presencia de mi tío para preguntarle por los dos gobernadores muertos. Justino me dijo que Salustio Lúculo no había sido nunca importante.

—En el Senado me dio la impresión de ser un trabajador lento y laborioso.

—Debía de ser eficiente, aunque Domiciano no debió de considerarlo

peligrosamente ambicioso. ¿Podría haber apoyado la revuelta de Saturnino?

—No tenía agallas suficientes.

—¿Le obsesionaban los juguetes militares?

—¿Qué clase de juguetes?

Le hablé de la invención de un nuevo tipo de jabalina. Mi tío hizo una mueca. Había servido en una legión, pero no era un entusiasta del ejército. Le gustaba leer, comer y engendrar hijos. Era un padre benevolente. Sus seis retoños habían invadido mi boda como una turba de pequeños bárbaros.

—Bueno, tío, ¿y conociste al otro senador, Cívica Cerialis?

—No.

—¿En serio?

—No coincidí nunca con él, de verdad.

—¡Entendido! ¿Nadie en el Senado tiene idea de qué es lo que hizo?

Justino hizo otra mueca.

—La idea general es que no hizo nada. Quiero decir «nada» —enfaticó, dejando clara la insinuación.

—¿No apoyó la revuelta de Saturnino, por ejemplo?

—Lo dudo. Estaba demasiado lejos. En Oriente. De todas formas, creo que Domiciano eliminó al viejo Cerialis antes de que se produjera la revuelta. Lo más probable es que su delito fuera la inercia en el caso del Nerón falso.

—¡Ah! Ilústrame, tío.

—Bueno, es una suposición. Cuando apareció el último impostor en Asia, seguramente Domiciano consideró que Cerialis tendría que haber actuado contra él con mayor contundencia.

—¿El Nerón falso se fue hasta Asia?

—Desde luego no se quedó en su aldea siria. Reunió a sus seguidores y emprendió el viaje hacia Roma. Cuando esto le salió mal, el idiota se fue a Partia. Pero toda su aventura es un poco turbia.

—Eso es intencionado —le aseguré—. Se le quita importancia, ignorándolo públicamente... Quinto, supongo que una situación como esa siempre plantea un gran problema para un gobernador. Debió de preguntarse: «¿Y si este inverosímil arribista triunfa?». Al fin y al cabo, Vespasiano y Tito lograron el trono desde Oriente, lo que en su momento parecía una hazaña temeraria.

Mi tío asintió. Yo conocía la historia solo como una especie de cuento popular, mientras que él era lo bastante viejo para recordarla.

—Vespasiano ganó porque los gobernadores de varias provincias orientales, en una región donde se encontraba él guerreando precisamente, se declararon partidarios suyos. Se las compuso de manera que fuera idea de ellos proclamarlo emperador. Sirvió para demostrar que los gobernadores de provincias fronterizas, todos ellos con legiones muy activas a su disposición, podían influir en quién ocupara el trono... con la posibilidad de que pudieran volver a actuar.

—Entonces, ¿la aparición de un falso Nerón en su provincia pudo haberle dado ciertas ideas a Cerialis? —pregunté.

Mi tío me miró con sus bellos ojos oscuros y pronunció lo que parecía un veredicto legal.

—Jovencita, se supone que los gobernadores de provincia tienen criterio suficiente para rechazar a cualquier pastorzuelo de pelo amarillo que se presente cantando y afirmando ser el fantasma de un difunto.

—Entonces, dime, Cerialis murió en Asia antes de que Saturnino organizara su revuelta en Germania. En la misión que me han encomendado, parecen extrañamente relacionados. ¿Qué hay de Saturnino? ¿Llegaste a conocerlo, tío Quinto?

Una vez más tuve que escuchar la típica protesta de inocencia.

—Ese desencaminado rebelde carecía por completo de amigos. ¡Pregunta a cualquiera! —El tío Quito tenía una sonrisa especialmente reveladora.

Siempre había sido atractivo, pero su aspecto había mejorado incluso con la madurez. Su sentido del humor también era más mordaz. Sabía cómo funcionaba el mundo, toleraba sus desigualdades porque tenía que hacerlo, pero, cuando estaba en familia, deploraba las sandeces.

Ni a él ni a su hermano mayor les ofrecerían un consulado ni una provincia, aunque eran más que competentes. Años atrás, un pariente había conspirado contra un emperador. La puerta del éxito político se cerró en sus narices. Se convirtieron entonces en abogados, no de los de relumbrón, famosos por sus pleitos, sino de los honrados que procuraban aconsejar a sus clientes cómo evitar los tribunales. Su perfil político era muy discreto. Habían logrado entrar en el Senado, como su padre, pero no podían aspirar a más.

Ninguno de los dos se refería nunca a la decepción de sus carreras truncadas, ni tampoco parecían resentidos. Sin embargo, les podría haber atraído la idea de apoyar a Saturnino: un recién llegado agradecido podría haber otorgado a Camilo Eliano y a Camilo Justino las oportunidades que los Flavios les habían negado durante mucho tiempo. Ambos eran astutos, y habían juzgado que la revuelta en Germania estaba destinada al fracaso. En cualquier caso, con un conspirador en la familia había suficiente. Una deshonra. Un movimiento en falso ahora, y Domiciano podría recordar lo que había ocurrido en el pasado. Sería muy propio de él. Podría resultar fatal para ellos.

Cuando Quinto era más joven, antes de que su carrera se tambaleara, había sido tribuno militar en la Germania Superior, acuartelado en Moguntiacum. Como yo pensaba, tenía su propia opinión sobre lo que había ocurrido allí el año anterior.

—Moguntiacum es una gran fortaleza que alberga a dos legiones, ambas conocidas por su insolencia. La Legio XIV Gemina tiene una fama terrible. La Legio XXI Rapax no le va a la zaga.

—¿Serviste tú en una de ellas?

—No, en la Legio I Adiutrix. La trasladaron al Danubio. En parte para dejar libre

un espacio en el que asentar la XXI Rapax. A la XIV Gemina la habían llevado ya allí por sus muchos desmanes. Cuando Saturnino ocupó su cargo, las dos legiones llevaban demasiado tiempo haciendo buenas migas. Además, había mucho dinero almacenado en el fuerte, el doble botín de los ahorros de los soldados de ambas legiones. Saturnino confió en aquellos alborotadores y tenía la intención de usar su dinero para financiarse. —Quinto estiró las piernas como si estuviera incómodo—. Ellos los apoyaron, así que, Albia, a lo que ocurrió en enero yo lo llamo motín, no rebelión. El asunto no tuvo nunca calado. Se trató de un hombre que debería haber sido más inteligente, con unos soldados que se comportaron como idiotas. No fue en absoluto un movimiento político a gran escala.

—¿Por qué a Domiciano le preocuparon tanto dos legiones? —pregunté.

—En realidad Saturnino tenía cuatro, un gran ejército. Las otras dos rechazaron unirse a la revuelta, aunque eso no podía predecirse de antemano. Además, su auténtico y malvado plan era invitar a los catos a cruzar el Rin, que estaba helado, desde la Germania libre. La tribu estaba dispuesta a hacerlo, pero un súbito deshielo se lo impidió.

Noté que, para Camilo Justino, animar a unos bárbaros a atacar Roma era un grave pecado.

—Mi impresión es que los rebeldes, o amotinados, ¿simplemente cedieron?

Justino negó con la cabeza.

—No, hubo una batalla. Las fuerzas de Saturnino fueron derrotadas y a él lo mataron. Subestimó completamente la reacción de Domiciano. El emperador en persona se hallaba de camino a la Germania Superior, y Ulpio Trajano acudía a marchas forzadas con una legión desde Hispania, pero antes de que llegaran, Lapiro Máximo había hecho acto de presencia a toda prisa desde la Germania Inferior. Él aplastó la rebelión. Lapiro tenía la Legio I Minervia. Fue Domiciano quien la fundó. A los soldados corrientes les gusta Domiciano, y desde luego aquellos muchachos no iban a dejar que depusieran a su fundador.

Sentí curiosidad por lo que había ocurrido después.

—Todo se mantuvo en secreto, si no recuerdo mal. ¿Acabó antes de que el pueblo de Roma se diera cuenta de que pasaba algo?

El rostro de Quinto se ensombreció.

—Sí, fue una gran sorpresa. Pero debieron de advertir a Domiciano que era probable que se produjera una revuelta el día de Año Nuevo, porque se había preparado en secreto para reprimirla.

—Tenía generales leales.

—Tenía espías.

—¡Mmm! ¿Y, después, tío Quinto? Sé que asesinaron brutalmente a oficiales de las dos legiones amotinadas en Germania.

—Fueron torturados y decapitados. Domiciano hizo que enviaran las cabezas a Roma para exhibirlas en el Foro. Fue una advertencia de lo más cruda para el Senado:

«Esto es lo que les ocurre a los que se oponen a mí». Nosotros no teníamos ni idea. Acudimos a la Curia con toda normalidad —explicó Quinto con tono sombrío—, y sin previo aviso ni explicación, encontramos una repugnante hilera de cabezas ensangrentadas. Algunas, por supuesto, eran de parientes jóvenes de senadores. —De repente, Quinto se removió en el asiento—. Ya basta. No me preguntes más.

Me sorprendió que me cortara así.

—¡Eh! ¿A qué viene tanta cautela?

—Ahora eres informante de Domiciano.

Demasiado tarde comprendí las implicaciones. Con nuestro paranoico emperador, nadie confiaba en nadie, ni siquiera en familiares cercanos. Cualquier indiscreción podía ser denunciada. Tus parientes, tus amigos o tus esclavos podrían traicionarte.

Quinto cambió de tema de forma ostensible.

Miró en derredor, igual que Filippo. Me preguntó qué tal lo llevaba. Le aseguré que tenía planes para contratar servicio doméstico; sabía de un buen mayordomo que podría estar libre. De inmediato, Quinto tuvo la amabilidad de llamar a su escolta con un silbido, me preguntó la dirección, y envió a uno de sus hombres a invitar a Grato a venir a mi casa más tarde para preguntarle si le interesaba el trabajo.

Esta positiva acción me animó. De modo que, cuando poco después me eché una estola sobre la cabeza por decoro y me dirigí al Palatino, caminaba ligera, como si estuviera haciendo progresos.

Sabía que mi tío obraba con sensatez al mostrarse reservado. Por suerte para Filippo, estudiar a las viudas no era el primer trabajo con el que me había sentido incómoda. Los informantes tienen que aceptar lo que les ofrezcan. «¡Igual que los abogados!», le había dicho a tío Quinto en broma. No se la tomó muy bien.

Antes de empezar, rodeé el Capitolio en dirección al Atrio de la Libertad, donde se guardan algunos de los archivos de los censores, y pregunté por un viejo contacto. Sódalo era un esclavo con la piel del color del barro, que llevaba una túnica mugrienta, aunque él estaba convencido de que iba acicalado. Para hacerse una idea de su vanidad, bastaba con ver los cordones rojos de sus zapatos, que debían de llamar la atención cuando salía con sus amigos en busca de diversión con mujeres.

Le pedí que me sacara cualquier pergamino que contuviera referencias a las dos familias que estaba investigando. Él refunfuñó. Le expliqué que era un asunto oficial. Aceptó ayudarme, pero me dijo que tendría que volver más tarde.

—Mucho más tarde. —Se rascó un forúnculo que tenía en la barbilla para dar énfasis a sus palabras.

—Eres una joya, Sódalo. Mañana.

—¡Demasiado pronto!

—Error, encanto. Es para el emperador. —Empezaba a gustarme la utilización del augusto emperador para acelerar los resultados.

Bueno, quizá funcionara. Sódalo torció el gesto, dando a entender que todo el mundo intentaba usar la excusa del «asunto imperial». Insistí en que corría mucha prisa. Él soltó un bufido.

—¿Y cuándo no?

Para un informante profesional no es difícil obtener información. El problema es conseguirla a tiempo, sonsacarle la historia a un haragán cualquiera cuando realmente la necesitas. Tratar con inútiles como Sódalo era mera rutina para mí. Tendría los pergaminos preparados al día siguiente. Sabía que yo siempre le daba una buena propina.

Bueno, adecuada por lo menos.

—Bonitos zapatos, Sódalo, por cierto. —Siempre hay que despedirse de un contacto con una nota positiva.

Volví a encaminarme al otro lado del Foro y ascendí por el Palatino.

El palacio era nuevo, aunque la atmósfera era muy vieja: de sospecha. En los nobles pasillos llenos de mármol me pareció que todas las personas con las que me cruzaba me miraban demasiado. Seguramente todos eran simples escribientes de palacio que se paseaban a propósito de una oficina a otra para eludir el trabajo. Tal vez algunos fueran forasteros, tal vez turistas o estudiantes de diseño acaudalados que habían ido a ver la famosa e innovadora arquitectura y los dorados, aprovechando la ausencia de Domiciano. A mí me pareció que todos tenían pinta de chivatos.

Por supuesto, en el mundo en que vivíamos, tanto escribientes como visitantes eran espías en potencia.

Bromeando mentalmente sobre aquel siniestro entorno, por no hablar de mi propio papel de mercenaria, busqué la oficina en la que trabajaba Filippo. Me llevó tiempo. Había allí estancias dentro de salas dentro de *suites* compartimentadas. Encontré giros y recodos y cambios de nivel. En algún lugar inaccesible, Domiciano y su familia vivían en espléndidos refugios que se podían considerar un merecido retiro... o el escondrijo de un tirano temeroso de un posible ataque. Puertas cerradas a cal y canto los protegían.

Aunque Domiciano estuviera ausente, había dejado tras de sí una opresiva presencia.

Al final tuvo que indicarme el camino un esclavo armado con una fregona. Había bastantes de esos, sin duda observando las idas y venidas de la gente. Encontré a Filippo fingiendo que leía un pergamino. Mantuvimos una breve reunión informativa. Le recordé que debía pagarme mis honorarios antes de empezar a trabajar.

Hicimos una pausa mientras un esclavo iba en busca del dinero. Decidí que me quedaría sentada en la oficina de Filippo hasta que me lo entregara. Él torció el gesto. Yo no me dejé intimidar. El dinero tardó un rato en llegar, así que Filippo me explicó unos cuantos hechos relevantes.

A la viuda de Salustio Lúculo la tenían esperando en una antesala; a su debido tiempo entré en ella con paso vivo, haciendo ondear mi estola y soltando mil y una

disculpas falsas por haberla hecho esperar.

Capítulo 6

Filipo no venía conmigo. Prefería presentarme yo misma.

La viuda llevaba ropas oscuras, muy formales; iba discretamente enojada y acicalada con cremas y cosméticos indetectables. La acompañaban dos doncellas, vestidas con ropas casi igualmente costosas... lo que significaba que eran más caras que las mías. Acostumbrada a compartir la posición jerárquica de su marido, la viuda no se levantó cuando entré, ni me invitó a sentarme.

Yo me senté de todas formas en un diván, con la espalda recta, entre sus alargados cojines con borlas. Dejé que ella me examinara: sin acompañante, vestido largo de buen paño y color claro, pelo oscuro pulcramente recogido, aunque era evidente que lo había hecho yo misma y no una hábil esclava. También yo llevaba un discreto collar y pendientes, pero corrientes. Tenía veintinueve años, un acento que ella no sería capaz de ubicar y una templanza que no logró impresionarla.

—Me llamo Flavia Albia. Soy la esposa de un magistrado. Voy a hacerle unas preguntas sobre su difunto marido. —Mientras hablaba, saqué mi tablilla de notas y mi estilo, pero los dejé a un lado, sobre el diván. Quería parecer profesional, pero no amenazadora.

Empecé con lo más obvio: ¿Había acompañado a su marido a su destino en Britania? No. Bueno, eso lo hacía todo más fácil. No había estado allí. ¿Qué podía saber ella?

Las mujeres de rango tenían la opción de acompañar o no a sus maridos. Las esposas de matrimonios distanciados solían quedarse en Italia. Podía prescindirse perfectamente de visitar provincias con una alta actividad militar, como Britania, aunque un gobernador encargado de educar a indígenas desaliñados bien podía beneficiarse de la presencia de una esposa culta. Las esposas sensatas, aquellas a quienes les importaba, acompañaban de todas formas a sus maridos para impedirles que se echaran amantes.

—¿Puedo preguntar qué influyó en tu decisión?

—No parecía necesario que yo fuera hasta allí.

Fingí simpatizar con ella.

—El clima, la escasez de comodidades... En realidad, no está tan mal. En una ocasión me alojé en el palacio del gobernador en Londinium. Me pareció confortable. —Para una carroñera que antes vivía en las calles, el lujo había sido deslumbrante. Recordaba los enormes interiores, las impresionantes salas, los tranquilos jardines formales, los suelos de mosaico calentados, incluso las ventanas vidriadas...—. Me impresionó el ambiente de eficiencia diplomática. Los enérgicos asistentes militares. Los eficientes funcionarios. La recepción para comerciantes y demás. Los funcionarios a los que conocí parecían personas honradas con una misión, personas con una visión de futuro.

A pesar de mi amistoso enfoque, la viuda no reaccionó.

Le pregunté si su marido le había escrito desde Britania. Sí que lo había hecho, pero el contenido de las cartas era rutinario. Asuntos familiares. Disposiciones domésticas, cumpleaños... Me aseguró que no había guardado nada. A poco que fuera sensata, al volver a casa quemaría todo lo que pudiera encontrar. Si se hubiera relajado un poco conmigo durante la entrevista, yo misma se lo habría aconsejado.

—¿Te han entregado algún documento que él hubiera dejado en Londinium?

—No.

Si eso era verdad, tal vez algún asistente leal había vaciado los archivos. Tal vez el verdugo de Domiciano lo había registrado todo buscando pruebas, y luego se las había llevado. O, estando tan lejos de Roma, en lugar de cargar con un montón de cosas para atravesar Europa, quizá se habían limitado a tirarlo todo.

—Supongo que no podrás decirme, entonces, si Salustio Lúculo mantenía comunicación con otros gobernadores. Creo que ya sabes a qué me refiero. En primer lugar, ¿se puso en contacto con Antonio Saturnino?

—No, que yo sepa.

Noté que la viuda se relajaba un poco. Debía de saber que podía fingir ignorancia. Filippo me había contado que existía un problema con la correspondencia en la Germania Superior.

—Por desgracia, todo lo escrito se ha perdido —admití abiertamente—. Esto causó no poco revuelo, como sin duda ya sabes. Cuando Lapio Máximo llegó a Moguntiacum, decidió encender una pira. Norbano, que llegó desde Recia, le ayudó a encenderla. Los censuraron a ambos más adelante, pero sin castigarlos. Para serte sincera, me parece extraño que Máximo y Norbano salieran bien parados.

Por una vez, la viuda mostró una leve satisfacción.

—Domiciano se pondría furioso.

—Bueno, sí —admití—. Entre los dos destruyeron cualquier cosa que pudiera resultar incriminatoria. Algunas personas pensaron que Lapio Máximo se protegía a sí mismo.

Esta vez la viuda tuvo la prudencia de no reaccionar.

—Si estaba organizado, Saturnino debió de sondear a todo el mundo —sugerí—. Incluso una respuesta diciendo simplemente «No, gracias» habría sido condenatoria a los ojos de Domiciano.

—Me dijeron que Máximo y Norbano solo querían apaciguar las cosas. Contener las recriminaciones. Saturnino estaba muerto, así que era mejor dejar que se fuera apagando todo —contestó la viuda.

—Claro —proseguí—. Supongo que tampoco puedes decirme si tu marido mantenía correspondencia con Cívica Cerialis, que estaba en Asia.

Estaba en lo cierto. Un aristocrático encogimiento de hombros me dijo que no.

—Cerialis plantea un interrogante. ¿Cómo reaccionó ante el problema del Nerón falso? ¿No tienes la menor idea de si tu marido se interesó por ese tema?

La viuda afirmó que no; dijo que los sucesos de Britania y los de Asia no estaban

relacionados. Francamente, yo opinaba igual.

—¡Disculpa mi error! En cualquier caso, unos disturbios en Palestina tendrían escasa repercusión en Londinium. En general, supongo que los gobernadores de provincias distantes entre sí solo mantendrían correspondencia si fueran buenos amigos. Bien, y aquí en Roma, ¿se trataban vuestras familias?

Ella me aseguró que se habían tratado en sociedad, pero que nunca habían sido amigos. El tío Quinto ya me lo había advertido. Aunque las dos familias hubieran pasado los veranos juntas en el lago Albano, ahora lo negarían.

Cambié de tema.

—¿Y qué hay de esa extraordinaria historia sobre una jabalina nueva que inventó tu marido y a la que le dio su propio nombre? ¿Te parece que podría haber hecho algo así?

La viuda se limitó a suspirar y a hacer un gesto con ambas manos. Tal vez deplorara sus pasatiempos, echándole la culpa por su falta de tacto, o simplemente se sentía impotente ante una acusación estúpida e infundada. Incapaz de descifrar cuál de las dos opciones era la correcta, la apremié a responder.

—Dime, entonces, qué ocurrió. Solo sé que a tu marido no lo llamaron de vuelta a Roma. Se quedó en su provincia y fue «ejecutado» allí. ¿Cómo murió exactamente?

De pronto, perdió la compostura. Por una vez fui testigo de su emoción. Seguía sin estar claro si amaba a su marido, o hasta qué punto, pero desde luego la viuda de Salustio estaba furiosa por su muerte y por fin lo demostraba.

—Caro. —Su tono era a la vez firme y airado—. ¡No me dijeron cómo, pero sé quién fue el responsable! Julio Caro lo organizó todo. Y ese hombre horrible ha recibido una vil recompensa por ello.

Recogí mi estilo y mi tablilla. Julio Caro. Eso sí que lo anoté.

Después de estudiarla, decidí parar. La viuda estaba realmente alterada; la vi temblar. Las dos doncellas me lanzaron miradas fulminantes e hicieron ademán de acudir prontas a su lado. Ella era demasiado orgullosa; alzó una mano para contenerlas. Aunque rápidamente se rehízo y no emitió ninguna otra queja, di por concluida la entrevista.

Capítulo 7

Filipo se había ido a comer. Era media tarde, así que me tomé esa información como un eufemismo.

Cuando entré en la oficina, encontré a un tal Fusco, un hombre callado, con un aire amenazador. No parecía tener otro trabajo que estar pendiente de mí. Me dijo que me ayudaría en todo lo que necesitara, aunque cuando le pregunté quién era Caro, afirmó no saberlo.

Si en realidad lo sabía —y ahora estaba pensando como uno de ellos— deduje que quería saber para qué necesitaba yo la información y cómo afectaba a su política. La gente de palacio no suelta prenda hasta que creen comprender tus motivos para preguntar algo. Seguramente comprobaría con Filippo si podía darme acceso a esa información.

—Se ha producido un cambio de lugar para la segunda cita, Flavia Albia. La mujer no deseaba venir aquí. Como alternativa, se le ha ofrecido una estancia muy privada en los aposentos de la emperatriz, que en estos momentos está fuera, de modo que no habría incomodidad ninguna, pero ella ha elegido la Casa de Livia.

—¿Por qué?

—Los palacios la ponen nerviosa. Desde que murió su marido. —Fusco me sorprendió entonces aportando una útil sugerencia—. Puede que Rubrio sepa quién es Caro. —Seguramente seguía recelando igual que antes, pero le pasaba el problema a otra persona.

Me condujo hasta Rubrio, que supuse que debía de ser un agente de inteligencia de algún tipo.

—¿A qué te dedicas, Fusco? —le pregunté por el camino, por conversar—. ¿Te ocupas de los buzones donde los esclavos dejan notas traicionando a sus amos, o eres un asesino entrenado?

Al oír mi segunda sugerencia, dio un respingo. Me sorprendí. No de que realmente fuera un asesino entrenado, sino de que lo hubiera adivinado.

Solo pretendía ser una broma.

Mientras caminábamos, me fijé en que Fusco tenía un paso extremadamente sigiloso y que mantenía los brazos despegados con los codos ligeramente doblados, como si estuviera listo para empuñar rápidamente un arma oculta.

Según la ley, ni siquiera los soldados podían ir armados intramuros en Roma.

En el palacio, se suponía que ni siquiera el personal de más confianza podía llevar armas, por si se les ocurría atacar al emperador.

El tal Rubrio también daba sutilmente la impresión de ser capaz de estrangular a un centinela sin el menor ruido, cuando tuviera que hacerlo. Seguramente había estado en más cursos de adiestramiento militar que en conferencias sobre escritura en clave

o taquigráfica, aunque a la sazón se hallaba ocupado en tareas administrativas.

Se presentó como ayudante de Filipo. Sus modales eran apacibles, aunque tenía el aire de poseer una larga experiencia sobre el terreno; objetos étnicos colgaban de las paredes de su oficina. Estaba segura de que había mucho más aparte de lo que aparentaba a simple vista. Si tuviera que ocultarse en el campo con Rubrio, seguro que él sabría cómo mear sin ser detectado y qué gusanos eran comestibles.

Al parecer estaba revisando unos informes de inteligencia, lo que hacía frunciendo levemente el entrecejo para concentrarse, como si el mundo entero dependiera de que los interpretara adecuadamente. Tal vez eran todo fantasías mías. Quizá solo estaba repasando gastos de mensajería. Mi padre me había dicho que para pedir a palacio un reembolso de los gastos se requería la misma habilidad que un artista para tallar un desnudo en mármol. Según papá —sobre todo si se había tomado un par de copas—, una cuenta de gastos que acabara pagándose de verdad, sin deducciones, era tan hermosa y atemporal como las mejores obras de Fidias.

Rubrio tenía un aspecto juvenil, aparentaba unos treinta años, aunque mirándolo más de cerca se le veía mayor. Se mostró amistoso. De jovencita, podría haberlo encontrado guapo y atractivo, aunque ahora me limité a tomar nota de la placa blanca con un retrato tallado que había sobre su escritorio, de una mujer que debía de ser su esposa. La había colocado mirando hacia un lado para no sentirse excesivamente vigilado si se entregaba a una ensoñación sobre otra mujer más voluptuosa.

Tampoco él pudo ayudarme con Caro, aunque, cuando me aseguró que lo averiguaría, me pareció que lo haría. Me dijo que volviera a palacio después de haber visto a la segunda viuda.

Capítulo 8

Fusco me acompañó hasta la Casa de Livia, que no estaba nunca abierta al público. El guardián echó un vistazo a mi sombrío guía y nos dejó pasar.

Al viejo emperador Augusto le gustaba fingir que era un ciudadano «corriente» que vivía con sencillez. Teniendo en cuenta que tanto él como su esposa poseían espléndidas casas separadas en el Palatino, pretender que seguía un estilo de vida anticuado era absurdo. A mí me parecía despreciable, igual que la afirmación de que las mujeres de su casa tejían toda la ropa de la familia. A juzgar por lo que suelen llevar emperatrices y princesas, su destreza con el telar tendría que ser prodigiosa. Y con la de amantes que tuvo su hija Julia, cabe preguntarse cómo encontraba tiempo para tejer también las túnicas de papá. Según cuentan, era muy friolero y en ocasiones se ponía hasta tres.

Mi padre detesta los regalitos cursis hechos a mano por sus hijos. Él busca túnicas usadas en puestos de ropa vieja. Cuando encuentra una que le resulta tolerable, la utiliza durante los diez años siguientes.

Según las normas de Falco, yo iba más que limpia y pulcra aquel día. Nunca he creído que una mujer, sea de la profesión que sea, deba ir tan desaliñada como los hombres. Además, se suponía que debía parecer más una matrona en busca de donaciones para el templo que una informante tratando de incriminar a sospechosos.

Cuando puse los pies en el suntuoso atrio de alto techo con mis sandalias de clase media (elegantes, pero cómodas), varias de las acompañantes de la viuda aguardaban bajo antiguos frescos mitológicos. Eran personas elegantes que nos ignoraron. Fusco fue en busca de alguien a quien poder comunicar que habíamos llegado. Me hizo esperar, ordenándome que no me pusiera a explorar. Según su protocolo, los espías no debían inspeccionar un lugar de encuentro por sí mismos, sino encomendarle la tarea a algún secuaz. Eso explicaba por qué los servicios de inteligencia se equivocaban tan a menudo.

Aburrida, examiné los frescos. Yo tenía un mal día, atada para impedir que se divirtiera. Un par de dioses o héroes posaban sin hacer nada y sin la menor intención de liberarla.

Fusco regresó.

—Las mujeres están en una antesala. —Señaló una estancia adyacente.

—¿Mujeres, en plural?

—Ha venido con su cuñada. Ve. Yo me quedaré aquí para escuchar lo que dicen las acompañantes. —Serían estúpidas si dijeran algo delante de él... pero si la gente se comportara sensatamente, el servicio de inteligencia se iría al traste.

No había ningún esclavo para abrir la pesada puerta de doble hoja. Logré accionar los grandes picaportes yo misma. Había decidido no llamar previamente.

Las grandes damas que me esperaban eran parientes de hombres con cuatro nombres: Cayo Vetuleno Cívica Cerialis y Sexto ídem ídem ídem. En público, mujeres como ellas exhibían su nobleza como un uniforme. Cuando la emperatriz Livia se sentaba con una tisana bajo aquellas elegantes guirnaldas de flores y frutas pintadas, planeando envenenar a sus parientes, seguro que respiraba con un desdén similar. También a ella le habría ofendido mi presencia como ser inferior.

La esposa del gobernador ejecutado se había vestido como una matrona de luto, con tanto esmero como la viuda anterior. Vestido oscuro de buen paño, joyas que eran una pomposa declaración. Tal vez las dos mujeres habían estado conspirando de antemano. Chicas unidas. Hermanadas en la desgracia. Reunidas para decidir cómo responderme.

Esta viuda iba envuelta en un pesado velo. Le pedí que se quitara la superflua prenda. Se trataba de una reunión de mujeres, no de hombres realizando un sacrificio. Dado que hacía más de un año de la muerte de su marido, no podía estar ocultando los estragos de su aflicción. En cualquier caso, el rostro que finalmente desveló no mostraba huellas de lágrimas.

Venía respaldada por una dama de aspecto autoritario, vestida de amarillo y verde, con brillantes sedas y centelleantes capas de cadenas de oro. Filippo me había dicho que el hermano de Cívica se había casado con una tal Lusía Paulina, hija de un caballero, algo poco corriente entre los de la clase senatorial. Muy poco corriente. Que yo supiera, era el único que lo había hecho.

—¿Eres Flavia Albia? Deberías avergonzarte de ti misma, acosando a personas inocentes para ese hombre. —Lusía Paulina no se mordía la lengua. Se agradecía el cambio después de los silencios orgullosos e incómodos de antes.

—¿Para Filippo? —Había tenido que enfrentarme con testigos beligerantes muchas veces, en su mayor parte, hombres que ocultaban algo. A las mujeres sabía cómo tratarlas—. Ya conoces la alternativa: un inquisidor pretoriano. Yo os trataré con mayor cortesía. Agradecédmelo.

—Me refería a trabajar para...

—¡No! —le interrumpí—. Debes ser más precavida. —Si dejaba que hablara mal del emperador, mi siguiente problema podría ser que *ella* me denunciara *a mí* por traición...

Saqué la consabida tablilla, pero esta vez la dejé sobre mis rodillas, con el estilo a punto. Intuía que se avecinaba una disputa; prometía ser interesante.

Me dije que habían preparado previamente la estancia. Ellas estaban sentadas en sillones de mimbre, que tal vez utilizó en otros tiempos la emperatriz Livia, pero ahora se veían muy usados. A mí me habían dejado un taburete con patas en forma de equis. Son terriblemente incómodos. Fausto tenía uno. Le había visto usarlo muy raras veces, a pesar de que era siempre formal como edil. En aquella casa, reducida

ahora a un legado histórico en el que no vivía nadie, por supuesto, no había cojín.

Me sonreí. Alguien les había hablado del truco de colocar a un sospechoso entre dos interrogadores para que no pueda verlos a ambos simultáneamente; aunque los papeles se habían invertido, intentaban explotar ese tópico conmigo. Debería ser yo quien llevara la voz cantante, pero dejé el taburete donde estaba. No se les había ocurrido que siempre podía darle la espalda a una de ellas. Así lo hice de inmediato con Lusía Paulina.

—Para empezar, te haré las mismas preguntas que he hecho a la viuda de Salustio Lúculo.

—Mi cuñada está demasiado alterada —me interrumpió Lusía Paulina, alzando la voz a mi espalda—. Yo hablaré en su nombre.

—Muy bien. —Pacientemente, me volví hacia ella—. En primer lugar: ¿Fue a Asia con su marido?

—Mi cuñada y yo —afirmó Lusía Paulina con tono altivo— creemos que una esposa debería acompañar siempre a su marido a su destino. Comparte la experiencia, asume las mismas cargas. Presta su contribución en sociedad y en privado.

—Encomiable —reliqué amablemente.

—Nosotros, los Vetuleno, procedemos del territorio sabino. ¡La familia es muy importante!

Lusía Paulina hablaba demasiado. A mi primera pregunta solo tenía que contestar con un sí.

—¿Cívica Cerialis tuvo alguna otra provincia antes de Asia? —proseguí.

—Moesia. —Lusía Paulina tenía preparada información en abundancia para soltármela—. Mi marido sirvió allí primero. Sexto tuvo una carrera muy distinguida. Inmediatamente después de ser gobernador de Judea, lo nombraron cónsul, luego lo enviaron a Moesia sin ningún intervalo de espera, lo que es inusual. Se trata de una provincia fronteriza con muchos asuntos espinosos, que requiere de un alto grado de competencia. El hermano de Vespasiano había servido allí previamente, por lo que Sexto se tomó un vivo interés. Gobernó Moesia durante seis años, lo que también carece casi de precedentes. Cayo tuvo el honor de seguir directamente los pasos de su hermano mayor.

—Entonces, ¿Sexto lo precedió como gobernador de Asia? —Utilizar el nombre personal de su marido era demasiado informal, pero como los dos hermanos compartían los otros tres nombres, no tuve más alternativa.

—No, nosotros estuvimos en África.

África era el otro gran botín para los senadores más notables, igualmente prestigioso.

Me volví de nuevo para mirar directamente a la viuda de Cívica.

—Tengo que preguntar por la correspondencia. ¿Se comunicó tu marido con Antonio Saturnino, que estaba en la Germania Superior? ¿No? ¿Estaba demasiado lejos? —Ella asintió en silencio—. He preguntado a la viuda de Salustio Lúculo

acerca de unas cartas de su marido sobre el Nerón falso. —Intentaba dar a entender que palacio podía estar en posesión de pruebas incriminatorias, aunque intuía que aquellas dos no se lo iban a creer—. Si tú estabas con tu marido, no había necesidad de que os comunicarais por escrito. —A menos que se hubieran peleado y ella le hubiera mandado una nota: «Tu toga está en el horno...»—. Podías hablar con él. Tú crees en la unión marital tradicional, en compartir confidencias. Bien, cuando tú y él conversabais en privado, ¿expresó Cívica Cerialis su opinión sobre esos temas?

—¡Nada concreto! —me espetó Lusía Paulina desde su lado.

—¿Lo hizo? —repetí, dirigiéndome a la viuda.

Ella intercambió una mirada con su cuñada, luego negó con la cabeza. No se subordinaba a Lusía, pero se suponía que era esta la que debía hablar.

Puede que yo dejara patente mi irritación.

—Me resulta difícil de creerte, sobre todo cuando el falso Nerón se presentó en la provincia. Eso debió de colocar a tu marido ante un difícil dilema. Sin duda compartió contigo sus recelos.

No.

Ante una negativa directa, no tenía por dónde continuar. Ya había advertido a Filipo de que no podíamos esperar otra cosa, y ahora mi misión se había vuelto imposible. No podía tratar a la viuda como a una sospechosa. Filipo había sido muy claro al respecto: debía averiguar cuanto pudiera, pero sin dar pie a que se quejaran. Sabía el porqué: Domiciano no había autorizado una investigación. Solo se lo dirían si yo averiguaba algo relevante. Si yo metía la pata, Filipo podía hacerse acreedor de una severa censura, o algo peor. Igual que yo.

—¿Visitó Éfeso el falso Nerón alguna vez? —Allí era donde vivía el gobernador de Asia. Capté una fugaz muestra de inquietud cuando la viuda reconoció que sí. Luego insistió en que el gobernador no había admitido jamás al impostor a su presencia—. ¿Y dónde se alojó entonces? —Pausa vacilante—. ¿En el palacio del gobernador? ¿Se le concedió hospitalidad? ¿Acomodo? ¿Comida y bebida?

Ella afirmó que no, pero podía estar encubriendo la verdad, lo que era significativo.

—¿Levantó una tienda en un huerto de árboles frutales? —Ambas mujeres respondieron con un resoplido burlón—. No pretendo ser graciosa —les reocriminé—. El falso Nerón procedía de una provincia desértica, por lo que es de suponer que estaría familiarizado con las tiendas. Quiero saber cómo se recibió a aquel hombre.

—Jamás fue recibido oficialmente.

Presumiblemente, Domiciano sospechaba lo contrario. Si podía demostrarse, la acusación contra Cerialis tendría más enjundia que el socorrido cargo de «conspiración».

—El gobernador se horrorizó cuando el falso Nerón apareció en Asia —se apresuró a recalcar Lusía—. Nos colocó en una terrible posición.

Eso era innegable: Cayo moriría por ello. Para agitar un poco las cosas, formulé

la pregunta que tanto había perturbado a la viuda de Lúculo: ¿Cómo habían «ejecutado» exactamente a Cívica Cerialis?

La reacción de esta viuda fue aún más exagerada. Se aferró a los brazos de su sillón con tanta fuerza que los nudillos se le volvieron blancos. Cerró los ojos y empezó a mover la cabeza de un lado a otro, emitiendo desesperados sonidos guturales. Su angustia parecía auténtica.

La cuñada se levantó de un salto.

—Ten un poco de misericordia. ¡No hay necesidad de recordárnoslo!

—¡Oh, no! —exclamé, sorprendida—. ¿Quieres decir que fue testigo de la muerte de su marido? —Me dirigí a la doble puerta a grandes zancadas, la abrí de golpe y llamé a las doncellas—: Vuestra señora os necesita. Venid de inmediato a atenderla. Una de vosotras que pida un vaso de agua al conserje. ¡Deprisa!

Mientras los mimos y las palmaditas empezaban en la antesala, hice una señal a Lusía Paulina con una brusca inclinación de cabeza. Ella se reunió conmigo en el umbral, fuera del alcance del oído de la otra. La vi tensa, con los brazos firmemente cruzados, a la defensiva.

—¿Estuviste tú también en Asia? —le pregunté rápidamente.

—Sí —admitió Lusía—. Mi marido había fallecido. Ella me invitó amablemente para hacerle compañía. Me gusta Oriente.

Lusía Paulina debía de haber sido una mujer atractiva de joven. Sus rasgos eran marcados y los ojos, negros. Su belleza tenía un aire oriental, y pronunciaba el latín con un leve acento. Hay tanta gente en Roma con acento que casi ni te fijas. Aunque antes había hablado en nombre de los Vetuleno, pertenecía a la familia solo por matrimonio. ¿Había elegido el noble Sexto Vetuleno a aquella atractiva y enérgica hija de un caballero cuando se hallaba destinado en Oriente? ¿Era Lusía el exótico recuerdo de un viaje?

—¿Eres natural de esa zona? —me aventuré a preguntar.

—Mi familia procede de Egipto. Pertenezco a la red social oriental. Conozco a todo el mundo. En Apolonia, Perge, Antioquía... Resulta muy útil.

La intrincada aristocracia de la parte oriental del Mediterráneo era a la vez poderosa y todavía discreta para nosotros, los de la parte occidental. Allí los nobles son extremadamente ricos y ven a Roma como una potencia advenediza.

—Entiendo. He estado en Grecia y en Egipto —dije, ahorrándole más explicaciones—. Bien, dime rápidamente —añadí en voz baja y apremiante—, ¿esperaba Cayo su muerte?

—No. —Lusía también mantuvo el tono bajo. A las personas que proceden de Oriente como ella les resulta fácil encubrir una conversación—. Un enviado se presentó allí de repente sin avisar. Irrumpió con soldados e inmediatamente les ordenó que pasaran a espada al gobernador.

Tales eran los métodos de Domiciano.

—¿Al gobernador no se le dio la opción del suicidio?

—No pudo recurrir a la justicia. —Incluso yo tuve que menear la cabeza con desaprobación. Jamás deberían haberle puesto la mano encima. Deberían haberlo llamado de vuelta a Roma y haberle permitido defenderse de sus actos, o de los actos que Domiciano le atribuía—. Cayo no tuvo tiempo de prepararse. Suplicar clemencia era inútil. Estaba muerto en el suelo antes incluso de que hubiera acabado de preguntar qué estaba pasando.

—¿Y su mujer lo vio todo?

Lusia Paulina se estremeció.

—Se arrojó sobre él.

—Por Juno.

—Cayó sobre su cuerpo. Creo que, si hubiera podido, se habría interpuesto entre su marido y los soldados. Pero fueron demasiado rápidos. Todo había terminado. Tuve que tirar de ella para separarla del cadáver. Estaba cubierta de sangre. Chillaba histéricamente. Temí que los soldados la atacaran también a ella, a menos que se soltara... Aún tiene pesadillas y lo revive otra vez.

—¿También tú? —pregunté, compadeciéndola.

Ella no quería mi compasión.

—Entonces el enviado tomó el mando de la provincia. —Lusia Paulina mantuvo la compostura mientras relataba los hechos con voz dura—. Le pedí ver su nombramiento. Mostró unas instrucciones firmadas por Domiciano. Me las enseñó sin poner la más mínima objeción... Se dio cuenta de que yo era la persona con la que debía tratar si quería que todo se desarrollara sin alboroto.

—¿Cómo se llamaba?

—¡Ítalo! —escupió—. Un simple caballero. Jamás debería haber asumido el cargo. Ese aspecto fue causa de protestas posteriormente, pero en vano. —Tras una airada sacudida de sus faldas de vivos colores, siguió hablando—: Trabajaba para mi cuñado. Era un procurador de la provincia. Minicio Ítalo. ¡Aquel hombre no sabía lo que era la lealtad!

—¿Por qué lo eligió Domiciano?

—Ítalo estaba en el Helesponto. Era el funcionario más cercano para un mensajero que llegara desde Roma.

Y Domiciano confiaba en él. Era caballero y Domiciano lo había nombrado a él. Siempre que Domiciano eliminaba a alguien de la vieja guardia a causa de sus sospechas, solía designar a un caballero en su lugar. La clase ecuestre carecía de una carrera específicamente estructurada; siempre se mostrarían agradecidos.

Colocar a un hombre de rango medio como gobernador de Asia era un insulto hacia el Senado... también para la importante aristocracia local. Tal vez fuera un nombramiento temporal, al emperador podía haberle parecido la elección correcta, pero demostraba su indiferencia hacia las sensibilidades de la legendaria red social oriental. Domiciano podría haber designado a cualquiera de los miembros senatoriales del personal del gobernador: su secretario de finanzas, o algún legado

militar. Supuse que también estos eran sospechosos. Lusía Paulina lo confirmó.

—Un gobernador es bastante libre para elegir a su propio personal. Ítalo los sustituyó a todos de inmediato.

Me tomé un instante para imaginar a aquella mujer esforzándose por mantener la calma en medio de una situación desesperada, atendiendo a una viuda desconsolada y a la traumatizada gente de su casa, intentando decidir cómo debían comportarse para salir indemnes, ocupándose de verificar que el intruso tenía las credenciales necesarias... Sí, el procurador sería cortés con ella, tal vez incluso agradeciera su presencia.

—Nos permitieron celebrar un funeral. En cuanto terminó, recogieron las cenizas y nos las dieron en una vasija de vino germana. Luego nos metieron en un barco de vuelta a casa. Al día siguiente, antes del alba. —Era comprensible que Ítalo quisiera desembarazarse de las dos mujeres. Y si, además, conocía las conexiones de Lusía en la zona, necesitaba expulsarla con rapidez.

—¿Volvisteis a Italia?

—Italia es mi hogar por matrimonio, por supuesto. El hogar de mi marido y de mis hijos. Todos vivimos en Reate.

Señalé a su cuñada con la cabeza.

—¿Tenéis hijos las dos?

—Sí.

Todos en desgracia. Todos esperando que un día cambiara el régimen, todos deseando *a posteriori* que el pretendiente a Nerón hubiera tenido éxito, y que les hubiera recompensado por su apoyo.

—Entonces —proseguí arteramente, por probar—, ¿apoyó Cívica Cerialis realmente al falso Nerón?

—Nadie le apoyó —respondió Lusía, desechando la sugerencia—. Primero recurrió a los gobernadores de Siria y de Capadocia-Galacia, Valerio Patruino y Cándido Mario Celso. Dos hombres muy sensatos, ambos de origen oriental. Patruino había sido el predecesor inmediato de Celso en la Capadocia. De allí pasó a Siria sin intervalo entre un nombramiento y otro. Por supuesto, Celso está emparentado con absolutamente todo el mundo, y Patruino está casi igual de bien relacionado, por lo que ambos forman una camarilla muy unida. Yo los conozco, los conozco bien a los dos.

Pues claro. Ella conocía a todo el mundo. Enumeraba los altos cargos que habían ocupado casi con la misma diligencia que un burócrata de palacio.

—¿Conociste al pretendiente a Nerón?

Lusía me lanzó una mirada asesina.

—¡Aunque hubiera sido una persona digna, eso habría sido una temeridad!

—Ya veo. —Lo que veía era que no había respondido realmente a mi pregunta.

Pero necesitaba añadir algo más.

—No era nadie. Un patán de aldea. Solo los dioses saben de dónde lo sacó quien

fuera.

—¡Ah! ¡Llegaste a verlo!

—Yo no he dicho eso.

—Por supuesto que no. Bien. Esos dos gobernadores de Siria y de Capadocia-Galacia habrían sido un respaldo formidable para él. Entre los dos debían de tener cuarenta mil soldados, si contamos las tropas auxiliares. —No es que yo fuera una aficionada a lo militar. Los datos me los había proporcionado Filipo.

—Desde luego. Pero lo rechazaron los dos. Cayo lo sabía, por supuesto; mantenían una correspondencia constante. De modo que decidió que el problema se resolvería por sí solo. Como así fue. Estaba en lo cierto. Ignoró todo intento de acercamiento. El pretendiente huyó a Partia.

—¿Antes de que llegara Ítalo?

Lusia reflexionó.

—Más o menos al mismo tiempo. Después del asesinato, creo que Ítalo dispersó a los rebeldes. Utilizó las tropas que llegaron con él desde el Helesponto.

Me pregunté si existiría alguna posibilidad de que, justo antes de ser asesinado, Cívica Cerialis hubiera ayudado a escapar al pretendiente. No se lo pregunté a ella, porque Lusia se mostraba convencida de que Cerialis no tenía la menor idea de que Domiciano iría contra él; no habría sabido entonces que debía deshacerse del falso Nerón cuanto antes.

—Entonces el falso Nerón se refugió entre los partos, que siempre están más que dispuestos a provocar problemas, aunque no ataquen abiertamente a Roma... ¡Debió de reinar el caos en Asia!

Lusia soltó un bufido.

—Eso me contaron mis amigos de allí.

Las doncellas de su cuñada habían acabado con los aspavientos. Su señora se había vuelto a incorporar en una postura formal, con las manos enlazadas sobre el regazo. Quedaba claro que no quería hablar conmigo; habría sido inútil obligarla.

Por sentido común, exoneré a Cívica Cerialis de haber apoyado la revuelta de Saturnino en Germania. Lo habían matado mucho antes de que se produjera; no había vínculos entre Germania y Asia, no como los que había entre Germania y Britania. Así pues, concordaba con el tío Quinto en que el delito de Cívica había sido no haber tratado con severidad suficiente al Nerón falso.

Y aunque hubiera alentado sus pretensiones, la viuda y su cuñada nunca me permitirían demostrarlo. Lusia Paulina llevaba las riendas de la situación. Sabía lo que debían decir y había aleccionado a la viuda. Podía apostar a que su historia sería inamovible, incluso bajo tortura.

Así pues, Cívica Cerialis había muerto por indecisión. Pura mala suerte. La Historia nos dice que los gobernantes culpables de debilidad no acaban siendo castigados, sino que mueren con honores. Bueno, ese es el punto de vista cínico.

En ese momento, Lusia Paulina decidió dar por concluida la reunión.

—No podemos decirte nada útil. Regresaremos a Reate y viviremos allí tranquilamente con nuestros hijos, esperando tiempos mejores. Mi marido y mi cuñado no tuvieron un padre cónsul, pero nada puede empañar el prestigio que ambos se ganaron. Créeme, Flavia Albia, un día, tendrán hijos cónsules.

Le respondí en voz baja que yo no defendía el régimen actual. Si su profecía se cumplía, esperaba que ella y su hermana vivieran para ver prosperar a sus hijos como se merecían.

Cuando las mujeres abandonaron la sala, la viuda del gobernador rehuyó mirarme. Avanzó al abrigo de una falange de doncellas protectoras.

Solo entonces se dignó Lusía Paulina a ofrecerme algo. Las dos éramos mujeres inteligentes con padres de la clase ecuestre, ambos con un pasado pintoresco. Como esposa de un cónsul, ella me miraba por encima del hombro; aun así, me caía bien.

—No pierdas el tiempo acosando a los que de verdad son amigos de Roma — musitó—. Presta atención al auténtico peligro. ¡Deberías mirar a Partia!

Capítulo 9

Tras este comentario de despedida, Lusía Paulina me saludó con una seca inclinación de cabeza. Esperaba que reconociera que yo era una persona íntegra, que entregaría a Filippo un informe justo. En cualquier caso, no se mostró amigable conmigo, pues yo no podía garantizar la reacción de los que me habían contratado.

No vi a mi adusto escolta, por lo que emprendí el regreso yo sola, caminando a mi paso, pensando en lo que acababa de oír. Volví al Palatino para visitar de nuevo a Rubrio.

—¡Fusco me ha dicho que ya venías! —fue el saludo que recibí.

Fusco debía de haberme visto buscándolo, y, sin embargo, se había apresurado a adelantarse. Tal vez practicaba maniobras sobre el terreno. ¿O había estado escuchando mi entrevista por el ojo de la cerradura y se había ido corriendo a informar sobre mí?

—Bueno, Rubrio, me alegro de que no me esperara. Me gusta detenerme siempre en el Auguraculum de Rómulo para observar a las aves, por si acaso me pronostican algún nuevo amante.

Rubrio fingió avergonzarse.

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

—¡Tan mal como esperaba!

Con tono cortante, le avisé de que ahora quería también todos los datos sobre Minicio Ítalo, el hombre del Helesponto, igual que los de Julio Caro, el de Britania.

—Sí, lo imaginaba. Ya he concertado una entrevista con Eutrapelo.

—¿Y quién es?

—¡Ya lo verás!

Eutrapelo estaba a cargo de los registros. Se trataba de registros que yo sabía que debían de existir, pero jamás había sospechado que los conservarían con tanto esmero, ya puestos, que los tendrían guardados allí. Estando en palacio, podían solicitarse sobre la marcha para que los consultaran altos funcionarios interesados en el personal militar, pero en ocasiones —que bajo el reinado de Domiciano, eran muchas—, para que los revisara atentamente el propio emperador.

Recorrimos un largo pasillo y luego doblamos un recodo. Eutrapelo trabajaba cerca de los espías.

La estancia que habitaba era un auténtico columbario^[5], con las paredes llenas de nichos, y en cada agujero había rollos pulcramente colocados. Se había dejado un espacio para un gran mapa en el que estaban anotadas las provincias con números y nombres abreviados para las legiones desplegadas en cada una de ellas. Una mesa servía para desplegar los rollos, y había cestos para trasladarlos, si los solicitaban en otra parte. Un alto ventanuco dejaba pasar algo de luz natural.

Eutrapelo tenía la piel pálida característica de quien trabaja encerrado de día y de noche, cuidando los registros con mimo, como si fueran una cosecha de setas o valiosos quesos en una bodega. Rubrio dijo que Eutrapelo se había negado a tener ayudantes. Solo había un niño sentado en un escabel, moviendo cuentas de vidrio sobre un tablero, jugando consigo mismo. El niño alzó la vista cuando entramos, luego siguió jugando, cosa que claramente se le permitía.

—El pequeño esclavo está aquí para salir a la calle a comprar panecillos o para ir a por más tinta —me explicó Rubrio, observándome mientras yo estudiaba la disposición de la estancia.

Me presentó al archivero. Eutrapelo adoptó la misma postura de un acróbata al aterrizar en el suelo.

—Hermosa dama, ¡bienvenida a mi guarida!

Su afectado discurso y el gesto circense, sumados a una mirada pretendidamente lasciva, se desviaban un poco de un comportamiento normal. Aquel hombre, ya anciano, no estaba acostumbrado al trato humano. Lucía unas sucias greñas y desprendía un olor acre. Supuse que seguiría allí mientras se lo permitieran, reacio a retirarse.

—Gracias, Eutrapelo. ¡Veo que cuidas de muchísimos rollos!

—Tengo el historial completo de todos y cada uno de los centuriones, de cualquier hombre que podría ser un centurión en potencia, y de todos los antiguos centuriones a los que se podría llamar a la reserva.

Eutrapelo hablaba con un leve orgullo. Sabía que era un hombre peculiar, pero no veía razón alguna para cambiar su forma de vivir y de trabajar. Para él, vivir y trabajar eran la misma cosa.

—Entonces, ¿esto es para el ejército o para una de las secretarías?

Los dos hombres intercambiaron una mirada. Eutrapelo afirmó solemnemente que mantener un archivo del personal era una de las numerosas tareas que recaían sobre el secretario de Peticiones, Flavio Abascanto. Luego añadió, con voz hueca, que a Abascanto le gustaba alardear de que era el hombre más ocupado del Imperio, pero todo el mundo sabía que el hombre más ocupado, el que seguía más atentamente toda la documentación, era el emperador en persona. Abascanto delegaba.

—Entonces, ¿trabajas con Claudio Filipo de manera cotidiana? —sugerí con ironía.

Eutrapelo asintió.

Para evaluar el complejo alcance de todo aquel material, pregunté:

—¿Cada legión tiene cien centuriones?

—Ese es un error común. Con una dotación completa, si es que la tienen, en realidad son cincuenta y nueve. La primera cohorte es la más numerosa, dividida en cinco centurias, cada una de ellas comandada por un centurión, luego hay otras nueve cohortes, cada una dividida en seis centurias. ¡Bien! Nueve por seis son cincuenta y cuatro, más cinco de la primera cohorte. En total, cada legión debería tener cincuenta

y nueve centuriones. ¿Y cuántas legiones hay ahora? —preguntó Eutrapelo a Rubrio, poniéndolo a prueba.

—¿Veintiocho? —contestó Rubrio de buen talante. Parecía que las estaba contando mentalmente.

—¡Prueba otra vez!

—¿Veintinueve? —sugerí yo, recordando lo que me había dicho Justino—. Domiciano añadió la Legio I Minervia.

Eutrapelo me aplaudió. Duró demasiado.

—Entonces, ¿de cuántos centuriones tengo que guardar el historial?

—Necesitaría un ábaco. Sé multiplicar, pero no tan deprisa ni bajo el escrutinio de extraños.

—¡Mil setecientos once!

—¡Por los dioses del Olimpo!

—Cada vez que un emperador crea una nueva legión, tengo que revisar rápidamente mis archivos para encontrar cincuenta y nueve opciones adecuadas, hombres a los que centuriones en activo de otras legiones hayan elegido como ayudantes. Cuando me sumerjo en los registros para pescarlos, siempre se agitan las aguas. Quizá no a los cincuenta y nueve, porque tengo que dejar margen para las peticiones especiales de quien quiera que vaya a tomar el mando.

—¿Sobrinos e hijos idiotas de sus libertos favoritos? —sugerí con tono compasivo.

—¡Exacto! Nos las apañamos. Las necesidades del ejército tienen prioridad. Las peticiones estúpidas que hacen algunos legados siempre me las puedo saltar, si pido respaldo a las instancias más altas. Y lo hago, créeme.

Me pregunté si todo eso tendría algo que ver con los gobernadores ejecutados. ¿Me habían llevado hasta allí porque Eutrapelo tenía información sobre alguna estúpida petición realizada por Lúculo y Cerialis?

—Flavia Albia desea hacerte una consulta. —Rubrio utilizó un tono solemne.

—¿Sobre Caro e Ítalo? —Ya sabía de qué se trataba. Habían discutido entre ellos mis necesidades, poniéndose de acuerdo en lo que podían y no podían contarme. Bien, les seguiría el juego—. Los centuriones son mi orgullo y mi alegría, pero cualquier hombre que ostente un mando tiene su historial en mi archivo —reveló Eutrapelo, con un guiño—. Conozco todos los puestos que haya ocupado, puedo adivinar con qué frecuencia se rasca las pulgas y, si es necesario, puedo predecir a quién guardará lealtad.

—¿Hasta qué nivel de jerarquía llegas? —pregunté, alzando una ceja con afectación.

—¿Qué nivel quieres?

—¿El mando de una legión?

—Oh, sí. Nadie quiere al legado equivocado al mando de alguna región inestable. Seguramente cualquier legado habría servido antes como oficial, pero esos

hombres no eran soldados de carrera; eran patricios que seguían el *cursus honorum*. ¡Por Hades! Así que Eutrapelo supervisaba incluso los nombramientos del rango senatorial.

Imaginaba la reacción de un senador cualquiera, si le dijeran que todos sus nombramientos los había decidido un escribiente. La gente se pregunta cómo puede dirigirse el Imperio Romano de manera tan eficiente. Pues así. Eso te lo diría cualquier escribiente. Los emperadores van y vienen, provocan más o menos caos, pero los burócratas mantienen las ruedas engrasadas.

Sorprendida, seguí insistiendo.

—¿Y los gobernadores de provincias?

Esta vez Eutrapelo no respondió, se limitó a abrir las manos y mirarme con una pícaro sonrisa.

—¡El sutil arte burocrático de la negación afirmativa! —exclamé.

Rubrio rio entre dientes. Había aparcado su trasero, su estupendo trasero, contra una de las paredes del columbario, y nos escuchaba con regocijo.

—Los gobernadores —me dijo— los elige el Senado o el emperador, pero Eutrapelo ofrece su asesoramiento.

—Si me lo piden —le corrigió Eutrapelo, con una fingida muestra de humildad.

—¡Siempre te lo piden!

—Me complace ser útil.

—Pues entonces sé útil para mí —le animé yo.

Nos pusimos cómodos para oír su lección.

En primer lugar, Britania.

Domiciano había decidido no seguir con la expansión territorial no forzada. Las fronteras de Roma a lo largo del Rin y del Danubio eran ya más que inestables. Siempre andaba corto de soldados.

Como gobernador de Britania, Julio Agrícola era partidario de seguir con la conquista. Envió barcos a navegar alrededor del territorio para demostrar que era una isla; luego quiso poner toda esa isla bajo el dominio de Roma. Había llevado sus legiones hasta el salvaje norte, había derrotado a los caledonios, y luego había construido una serie de instalaciones militares, incluyendo una enorme fortaleza para controlar esa nueva tierra conquistada.

Domiciano, en cambio, decidió que a Roma no le interesaba el norte de Britania. Esquilmo de soldados las legiones de Britania para sus propias campañas. Ordenó a Agrícola que se retirara hacia el sur y se le obligó a volver a Roma.

Se nombró entonces a Cayo Salustio Lúculo como gobernador, con instrucciones de cumplir la nueva política. Se decía que Agrícola había tenido una mala relación con sus oficiales; sin embargo, ahora muchos de ellos apoyaban la expansión que habían llevado a cabo junto a él durante años. A los soldados les gustaban las

victorias. Cuando llegó Lúculo, reinaba el descontento por haber renunciado tan pronto a sus ganancias.

Cayo Julio Caro era un caballero que mandaba un destacamento auxiliar, la Segunda Cohorte de Astures.

—¿Se encontraba en tu lista de «leales», Eutrapelo? Entonces, ¿sus astures están destinados en Britania? —pregunté con total inocencia.

—No, están en Germania.

Enarqué las cejas. ¿Qué hacía entonces su comandante solo en Britania?

Haciéndose imprescindible. Caro informó secretamente a Domiciano de que Salustio Lúculo no solo no había purgado a los oficiales y funcionarios desafectos, sino que se había dejado influir por ellos.

No me concretaron si habían enviado a Caro deliberadamente con la misión de espiar a Lúculo, o si lo había decidido él por su cuenta. Pero nadie necesita un ábaco para sumar dos y dos.

—Si las cuatro legiones de Britania se habían negado a obedecer al emperador, cuando las legiones de la Germania Superior también se habían amotinado... —Dejé mi comentario en el aire.

Rubrio y Eutrapelo volvieron a intercambiar una sonrisa.

—Lo que yo sé —me explicó Eutrapelo— es que se cambió el destino a la guardia personal que protegía al gobernador y fue enviada al Danubio. Julio Caro los acompañó hasta allí en persona.

—¿Todo el camino? ¿Para asegurarse de que iban hasta allí?

Eutrapelo movió la cabeza para asentir.

—Se disfrazó su nuevo destino como «importante», pero era un destino menor, y ellos lo sabían.

—Hay otro dato singular —añadió Rubrio— con respecto a una unidad auxiliar de Britania, llamada ahora la Primera Cohorte de Várdulos Leales, la *Cohors I Fida Vardullorum*, donde *Fida* invariablemente se refiere a lealtad extrema durante una crisis. A todos les han concedido la ciudadanía romana.

—¿A todos?

—Una validación en bloque. Estando en el servicio activo.

—¿Inusual?

—Lo nunca visto.

—¿Y qué honorables hazañas habían llevado a cabo esos várdulos?

—Me temo que no puedo decírtelo.

—Pero ¿lo sabes?

—No puedo decírtelo.

—Tonterías —repliqué, pero decidí no discutir—. Entonces Salustio Lúculo simpatizaba con el descontento de sus oficiales. Existía un riesgo de rebelión en Britania. Se trasladó a una unidad peligrosa y se recompensó a una unidad leal. ¿Estoy en lo cierto?

Ninguno de los dos hombres reaccionó.

—¡Por las Furias! —proseguí—. Rubrio, Eutrapelo, dejad de perder el tiempo. Domiciano tenía razón, ¿verdad? En realidad, no ejecutó a Lúculo por el nombre de una jabalina. Lúculo estaba al borde del desafío, en una provincia que siempre había sido inestable. Por lo tanto, fue sacrificado.

Rubrio hizo una mueca al oír la palabra que había empleado, pero luego esbozó una sonrisa que proclamaba mi sabiduría.

—Esto aclara otro asunto —continué—. A Lúculo lo mataron *in situ*, porque no podían traerlo a Roma. La ruta principal de regreso a Roma desde Britania transcurre a lo largo del Rin. Hay que pasar por la Germania Superior, donde Saturnino estaba muy ocupado conspirando. Tenían que mantener separados a los dos hombres. Así que Caro despachó a Lúculo en Londinium.

—Es toda una estrategia —dijo Eutrapelo a Rubrio.

—Despachar es una buena palabra —declaró Rubrio, como si fuera a añadirla a su tesoro personal.

No estaba yo para lisonjas.

—¿Fue Caro en persona quien se encargó de hacerlo, como cree la viuda?

Eutrapelo declinó contestar.

Rubrio soltó unas francas carcajadas.

—¿Condecorado con tres coronas de oro y una jabalina de plata? ¡Ya lo creo!

—Sí, se ha convertido en un joyero andante. ¿Te da envidia? —me burlé. La gente que trabajaba en inteligencia no recibía nunca tales honores. Cuando tenían éxito, su trabajo permanecía invisible. Los emperadores lo olvidaban. Para resumir, añadí—: Puede que Lúculo apoyara a Saturnino, pero, lógicamente, no tenía ninguna relación con el falso Nerón. Su pecado fue estrictamente local. Algunos de sus hombres estaban a punto de amotinarse... y él se dejaba arrastrar por ellos.

Me habían pedido que averiguara si se lo había confesado a su esposa. Lo dudaba. «Los muchachos están furiosos con la política de Domiciano y he decidido que tienen razón». Ni hablar. Lúculo no escribiría eso en una carta que tuviera que dictar a un escribiente, que tuviera que ser llevada a Italia por un mensajero imperial, y que finalmente recibiría un esclavo antes de que llegara a manos de su esposa. Habría sabido perfectamente por cuántas manos tendría que pasar la carta, y dónde podrían haber roto el sello para leer y copiar su contenido. La bolsa diplomática tiene tantos agujeros como un cedazo. No habría existido diferencia, aunque hubiera utilizado un mensajero propio.

Cifrar la carta habría sido inútil. Los mejores descifradores de códigos del Imperio estaban justo allí, en el Palatino, esperando a que pusieran a prueba sus dotes.

—La esposa no llegó a saber nada —afirmé categóricamente—. Él no le contó nada, así que no puede contarnos nada a nosotros. Tal vez fuera cierto que Salustio Lúculo jugaba con jabalinas, pero en ese caso, lo hizo en alguna pequeña

dependencia externa, a solas. Incluso en su casa de Roma, el único indicio que tendría su mujer de lo que andaba haciendo en su cubil sería que después entraba de nuevo en casa hambriento y taciturno.

Rubrio y Eutrapelo me miraban fijamente.

—Como suelen hacer los hombres que tienen pasatiempos —señalé.

Para ser espías, no parecían muy duchos en las costumbres humanas. Si aquellos hombres tenían pasatiempos, miedo me daba pensar cuáles eran.

Capítulo 10

Adopté un tono más formal.

—Eso en lo que respecta a Caro y a Britania. Pasemos a Ítalo y Asia.

Lusia Paulina me había proporcionado la historia de fondo. Aun siendo un simple caballero, Ítalo se había mostrado muy activo. Eutrabelo me habló de su historial, que incluía destinos en cuatro unidades auxiliares distintas, y luego el ascenso a tribuno legionario. Ese rango normalmente era senatorial.

Minicio Ítalo se había convertido en procurador, un cargo importante, reservado para la clase ecuestre. Yo tenía un pariente, Cayo Flavio Hilaris, que había sido procurador de las minas de plata y de las finanzas imperiales en Britania. Para nosotros, el tío Cayo gobernaba Britania.

Así pues, Ítalo no se limitaba a pasearse por el Helesponto recogiendo flores, sino que controlaba esa importante parte de Asia. Asia es una provincia grande, dispersa. Ítalo tenía una gran responsabilidad... y también independencia. El gobernador podía presentarse en cualquier momento para hacer una visita (o no, si era perezoso), pero era Ítalo en persona quien trataba con los comerciantes, recaudaba los impuestos, supervisaba los tribunales y reprimía los disturbios. Y para ello disponía de una buena dotación de soldados que lo apoyaban.

—Es muy significativo —explicó Rubrio— que cuando se envió al mensajero imperial con la sentencia de muerte dictada por Domiciano, su primer mensaje lo entregó a Ítalo en el Helesponto. Ítalo partió entonces a toda prisa en dirección a Éfeso.

—Cuando Domiciano nombró procurador al tal Ítalo, sin duda debía contar con su absoluta lealtad —dije—. ¿Formaba parte de tu lista especial de hombres leales, Eutrabelo? De modo que el mensajero le transmitió las órdenes de Domiciano y el poder necesario para ejecutarlas. ¿Incluso el de la vida y la muerte? —No era normal tratándose de un caballero.

—Se consideró que era un hombre digno de confianza. Teniendo en cuenta su historial militar —replicó Eutrabelo, encogiéndose de hombros.

—¿Y este último nombramiento será permanente? —pregunté.

Mi padre también era caballero. Podían ponerlo a cargo de una provincia, y todo iría como la seda. ¿Sería capaz, Falco, de realizar ejecuciones si se lo ordenaran? Sí, si eran personas lo bastante depravadas.

—Oh, no, será temporal —contestó Eutrabelo categóricamente—. El próximo gobernador de rango senatorial saldrá en breve en dirección a la provincia, mala suerte para él. Ahora Ítalo forma parte de mi lista de posibles procuradores para Egipto.

Era una recompensa muy importante.

—Los procuradores de Egipto viven como reyes. Lo he visto. Si —añadí despacio— la recompensa de Domiciano es un reflejo del favor que le hizo Ítalo en Asia,

supongo que, en opinión del emperador, Cívica Cerialis tenía que ser eliminado con la máxima urgencia. ¿Domiciano estaba absolutamente seguro de que se había confabulado con el Nerón falso?

—No hay pruebas —afirmó Rubrio con rotundidad. Frunció los labios. Unos labios muy atrayentes, noté—. Nuestro Amo es un emperador intuitivo.

No hice ningún comentario al respecto.

—Bien, según su esposa y su cuñada, Cerialis no agasajó al falso Nerón en absoluto. Por desgracia, solo tenemos su palabra. Pero si Domiciano tuviera pruebas, Filippo no se dedicaría a hostigar a viudas hostiles después de tanto tiempo. En cualquier caso, Cerialis está muerto. Su familia no va a causar problemas. Van a vivir entre los criadores de mulas sabinos siguiendo una diligente vida rural. Yo diría que el incidente está zanjado. Entonces, ¿por qué seguís todos preocupados por lo que Cerialis hizo o dejó de hacer?

—Queremos solventar el problema del Nerón falso de una vez por todas —dijo Rubrio.

—Yo creía que había aparecido muerto en una zanja.

Rubrio esbozó una sonrisa, y ambos hombres se sumieron en otro de sus silencios místicos.

Capítulo 11

No parecía que ninguno de los dos fuera a añadir nada más, y yo no quería seguir preguntándoles. Un esclavo fue a buscar mis honorarios a la oficina principal; iba a llevarlos a casa por mí. Me despedí de los demás, tras dejar para Filippo el mensaje de que redactaría mi informe en breve.

Había pasado tanto tiempo en palacio ese día, rastreando tanto material, que cuando salí a la calle me sentí transportada fuera del tiempo real. Estando allí en la cima, el Palatino parecía siempre remoto.

Toda la ciudad yacía bañada en la brillante luz del sol, pero sus sonidos y sus olores se hallaban lejos. Allí abajo, miles de personas habían seguido con sus asuntos, su vida, sus amoríos, su trabajo, sus infortunios, mientras yo estaba absorta en otro mundo. La larga tarde me había dejado envarada y sintiéndome levemente sucia.

Para abandonar el palacio, salí por su espléndido pórtico público, que se eleva sobre el Foro. Quería ir al lado contrario. Sabía que había un camino de bajada en algún lugar más allá de la Cabaña de Rómulo; es falsa, la han reformado con materiales nuevos muchas muchas veces. Volví sobre mis pasos hasta las residencias lujosamente ampliadas donde vivían con sencillez Augusto y Livia, al pie del imponente templo de Apolo realizado en mármol lunense^[6]: su altar personal, al que se añadía una biblioteca. Recordé sombríamente que el templo se había erigido en el lugar donde había caído un rayo.

Por razones personales, descendí una vez más el corto tramo de escaleras que daba acceso a la casa de Livia. Adopté el aire de un visitante que se hubiera dejado algo, pero el ceñudo conserje ya me había visto antes, así que me dejó pasar sin la más mínima objeción. Me dejó entrar sola. Podría haber empuñado un cincel y haberme llevado los frescos en una carretilla.

Me limité a copiar su estilo. Volví a entrar en la antesala, donde dibujé esbozos de las elegantes guirnalda florales, con notas en los márgenes sobre sus tenues tonos verdes y grises.

Era consciente de que tenía casa propia y a mi nuevo marido en ella. Pretendía distraerlo con aquellos detalles decorativos.

Seguida por el esclavo de palacio con mis honorarios, descendí hasta el Circo Máximo por la antigua Escalera de Caco. Rodeé fatigosamente el extremo del estadio, luego ascendí por el serpenteante camino hasta la cima del Aventino. Caminaba maquinalmente, desconectada de mi conciencia. Un poco más y los pies me hubieran llevado a mi antiguo apartamento.

Al llegar a mi casa, como debía aprender a llamarla, llamé a la puerta y acudió a abrirla el amo en persona. Vestido con pantuflas y una sencilla túnica, Tiberio me hizo pasar con un gesto de la mano. Ah, mi amado esposo. Un hombre práctico,

gracias a los dioses.

Le di un beso fugaz.

—Espero que no vayas a golpearme con una cuchara y me digas: «¿Te parece que estas son horas de volver a casa a hurtadillas?». ¿Dónde está Dromo? No deberías ser tú quien abriera la puerta.

Tiberio estaba pálido, pero había bajado para hacerse cargo de las cosas. Se notaba que le estaba costando un esfuerzo, aunque no se quejaba. Me alegraba de verlo levantado y moviéndose por la casa. Le tendí el dinero de los honorarios; más animado, despidió al esclavo de palacio con una moneda de cobre. Dado que carecíamos de arcón reforzado en el atrio, por el momento Tiberio guardó el dinero en una habitación vacía y luego colocó un tablón atravesado en diagonal en el umbral de la puerta, como si estuviera en obras. Si alguien lo movía, al menos haría ruido.

Grato, el mayordomo cuyos servicios esperaba agenciarme, había enviado un mensaje diciendo que no podía abandonar su trabajo actual. Sugería que probáramos con una viuda a la que conocíamos, y nos la había enviado también. Estaba sentada en nuestro patio, así que Tiberio y yo nos quedamos en el atrio para discutirlo.

Yo sabía que Grecina era un ama de casa entregada. Tras el fallecimiento de su marido, yo misma le había sugerido que se hiciera ama de llaves. Tenía dos hijos pequeños y necesitaba ingresos. Su casa se encontraba demasiado lejos, en el Esquilino, por lo que vendría a vivir con nosotros; sin duda querría traerse a sus hijos. Tiberio me preguntó si yo tenía alguna objeción.

Nosotros estábamos desesperados. Los niños eran tranquilos. Decidí que les encontraríamos un hueco.

También tenían un perro revoltoso. Tiberio me dijo que había muerto.

—¡Hecho!

Salí al patio a grandes zancadas para contratar a Grecina.

Sus pequeños, niño y niña, permitían amablemente a Dromo que les lanzara una pelota. La madre debía de haberles dicho que se portaran bien. Dromo había recibido una orden parecida de Tiberio. Nos lanzó una mirada torva, pero siguieron todos lanzándose suavemente la pequeña pelota. Las cosas empezaban a arreglarse. Nuestro hogar era un paraíso de obediencia... al menos temporalmente.

Grecina, una liberta, era pulcra y concienzuda. Baja y robusta, su piel tenía un oscuro tono oliváceo, lunares aún más oscuros y cejas que casi se juntaban sobre la nariz. Su difunto marido trabajaba como mayordomo de una casa, y era un hombre competente y discreto. Vivían de alquiler en un apartamento propio, pero ella había aprendido de su marido a llevar la casa de otras personas.

Agotada después de un día de trabajo, dejé que ella formulara las preguntas. Fueron todas de tipo práctico: ¿Las tareas? ¿El salario? ¿Cuándo empezaba? ¿Tiempo para cuidar a sus hijos? ¿Teníamos hijos, nosotros?

—En cuanto tengamos oportunidad —musité. Omití el hecho de que mi marido había perdido interés y dije diplomáticamente—: Por el momento, Grecina, somos

solo nosotros dos. Tenemos un esclavo, Dromo. —Dejé que juzgara por sí misma cómo era—. Al otro lado de esa pared hay un negocio de construcción que nos pertenece. Puede que a veces entren y salgan los peones; tendremos que atender a sus necesidades. Serás tú quien decidirás qué otros servidores necesitamos en la casa, y tendrás que ayudarnos a elegir entre los candidatos.

Noté que le gustaba la idea de poder elegir. Esperaba que eso no quisiera decir que iba a hacerse con el control total de la casa.

—He echado un vistazo a tu cocina, Albia. Hay mucho trabajo por hacer.

—Dame una lista.

Yo me había asomado también por la mañana, había hecho una mueca y había dejado el problema para más tarde. Más tarde era ahora. Bueno, se suponía que quería tener a alguien que lo organizara todo. Gracias a los dioses había obligado a Filipo a pagarme por adelantado. Seguramente se gastaría todo en arreglar la cocina.

—¿Habrán muchas visitas?

Escuchando sus preguntas planeadas por anticipado, me dije que Grecina debía de ser una mujer que hacía listas mentalmente. Y lo que es más, las recordaba.

—Amigos y parientes serán bienvenidos. Por lo demás, llevaremos una vida tranquila. Sin embargo, vendrán otras personas a vernos por negocios. Debemos tener una estancia preparada para recibirlas; eso dará intimidad a nuestros clientes, pero también apartará a los extraños de las estancias de la familia.

—Me encargaré de que quede bonita.

Recordé el apartamento en el que vivía y me preocupé de repente.

Nuestra sala para recibir acabaría con esteras a rayas en el suelo y tapetes con flecos.

—No demasiado bonita —sugirió Tiberio, al percibir mi recelo—. A veces es mejor atenerse a lo esencial, para que los solicitantes que no son bienvenidos se sientan menos inclinados a quedarse demasiado tiempo.

Grecina lo miró y meneó la cabeza.

—Bueno, para eso estaré yo aquí, señor. Si la gente se demora demasiado, no te preocupes. Puedo intervenir y ahuyentarlos.

Mmm.

Estás demasiado ocupada, así que contratas a alguien para ayudarte.

Y entonces te encuentras con el problema de intentar que trabajen como tú quieres...

Oh, por Hades, todo iría bien. Tenía que ir bien.

Yo había llegado con comida que había comprado por el camino al regresar a casa. Inmediatamente Grecina ordenó a Dromo que la sirviera.

—¡Y no andes picoteando la comida mientras la sirves! —dijo, la mar de satisfecha consigo misma, mientras decidía qué vajilla usaríamos habitualmente.

Teníamos cuencos para la sopa. Muchos. Acabábamos de casarnos. Habíamos celebrado una boda formal, así que los invitados nos habían regalado horribles piezas de cerámica decorada. Tenía que asegurarme de que todas esas cosas se rompían «accidentalmente» y se arrojaban por el inodoro. Entonces podría sacar mi propia cerámica de Arretio.

—¡Oh, estos cuencos nuevos son preciosos, Albia!

—¿Verdad que sí, Grecina? Pronto estará todo en orden —le aseguré a Tiberio en privado.

—Todo normal —replicó él, como si estuviera de acuerdo. Sin embargo, su tono aún sonaba como si, para él, nada pudiera volver a ser normal nunca más.

Esa noche comimos todos juntos en mi nueva casa. Manifesté que en ocasiones Tiberio y yo querríamos estar solos. Insinué que a veces a Grecina le gustaría estar a solas con sus hijos. No obstante, en general seríamos una gran familia. Sabía que así era como lo quería Tiberio.

Yo no soy así. Toda la vida había tenido la costumbre de largarme sola cuando me hartaba de la gente, así que me escaparía cuando me apeteciera. Que se lo preguntasen a mi familia. Pondrían los ojos en blanco y lanzarían un gruñido.

Tras una sencilla cena, Grecina se fue a su casa con los niños a fin de arreglar las cosas para mudarse. Había dado instrucciones a Dromo para que fregara los platos; cuando este lo recordó, oímos vagos ruidos de chapoteo.

Por fin me encontraba en mi hogar, alimentada y tranquila, con mi marido. Luego establecí lo que se convertiría en costumbre durante nuestra vida marital: contar a Tiberio Manlio lo que había hecho durante el día.

Capítulo 12

Tiberio sabía escuchar, guardando silencio, y más ahora que estaba enfermo. Fui breve, limitándome a decir lo que pensaba por el momento. Puede resultar útil dejar pasar una noche mientras absorbes la información. Incluso durmiendo, tu cerebro sigue dándole vueltas.

Tiberio no hizo más que asentir alguna que otra vez. Me gustan los hombres que no interrumpen. La jarra de vino con agua de la cena me había relajado, y esa noche, aquel hombre en particular me gustaba mucho por otras razones. ¿Qué sentido tiene casarte si el novio no te resulta atractivo?

El mío captó lo que estaba pensando. Adoptó el aire de quien estuviera oyendo hablar de un ladrón en el vecindario, que, a pesar de tener trozos de cerdo colgando de la túnica y de sacarse trozos de carne de entre los dientes, negara tajantemente ser el hombre que hubiera robado el cerdo a su vecino.

Suspiré y lo dejé correr. No soy una amante agresiva. Además, Tiberio tenía aún dolorosos moretones y yo estaba agotada.

Tiberio abandonó su severa expresión. Yo sabía que haría algunas sugerencias sin intentar hacerse cargo de mi caso, así que tenía ganas de oír sus aportaciones.

El ruido de fregoteo había cesado. Dromo salió al patio poniendo cara de sentirse explotado. Tenía empapada toda la parte frontal de la túnica.

—¿Se supone que esa mujer que ha venido me va a dar órdenes?

Normalmente, estando presente Tiberio, le dejaba que contendiera él con su esclavo, pero esa noche intervine para intentar ahorrárselo.

—Eso podemos hablarlo mañana. Ahora no nos interrumpas, por favor, Dromo.

El esclavo me ignoró olímpicamente.

—¿Mandaré ella? —preguntó a Tiberio, gimoteando.

—Mañana, muchacho.

—¡Eso no es una respuesta! —El esclavo tenía intención de seguir protestando.

—No. —Tiberio levantó un dedo, aunque no había levantado la voz. Su severo gesto bastó. Si yo hubiera estado a punto de pedir una asignación mayor para ropa, lo habría dejado para la semana siguiente. Incluso Dromo se calmó—. Albia y yo estamos hablando. Vete a algún sitio donde no estorbes, Dromo, y déjanos solos.

El esclavo se fue trastabillando. Su amo no me miró. Yo permanecí callada.

Al cabo de un rato, Tiberio pronunció una palabra sobre mi investigación: Reate.

Después de oírlo me quedé un rato sentada pensando.

Cuando Lusía Paulina lo había mencionado, el nombre me había sonado familiar. Nunca había estado allí. Es una población pequeña, situada a unos dos días de camino al este de Roma, aunque los montes Sabinos son visibles desde mucho antes. Sabía que sus habitantes eran un antiguo pueblo, que la vida allí era rural. La región es

famosa por criar mulas.

Entonces se me ocurrió.

—¡Vespasiano! El arriero de mulas. —Era uno de los apodos injuriosos que usaban para menospreciar a ese emperador.

Vespasiano era un hombre nuevo, surgido de la clase media; su hermano había sido el primer senador en la familia. Procedía de un entorno rural tradicional, del que se negaba a avergonzarse; sus antepasados habían hecho fortuna recaudando impuestos y vendiendo recuas de mulas. Mientras ejercía el prestigioso cargo de gobernador de África, se le acusó incluso de dirigir un negocio de salazón de pescado. Los Flavio salieron adelante gracias a hipotecas, comercio, matrimonios por dinero... y a apoyarse los unos a los otros en beneficio mutuo.

—¿Ves lo que quiero decir?

Di gracias a Tiberio por la pista.

—Sí, por supuesto. Vespasiano era de Reate.

—Nació allí —dijo Tiberio—. O en alguna aldea cercana... ¿Falacrina?

—Conservó la finca familiar. La visitaba con frecuencia. Tanto él como su hijo Tito murieron cuando viajaban a Reate para pasar allí el verano. Y —empezaba a emocionarme cada vez más—, los Vetuleno son de la misma zona. Las viudas han vuelto a residir allí.

—¡Mmm! —Tiberio estiró las piernas como si le dolieran—. Ya te imaginas cómo será allí, sobre todo en verano. Familias extensas disfrutando de la clásica vida del campo. —Él mismo había crecido en una zona rural, aunque más cercana a Roma—. Los terratenientes se arremangan y se ponen a trabajar con sus peones en los cultivos, a veces para demostrar que en el fondo son auténticos hombres de campo. Cazán, pescan, acuden a mercados y ferias locales. Imparten a sus hijos conocimientos sobre cosechas, animales, las fases de la luna y cómo influyen en la siembra y la recolección; por la noche, cuentan las estrellas y escuchan ulular a los búhos. Días apacibles, seguidos de noches tempranas.

Asentí.

—Las mujeres organizan excursiones y meriendas, en las que permanecen sentados durante horas en largas mesas bajo los árboles... acompañados por sus vecinos que están de visita. Los vecinos... ¡Eso es! Los Vetuleno son amigos de la familia. Eso le da una nueva perspectiva a la muerte ordenada por Domiciano. Cuando ejecutó a Cívica Cerialis no solo eliminaba a un funcionario de su gobierno del que desconfiaba. Fue una increíble traición.

Tiberio se mostró de acuerdo.

—Vespasiano, su hermano Sabino, su hijo Tito, los dos hermanos Vetuleno... puedes imaginar que todos ellos eran de compleción robusta y tenían el leve acento rural del que se burlaba la élite de Roma, la misma mentalidad práctica. Cuando los hombres venían a Roma, como era preciso si querían adquirir poder y ascender socialmente, colaboraban entre ellos para medrar.

—Ni los Flavio, Vespasiano y Sabino, ni los hermanos Vetuleno tenían padres que hubieran sido cónsules. Debieron de crear su propia camarilla.

—Ganando la partida a los refinados ciudadanos de la capital, que los despreciaban por su origen...

—Otorgándose recompensas los unos a los otros, cuando alcanzaban una posición que se lo permitía.

Exhalé una larga y lenta bocanada de aire.

—Y yo que creía que la cuñada, Lusina Paulina, había hablado sin pelos en la lengua. Pero qué contenida ha estado en realidad, y qué amargura debe de sentir la viuda Vetuleno.

—Esa familia conoce a Domiciano desde que era un niño rollizo con taparrabos —dijo Tiberio.

Solté un bufido.

—Apuesto a que era el niño detestable que nadie quería ponerse en el regazo. Ahora entiendo por qué Lusina lo ha llamado «ese hombre» con tanta vehemencia, casi lo primero que me ha dicho. El emperador al que en otro tiempo veía como un mocoso antipático que buscaba atención es ahora un asesino paranoico... que llega a matar incluso a amigos de la familia.

—Perdió a su madre muy joven. —Mi marido era un hombre tolerante.

—También tú.

—No tanto... Domiciano tuvo que sobreponerse a su pérdida a la sombra de un hermano diez años mayor que él. —Tal vez Tiberio estuviera recordando su propio luto—. En cualquier caso, Tito estaba en Roma. Lo educaban en palacio con el hijo de Claudio, Británico, mientras que al pequeño lo educaron en casa. Vespasiano pasaba mucho tiempo fuera. Así que Domiciano creció sintiéndose abandonado —expresó Tiberio, reflexionando—. Ansiando desesperadamente que lo quisieran.

—Debía de oírles a todos —dije, aunque no deseaba sentir lástima por él—, a todos esos amigos y vecinos sabinos tan estrechamente unidos, diciendo lo mucho que se parecía al padre su espléndido hermano mayor, lo unidos que estaban Vespasiano y Tito, y qué pena que el hijo pequeño no pudiera ser como ellos.

Todo cobraba más sentido.

—Cuando Domiciano otorgó a Cerialis la muy solicitada provincia de Asia —dijo Tiberio—, seguía manteniendo la vieja lealtad, la política heredada de Vespasiano... Pero Domiciano es un resentido. En cuanto vio una excusa, salieron a flote los celos. Su padre se habría horrorizado.

—Tal vez fuera eso precisamente lo que quería —añadí, reflexionando—. Se estaba desahogando contra Vespasiano, Tito y toda la vieja cuadrilla de amigos y colegas.

Tiberio me sonrió.

—Seguro que te divertirás tratando de escribir este informe.

—¡Gracias, mi amor!

—Enséñame el borrador —me pidió. Era un ofrecimiento, no una orden.

Suspiré, aunque en realidad se lo agradecía.

—Sí, va a ser complicado. «No culpes al Nerón falso; la muerte del gobernador fue el resultado de la educación y el despecho». Todo porque hace mucho tiempo, alguien no dejó al tragón Domiciano acaparar todas las fresas en las meriendas campestres.

Nuestra premisa me convencía. Si tú tienes ideas mejores sobre el grupito de los Flavio, eres libre de ponerlas sobre la mesa. Pero no intentes hacerlo en mi casa.

—Deberíamos haber sido más amables con tus sobrinos en nuestra boda —dije al cabo de un rato, en un tono más calmado—. Espero que no se vuelvan igual de malos porque se dieron cuenta de que los detestábamos.

Eran tres. Todos menores de diez años. Yo no había logrado encariñarme con ellos.

Tiberio meneó la cabeza. Lo vi preocupado por sus jóvenes sobrinos. El matrimonio de sus padres se tambaleaba. Los chicos habían heredado malos rasgos de su padre. Eran una familia infeliz.

—Seguramente —añadí entonces—, solo influye si le das al niño detestable todos los poderes de un emperador.

Por desgracia, era eso precisamente lo que había hecho Roma, de modo que ahora yo tendría que falsear la verdad. Mi informe concluiría echándole la culpa al Nerón falso. No podía señalar que Domiciano era culpable de un resentimiento personal.

Domiciano creía que la gente le mentía siempre, y ese era el motivo. Incluso yo, cuya lengua intrépida y franca era legendaria, me vería obligada a tergiversar la verdad. El emperador se había convertido en un tirano. Su crueldad no hacía más que alentar las mentiras que tanto temía.

Es más, como resultado de vivir con esa crueldad suya, incluso las personas más cabales podían acabar respaldando a un nuevo pretendiente a Nerón. Cualquier ridículo aventurero aferrado a una lira podía acabar imponiéndose. La gente estaba desesperada. Las personas que gozaban de alguna influencia podían considerar que era su deber ayudar a Roma a librarse de un miedo constante.

Así pues, extrañamente, podía existir algo de verdad en la acusación del emperador: Vetuleno Cívica Cerialis podía haber estado tan desesperado como para decidir que el cruel mocoso engendrado por el viejo amigo sabino de la familia debía ser eliminado. Un cambio haría quizá que el Imperio fuera mejor y más seguro. Así pues, aunque en un principio me hubiera parecido una locura, tal vez el gobernador de Asia había decidido aliarse con el falso Nerón.

Capítulo 13

La segunda fue también una noche casta. La mayoría de los informantes afirman tener una agitada vida sexual, y a veces incluso es cierto. O, por el contrario, fingimos que la abstinencia mantiene tu mente despierta. A los gladiadores les ofrecen suntuosos banquetes la víspera de la lucha, con la fornicación como postre; sin embargo, ¿a cuántos han matado al día siguiente por culpa de la desorientación de la resaca y la visión borrosa? El informante célibe es una triste figura, pero no corre tales riesgos.

Habían ocurrido tantas cosas que me costaba creer que solo hubiera pasado un día desde mi boda. Tiberio pasó mejor noche. Yo dormí bastante. Escuchaba su respiración con inquietud. Entre medio, me llegaron también los molestos ruidos de Roma, el traqueteo de las carretas que hacían las entregas, con sus carreteros antisociales que nos regalaban golpes horriblos, colisiones, conversaciones a voz en cuello y maldiciones. Cuando terminaron los ruidos, la ciudad casi sin ley se sumergió en lo más profundo de la noche. Allí arriba, en el Aventino, normalmente se hacía el silencio justo antes del amanecer; aun así, podían estallar gritos inexplicables o canciones de borrachos, a menudo seguidos del ruido de los vecinos que abrían los postigos de golpe para lanzarles improperios. Los vigiles silbaban, luego los perros ladraban a los vigiles. Si alguien chillaba, el protocolo era enterrar la cabeza bajo la almohada y hacer oídos sordos.

La primera semana que viví allí, me pareció terrible. Me acostumbré muy pronto. Se acaba bloqueando el ruido. A la mañana siguiente, una mañana de lo más radiante, volví a visitar a Sódalo, el archivero del Atrio de la Libertad. Habían lavado las calles y estaban mojadas. Los dueños abrían sus puestos de venta, barrían la basura en dirección al puesto siguiente, donde el dueño aún no había llegado, ordenaban las coles y los puerros en pulcras hileras y espirales. Flotaban aromas a pan recién hecho y a flores frescas, que apenas tapaban los demás olores a excrementos de burro recientes y a mierda de perro antigua.

El desayuno en nuestra casa había sido deprimente. Nadie había salido a comprar comida. Al parecer era una de mis tareas.

Dejé a Tiberio en casa pensando en qué túnica ponerse y qué peinado de moda dar a sus cabellos. Bromeamos porque él iba a quedarse a ocuparse de la casa mientras que yo, la esposa, salía a trabajar.

Nuestra risa fue un poco forzada. Él era un hombre romano; tenía que superar ochocientos años de historia. Aun así, le dije con severidad que debía acomodarse a la nueva ama de llaves y mantener contento a Dromo. Le aseguré que tenía intención de trabajar en mi informe en la biblioteca sin que me molestaran.

A modo de pequeña compensación, entregué a Tiberio mis dibujos de la Casa de Livia.

—No canses esa bonita cabeza tuya con nada demasiado complicado. Esto

debería impedirlo: preciosas ideas de decoración para que las revises cuando tengas un momento libre.

Él me siguió el juego.

—Y supongo que no debo encargarme nada nuevo hasta que tú decidas si podemos permitirnoslo.

—¡Querido, no estamos hechos de dinero! No trabajo duramente entre espías para que vengas tú y malgastes mis honorarios en lujos innecesarios... —Podría haber añadido algún chiste prohibiéndole escabullirse para ir a liarse con aurigas a mis espaldas, pero con nuestro régimen actual, el sexo era un tema peliagudo—. Volveré a casa cuando pueda. ¡Sé bueno!

Mi marido era un hombre honesto. Por los dioses del Olimpo, de lo contrario no lo habría dejado solo en casa. ¿Quién quiere regresar y descubrir que su pareja ha vendido toda la plata y ha invitado a unos efebos que afirman ser masajistas?

Ni hablar. Dromo no movería ni un dedo para hacerles pasar.

Salí de casa dispuesta a ayudar al servicio de inteligencia a rastrear Roma en busca de conspiraciones: traiciones en casa o ataques desde el exterior. Así nos mantendríamos a salvo para que los propietarios pudieran dormir bien en su cama y prosperar: eso es lo que nos cuentan los espías. Naturalmente nosotros les creemos. Vivimos con miedo. Necesitamos desesperadamente sentir que hombres entrenados que saben lo que hacen protegen nuestros intereses en todo momento.

En el Atrio de la Libertad, recurriendo a mi habilidad para pasar con discreción un dinero bajo cuerda, convencí a Sódalo para que me mostrara cualquier documento referido a C. Salustio Lúculo o a C. Vetuleno Cívica Cerialis. Como esperaba, a pesar de protestar profusamente, había encontrado unos cuantos rollos.

—Esto es una excepción, Flavia Albia —me avisó—. No esperes más favores.

—No, querido.

Era lo que siempre decía. En cuanto perdiera el sentido bebiendo en cualquier tabernucha, se mostraría receptivo a otro soborno. De lo contrario, la vida de un esclavo en un archivo público era absolutamente tediosa.

Podía equivocarme. Nosotros los informantes nos enorgullecemos de nuestras agudas dotes de observación y de un profundo conocimiento de la naturaleza humana; sin embargo, la mitad del tiempo jamás los usamos. De Sódalo solo conocía su desastrosa piel y sus cordones rojos; para mí, su mejor cualidad era que se dejara sobornar. Quizá guardaba las monedas que yo le daba para comprar a su anciana madre una casa a la que retirarse o para comprar su propia libertad. Intenté desechar esa idea. Si me lo acababa creyendo, me habría parecido que mis sobornos eran muy pobres. Él decía que lo eran. Pero eso es lo que dice todo el mundo sobre las limosnas y yo nunca se lo echo en cara.

El material era escaso. Primero, Salustio Lúculo: siguió mostrándose escurridizo. Al parecer no había habido nacimientos ni matrimonios ni defunciones en su familia mientras él estaba en Britania. Las cartas sobre asuntos domésticos que su mujer afirmaba que él le había escrito debían de ser cortas.

—Puede que esa familia no viva en Roma —señaló Sódalo, mostrando su desdén—. Si él procedía de las provincias o algo peor... —sus labios se curvaron aún más—... si procedía del *extranjero*, todos sus documentos oficiales podrían encontrarse en algún antro que pasara por templo.

¿De dónde salía aquel esnob de los archivos? ¿De alguna aldea de tratantes de esclavos de Bitinia? ¿De la costa sardinera de Lusitania? ¿De alguna tormenta de arena en África, raptado por los traficantes de animales salvajes? Estaba claro que lo había olvidado... si alguna vez lo había sabido.

—Dejemos los prejuicios a un lado. —Yo era tolerante, teniendo en cuenta mi propio origen—. He estado en templos extranjeros que eran más antiguos que Roma. El santuario de Zeus en Olimpia es una de las Siete Maravillas del Mundo, aunque cuando yo vi esa monstruosidad, estoy de acuerdo en que podía considerarse un antro. Le hacía falta mucho mantenimiento... Hay senadores de provincias extranjeras —admití—. Los sabios emperadores que nos gobiernan alientan la integración... Bueno, fingen que los provincianos son importantes para Roma. Pero creo que Lúculo era italiano. —Lo creía porque nadie me había dicho lo contrario. En mi opinión, un origen extranjero habría dado pie a ciertos comentarios, como ocurría con Agrícola (de la Galia) y con Trajano (de Hispania).

Sódalo se encogió de hombros y perdió el interés. Estaba segura de que su búsqueda había sido concienzuda. Solía portarse bien conmigo. No había nada allí. No era culpa suya.

Pasamos a los Vetuleno. Lo que estuviera depositado en su villa de Reate era una incógnita, pero Sódalo había encontrado algunos certificados de nacimiento en su archivo.

—La gente que quiere aparentar registra a sus hijos en Roma. Les da más pedigrí.

—¡O eso creen ellos! —me burlé.

Uno de los registros era de un hijo varón de Sexto Vetuleno, llamado también Sexto. A los romanos les gusta confundir. Lusius Paulinus tenía ahora al joven Sexto llevando una vida discreta en Reate, pero estaba resuelta a que un día se convirtiera en cónsul. Los más longevos de entre vosotros sabréis que lo consiguió. (Gracias a Trajano, el duro regateador que había comprado el edificio de mi astuto padre). En el momento en que yo leía su certificado de nacimiento, Sexto hijo se acercaba a la edad en la que debería entrar en el Senado; en vista de la antipatía de Domiciano hacia la familia, sus posibilidades parecían exiguas.

—¿Ya lo sabes todo sobre su padre? —me preguntó Sódalo. Le había proporcionado pistas sobre lo que me interesaba. No había necesidad de mostrarme reservada con alguien que podía ayudarme.

—¿Un sabino, estrechamente vinculado con Vespasiano?

—¡Mucho más que eso, Flavia Albia!

Sódalo me hizo el retrato completo: a Sexto Vetuleno Cívica Cerialis lo habían nombrado comandante legionario cuando Vespasiano fue a aplastar la rebelión de Judea. Nerón había tenido que rogárselo, de modo que otorgó a Vespasiano carta blanca para elegir. Era bien sabido que había elegido a su propio hijo, Tito. Pero también a un compatriota sabino.

Sexto dirigió tantos combates importantes como Vespasiano y Tito. Fue un miembro del consejo de guerra que gozaba de plena confianza. Después, una vez muerto Nerón, Vetuleno y Tito trabajaron estrechamente unidos para ayudar a Vespasiano en su pretensión al trono. La amistad entre Sexto y los Flavios mayores no podía haber sido más íntima.

Después de que Vespasiano fuera proclamado emperador y partiera de regreso a Roma, Tito se encargó de terminar la campaña militar en Judea, aunque su padre había dejado al veterano Julio Alejandro como comandante en jefe. Aquel Alejandro era procurador de Egipto, y entre sus tropas contaba con un oficial de la clase ecuestre que se llamaba Lusio Galo... el hermano de Lusia Paulina.

—Sódalo —pregunté—, tú tienes los registros de matrimonios... ¿No fue extraño que Vetuleno, un senador, se casara con la hija de un simple caballero?

—Sí, pero los sabinos no tienen prejuicios. Recuerda, Vespasiano vivía con una liberta, Antonia Cenis. No iba a ser él quien lo desaprobara. ¿Lusia es guapa, Albia? ¿Tenía mucho dinero? ¿O se acordó el matrimonio para sellar la amistad con los egipcios?

Todo ello a la vez, sospechaba yo.

Después de que Tito se fuera también a Roma, Vetuleno se quedó en Judea como gobernador. Tal como Lusia me había contado, después pasó directamente a Moesia, sin interrupción. Durante una parte importante del reinado de Vespasiano, Sexto Vetuleno Cívica Cerialis había sido el hombre fuerte de los Flavio en Oriente. Su hermano Cayo había sido gobernador de Moesia después de él, y de ahí había pasado a Asia. En mi opinión, eso lo explicaba todo.

—Entonces, durante años Sexto fue uña y carne con Vespasiano y Tito. —Supuse que la intención original de Domiciano había sido continuar así con Cayo... hasta que la cosa se torció.

Sódalo tenía más información.

—Más tarde, si existió lo que podría llamarse una facción Tito, una facción opuesta a Domiciano, Sexto Vetuleno tuvo un importante papel en ella.

Sus palabras me provocaron un estremecimiento.

—¿Existió una facción Tito?

—Abiertamente, no. —Sódalo bajó la voz instintivamente, igual que había hecho yo—. Pero se pensó en la hija de Tito, Julia, como posible cabeza visible.

—¿Julia estaba metida en política?

—Seguramente, no. No tenía hijos, de lo contrario podrían haberla considerado más peligrosa.

Como mujer, la propia Julia jamás habría podido ser pretendiente al trono. Sin embargo, lo que decía Sódalo quizás explicara por qué Domiciano la había llevado a palacio después de la muerte de su marido, y la había mantenido cerca de él: quería controlarla. La tenía tan cerca, que corrían rumores acusándolo de incesto con su sobrina, y de haberla matado al final con un aborto provocado...

—Ha muerto este año —comenté—. Siendo clementes, Julia fue la única persona en la vida de Domiciano a la que quería de verdad. ¡Que los dioses nos ayuden a los demás, ahora que la ha perdido!

Era absolutamente imposible mencionar una facción Tito en el informe que debía redactar.

Tanto si existía esa facción como si no, Sexto Vetuleno había compartido con Vespasiano y con Tito tanto una guerra como la intriga para convertir a Vespasiano en emperador. A Domiciano, que jamás había estado en Judea y al que habían marginado en la política doméstica, debía de haberle molestado la estrecha amistad de los amigos veteranos. Tras la ascensión al trono de Domiciano, tal vez Sexto, un hombre mayor acostumbrado a desempeñar cargos importantes, habría tenido incluso un intercambio de francas palabras sabinas con el emperador a propósito de su ejercicio del poder. Sexto había muerto de causas naturales, de modo que Domiciano habría hecho recaer sus represalias sobre el hermano menor, Cayo.

Cuando Cayo Vetuleno se fue a Asia, el prestigio de su hermano mayor pudo repercutir en su manera de actuar. Le dio la bienvenida el influyente grupo de personas que habían apoyado a Vespasiano. Recordaban bien a su hermano, que además se había casado con Lusía Paulina, una de los suyos. Cayo no tuvo nunca necesidad de adaptarse; inmediatamente se vio rodeado de amigos.

¿Cabía suponer que en Asia tenían la impresión de que Domiciano estaba destruyendo lo que Vespasiano y Tito representaban? Pudieron decidir entonces que podían volver a proclamar un nuevo emperador para Roma, igual que habían hecho antes. En ese contexto, el Nerón falso dejaría de ser una broma para nuestro nervioso emperador. La camarilla oriental, que se consideraba a sí misma una poderosa fuerza de apoyo, podía estar ayudándolo.

Tal vez cuando Cayo llegó a Asia, hicieron algo más que darle la bienvenida. Supongamos que le dijeran: «Olvidemos al falso Nerón. Ese plan está condenado al fracaso. Respetábamos a tu hermano; ahora tenemos nuestra fe depositada en ti. Bueno, Cayo, ¿qué te parecería que te ayudáramos a ti a ser el nuevo emperador?».

Nadie me había sugerido esto. Y no iba a ofrecerles esta teoría a los funcionarios de palacio. Bien pudiera ser que Domiciano temiera eso mismo en privado, cuando ordenó que asesinaran al gobernador de Asia.

Entonces, ¿se suponía que yo debía investigar si el impacto de esa muerte podía llevar a la facción oriental a apoyar nuevamente a un Nerón falso? ¿Se preguntaba

Claudio Filipo en realidad si la viuda del gobernador y esa cuñada con la que tan estrechamente vivía sabían algo sobre una conspiración continuada en Oriente?

En caso afirmativo, Filipo era un idiota por no haber hablado con claridad. Yo no había hecho las preguntas adecuadas. No obstante, tenía la respuesta por pura chiripa: Lusía Paulina había admitido abiertamente que mantenía correspondencia con amigos de Asia, pero también había afirmado compartir los valores sabinos de su marido. Los sabinos eran personas precavidas. Les gustaba mantener el orden de las cosas. Querían que la moneda fuera estable y que la producción de grano estuviera a salvo. Eran circunspectos. Sentían una anticuada antipatía hacia la inestabilidad política.

Yo no había presionado a Lusía en ningún momento de forma tal que necesitara distraer la atención de lo que sus amigos orientales pudieran traerse entre manos. Por su propia voluntad me había advertido que el peligro real estaba en Partia. A mí me pareció que mostraba una preocupación sincera por Roma. Eso jamás incluiría apoyar a un intruso extranjero.

Capítulo 14

Redacté mi informe con bastante facilidad una vez que hube empezado. Había revisado la cuestión desde diferentes perspectivas, pero me atuve a lo que me habían pedido que hiciera: interrogar a las dos viudas sobre sus difuntos maridos.

Cualquiera que escriba para palacio ha de recordar que cualquier cosa que diga puede caer en manos de tipos babosos, cuyos objetivos discrepen de los suyos. Lo que diga seguramente lo verá incluso Domiciano. No confía en nadie, por lo que es bien sabido que lo lee todo.

En mis doce años como informante he adquirido mucha práctica en escribir informes delicados. A menudo se trata tan solo de confirmar lo que el cliente temía. Es probablemente la situación más sencilla; sin embargo, hay que expresarse con cuidado. Hay que dar a entender que la investigación debía hacerse, aunque la respuesta fuera obvia. De lo contrario, se olvidan de pagarte.

A veces te contratan para averiguar simples hechos: El sinvergüenza ese que quiere casarse con la viuda rica, ¿está ya casado? ¿En qué agujero se esconde el padre negligente del niño no nacido? Hay que explicarlo con todo lujo de detalles. No digas nada que no sea necesario. No les des excusas para que se pongan histéricos y que luego parezcas cruel por enviarles la factura. Necesitas el dinero. Sé cruel. Si eso no basta, envía a los alguaciles.

Cuando has de sorprender a tu cliente con noticias inesperadas es cuando necesitas ser más diplomático. Debes convertirte en su consuelo. No era el caso aquí.

Aquí, mi conclusión formal era: nuestro sabio emperador sospechó correctamente que Salustio Lúculo había cedido ante la actitud desafiante de su personal, y que Cívica Cerialis había tenido una relación demasiado cercana con elementos rebeldes en Oriente. El pueblo de Roma debería estar agradecido por la visión de nuestro emperador al detectar estos problemas y resolverlos tan rápidamente.

Dije que ninguna de las dos mujeres estaba dispuesta a condenar aún más a sus maridos. Eran mujeres de noble cuna. Ningún aparato del estado conseguiría doblegarlas. En un matrimonio, el marido debería poder confiar en su esposa por encima de todos los demás, y una esposa debería ser leal a su marido. No sería correcto intentar romper esa valiosísima tradición que mantiene la decencia de nuestra sociedad. Mi veredicto era que las dos viudas realmente no tenían nada que añadir a lo que ya se sabía. Su relación con las conspiraciones era limitada, y tal vez ni siquiera había existido. Sus maridos habían sido eliminados. Las viudas no causarían problemas; iba en contra de sus intereses.

Terminé y me fui a comer con mi madre. Mientras charlábamos y comíamos, el secretario egipcio de mi padre pasó a limpiar mi borrador con su bonita caligrafía. Mi madre, que lo había leído rápidamente, sugirió que modificara el final, añadiendo: «No se correría ningún riesgo permitiéndoles retirarse a una vida anónima».

Le hablé de mi situación en casa; ella prometió pensar en ello. Nos prestaría una

esclava temporalmente. También había escrito a un miembro de la junta del museo de Alejandría, Edemón, un viejo conocido que era médico. Trataba la mayoría de enfermedades con purgas; yo sabía que a Tiberio le parecería un charlatán. Pero Edemón tenía acceso a la Gran Biblioteca y podía desenterrar toda la literatura existente sobre cómo recuperarse tras recibir el impacto de un rayo; en el tiempo que tardaríamos en realizar el viaje por mar hasta allí y regresar, adquiriríamos todos los conocimientos del mundo. Si Tiberio duraba tanto, pensé que sería porque habríamos logrado descubrir lo que debíamos hacer por nosotros mismos, pero escribiendo a Edemón, Helena tenía la sensación de que nos estaba ayudando.

Sí que ayudó. Me consoló cuando comprendí de repente cuánto me había afectado estar a punto de perder a mi amado. Supongo que por eso había ido a verla.

Katutis, el secretario, me acompañó de regreso a casa. Tiberio leyó entonces mi borrador y me aconsejó que eliminara «iba en contra de sus intereses», por si incitaba a alguien a preguntarse seriamente cuáles eran los intereses de esas mujeres.

Katutis, que era una persona de total confianza, llevó el documento terminado a palacio por mí. Yo esperaba que con eso concluiría todo, pero Katutis regresó con una invitación. Filippo iba a presentar mi informe por la tarde, durante una reunión. Pensaba que yo debía estar presente.

En el lenguaje de la burocracia, se trata de un código, por supuesto. Significa: «Y luego puedes contarnos lo que has dejado fuera».

—¡Ten cuidado! —me advirtió Tiberio.

Sospecho que quería venir conmigo, pero no se atrevía a abandonar la casa. Lo estreché contra mí, prometiéndole volver lo antes posible.

Fue Katutis quien me acompañó a palacio.

—Estate atento a posibles intrigas —le dije—. La retorcida política de palacio está a la altura de tu refinado estándar egipcio.

—¡Y tú vas a meterte directamente en ellas! —Katutis hizo un gesto de desesperación, separando las manos. Tenía un aire faraónico, aunque creo que era una creación propia. Sabía cómo encajar en la vida de Roma, pero cultivaba sus rasgos exóticos. Creo que sentía nostalgia de su país. Quería recordar quién había sido en otro tiempo—. Con tu imprudencia habitual, Flavia Albia.

Katutis siempre era franco conmigo. Respetaba a mi padre como a un patrono respetable que lo había salvado de la indigencia (lo que era cierto), y a mi madre como a una gran dama a la que no acababa de entender (que era cómo nos sentíamos todos con respecto a Helena). En cuanto a mí, era una joven airada cuando nos conocimos. Él seguía tratándome como si tuviera diecisiete años y fuera digna tan solo de un discreto reproche por su parte, el hombre sabio de una cultura más antigua.

Caminamos codo con codo. Cuando estaba con mi madre, o incluso con mis hermanas ahora que habían crecido, Katutis caminaba siempre un poco por detrás. Lo hacía por deferencia, pero siempre lograba dar a entender que era independiente. En realidad, le gustaba pasear la vista a su alrededor por su cuenta, maravillándose ante

nuestra censurable ciudad de segunda categoría.

Sabía que yo no me tragaba lo de su misticismo egipcio. Él y yo compartíamos la complicidad de los extranjeros.

Tiberio había aceptado que en la calle y en las entrañas de palacio estaba tan segura con Katutis como lo habría estado con él. Para el egipcio, yo era la hija de Falco. Me defendería de cualquiera.

¿Iba a necesitar que me defendieran? Nadie visita el palacio de Domiciano sin temor. Me habían invitado oficialmente, pero cuando saben que vas a ir, tienen tiempo para prepararte cualquier tipo de sorpresa. Las sorpresas horribles eran la especialidad de nuestro emperador.

Era consciente de que la gente con la que iba a reunirme ahora eran los que debían de haberle proporcionado a Domiciano el informe inicial cuando el emperador estaba pensando en si ejecutar o no a los dos gobernadores provinciales. Tenía que olvidarme de mi franqueza, ocultar mi actitud sentenciosa. Iba a encontrarme con funcionarios a los que nadie debería ofender.

Capítulo 15

El comité de seguridad interna se reunía en un lugar de lo más adecuado, teniendo en cuenta su preocupación acerca del falso Nerón. Me acompañó hasta allí Filippo, que había estado aguardando mi llegada con impaciencia. Nos seguía el silencioso Katutis. En otro tiempo había trabajado en un templo egipcio y tenía una habilidad para colarse en los sitios que cualquier espía envidiaría.

El lugar me sorprendió. Me llevaron a una de las más famosas estancias de esa loca fantasía llamada *Domus Aurea*, Casa de Oro: su comedor giratorio. Mi padre creía que había estado allí, pero ahora veía yo que estaba equivocado. El extravagante palacio de Nerón, con su grandioso parque y un lago artificial, se había extendido originalmente por todo el centro de Roma. En la parte que se hallaba más allá del Foro, en medio de pasillos de fantásticos decorados y mármol cubierto de oro que daban su nombre al palacio, Falco había asistido a una reunión con Tito en un gran salón de banquetes octagonal. Ese salón tenía el techo móvil, de manera que pudieran arrojarse regalos, perfumes o pétalos de rosa desde sus celosías de marfil, para deleite de los invitados. «¡Para nosotros no hubo regalos!», solía gruñir mi padre.

Tampoco los había para mí, pero al menos yo iba a ver el auténtico comedor giratorio. Falco iba a enfurecerse cuando arruinara su historia. En todo caso, era evidente que una casa del tamaño de una ciudad debía de tener más de una estancia para comer. Era inconcebible que Nerón hubiera celebrado banquetes en un único comedor. La ostentación era su medio natural.

El famosísimo comedor se encontraba en la esquina sudeste del Palatino. En cuanto llegamos, comprendí por qué: les daba a los comensales la mejor vista de Roma. Ahora estaba lleno de polvo y había eco, como seguramente ocurría desde la huida final de Nerón, cuando el Senado mandó arrestarlo. Los frugales emperadores de la dinastía Flavia admiraron tal vez el juguete de su predecesor, pero se habrían negado a pagar el mantenimiento o a los operarios técnicos. Intentaban distanciarse de Nerón. De todas formas, Domiciano, que ingería escasos alimentos, no habría disfrutado allí; solo encontraba placer en atormentar a los que tenían que comer en su presencia. Les arrojaba salsa, dirigía la conversación de manera autoritaria, los miraba fijamente en silencio. Era un anfitrión con unos modales espantosos. Si te invita, envía una nota de disculpa diciendo que estás enfermo. Si insiste, métete en la cama y muere.

La fabulosa creación de Nerón tenía el techo decorado con todas las estrellas y planetas del firmamento. Lo propulsaba el agua de un acueducto cercano, un ramal secundario del Aqua Marcia, así que aún ahora no dejaba de moverse despacio. Toda la habitación giraba para proporcionar una vista del Foro que iba cambiando lentamente, desde el nuevo anfiteatro y el Arco de Tito, hasta los centelleantes tejados dorados de los templos del Capitolio. Hasta que Vespasiano los había reemplazado por el Anfiteatro Flavio, se veían también el parque y el lago de Nerón.

Sería una experiencia deliciosa. Claro que habías de soportar que tu anfitrión fuera un demente.

Habíamos llegado temprano, así que interrogué a Filippo sobre el diseño. Teníamos tiempo. Solo había otro hombre presente por el momento, aunque era alguien importante a juzgar por los destellos de oro en su túnica de un blanco deslumbrante, y por sus costosas joyas masculinas. El tal personaje charlaba con ayudantes; Filippo parecía reacio a interrumpirlo, así que nos sentamos a un lado. Se dignó a explicarme en voz baja que la habitación se había construido alrededor de un huso gigante de ladrillo, y este núcleo lo accionaba un molino de agua. Debía de haber un sistema de engranajes. El suelo descansaba sobre unas bolas de arcilla grandes y resbaladizas; estas bolas movían la plataforma lentamente, usando también la fuerza hidráulica.

Nerón había atraído a personas con ideas, les había aleccionado y les había pagado generosamente por sus complejos artilugios. Su pasatiempo más conocido era coleccionar órganos de agua, esos enormes conjuntos de flautas musicales que se usan en los anfiteatros. No se había detenido ahí. Ingenieros y arquitectos tenían trabajo de sobra bajo el reinado de los Flavio, pero jamás podrían dejar volar su imaginación tan libremente como les había permitido Nerón. Había sido un personaje extraordinario.

Esto tenía su importancia. Si hubiera sido mediocre, ahora no tendríamos un ambiente en el que la gente quería creer que no había muerto en realidad. La extravagancia de Nerón en vida había conducido a esta curiosa vida tras la muerte, que podría llegar a desestabilizar el Imperio. Al menos yo estaba ganando dinero gracias a semejante fenómeno.

Filippo era muy inteligente, pero solo le interesaban las ideas. Personas a las que yo conocía habrían querido meterse allí y examinar la obra; en realidad, yo misma los habría acompañado, siempre que no hubiera demasiadas escalas o cuerdas. Puedo ser intrépida. No tengo límites, excepto: ¿se me manchará la ropa? Filippo admitió que había una pequeña escalera de mantenimiento junto al huso; no me permitiría inspeccionarlo. La mecánica no tenía el menor interés para él, aparte del funcionamiento del artero cerebro de sus rivales.

El funcionario con anillos en los dedos concluyó su conversación y se acercó rápidamente a nosotros. Sin el menor esfuerzo adoptó una actitud cordial y me tendió la mano. Sabía mi nombre.

—Flavia Albia, bienvenida. —Me estrujó mis pequeños dedos con su apretón. Detesto eso.

Filippo lo presentó como Flavio Abascanto.

—Uno de nuestros mayores talentos. —No sonaba demasiado envidioso ni tampoco intimidado, pero estaba claro que esperaba de mí que hubiera oído hablar de aquel prominente liberto imperial.

Lo que yo sabía de él no era bueno. Recientemente, Tiberio y yo habíamos estado involucrados en unas elecciones, y habíamos descubierto que Abascanto había

influido en los resultados. No diré que los amañara. No puedo afirmar que tuviéramos pruebas de que había aceptado sobornos. Pero nuestras fuentes lo habían acusado de «ayudar» a uno de los candidatos (que no era el que nosotros apoyábamos); Claudio Leta, el ahora difunto padre de Filipo, había criticado a Abascanto ante nosotros con extrema fiereza. Leta se enorgullecía de su fama de honrado. Nunca lo había sido del todo, pero detestaba a los servidores públicos desleales.

Abascanto se encontraba fuera de Roma durante las elecciones, «de permiso», como decían. Era un conocido eufemismo para los funcionarios a los que suspendían de su cargo, simplemente por incompetencia o pereza, pero más a menudo por corrupción. Sin embargo, allí estaba. Noté nada más verlo que no era ni perezoso ni inepto. Solo quedaba lo tercero.

Aún era lo bastante joven para tener espesos cabellos rubios, que se echaba hacia atrás de un modo encantador. Tuve que aclararme la garganta cuando me llegó el olor a su loción perfumada, recién aplicada. Era de la clase de personas que utilizaba mondadientes y hacía gárgaras con menta antes de una reunión importante.

Al aparecer había recuperado el favor del emperador. Exudaba confianza en sí mismo, como si no hubiera ocurrido absolutamente nada. ¿Cómo se las había ingeniado? Teniendo en cuenta que Domiciano llevaba un año en el extranjero, tanto la suspensión de Abascanto como su vuelta debían de haberse ordenado por correspondencia. Él estaba a cargo de la correspondencia. ¿Quién había escrito al emperador hablándole de él?

Otra posibilidad era que la suspensión y su anulación fueran idea del propio Domiciano. ¿Quería nuestro Amo mantenerlo ocupado? De ser así, quedaba en evidencia la inseguridad en la que vivían todos los libertos de palacio.

Ese día Abascanto demostraba una gran seguridad en el mando. En su presencia, Filipo adoptó un papel subordinado y deferente.

Abascanto dijo que había visto mi informe.

—¡Perfectamente redactado!

Sentí un cálido orgullo; no pude evitarlo.

Empezaron a llegar otras personas. Venían cada tanto porque en Roma el tiempo se medía por las estaciones, con doce horas en el día y la noche que variaban en duración entre el verano y el invierno al cambiar la luz; las personas solo son vagamente conscientes de cuándo empiezan y acaban las horas. Concertar una cita es complicado. Si vives en Roma, adquieres la habilidad de juzgar... o de que no te importe cuando una cita se tuerce.

Cuando un grupo de hombres se reúne en una habitación, cada uno llega con su estilo propio. Abascanto se había adelantado a nosotros, enseñoreándose de la habitación, sin duda. Filipo se mostraba apagado. De los demás, uno llegó precipitadamente y se detuvo en el umbral para hacer su entrada; otro avanzó furtivamente como si intentara ocultarse; otro llegó dando brincos; otro vaciló y parpadeó; otro entró como una alta araña de piernas curiosamente articuladas.

La mayoría de los asistentes vestían la túnica blanca con bordes dorados de la librea imperial. Sin duda así se ahorran pensar en qué ponerse por las mañanas. Abascanto vestía la tela más exquisita, el galón más ancho y pesado, el cinturón más elegante. No solo llevaba anillos, sino también brazaletes. Ese día había optado por refinadas ágatas calcedonias, pero me imaginé que tendría una amplia colección.

Algunos llevaban pergaminos. Uno se trajo una comida tardía, luego se puso a masticar. Todos los demás parecían acostumbrados a él: nadie hizo ningún comentario. En conjunto me parecieron un grupo desastrado, aburrido y descuidado, tipos junto a los que intentaría evitar sentarme en el teatro. No me presentaron a nadie, así que no tenía modo alguno de evaluar su importancia.

Utilizamos solo parte de la sala, a causa de la columna central. Me intrigó que esta disposición dejara libre una parte, la del otro lado, donde alguien podría acechar fácilmente y escucharnos.

En nuestra parte había esclavos de pie a lo largo de todo el perímetro con copas de agua. Todo el mundo se sentó en taburetes portátiles. Abascanto presidía la reunión. Solo él ocupaba una silla con brazos semejante a un trono, con una mesa de tres patas curvadas para colocar sus documentos, y una copa especial de vidrio para que le sirvieran. Un esclavo la limpió primero con el borde de su túnica, lo que vi por casualidad. Nada bueno, si se piensa en las costumbres de los esclavos.

Me fijé en que Abascanto hablaba un latín perfecto, con un acento bien entrenado y una hermosa voz. El emperador debía de considerarlo un adorno para su corte; Abascanto también lo sabía. Empezó diciendo que aplazarían otros asuntos de la agenda para hablar primero sobre mi informe.

Abascanto tenía un rollo informativo que debía de haber preparado un esclavo para él. «Puede que el secretario desee tratar el informe de Flavia Albia al principio, para poder así despacharla. Los servicios de Flavia Albia los ha procurado Filipo, según lo acordado por el comité. Es hija de M. Didio Falco, otrora agente del divino Vespasiano Augusto...».

No se habían repartido copias. Abascanto tenía mi informe original escrito en su rollo informativo, para así poder leerlo en voz alta. (Menos mal que había sido breve). Un marcador señalaba su posición; Abascanto desenrolló el pergamino hasta llegar al informe y quitó el marcador, que usó luego para remover su bebida. Mientras le daba vueltas lentamente a la varilla, observé cómo la viscosa miel subía en el vaso transparente mezclándose con un líquido más ligero.

Leía bien, cómo no. Disfrutaba del sonido de su propia elegante lectura. Al terminar, dejó que los dos extremos del pergamino volvieran a enrollarse casi al mismo tiempo, y lo depositó sobre la mesita auxiliar mientras paseaba la mirada rápidamente por la sala; volvió a felicitarme, luego hizo una pausa. Dio un sorbo a su bebida. Fue un momento teatral.

Cuando Abascanto posó el vaso, lo hizo sobre el pergamino entre los dos extremos enrollados, de modo que señalaba el sitio con más firmeza que la varilla,

aunque corría el riesgo de dejar un círculo marcado sobre el papiro escrito. Mi madre le habría dado un manotazo en la muñeca por usar un documento como posavasos.

—¿Hay algo que quieras añadir, Flavia Albia? ¿Algo que te pareciera que no podías incluir en el informe escrito?

Decidí negar con la cabeza. Sin embargo, les dije que estaba dispuesta a responder a sus preguntas.

Abascanto sonrió agradecido, pero siguió insistiendo.

—Todo parece en orden. Nada que no esperáramos. ¿Estamos de acuerdo en que no debe tomarse ninguna otra medida?

¿Les estaba metiendo prisa? ¿O era simplemente un moderador enérgico?

Al principio no habló nadie. Todos mordisqueaban sus copas de agua o miraban fijamente el suelo. Era como si nadie quisiera ofender a Abascanto contradiciéndolo. Solo cuando él se movió en su asiento, echándose hacia atrás los rubios cabellos, a punto de dar el tema por zanjado, intervino una figura encorvada.

Su primer comentario fue provocativo.

—¿Puedo decir, Abascanto, bienvenido de nuevo? Todos creíamos que te habíamos perdido.

«El secretario esperará que los miembros del comité lo feliciten por su regreso...».

Teniendo en cuenta que seguramente Abascanto se había ido porque había ofendido al emperador, el comentario era una pulla deliberada.

—¡Las informaciones sobre mi retiro eran erróneas, como puedes ver! —respondió el liberto con desenvoltura.

En mi opinión, su actitud era totalmente errónea. Su sonrisa era demasiado condescendiente, se regodeaba. Parecía mofarse de quienes habían esperado verlo desacreditado, quienes habían esperado ver su caída. Me pareció arrogante, lo que para mí significaba que no se podía confiar en él. No demostraba el menor reconocimiento de haber escapado por los pelos, ni agradecimiento por haber sobrevivido. Cualquiera que lo considerara corrupto y lo detestara, estaría furioso.

Filipo miraba al suelo fijamente con un apacible interés, como si observara una cochinilla que se pasara por el suelo de mosaico.

El hombre que había intentado exasperar a Abascanto daba la impresión de hablar a menudo sin pelos en la lengua. Todas las reuniones albergan a un alborotador rutinario, inofensivo una vez que se le ha permitido hablar. Cuando desvió su atención hacia mi informe, señalando con desdén el rollo que había sobre la mesita, su tono era de ira contenida.

—¡No se dice nada sobre la faceta de Partia!

Yo podría haber permanecido sentada en silencio, pero habría parecido incompetente, de modo que hablé.

—Lo siento, no sé quién eres. ¿Qué interés tienes?

El hombre dio un respingo. ¿No se encaraba nunca nadie con él?

Abascanto intervino de inmediato y se disculpó. Empezó a hacer presentaciones, pero solo de algunos de los presentes. Yo jamás los recordaría a todos, pero era mi única opción. En la Roma de Domiciano sería una locura anotar los nombres y cargos de importantes funcionarios de inteligencia.

—A tu derecha tienes a Tutilio, que cubre Europa.

El especialista en Europa parecía el más normal, aunque al llegar había chocado torpemente contra los muebles y otras personas, y se le había derramado parte del vino que había llevado consigo, como si el que servía Abascanto no le gustara. Era de modales francos y casi alegre. Al ser presentado, agitó una mano y me sonrió. Me pregunté qué sabría sobre Britania.

—Nuestro experto africano se halla de permiso actualmente. Amando, el de ahí, se ocupa de la frontera del Danubio. —Amando tenía el rostro demacrado, como si pasara hambre, aunque no estaba flaco; no paraba de dar golpecitos con un estilo contra el extremo de un rollo, y movía las piernas inconscientemente—. Y Trebiano, que acaba de preguntar, se encarga de vigilar Partia. Escucha todo lo que dicen los partos, no solo a nosotros, sino entre ellos. Luego nos explica lo que quieren decir en realidad.

Trebiano tenía aspecto de no haber salido jamás de palacio. Alto como una torre, tenía la piel grisácea y la espalda encorvada, y estaba torpemente instalado en el taburete, con las extremidades dobladas.

—La viuda de Salustio Lúculo —expliqué con calma— no tiene ninguna conexión detectable con Partia. Descubrí que los Vetuleno sí que tienen vínculos con Oriente. Está claro que tienen allí muchos amigos, personas influyentes. No vi nada que los conectara directamente con Partia, que era sobre lo que preguntabas. Puedo decir, confidencialmente en esta reunión, que a mí no me sorprendería nada.

Trebiano ladeó la cabeza, conmocionado en apariencia, como si no estuviera acostumbrado a que alguien respondiera a sus preguntas.

—Me sugirieron —admití, tras reflexionar unos instantes— que debería mirar hacia Partia, aunque por supuesto eso está fuera de mi jurisdicción. Además, tú eres el especialista. Yo solo tengo el rumor conocido de que los partos dieron refugio al falso Nerón. Mi opinión personal, si tiene algún valor, es que Cívica Cerialis debería haber sido demasiado astuto para asociarse con un viejo enemigo de Roma. Tal vez lo fuera. Sospecho que hay muchos más intercambios en general de los que la gente cree. En Oriente debe de haber muchas personas que se dedican al comercio transfronterizo, y las fronteras que cruzan los llevan fuera del Imperio. Todos sabemos cómo funciona. Intercambio de favores, hospitalidad, regalos. Sus propios intereses priman por encima de la lealtad a Roma.

Por su aire gruñón inicial, esperaba que el observador de Partia discutiera conmigo. En cambio, se mostró curiosamente receptivo.

—¡Exactamente lo que tú opinas, Trebiano! —dijo Abascanto para apaciguarlo. Trebiano lo ignoró.

—¿Qué experiencia personal tienes tú sobre Oriente? —me preguntó, de lo más amable.

—Poca, aunque he visitado Grecia y Egipto.

Pocas mujeres en Roma podían decir lo mismo. Y pocos hombres más. Sospecho que Trebiano conocía la respuesta antes de formular la pregunta, porque luego me dijo:

—El tío de tu padre es *frumentarius* en Alejandría. —Lo dijo como una declaración, como si *él* me lo estuviera contando a *mí*. Los *frumentarii* eran recolectores de grano para el ejército.

Logré evitar que se me abriera la boca por la sorpresa. Miré alrededor subrepticamente y vi que no era la única persona que se preguntaba: «Por Hades, ¿cómo sabe eso...?».

—Solo he visto al tío Fulvio una vez. —Omití mencionar que mi madre se carteaba regularmente con Casio, el socio más joven de tío Fulvio, que a ella le caía bien; él llevaba la casa, aunque su papel en el trabajo de mi tío abuelo no había llegado a explicarse nunca del todo. Nosotros estábamos seguros de que Casio era más que un compañero de cama—. Fulvio es un personaje pintoresco.

Eso era quedarse corto. Decidí que los asistentes a la reunión no necesitaban saber que en otro tiempo se había fugado para unirse al culto de Cibele, tras lo cual nadie estaba seguro de si había pasado o no por el rito de castración. En nuestra visita familiar a Alejandría, mi padre había amenazado con pedir a Fulvio que se levantara la túnica, pero mi madre se lo había prohibido.

—¿Excéntrico? —preguntó Abascanto, como si todo aquello fuera nuevo para él. Podía apostar a que le habían informado de antemano. «El tío de Flavia Albia es bien conocido en el servicio, aunque pintoresco y difícil de manejar...».

—Fulvio disfruta presentándose a sí mismo como un misterio —respondió Trebiano.

Trebiano debía de haberlo conocido.

—Ahora es ya un anciano, obeso y enfermo. —No sé por qué, tuve la sensación de que debía hacerles creer que el tío Fulvio se había retirado, que ya no tenía ningún interés para ellos—. Intentamos convencerlo de que vuelva a casa, donde podemos cuidarlo, pero le gusta la vida de expatriado. Tengo entendido que antes negociaba suministros para los militares, lo que sé que a menudo significa trabajar para el gobierno en otros asuntos, pero yo era una niña cuando lo conocí. Nunca supe a qué se dedicaba en realidad.

—Conocemos bien a Fulvio —me explicó Trebiano—. Los recolectores de grano ven muchas cosas.

—¿Van y vienen? —Quería parecer enterada.

—Van y vienen —convino Trebiano, con un tono que ahora era absolutamente agradable—. Recolectando grano. Viajando a lo largo y a lo ancho. Portando noticias.

Noticias. Así que, en realidad, lo que Fulvio proporcionaba al ejército era

información. Y ahora yo también trabajaba para los espías. Trabajaba para ellos mientras, sin saberlo yo, habían investigado mi historia a fondo previamente. Hablar de mi familia me ponía nerviosa. Esperaba que me preguntaran sobre Falco, pero no lo hicieron.

Allí estaban, el dulce corazón del servicio de inteligencia, la mayoría de ellos con aspecto de bichos raros. Poco a poco empezaba a verlos como hombres competentes, aunque uno había tirado toda su agua al suelo y otro parecía dormido. Pese a las apariencias, seguramente todos tenían criterio y conocimientos, aunque los enfocaran en una sola dirección. Siempre encorvados, evitaban el contacto visual, y pocos entre ellos eran capaces de mostrar un comportamiento social relajado, salvo el sofisticado Abascanto y, hasta cierto punto, Filippo.

Había conseguido causar una buena impresión a Trebiano, de modo que me dirigí a él.

—Alguien tuvo que tratar con Partia con respecto al falso Nerón. De alguna manera alguien tuvo que arrancarlo de sus garras, aunque creo que fue extremadamente difícil convencerlos.

Todos los presentes estiraron las piernas y se movieron en sus taburetes. Abascanto me regaló una amplia sonrisa.

—Yo me encargué de esa tarea —explicó con modestia, aunque era obvio que se vanagloriaba de su éxito—. Toda la correspondencia diplomática pasa por mis manos.

—¡Una experta negociación! —musitó Filippo.

Me fijé en que el observador de Partia no decía nada. Los demás también parecían muy ocupados mordisqueando sus estilos y mirándose las rodillas. Tal vez Filippo se había sentido obligado a decir algo, pero me pareció muy interesante que el resto evitara unirse a su elogio.

El momento pasó, pero yo me había dado cuenta.

—Bien, gracias, Flavia Albia. —La sonrisa de Abascanto seguía siendo espontánea y encantadora. Tal vez yo pudiera confiar en los bichos raros, pero jamás confiaría en él—. Te agradecemos las molestias. Nosotros aquí podemos estar demasiado cerca de los problemas a veces. Es útil tener la opinión de una persona inteligente de fuera de palacio.

«Antes de abordar el siguiente asunto, puede que el secretario desee dispensar a Flavia Albia de seguir en la reunión».

Me estaba diciendo cortésmente que debía marcharme.

Capítulo 16

Filipo se apresuró a seguirme.

—¿Encontrarás la salida?

Asentí. En cualquier caso, Katutis estaba esperándome, en cuclillas con la espalda apoyada en la pared externa de la columna que contenía el huso. Muy oriental. De lo más apropiado.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Filipo en voz baja.

No sabía muy bien a qué se refería. ¿A la conversación en general o a algún aspecto en particular? A mí me había parecido bastante insulsa. ¿Se volvería más incisiva su conversación ahora que yo me había ido? ¿Estaban disimulando su electrizante personalidad? ¿O eran el típico grupo de burócratas cansados, luchando por su propio departamento a costa de todos los demás, preguntándose cuándo llegarían sus sucesores, buscando excusas, llenando el tiempo y la mente con tonterías hasta poder retirarse a villas obtenidas a modo de recompensa? Allí pasarían sus días recordando incidentes del pasado, aburriendo mortalmente al único público que tendrían: los esclavos que les limpiarían las babas...

Dejando a un lado estos pensamientos, contesté con una evasiva.

—Me ha sorprendido ver a Abascanto.

—Hubo un tiempo —afirmó Filipo con tono sombrío— en el que los libertos a los que se enviaba a Neápolis comprendían que iban a allí a contraer una enfermedad mortal.

—¿Un suicidio conveniente?

—¡En los viejos tiempos los cabrones no regresaban! —Era la primera vez que le oía expresarse con semejante resentimiento.

Narciso, el secretario principal de Claudio, fue el caso más famoso: Nerón eliminó al liberto más rico y poderoso de su predecesor poco después de heredar el trono. Nerón tenía ya sus propios y enérgicos consejeros: Séneca, el sabihondo, el tosco Burro, su tímida y callada madre, Agripina (es broma).

—Perder el favor imperial puede ser una dolorosa enfermedad, Filipo.

—Pero no siempre fatal, como ahora vemos.

—¿Supone algún cambio la reincorporación del de cabellos dorados?

—¡No, no! Todo es normal... —Lo dejó correr—. Tengo que volver enseguida. Hay otros asuntos de la agenda que necesito oír. Tú y yo tenemos que hablar, en serio. Iré a visitarte esta noche.

La doble puerta se cerró con un susurro a su espalda. Me quedé preguntándome qué más necesitaba hablar conmigo. También me había fijado en su nueva y rotunda actitud: «tengo que, tenemos que, iré...». La gramática puede resultar reveladora. Presta atención a tus maestros.

Katutis se enderezó, poniéndose en pie.

—Así que Abascanto ha vuelto. Las sospechas eran infundadas. No se tomarán medidas contra él.

Daba la impresión de haber permanecido en cuclillas en el mismo sitio durante todo el tiempo, y, sin embargo, debía de haber encontrado a otras personas con las que hablar. Al parecer llevaba a mi propio espía.

—¡Supuestamente!

Recordé la expresión de Abascanto al confirmar que había sobrevivido. Trebiano, el observador de Partia, lo había desafiado en un gesto que me había parecido temerario. Abascanto se había encarado con él, como un hombre que abiertamente se había salido con la suya. Domiciano lo había llamado de vuelta. Todo el mundo sabía que era un ladrón de tomo y lomo. Domiciano debía de necesitarlo, a pesar de cualquier otro escrúpulo. Y allí estaba otra vez, intocable.

—¿Se trata de una mera locura —recitó Katutis, como si estuviera leyendo un papiro sagrado sobre el modo de administrar veneno a un enemigo—, o una inteligente estratagema para obligarlo a delatarse a él mismo?

—Quizás en el momento en que meta la pata —repliqué en voz baja—. Desaparecerá y se sumirá en el olvido por fin, sin que se den explicaciones.

—¡Olvido! —repitió Katutis, y cada sílaba sonó como un cántico a un dios con cabeza de perro.

Ambos íbamos mirando a nuestro alrededor al atravesar los elegantes patios del palacio de Domiciano. Los habían cubierto de mármoles de las canteras imperiales de lugares lejanos y exóticos (tan pulidos que podías ver a un asesino que se acercara sigilosamente por detrás), de fantásticos adornos dorados en todas las superficies concebibles para impresionar a los visitantes... y de los esclavos «friegasuelos» más observadores del mundo.

—¡Te has dejado un trozo! —le espeté a uno de ellos, antes de saltar y seguir con nuestro camino.

Katutis y yo volvimos a mi casa. No dijimos nada durante el camino. Las calles estaban llenas de delatores.

Grecina había llegado. Había conseguido ayuda de dos hombres de su antiguo barrio; ellos se habían encargado de trasladar los muebles y la ayudaban ahora a colocarlos. Ella les daba instrucciones en tono fuerte y áspero. Ellos la obedecían pacientemente.

Tenía más pertenencias que Tiberio y yo. Tras años de matrimonio, había acumulado una impresionante cantidad de enseres, algunos de los cuales parecían haber sido desechados por las familias ricas para las que había trabajado su marido.

El marido había sido un conocido oportunista, así que probablemente había obtenido otros objetos de valor de personas que le devolvían algún favor en especie. Los mayordomos de los ricos tenían un gran poder entre los proveedores.

Se me ocurrió que Grecina llevaría nuestra casa de la misma manera. No debía de conocer otra cosa. Tendría que vigilarla. Dedicándose a los negocios, inevitablemente Tiberio tendría que participar en las relaciones de clientela y patronazgo romanas, pero yo sabía que querría que nuestras zanahorias se compraran por su sabor y no porque Grecina tuviera un acuerdo personal con algún verdulero charlatán.

También hacía notar su presencia Galena, una esclava enviada por mi madre. En un principio había sido el aya de mis hermanas y mi hermano, pero luego había decidido ser nuestra cocinera. Como era típico en ellos, mis padres se habían limitado a dejar que ocurriera. La verdad es que era mejor que los cocineros anteriores, aunque no tenía experiencia. Aún estaba aprendiendo después de trece años. Al empezar, sabía untar pan con pasta de aceitunas. Ahora también sabía preparar una ensalada.

Por suerte, a mi padre le encantaba jugar con su brasero y su bonita parrilla en la azotea. De lo contrario, habríamos tenido que vivir de las empanadas de conejo de Xero; tienen fama de provocar epidemias. Y aunque te libres de los retortijones de estómago, puedes atragantarte con un hueso.

Por el momento, Tiberio no tenía un brasero para los pinchos de carne y pescado. Tenía que averiguar cuándo era su cumpleaños y asegurarme de que le regalaran uno. Un hombre necesita sus artilugios y a mí me gustan las parrilladas.

Mi problema más inmediato era que Grecina y Galena tenían la misma idea sobre cuál era su deber allí. Vi a Galena sacando cubos y cacharros que rechazaba; seguramente los había puesto Grecina en la cocina. Cuando Grecina acabara de dirigir la colocación de divanes y mesitas en sus aposentos (había reclamado una serie de habitaciones para ella), se daría cuenta de lo que estaba haciendo su rival. Se avecinaba un conflicto.

Katutis intercambió unas palabras en voz baja con Galena antes de irse, advirtiéndole tal vez que no se emocionara tanto tirando cosas. Los hijos de Grecina estaban sentados en una vieja cesta para perros, en un lado del patio, observando la acción como si supieran que el conflicto era inminente. Dromo se había colocado en el extremo opuesto, tan lejos de ellos como era posible.

Me acerqué a él.

—¿Dónde está tu amo?

—Se ha ido arriba.

—¿Está bien? ¿Por qué no estás cuidando de él?

—Él no quería.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

Subí a nuestro dormitorio llena de aprensión. Tiberio había cerrado los postigos. Estaba tumbado en la penumbra, hecho un ovillo, de espaldas a mí. Dejé caer la

estola sobre un arcón, me acerqué y me senté. Cuando puse una mano sobre él, se sobresaltó. Me dirigí a una mesita auxiliar y mezclé su calmante.

—Cariño. ¿Ha sido demasiado para ti?

Él soltó un gruñido. Al cabo de un rato se dio la vuelta y se estiró, abandonando la posición fetal. Tumbado de espaldas, hizo un esfuerzo para preguntarme qué tal había ido la reunión. Se lo conté, mientras le animaba a incorporarse para apoyarse en un codo y tomarse el calmante. Él lo sorbió con expresión hosca. Ni siquiera la mención de Abascanto logró que reaccionara. Pero con gentil insistencia logré que accediera a bajar un rato y comer con todos.

Cuando bajé de nuevo al patio, Grecina se apresuró a acercarse.

—¿Qué ha venido a hacer esa mujer exactamente, Flavia Albia?

—¿Galena? —Me acobardé—. Oh, Galena es una antigua aya de la familia. Muy leal. Mi madre, la noble Helena Justina, le habrá dado instrucciones.

Esto puso a Grecina en un aprieto. ¿Debía permitir que la intrusa cuidara de sus hijos, dejándola libre a ella para hacerse cargo de todo, o debía enzarzarse en un combate frontal a cuenta del mando de la cocina? Tenía que ser prudente con respecto a «la noble Helena», una incógnita, posiblemente temible.

Galena se había asegurado de oírlo todo, así que ahora tenía que decidir cuándo reclamar su condición de cocinera. Ganar el control de la cocina a Grecina iba a provocar un buen escándalo; me di cuenta de que le resultaba tentador.

Ahora teníamos a dos personas para organizar nuestras comidas. Estaban demasiado ocupadas acechándose mutuamente. Yo misma preparé la cena.

Katutis se quedó.

—Me quedaré contigo temporalmente, Flavia Albia —me dijo en un solemne murmullo cuando le fue posible. Enarqué una ceja—. Hay demasiadas mujeres.

—¡Hay dos!

—Eso mismo. Dos.

El egipcio tenía el don de hacer declaraciones crípticas. Podían dejarlo en cualquier templo y sería venerado como oráculo.

Tiberio, que acababa de bajar con los cabellos peinados, nos oyó hablar. Se inclinó para besarme en la mejilla; de cerca, percibí su diversión. Eso estaba mejor. Le serví un cuenco de comida; él la picoteó lentamente.

En aquel momento no parecía un marido que pudiera encender una parrilla casera. Pero me dije a mí misma que le gustaría cuando la viera. Tres días desde la boda y ya me había convertido en la típica esposa.

Terminamos de cenar. Katutis se esfumó en el interior de la casa. Grecina se fue a acostar a sus hijos y Galena se dirigió a la cocina para recoger los cacharros de la cena, atosigando a Dromo para que la ayudara. El cielo sobre el patio era aún claro, aunque iba perdiendo el color. Yo estaba sentada a solas con Tiberio, disfrutando de

la tranquilidad, cuando se presentó Filippo.
Los espías son de lo más inoportunos.

Capítulo 17

Dado que se suponía que íbamos a celebrar festejos de boda, había vino en una alacena cerrada con llave. Yo era la novia; me habían entregado las llaves ritualmente. Mientras Tiberio y Filipo intercambiaban saludos corteses, fui en busca de bebidas.

Galena había ordenado la cocina, cambiando deliberadamente de sitio todos los objetos que creía que podía haber colocado Grecina. Al menos se veía todo limpio y ordenado. La propia Galena estaba de rodillas en ese momento, frotando enérgicamente el pequeño horno de leña. Mientras no le permitiera cocinar en él, era una mejoría. Dromo holgazaneaba por allí, esperando que Galena le ofreciera galletas. Yo podría haberle avisado de que era mejor evitar sus galletas, pero no sé cómo, se me fue de la cabeza.

Llevé a Filipo un platito muy pequeño de aceitunas verdes y un pequeño vaso de vino.

—Discúlpalos por no acompañarte. Ya hemos cenado. —Bueno, yo lo intentaba, pero al parecer los espías son inmunes a las indirectas para que no se queden demasiado tiempo.

Me senté en silencio, con una actitud casi beligerante, esperando a oír a qué se debía la visita de Filipo. Tiberio tenía la excusa de su invalidez, de modo que la aprovechó para quedarse ensimismado. Por el momento nuestro hogar no era demasiado acogedor para las visitas. A mí me gustaba así.

Filipo comió una oliva y luego dejó a un lado el platito. La cháchara trivial sobre los Juegos Romanos y el papel desempeñado por Tiberio se fue apagando.

—¿Albia me decía que necesitabas tratar un asunto? —preguntó Tiberio, iniciando el tema. De los dos, él era el anfitrión más amable. Así podía ser el futuro: él, el más gentil, yo, la más beligerante. Se dio cuenta de lo que estaba pensando. Si se hubiera sentido mejor, quizá me habría sonreído. Aun así, en sus grises ojos asomaba una sonrisa.

—¿No sientes curiosidad? —me preguntó Filipo a mí.

—No, he asistido a vuestra reunión, lo que me ha parecido una pérdida de tiempo. ¡Además, en ningún momento se ha dicho que mis honorarios cubrieran preguntas adicionales!

Tiberio chistó levemente.

—¿Por qué crees que ha sido una pérdida de tiempo?

—Sobre todo, Filipo, porque no había nada más que añadir. Los asistentes, tus observadores, tus especialistas, deben de tener una idea mucho más clara que yo sobre lo que pasa en Britania, Germania y el taimado Oriente. Sobre todo, Oriente. Sin duda sus agentes les han contado ya quién apoyó al falso Nerón y quién no.

—¿Te pareció que las viudas eran irrelevantes?

Él era quien había contratado mis servicios, de modo que hice un esfuerzo y

respondí con seriedad.

—Podrías sacar más información sobre Salustio Lúculo a un fabricante de jabalinas que a su esposa... suponiendo que realmente inventara una. Me interesó mucho la situación en Oriente. Sin embargo, incluso sobre eso, ¿para qué acosar a la viuda? Tus expertos agentes podrían indagar entre los nativos. Sospecho que es lo que hicieron.

Filipo meneó la cabeza con vehemencia.

—¡No, no! No podemos preguntarles a ellos. Jamás nos responderían, y les molestaría que se lo pidiéramos.

—¡Qué quisquillosos! Bueno, ya sabemos cómo trabajan —admití—. Entrando en las tiendas de puntillas para conspirar en la intimidad. Reuniones de negocios que parecen tratar de un tema, pero en realidad sirven para cubrir algo distinto. Un reparto demasiado generoso de bebidas peculiares en diminutas copas metálicas o de vidrio. —Levanté el meñique al tiempo que imitaba el acto de beber de una sofisticada copita extranjera—. Regalos que han de servir para obtener favores.

—¡Personas que llegan envueltas en alfombras! —comentó Tiberio satíricamente, bromeando a cuenta de Cleopatra.

—¡El edil tiene sentido del humor! —comentó Filippo, como si bromear fuera sedición.

—El edil no aprueba las majaderías —repliqué.

El edil cerró los ojos como si volvieran a aquejarle los dolores por el impacto del rayo.

—Y bien, ¿qué es lo que te preocupa, Filippo?

Lo presioné hasta que contestó. Quería hablar sobre el falso Nerón.

Era un burócrata, así que abordó la cuestión situándola primero en su contexto. Tuvo que hablar del verdadero Nerón. Repasó los eventos que condujeron a la muerte del emperador; es decir, me invitó a que contara lo que yo ya sabía al respecto.

—Había llegado su fin. —Hablaba con brusquedad. No me gustan los maníacos poderosos. Odiaba especialmente al que había provocado la rebelión de Boudica en Britania. De no ser por Nerón, habría conocido a mis verdaderos padres—. Él aceptó marcharse. Huyó de palacio, no sabía adónde ir, pensó en suplicar refugio en Partia, pensó en pedirselo a la prefectura de Egipto, pensó en Grecia, donde gozaba de simpatías porque había participado en sus Juegos Olímpicos. A los griegos les daba igual que hubiera amañado los resultados y hubiera ganado supuestamente una carrera en la que se cayó de su cuadriga.

Tiberio siguió con el relato en un tono más sobrio.

—Jamás le habrían permitido un retiro en el exilio. Se quedaba sin tiempo. Aceptó una invitación a la villa de su liberto.

—Faón. —Eso lo dijo Filippo. Puedes estar seguro de que un funcionario imperial

puede nombrar a sus predecesores. Por su tono, casi parecía envidiar que otra persona hubiera desempeñado un papel en la historia.

—Nerón se ocultó en una zanja que habían cavado para enterrarlo allí —proseguí yo—. Se acercaban soldados a caballo. Nerón no tuvo valor, así que Faón y otro...

—Epafrodito.

—... Le ayudaron a cortarse la garganta con una cuchilla. En Oriente, donde extrañamente es tan reverenciado, algunos creen que Nerón escapó a la muerte, huyó de Roma y se escondió. Regresará y, curiosamente, algunos dicen que «abolirá la tiranía».

Filipo continuó con la historia a partir de ahí.

—El lugar poco conocido, una villa privada fuera de Roma...

—¡En una zanja! —exclamé, si poder resistirme.

—... Hizo más fácil que algunos estúpidos negaran su muerte. Por supuesto, yo creo que murió —afirmó Filippo con seriedad—. El nuevo emperador, Galba, hizo que su liberto, Icelo, examinara el cadáver y redactara un informe completo.

Muy burocrático. Encantador. Has de certificar siempre formalmente la muerte de tus dictadores locos. Has de poder demostrar siempre que están bien muertos y enterrados.

Tiberio despertó de su letargo.

—Supongo que el problema se agravó porque a Nerón lo habían depuesto. De modo que no lo enterraron con pompa entre sus antepasados imperiales en el mausoleo de Augusto, sino que lo enterró casi en secreto su amante Actea, en la tumba de la familia del padre de Nerón, los Enobarbo.

—Inmediatamente después tuvimos que sufrir al primer impostor —continuó Filippo con aire sombrío, como si hubiera llegado al meollo de un extenso informe—. El primero que tuvo alguna importancia apareció en Grecia. La visita de Nerón fue un halago para ellos, y siempre habrá griegos dispuestos a oponerse a Roma. Aquel primero era o bien un esclavo de Ponto, o bien un liberto de Italia, dependiendo de qué oscura versión quieras creer. Se aprovechó del caos en el año de los cuatro emperadores^[7]. De alguna forma logró reunir a un grupo de desertores del ejército desharrapados y se embarcó con ellos, quizá con intención de llegar a Roma por mar. Una tormenta los desvió de su curso hasta una isla insignificante entre las Cícladas, Citnos. La convirtió en su base para dedicarse a la piratería, armando a los esclavos de los mercaderes a los que capturaba, al tiempo que intentaba atraer a capitanes de navíos hacia su causa, lo que le proporcionaría una flota naval.

—¿Galba hizo que lo capturaran? —preguntó Tiberio.

—Casperio Asprenio, que se dirigía a tomar posesión de su cargo como gobernador de Panfilia, se enteró de su paradero. Se desvió de su ruta, atacó la nave en la que viajaba el impostor y lo decapitó. Su cabeza cortada se envió a recorrer las provincias orientales para demostrar que el falso Nerón había muerto.

—¡Quizás habría sido útil hacer lo mismo con el Nerón auténtico! Eso debería

haber acabado con todos los impostores —comenté, tratando de hacerlo avanzar más deprisa.

—Y lo hizo, durante una década. Vespasiano era demasiado fuerte para permitir semejantes majaderías. Cuando Tito heredó el trono, apareció Terencio Máximo, un aventurero de Asia, como segundo pretendiente. Se convirtió casi en una leyenda por su parecido físico con Nerón y por tocar la lira horriblemente mal.

—¡Oh, seguro que eso convenció a la gente! —bromeó Tiberio.

—Sorprendentemente, Terencio Máximo logró bastantes apoyos —gruñó Filipo—. Una importante fuerza armada. Fueron saqueando territorios hasta el Éufrates. Abordó a los partos y afirmó, como Nerón, que le debían un favor por haberles devuelto Armenia. Su rey, Artabano, siempre buscaba excusas para demostrar su hostilidad contra nosotros. Recibió al pretendiente con entusiasmo y luego pusieron en marcha planes para entronizar a ese hombre insignificante en Roma. Pero incluso a los partos se les cayó la cara de vergüenza cuando revelamos su verdadera identidad. Tras un forcejeo diplomático, recuperamos a Terencio Máximo y también él fue ejecutado.

—¿Se envió la cabeza a hacer otra gira? —preguntó Tiberio.

—Creo que no nos tomamos la molestia.

—Bueno, si la gente quiere un nuevo Nerón, encontrarán uno. Bien, ¿y el tercero? —pregunté, animándole a continuar.

—De un origen más misterioso, menos preparado para parecerse al auténtico, pero por alguna extraña razón, fue mucho más difícil arrancarlo de las manos de los partos. Se mostraron muy obstinados... pero lo conseguimos. —Filipo hizo una pausa—. Abascanto hizo un buen trabajo, nadie puede negarlo. Nos devolvieron al tercer Nerón.

—¿Muerto en una zanja? —sugirió Tiberio.

Filipo ignoró su pregunta.

—Tengo la misión de descubrir quién le dio apoyo —explicó.

—¿Además de los partos? —pregunté con curiosidad.

—Podemos descartar a los partos. Sus motivos son transparentes. Me refiero a personas que deberían haber mostrado más juicio.

—¿Personas que supuestamente estaban de nuestro lado?

—Si realmente existieron esas personas. El pretendiente podría habernos hablado de ellas, si lo hubieran mantenido con vida.

—Si lo hubieran mantenido con vida, en lugar de arrojarlo muerto a una zanja, se le podría haber convencido. Se le podrían haber ofrecido alicientes para hablar —explicó Tiberio—. La libertad. Una pensión vitalicia. Una bonita casa con vistas al mar. Una cuadriga veloz. Hermosas esclavas. Esclavos, si así lo prefería.

—Si estuviera vivo —repetí, como si empezara a sospechar adónde quería ir a parar Filipo. Tiberio debía de haberlo imaginado ya.

—Recibí un mensaje —anunció Filipo solemnemente.

—¿De quién?

—Mejor no saberlo.

—Como desees.

—Hace dos días. Rezaba así: «El paquete que estás esperando ha desembarcado en Brucia».

—¿Mensaje cifrado?

—No era necesario. El comité de seguridad está al tanto de todo. Utilizando los correos imperiales, mi paquete debería llegar a Roma mañana.

—Será mejor que nos lo digas —le apremié.

Tiberio intervino para hacerlo oficial.

—El «paquete» que va a llegar desde Brucia es el tercer Nerón falso.

Capítulo 18

Eso sí que fue una sorpresa. Y había más.

Antes de continuar, Tiberio alzó una mano. Me pidió las llaves y luego se fue en busca de una jarra de vino y más copas. Tanto él como yo íbamos a necesitar un refuerzo para seguir escuchando. Filippo y yo aguardamos en silencio; él lo llenó torpemente bebiéndose el matarratas que le había servido antes.

Tiberio regresó. Al oír sus pasos, Dromo salió al patio para ver qué andaba haciendo su amo, pero Tiberio le susurró unas palabras y el esclavo volvió a desaparecer de la vista.

Alargué una mano en silencio. Sonriente, Tiberio me devolvió las llaves. Filippo se mostraba inquieto.

Tiberio sirvió el vino. Hicimos entrecuchar las copas. Incluso Filippo parpadeó como si, pese a su preocupación por sus problemas políticos, inconscientemente hubiera detectado una buena añada. Realmente teníamos vino del bueno. Algunos de nuestros parientes eran personas respetables; sus regalos de boda habían sido generosos.

—¡Gracias, tío Tulio! —Alcé de nuevo mi copa para brindar por el donante ausente.

Durante la pausa para beber, Filippo llenó el hueco preguntando por el rayo. Tiberio lo cortó en seco.

—Mi marido desea olvidarlo —dije sucintamente—. Háblanos de tu impostor. A mí me parece que sería peligroso dejarlo suelto en Roma.

—Oh, no será liberado jamás.

—¿Qué le espera entonces? —Roma trataba a los enemigos capturados de modos diversos: los exhibía en un desfile triunfal, los metía en un profundo hoyo durante veinte años, los agarrotaba el verdugo públicamente y luego se arrojaba el cadáver por las escaleras Gemonías^[8]...

—Nuestra intención es mantener en secreto que lo tenemos. —Filippo tomó un buen sorbo de nuestro elegante vino—. Se le someterá al procedimiento de interrogatorio.

—Tortura.

—Supongo que es inevitable. —Por su tono, parecía que le repugnaba. Eso no detenía jamás a un burócrata. De repente, Filippo se inclinó hacia delante, dirigiéndose a mí principalmente—. Tengo un dilema, Flavia Albia.

Él podía tener un dilema. Ahora que yo veía adónde quería ir a parar, sentía de pronto la necesidad de retirarme.

—Prefiero no saberlo —confesé con franqueza, sin mirar a mi marido.

—¿No estás de acuerdo con el proceso?

—Es inevitable —admití—. La muerte se ha de aplazar. Primero un torturador militar hará que revele sus secretos. Pero, Filippo, eso tiene las mismas desventajas

que cuando se utilizan esclavos como testigos en los juicios. Legalmente han de ser torturados; sin embargo, los testimonios obtenidos bajo tortura son siempre muy poco fiables. Es demasiado primitivo. —Me explayé en los detalles, sintiéndome agresiva y furiosa—: Uñas arrancadas. Cadenas y espetones. Agua. Pesos. Fuego. Potro. Amenazas, amenazas contra los familiares. La víctima dice cualquier cosa que haga detener el sufrimiento. Inevitablemente, siempre es lo que cree que el interrogador quiere oír.

—¡No seas dura conmigo! —exclamó Filippo. Al menos ahora se mostraba incómodo.

—Es responsabilidad tuya. Trabajas para el emperador.

—Sin duda eres consciente de qué métodos se emplean. —Incluso Tiberio se lo reprochaba.

—Algunas cosas son necesarias. —La típica excusa de los funcionarios—. No puedo permitirme el lujo de preocuparme por los detalles.

Yo podría haberlo obligado a oír muchas más cosas. En una ocasión, mi padre y un tío mío habían traído a un hombre a casa al que necesitaban hacer hablar. Mi madre se ausentó de casa, llevándose a sus hijos, incapaz de impedirlo, pero negándose a permanecer allí. Mi padre pensó que iba a divorciarse de él. Yo era una adolescente inquisitiva; vi bastante, antes de que ella nos alejara bruscamente.

Filipo se repuso.

—Me disculpo. Uno no debe mostrarse remilgado. Pero, como bien has señalado, debemos evitar que ese hombre nos engañe con respuestas fáciles...

Tiberio y yo nos miramos en silencio.

Filipo echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo, como si se preparara para realizar una difícil y dolorosa confesión. El cielo se había oscurecido, así que normalmente habría pedido a algún sirviente que encendiera unas lámparas de aceite. Pero el caso era que la noche caía de manera tan gradual que aún se distinguían las caras. Seguramente la mía expresaba fastidio. La de Filippo era sorprendentemente atractiva. Tiberio tenía cara de enfermo.

Filipo repitió que, cuando el falso Nerón llegara a Roma, lo encerrarían en un lugar oficial seguro. Tras un riguroso interrogatorio para el comité de seguridad, se redactaría un informe de altos secreto; este informe circularía de manera muy restringida, y, cuando se asimilaran los hechos y se actuara en consecuencia, sería rápidamente enterrado. Tras someterlo a la sesión informativa, como ellos preferían llamarlo, el falso Nerón desaparecería de los registros.

¿Y por qué? ¿Por qué no estaba ya muerto en una zanja en Siria o en Partia, como suponía todo el mundo?

Pregunté; Filippo me lo dijo. La razón era lo que había mencionado previamente: nuestros agentes en el extranjero habían dicho que, al contrario que sus predecesores, este Nerón falso no parecía tener nada que obrara en su favor. Su éxito era raro. Arrancárselo a los partos había sido mucho más difícil que en ocasiones anteriores, a

pesar del talento persuasivo de Flavio Abascanto (el tono de Filippo sonó lacónico). Así que en Roma los funcionarios temían que el pretendiente no actuara por sí solo; era un hombre de paja con patrocinadores ocultos que perseguían sus propios intereses.

Recordé que Lusía Paulina lo había ridiculizado llamándolo «patán de aldea».

—¿El tercer Nerón era una marioneta? ¿De quién? Domiciano culpó a Cívica Cerialis, pero yo creí a su mujer y a su cuñada cuando me dijeron que se horrorizó al ver que el pretendiente aparecía en Asia.

—Podría ser cualquiera. Los partos, una camarilla oriental, romanos de alto rango con conexiones en Oriente. —Inconscientemente, Filippo sacudió unas gotas que quedaban en su copa de vino vacía, y luego la dejó en el suelo junto a su asiento. Enlazó las manos y nos miró—. Por supuesto, se prepararán unas conclusiones para el emperador después de que ese hombre sea interrogado. Pero ¿será la verdad?

—¿Y por qué no? —quiso saber Tiberio.

—Creo que alguien llegará hasta él —contestó Filippo—. Quienquiera que lo apoyara impedirá que revele su identidad... y por eso —añadió despacio—, estoy convencido de que esa conspiración se ha originado aquí mismo, en Roma.

Tras unos instantes de reflexión, Tiberio se volvió hacia mí.

—Tiene sentido. El objetivo de un pretendiente es derrocar al emperador actual. Mucha gente en Roma quiere lo mismo.

—No siempre por razones honradas —convino Filippo—. Algunos desaprueban a Domiciano... lo que puede disimular el hecho de que otros tienen el objetivo más viejo del mundo: pretenden ejercer el poder ellos mismos.

—Sin duda el comité de seguridad los descubrirá igualmente —comenté—. Si no...

—Eso significa que sospecho de mis colegas. —Filippo por fin lo había soltado. Tiberio se movió en su asiento. Le gustaba ser preciso.

—¿De uno de ellos, o de todos?

—Podría tratarse de más de una persona. No veo cómo podrían ser todos.

—¿Alguien a quien haya conocido esta mañana? —pregunté.

—Por fuerza.

¿Por eso me había llevado a la reunión? ¿Quería que yo los viera antes de contarme su idea?

—¿De quién sospechas?

—No puedo decirlo.

—¿No puedes... porque no quieres especular, o simplemente no lo sabes?

No respondió.

Pensé en un aspirante obvio.

—¿Abascanto?

Filipo se retorció en el asiento con expresión sombría.

—¿No te parece que es demasiado obvio, Flavia Albia? Lleva toda una vida dedicada al servicio del emperador.

—Bueno, tú ya lo conoces —repliqué sin piedad—. Puede que haya decidido que el servicio al emperador no basta. Es el liberto más importante. Si es un traidor, el peligro es inmenso. No debes permitir que se dé cuenta de que sospechas de él. ¿Qué harías si Abascanto fuera leal, Filipo? ¿No compartirías tus temores con él?

—Lo hice. —Seguramente Filipo se percató de mi sorpresa. ¿Tenía más agallas de las que demostraba?—. Quería ver cuál era su reacción. Acudí a él en privado. Se mostró horrorizado ante la idea de que pudiéramos tener a un traidor, pero, reflexionando sobre los hechos, convino en que parecía posible. Me aseguró que se ocuparía del tema. Dijo que podía dejarlo todo en sus manos.

—¡Ya! ¿Y quedaste convencido?

—Lo fingí.

—¡Deja de fingir! —le dije enérgicamente—. Luego comprueba qué es lo que hace en realidad.

—Él dispone de los mejores recursos para investigarlo. —La expresión de Filipo volvía a ser sombría—. El emperador le escucha.

—¡También es el que está mejor situado para impedirte que andes fisgoneando por ahí!

Filipo era consciente de ello.

—Por supuesto. Por eso te necesito, Albia. Te pido que me ayudes a investigar. Es necesario el máximo secreto. Tu papel, nuestro papel, ha de ser invisible.

Eso ya lo sabía yo, lo sabía demasiado bien. Deseé que mi informe hubiera sido anónimo. Deseé que se hubiera etiquetado simplemente como «de una fuente fiable».

—Quizás habría sido mejor que no me hubieses llevado hoy a la reunión, Filipo.

—No he podido evitarlo. Ha sido idea suya.

—¿De Abascanto? —¡Eso no me gustaba nada!

Decidí no comentar a ninguno de mis dos acompañantes que, si Abascanto era un traidor, me había hecho invitar por una razón. Quería estudiarme. No cabía la menor duda de que, si Abascanto estaba realmente metido en una conspiración, y si decidía que yo suponía un peligro por ayudar a Filipo, me eliminaría.

Tiberio intervino entonces con calma y firmeza.

—¿Qué te ha llevado a creer que hay un traidor, Filipo? ¿Por qué crees que la aparición del falso Nerón se organizó desde Roma?

—Por la historia reciente. Ha habido complots.

—¿Aparte del de Saturnino en Germania? ¿Y en Roma? ¿Qué complots?

—Hace dos años. En septiembre. El complot de diez días antes de las calendas^[9] de octubre. —Solté un quejido. La manera de contar los días en Roma me parecía ridícula—. Domiciano lo sofocó rápidamente. Hombres prominentes perdieron la vida.

—¡Muy sigilosamente! —comentó Tiberio.

Los complots contra Domiciano eran ya endémicos. Era fácil olvidarse de los que sofocaba... o no llegar a saber nunca que se habían producido.

—Piensa en el modo en que se enterró el asunto de Saturnino —insistió Filippo—. Alguien ayudó a taparlo. Alguien de palacio, porque no se ha identificado jamás a ningún senador. Piensa también en el momento en que apareció el Nerón falso. El Imperio se halla seriamente amenazado desde fuera: Panonia, Dacia, los catos en Germania, a los que Saturnino coaccionó. Sabemos que los partos han establecido contacto con los dacios. El emperador está desbordado por las guerras extranjeras. No podría haber un momento más oportuno para derrocarlo.

—Pero va a volver a Roma —señalé.

A la luz del crepúsculo, vi borrosamente el gesto de asentimiento del liberto.

—Difícilmente pueden proclamar a un usurpador estando Domiciano fuera de Roma, con todas las legiones bajo su mando, y muchos de esos soldados lo veneran. Pero precisamente por eso tenemos que actuar deprisa. En cuanto regrese, se encontrará en la posición más vulnerable.

—¿No puedes advertirle de lo que recelas?

—Sin pruebas, no. —A Filippo se le notaba ahora lo muy nervioso que estaba—. No me atrevería a acusar erróneamente a alguien como Abascanto. Y si estoy en lo cierto, pero no puedo probar mis acusaciones, será peor. Debo obligar al falso Nerón a confesar quién lo apoyaba en Roma, Albia. Debo hacerlo discretamente antes de que empiecen a interrogarlo. El interrogatorio oficial estará comprometido, eso seguro.

—Dudas de Abascanto, así que has de actuar a sus espaldas... Entonces, ¿estás solo?

—Nominalmente, el comité de seguridad controla todo lo que se hace respecto a las conspiraciones —explicó Filippo—, pero no puedo confiar en nadie.

—Es peligroso, peligroso para ti, Filippo. Has de estar muy seguro de que quieres emprender este camino.

Filippo reaccionó con seriedad.

—Sé lo que supone actuar de manera independiente. Sé que, si inicio una investigación encubierta, estoy luchando por mi carrera.

—No —repliqué—. Trabajas en palacio. Ya conoces las normas. Cuando emprendas cualquier acción independiente, Claudio Filippo, estarás luchando por tu vida.

Al cabo de un rato, Tiberio formuló una pregunta, manteniendo un tono neutro.

—¿Por qué has de implicar a Flavia Albia?

Filippo contestó como si no esperara la pregunta. Una ingenuidad por su parte.

—Necesito ayuda. Podría habérselo pedido a su padre, que es lo que mi padre habría hecho. Pero Didio Falco parece haberse retirado. —Así que ahora pensaba que Falco era demasiado viejo.

—No se ha retirado —dije—. Pero jamás le pidas que trabaje para Domiciano. —Añadí a regañadientes—: Si lo que intentas es impedir un derrocamiento, ¿significa eso que apruebas a nuestro Amo, Filippo?

—Soy un funcionario de palacio —se disculpó Filippo—. Quiero estabilidad. Apruebo las transferencias de poder apropiadas. El emperador debe ser legítimo..., su candidatura abierta, su reinado confirmado por el Senado. Cuando se permite a individuos que maniobren en secreto, sin que nadie se lo pida, y con fines propios, se produce el caos. El Imperio se halla ya bajo la tensión de fuerzas externas. No podemos permitirnos una guerra civil.

—Estoy de acuerdo —añadió Tiberio en tono seco. Incluso de Domiciano se había sospechado que había asesinado a su hermano Tito; no había habido nada «abierto» en esa transferencia de poder.

Una vez más, Filippo se inclinó hacia mí de modo apremiante.

—Albia, yo trabajo con documentos. Entiendo de informes. Sé mantener una conversación... —Hizo una breve pausa—. Tú sabes hacer hablar a la gente. Gente que quiere mantener sus secretos. Te necesito. Tienes que ayudarme.

Tiberio Manlio se levantó bruscamente. Se alejó sin decir una palabra para subir las escaleras por sí solo, como debía de haber hecho cuando yo no estaba, con el cuerpo envarado, sin mirar atrás.

—¿Se negará a permitir que lo hagas? —preguntó Filippo, alarmado.

—No.

Tiberio nunca me negaría nada. Durante el breve tiempo que llevábamos juntos, habíamos sobrevivido a desastres en más de una ocasión. Le resultaba insoportable verme metida en situaciones peligrosas. Pero ese marido mío me permitiría elegir a mí.

Él representaba los mejores valores romanos. Ese era su dilema. Quería protegerme, pero conocía mis habilidades. Si había traición, Tiberio, que creía en el deber de un ciudadano hacia Roma, tenía que dejar que lo investigara.

Capítulo 19

Acepté la tarea, pero mostrándome precavida. Hacía mucho tiempo que era informante. Tan solo accedí a encontrarme con el falso Nerón. Entonces decidiría si sacarle lo que sabía era una opción factible.

Mi propio plan habría sido interceptar la entrega del «paquete» secreto de Brucia. No dejar siquiera que el prisionero llegara a Roma. Llevarlo a una casa segura de nuestra propia elección, e interrogarlo allí. Sugería la villa de Leta, el lugar de retiro donde el padre de Filippo había vivido sus últimos años; tenía la ventaja de hallarse fuera de Roma, pero cerca, en la Vía Apia. A continuación, el prisionero podía llegar a la ciudad como se esperaba; nadie más del comité de seguridad necesitaba enterarse del retraso.

Eso no ocurrió. Filippo carecía de los recursos necesarios. Dado que maniobraba en secreto, no se atrevía a dar órdenes directas a su personal habitual. Actuando así, no tenía modo de ponerse en contacto con los que custodiaban al prisionero; en cualquier caso, dudaba que la escolta hubiera aceptado su autoridad y se hubiera desviado de su ruta.

Por supuesto, en ese punto estaba atascada. Dijera lo que dijera, Filippo creía que me había convencido. Cuanto más inexperto me parecía él, más me atraía la idea de corregirlo.

Entonces admitió dónde iban a encerrar al falso Nerón. Finalmente, lo soltó todo y dijo que, según lo programado, el prisionero debía llegar esa misma noche. No queriendo arriesgarse a que alguien descubriera que estaba en Roma, actuarían sin demora. El torturador empezaría a primera hora de la mañana del día siguiente.

Yo me los había imaginado arrastrando a su carga hasta las profundidades del palacio, que estaba lleno de pasillos subterráneos. Se contaba que allí había salas de juego que los peores emperadores habían utilizado para sus perversiones sexuales; bajo el gobierno de la dinastía Julio-Claudia, se decía que era corriente meter allí a parientes no deseados y dejarlos morir de hambre. Resultaba extraordinario que Nerón hubiera sobrevivido para heredar el trono a pesar del riesgo de exilio, estrangulamiento, ahogamiento, envenenamiento y enfermedad natural o accidente. Haber crecido en una familia cuyos miembros caían como moscas a su alrededor explicaría quizá su chifladura.

El palacio no era el lugar al que lo llevaban. Tenían uno que daba mucho más miedo. Venía con toda una cuadrilla de siniestros extractores de la verdad. Al falso Nerón lo llevaban al Castra Peregrina.

—Olvídalo —repliqué—. No pienso ir allí.

No sé cómo, Filippo consiguió convencerme. La curiosidad es un increíble aliciente.

La Castra Peregrina, o campamento de los extranjeros, lo había mandado construir Augusto, pero Domiciano lo había remodelado mucho. El sombrío acuartelamiento se hallaba en el monte Celio, cerca de la escuela de gladiadores de Domiciano. Las calles adyacentes se habían convertido en un lugar al que las mujeres respetables, o incluso los hombres, no iban jamás. Las tabernas y los burdeles tenían muy mala fama. Los soldados se emborrachaban, armaban alboroto y buscaban pendencia; era mucho peor que el campamento pretoriano, que al menos estaba fuera de los muros de la ciudad.

Fuimos allí de noche, bien envueltos en mantos, y con Dromo y el esclavo de Filipo como guardaespaldas; el mío era un inútil por naturaleza, el suyo, apenas un muchacho. Ambos portaban antorchas, que solo servían para iluminar nuestros nerviosos rostros.

Mientras caminábamos, procurando que nuestros pasos hicieran el menor ruido posible, Filipo me contó cómo estaban distribuidos los soldados en el campamento. Fuera de Roma, cada legión tenía su propia dotación de exploradores. El emperador había extraído doce o trece de estos exploradores de cada legión. Los había transferido a Roma. Vivían en su propio campamento. Los habían eliminado de la lista del personal de sus legiones y respondían directamente ante Roma. Ya no debían lealtad a sus legiones de origen, sino a los *castra*, y confiaban directamente en el emperador.

Todos los aspectos de su trabajo eran sucios. En primer lugar, informaban sobre la provincia en la que habían estado previamente destinados, sobre elementos sospechosos de su propia legión, e incluso sobre el gobernador. Seguramente ese era el mecanismo a través del cual Domiciano se había enterado y se había ocupado de las quejas en Britania bajo el gobierno de Salustio Lúculo y de la traición de Cívica Cerialis en Asia.

Para los elegidos, una vez en los *castra*, el cometido principal era espiar al pueblo de Roma. Se sabía que se mezclaban con la gente, vestidos con ropa normal, para provocar indiscreciones. En ocasiones, formaban también un pelotón de ejecución. Tras el complot del 22 de septiembre de dos años atrás del que nos había hablado Filipo, las sentencias de muerte contra hombres prominentes se llevaban a cabo desde su campamento. Su trabajo era encubierto... Sin embargo, su existencia no se ocultaba. Así era como trabajaba el miedo.

De pie frente a su amenazador acuartelamiento, sentí ese temor.

—Filipo, esto es lo que diremos: tú eres un miembro del comité de seguridad que ha venido a examinar al prisionero. Quieres comprobar su estado antes de que empiece el torturador. Sé franco. Será mejor que el traidor piense que actúas por audacia y ambición, a que se entere de que has estado aquí en secreto.

—¿Lo descubrirá?

—Presumiblemente.

Le habría animado a ser valiente, pero preferí no recordarle el peligro que corría. Yo misma estaba aterrorizada, pero sabía cómo disimularlo.

Se produjo la demora habitual en la caseta del centinela, aunque sorprendentemente nos dejaron pasar. La entrada no era preocupante; lo que realmente me inquietaba era si nos dejarían volver a salir.

Pedimos ver al comandante. Se trataba de un cabrón corpulento y seguro de sí mismo, que apestaba a muchos años de guerra. Los oficiales curtidos en mil batallas pueden verse recompensados con pequeños discos de oro llamados *phalerae* para adornar sus corazas en ocasiones solemnes; pueden recibir hasta un máximo de nueve. Aquel hombre tenía ocho. Los llevaba estando de servicio. Para él cada día era solemne.

Era hostil por naturaleza, sin embargo, sentía un feroz respeto hacia la autoridad. Filippo logró representar su papel de manera aceptable. Pese a alguna insinuación de que iba a echarnos, aquel espécimen aceptó que Filippo, con su librea de palacio, tenía autoridad legítima para estar allí. Filippo sabía que el prisionero estaba en ese edificio, al fin y al cabo. Por suerte para nosotros, podíamos decir que en palacio querían evitar que existieran pruebas escritas.

—Comprenderás entonces que no podemos enseñarte una orden escrita.

Casi Nueve Medallas me miró socarronamente. Seguramente pensaba que Filippo y yo éramos amantes, o que Filippo esperaba que lo fuéramos, si me invitaba a participar de la emoción barata de visitar una prisión. Me habían hecho regalos más agradables. Que me hubiera presentado como la esposa de un edil solo demostraba que yo era una desvergonzada de visita en los barrios bajos. Aun así, mientras el comandante supusiera que me acostaba con un liberto de alto rango, se abstendría de intentar seducirme él mismo. Por los dioses, qué agradecida estaba de ahorrármelo.

Nos dijo su nombre. Lo escupió como un desafío, advirtiéndonos de que haríamos mejor en no mencionárselo a nadie de fuera. Llamémoslo Tito. Mi padre dice que en cualquier grupo con el que te encuentres siempre habrá un capullo grandullón llamado Tito, el que te causa problemas.

Tito nos dejó entrar a ver al prisionero. No se molestó en venir con nosotros. Recibir a un misterioso visitante en el campamento era algo rutinario.

El falso Nerón estaba sentado en un taburete en su celda. Estaba cenando. Aún no habían iniciado formalmente el programa de torturas, de modo que no le hacían pasar hambre. Hay normas. A un prisionero de Roma se le proporcionan alimentos básicos. Serán horribles, a menos que pueda sobornar a sus guardianes para que le den algo mejor, pero lo mantendrán con vida. Bueno, lo quieren vivo para castigarlo.

El hombre tenía sobre las rodillas un cuenco de sopa de cebada muy líquida. Olí el ajo desde la puerta. La aguada sopa parecía tibia y seguramente la cebada tenía moho. Sin embargo, él la comía con apetito. No comprendía que no valía la pena que se molestara. Había llegado su hora.

Tenía una bala de paja para tumbarse y un cubo para que no ensuciara la celda. Estaba muy lejos de lo que debía de haber conocido en Partia. Las camas en Oriente son famosas por su blandura. Como instrumento que podían utilizar contra Roma, probablemente también le habían concedido almohadas, sábanas perfumadas y jóvenes serviciales para arroparlo.

Cuando el torturador iniciara su tarea, cama y cuenco desaparecerían. Es decir, si la actividad del día siguiente iba a desarrollarse *in situ*. En la Castra Peregrina quizá tenían una sala especial de operaciones. Una estancia para los últimos días de vida. Fácil de limpiar y a prueba de ruidos. En cualquier caso, como nos explicó nuestro escolta, al amanecer se aplicarían al prisionero «medidas especiales».

Le eché una buena mirada. El falso Nerón era de constitución delgada, de estatura media, de ojos castaños y piel clara, con facciones mediterráneas. Es decir, podría haber paseado por Roma sin parecer exótico. Por Siria habían marchado tantos ejércitos durante su larga historia que sus habitantes se parecían a la mayoría de nosotros.

Tenía un par de morados y muchas picaduras de insectos, pero su estado era razonable. Llevaba recortadas la barba y las patillas al estilo de Nerón, pero hacía meses que no le habían cortado los andrajosos cabellos. Las estropeadas puntas aún mostraban sucios rastros del rubio teñido.

Nos llevamos un chasco al no poder hablar con él. Solo hablaba su idioma. No lo dije en la Castra, pero para mí, el hecho de que no supiera latín ni griego era la primera prueba de que jamás podría haber tenido éxito como pretendiente a Nerón.

Se había contratado a un intérprete, pero para el día siguiente. Filippo no había pensado en esto. Dijo que Rubrio hablaba varias lenguas, pero que no tenía la menor idea de dónde encontrarlo fuera de horas. Sería difícil recurrir a alguno de los lingüistas de palacio, o encontrarlos sobrios, aunque diéramos con ellos. Por los dioses. Nuestra visita era una pérdida de tiempo.

El falso Nerón nos miró como preguntándose qué pensábamos hacer en aquel punto muerto. Tenía una total falta de curiosidad por saber qué iba a pasar con él. Me hizo pensar que para convencerlo de que asumiera aquel papel debían de haberle ofrecido algo tan importante para él que le daba igual. Debían de haber entregado una considerable cantidad de dinero a su familia. Había logrado la prosperidad para ellos; sus parientes lo recordarían durante generaciones.

Me pregunté cómo se llamaría. Esperaba que su madre estuviera orgullosa de él. Esperaba que ella no tuviera que enterarse jamás de cómo iba a acabar todo.

Su porte no era imperial. Podían cubrir su cuerpoapestoso con una toga púrpura, encasquetarle una corona sobre su sucia cabeza y hacer que saludara a la multitud

desde un balcón para evitar el problema de la lengua, pero nadie confundiría a aquel tipo mugriento con una rama del elitista árbol familiar de Marco Antonio y Augusto.

Como yo sospechaba desde el principio, era el típico pastor sirio. Si alguna vez había tenido una lira, alguien se la había quitado.

El hombre siguió engullendo su cena cuando nos fuimos.

Capítulo 20

Filipo me ofreció acompañarme a casa con escasa convicción. Le dije que me bastaría con Dromo. Era más seguro parecer una prostituta con el muchacho que le llevaba las ganancias y podía propinar un puñetazo, que caminar por las calles de noche escoltada por un cándido funcionario civil cuyas dotes eran todas claramente intelectuales. Su esclavo aññado jamás impediría que nos asaltaran.

Me despedí en una esquina cerca del Palatino. Una vez que lo perdí de vista, obligué a Dromo a dar media vuelta agarrándolo por los hombros; tras unos cuantos chillidos de protesta de su parte, regresamos a la Castra Peregrina. Antes estaba preocupada por conseguir que el comandante nos dejara ver al prisionero; ahora me dediqué a observar lo que me rodeaba. Era un imponente edificio militar grande, cuadrado, lleno de barracones, establos, cocinas, oficinas administrativas y otras secciones especializadas: armería, baños, altar dedicado al emperador, altar dedicado a algún desagradable dios de la soldadesca, celdas. Supuse que podía haber mujeres ilegalmente dentro de los cuarteles, aunque sobre todo los soldados salían a buscar placer fuera, en la comunidad local. La atmósfera era tan intensamente masculina como era posible.

Dentro flotaban olores extraños. A grasa para cuero y a pies. Incluso a una hora tan tardía, el lugar era ruidoso, lleno de voces altas, charlas de los soldados, extraños tintineos metálicos, un cuerno muy mal tocado.

Casi Nueve Medallas, el comandante, creía saber por qué había vuelto. Tenía a sus espaldas una larga carrera militar en los lugares más horribles del mundo. Eso le hacía sentirse bien. Creía que las chicas deberían caer rendidas de admiración a sus pies.

A Dromo le dije que se sentara en cuclillas en un rincón y que permaneciera despierto. Al comandante le dije que por favor no intentara nada porque hacía solo dos días que me había casado y a mi marido le había caído un rayo encima. Intrigado, como yo ya me esperaba, decidió que sería amable conmigo, al menos temporalmente.

—Finjamos que he olvidado un pañuelo y he vuelto a por él, Tito. Entonces te diré por qué he regresado.

—¿Dónde está tu escolta palaciego?

—Se ha ido a casa para tomarse un ponche caliente, meándose encima de miedo después de estar aquí, en tu acuartelamiento.

—¡Eso está bien! ¿Pero tú no? —preguntó Tito, limpiándose las uñas con la punta de una daga a la manera de los centuriones.

Me senté en el diminuto escabel que debía usar su asistente, me crucé de brazos y lo miré.

—Bueno, Albia, ¿puedes confiar realmente en este hombre? —murmuré teatralmente, como si hablara conmigo misma.

Él me sonrió para dar a entender que podía confiar en él. Su sonrisa era horrorosa, pero después de haber trabajado con los vigiles durante años, las había visto peores. Al menos estaba sobrio, o era capaz de beber aljibes enteros de alcohol sin que le afectara. Supuse que era abstemio. Bueno, más o menos.

—Bueno, ¿por qué estoy aquí, Tito?

—No seamos tan formales —dijo Tito—. Llámame Princeps Peregrinorum.

—Un príncipe entre extranjeros, un príncipe entre los hombres. —Algunas veces en mi trabajo tenía que recurrir a halagos descarados. A él le encantaron. Siempre les encantan. Pero no me dejaba engañar; aquel hombre seguía siendo extremadamente peligroso y yo estaba sola en su oficina con él. Dromo no contaba—. Princeps, eres un hombre con experiencia. Seguro que comprendes que en palacio tienen un problema. Escucha, ¿qué te parecería si te dijera que lo que hacemos Filippo y yo es altamente confidencial... y que es por la seguridad de Roma?

Le gustaban las crisis. Estaba dispuesto a escuchar.

—Bueno, ¿y cuál es ese «problema» secreto?

—Lo que voy a decirte debe permanecer en el más estricto secreto. El hombre al que tan amorosamente cuidas en tu acogedora celda... ya sabes que es el Nerón falso. Lo han traído a Roma desde Partia porque hay algo extraño en él. Se cree que alguien lo preparó todo para que hiciera su falsa alegación... Un traidor de palacio. Por eso he vuelto esta noche sin mi escolta. Por lo que yo sé, incluso el hombre que me ha contratado podría ser ese traidor.

El soldado me miró con desconfianza.

Dejé escapar un suspiro exagerado.

—Princeps, esa es exactamente la clase de argucia que utilizaría semejante villano. Podría pensar que contratarme a mí quedaría bien y le ayudaría a impedir que lo detectaran. Pero no creo que sea Filippo. Tiene un temperamento demasiado apacible. Está en la inopia.

—Un maldito ambicioso, eso es lo que es —me corrigió el Princeps, demostrándome que era observador y perspicaz a la vez.

—Pero reconoce que debe de ser brillante. Supo ver que este prisionero jamás habría podido provocar una rebelión por sí solo, atraer aliados, conducir un pequeño ejército al otro lado del Éufrates, persuadir a los ladinos partos para que lo apoyaran. Así que Filippo y yo queríamos hablar en privado con tu Nerón, convencerlo para que nos revelara quién está realmente detrás de su intentona.

—¿No habéis conseguido nada?

—No habla latín. —Seguro que el comandante lo sabía desde el principio—. Así que, dime, ¿es cierto que tus tropas se extraen de todas las legiones? Eso incluye a Siria. Si tus hombres son exploradores veteranos, sin duda el criterio principal para ser seleccionado para esa unidad de inteligencia altamente capacitada, alguno ha de

ser capaz de traducir lo que sea que hable la decepción rubia de la celda. Solo espero que no se haya ido a alguna taberna a beber.

—No —contestó, mirándome.

—¿No? —Me encogí de hombros con gesto femenino—. Es una pena.

—Tengo a uno que habla su jerga. Por supuesto que se ha ido a una taberna.

—Es un soldado —dije comprensivamente—. Estamos en Roma. Las mejores tabernas del mundo. Supongo que ahora estará echado sobre el regazo de alguna moza, absolutamente borracho.

El Princeps Peregrinorum me miró con severidad.

—No creas que no he prestado atención a lo que ese lechuguino de palacio y tú estabais tramando. Este es mi campamento. Conozco hasta la última araña que se mueve por aquí. Vaya... ¿dos oportunistas se presentan aquí de noche para ver a un prisionero especial, sin una orden escrita? No tienes que darme con un pescado en las pelotas para pillarlo.

Logré adoptar una expresión admirativa.

—Yo mismo estaría ahí dentro con mi soldado ahora —afirmó Casi Nueve Medallas—. Yo mismo exigiría a Nerón que escupiera sus sórdidos secretos, pero no conseguimos encontrarlo. Al soldado, quiero decir. Nerón está en su celda, durmiendo como un bebé. Me informan cada hora. No puede sorberse los mocos sin que yo me entere de que se ha limpiado la nariz con el brazo.

—Eso debe de mantenerte muy ocupado —dije, expresando mi simpatía.

Él sonrió.

—Solo hasta mañana. Cuando venga el torturador, ya no tendrá un solo momento para él.

Yo parecía haberle caído bien a Tito. Es un don. De él depende mi trabajo. La mitad de las veces te los ganas simplemente porque llevan vidas aburridas, y mis preguntas son lo más emocionante que les ha pasado esa semana. Además, yo me había mostrado sincera y él estaba acostumbrado a que todo el mundo ocultara sus verdaderos motivos. No lo había mirado por encima del hombro por ser un soldado; le había prestado el debido respeto a su poder. Luego le había explicado con franqueza lo que quería.

Como resultado, no diré que Casi Nueve Medallas me aceptara, pero podíamos trabajar juntos.

Me indicó que nuestra reunión debía darse por concluida. Dijo que el soldado intérprete aparecería con las primeras luces. Se le había asignado interpretar los gritos de dolor de Nerón; volvería al mismo tiempo que llegara el torturador.

—¿Sobrio?

—Si no lo está, no se le notará. O sabe que me comeré sus pelotas en una torta.

Tito hizo entonces una concesión. Si era rápida, al día siguiente por la mañana le diría al torturador que se esperara mientras yo probaba a sacarle información al falso Nerón.

—¡Gracias, señor! Traeré pescado en escabeche —dije.

Parecía inseguro, así que me expliqué.

—Para echar en la torta con las pelotas del soldado.

No supo cómo tomárselo, así que educadamente fingió no haberlo oído.

—Yo tendré que estar presente, Flavia Albia. En caso de que me pregunten, debo poder decir que lo he presenciado todo.

—Bueno, gracias de nuevo, Princeps. En realidad, agradecería tu opinión sobre lo que diga Nerón. Si llega a decirnos quién es el traidor, podría ser alguien bastante poderoso. Eso requeriría un arresto delicado.

Tito pareció interesado, viendo en ello una oportunidad para adquirir su novena *phalera*. Me fijé que en que no preguntaba nombres.

—Bueno —dijo lentamente, y su voz sonó como si aquel fuera el momento en que iba a preguntarme si me apetecía un meneo—, ¿qué te ha hecho pensar que yo estaría dispuesto a dejarte hablar con él?

—Creo que eres leal. Todo el mundo es leal a algo. Dioses, líderes, una mujer. ¿Tienes tú una mujer, por cierto? ¿Qué querría ella que hicieras?

Daba la impresión de haberse acostado con todas las mozas de taberna desde la Galia hasta Recia, y posiblemente con sus hermanos también, pero en lo que iba a ser su último destino, ante la inminencia de un retiro con una generosa recompensa, seguro que se había buscado a alguien civilizado con quien pasar el resto de sus días. Estaba en lo cierto.

—Tengo a una chica. Agradable. Muy inteligente. Nunca hablamos sobre política.

—Prueba —le sugerí.

Designó a dos de sus soldados para que nos acompañaran, a Dromo y a mí, hasta el Aventino. O, como me confirmó el Princeps Peregrinorum con desvergonzada sinceridad, un soldado para escoltarme hasta casa, y otro para ser mi testigo por si el primero me atacaba. Dándole las gracias amablemente una vez más, le dije que eso era tranquilizador.

Capítulo 21

Una vez en casa, Dromo afirmó tener un elevador de pestillo. Mientras yo seguía haciendo rechinar los dientes porque él tenía uno, pero yo no, descubrimos que el suyo lo había doblado, así que ya no funcionaba. Por suerte, Grecina había estado rondando ruidosamente, esperando oír a la señora cuando volviera de andar por ahí callejeando; ella nos abrió la puerta. Mientras me inspeccionaba buscando indicios de que hubiera participado en una orgía, le ordené que llamara a un cerrajero para que me hiciera una llave.

Tiberio había estado sentado a oscuras en el patio, aguardando mi regreso. Se le notaba disgustado. Al cabo de unos instantes teníamos nuestra primera riña de casados.

Supuse que el problema era que hubiera salido de noche, pero no. Durante todo el día, me había olvidado por completo de que era el cuarto día de septiembre, uno antes de las nonas^[10]. Era el día en que empezaban los Juegos Romanos, habiéndose añadido un día extra en honor a Julio César, después de que hubiera sido asesinado. Se realizaba un sacrificio a Júpiter, una procesión y luego una carrera de cuadrigas en el Circo. De haber estado bien Tiberio, debería haber asistido. Pero, en cambio, se había pasado el día sentado en casa, rumiando con pesar que había faltado a su deber.

Yo le hice notar que había pasado por allí varias veces, que él no me había dicho nada, y que hasta entonces aún no había abandonado siquiera la casa. Debía de estar muy cansada, porque, si no, no habría añadido imprudentemente:

—El médico de mi madre me dijo que debía esperar un comportamiento irracional. Al parecer, cuando a un hombre lo golpea un rayo, es corriente que su matrimonio acabe en divorcio.

Eso no ayudó mucho. Después de llegar a un punto muerto, seguíamos enfadados el uno con el otro. No llevábamos casados el tiempo suficiente para determinar a quién le correspondía alejarse haciendo aspavientos, muy ofendido.

Al final Tiberio soltó un bufido de indignación y se fue a la cama. Más tarde, fui tras él y lo encontré fingiendo dormir. Crucé la habitación en la oscuridad. Me tumbé a su lado y rodeé su cálido cuerpo con el mío, lo que al menos permitió sin zafarse de mí. De repente fui consciente de lo asustada que había estado en la Castra, y en lo bien que sentaba volver a estar a salvo en nuestro dormitorio con la firme presencia de mi hombre.

Una llamada furtiva a la puerta anunció a Galena, que traía *mulsum* caliente, uno de sus bizcochos de almendras, y una pequeña lámpara de aceite. Con un dedo en los labios para indicarme que no molestara a Tiberio, recogió el vestido que me había quitado y se lo llevó para lavarlo, como si yo fuera aún una muchacha que vivía con sus padres. Yo estaba orgullosa de haber sobrevivido sola como informante, pero también podía vivir así.

Cuando la puerta se cerró, Tiberio se ablandó y se incorporó en la cama para

sentarse conmigo. Yo me tomé la bebida. El bizcocho lo compartimos.

—¿Bien?

—Bien. —Éramos amigos—. El falso Nerón es un auténtico fraude. Un pastor de ovejas. No habla latín y huelga decir que no había un traductor a mano. Tengo que volver al alba para una sesión rápida.

—¿Quieres que vaya contigo? —En otro tiempo lo habría sugerido con mucha más vehemencia.

—No es necesario.

Como edil, Tiberio habría mantenido a raya a Casi Nueve Medallas, pero aún no quería enfrentarse con el mundo exterior. La Castra Peregrina sería un mal lugar para empezar en su estado actual.

Se movió con ansiedad, sin dejar de apoyarse en el cabecero.

—Debo superar esto, Albia. Tengo que asistir a los Juegos.

—A la porra los Juegos —le dije para tranquilizarlo—. Ya hiciste bastante organizándolos. Tienes tres colegas que pueden ocuparse de cualquier problema que surja. Tú quédate en casa, tumbate un rato cuando lo necesites, y deja que vengan los otros a decirte lo bien que ha ido todo.

—¿Y qué hay de ti? ¿Y si tú me necesitas?

Intenté animarlo.

—Si te necesito, te lo diré, lo prometo. Por el momento, todo va de perlas. El comandante del campamento me ha proporcionado esta noche una escolta de soldados para acompañarme hasta aquí; esos encantadores muchachos volverán mañana por la mañana. Todo irá absolutamente bien.

En eso me equivocaba.

Pasamos la noche fastidiados por las migas del bizcocho en la cama. Al día siguiente me vestí y bajé a lo que habría sido la hora del gallo, si alguno de los gallos de nuestra ciudad hubiera sobrevivido a la olla. Yo tenía la mente entrenada para despertarme cuando era preciso para trabajar, aunque ese día me resultó duro.

Los muchachos de Tito aparecieron enseguida. Para mi sorpresa, aquellos ejemplares soldados habían traído un burro. Era una treta deliberada: cuando monté con las faldas recogidas, me vieron las piernas desnudas. Grecina y Galena estaban al lado para taparme rápidamente con decoro. Compitieron la una con la otra en maldecir a los soldados, que fingieron avergonzarse. Ninguno de ellos mostró un dedo en el aire a modo de falo por supuesto.

Descendí el Aventino a lomos del burro, dejé atrás con esfuerzo el Circo Máximo, rodeé la amplia base del templo de Claudio y llegué al campamento. El burro era asustadizo, pero me las apañé para no caerme.

Casi Nueve Medallas estaba en su despacho de pie, con las piernas separadas, afeitándose, ritual que llevaba a cabo como si fuera un sacrificio. Utilizaba un espejo

de mujer, que extrañamente era un elegante modelo con dorso de plata y estilo etrusco, y una navaja con la que podría haberse cargado a unos piratas. Movía el brazo con gran cuidado, eliminando la barba con infinito esmero. Terminó aplicándose una loción de azafrán con delicados toques de los dedos y cantidades abundantes.

Con él, esperando pacientemente en el escabel de madera del asistente, estaba el torturador. De pie en un rincón había un sirviente. Era un somnoliento esclavo público, que parecía resignado a cualquier cosa. Tito había tenido el detalle de proporcionarles panecillos, pero a mí no me ofrecieron nada.

El torturador fue una sorpresa. Yo me había imaginado a un matón de pecho fornido y expresión lúgubre, cubierto de cicatrices y con un rictus en la cara. Se trataba de un joven agradable. Sin duda habría soldados ayudándole cuando empezara, pero era un funcionario público, asignado a la *Castra Peregrina*, con un estipendio, que vivía en una casa cuando no lo necesitaban, y se presentaba allí con sus herramientas cuando lo llamaban. Aparentaba veintipocos años y era casi barbilampiño. Sus modales eran correctos y me saludó con educación. Aun así, no me cupo la menor duda de que se le daba muy bien su trabajo. Exudaba una silenciosa seguridad en sí mismo.

Iba envuelto en un gran delantal limpio e impermeable, para que después no se le vieran manchas de sangre. Por el pulcro lazo con que estaba atado a la espalda, me pregunté si se lo habría hecho en casa algún cariñoso pariente.

Tito interrumpió su ritual de afeitado para presentarnos.

—¡Apuesto a que no le cuentas a tu madre a qué te dedicas! —exclamé, dirigiéndome al torturador. La mujer debía de ser feliz simplemente sabiendo que su lindo muchacho tenía un cargo importante, con unos ingresos y un trabajo que en nuestra ciudad estaba garantizado de por vida.

Alfio, pues tal era su nombre, había dejado en el suelo su bolsa de oscuro cuero endurecido, arrugado por el uso. La mantenía cerca, entre los pies, mientras estaba sentado en el escabel. Ahora le dio un puntapié. Me fijé en que tenía los pies pequeños, embutidos en unos zapatos relucientes con cordones. Los lazos eran precisos y uniformes. Con el puntapié, la bolsa de herramientas hizo un ruido metálico, pero era tan pesada que apenas se movió. Pequeños artilugios para añadir un intenso dolor colgaban de aros metálicos en el exterior. Todos estaban bien cuidados y parecían afilados.

—Cree que soy fontanero.

Debía de ser idiota. Un auténtico fontanero llevaría la túnica metida por la raja del culo y estaría siempre medio achispado.

Cuando *Casi Nueve Medallas* se convenció de que su afeitado era perfecto, salimos todos. Aparecieron varios soldados, surgiendo de sus escondrijos, y luego se colocaron en formación de escolta para el comandante del campo. No podía ser una escolta de protección, pues el hombre respiraba poderío físico. Los rateros debían de

sumergirse en los portales cuando él pasaba caminando por la calle. Sin embargo, no se desplazaba jamás sin un grupo que escuchara sus varoniles palabras y admirara todos sus actos.

También nos esperaba fuera el explorador de Siria que actuaría como intérprete: un hombre callado, que, como me habían prometido, olía a vino pero parecía sobrio. Físicamente era corriente, pero siniestro; no me habría gustado que contara las túnicas de mi tendedero para ver si tenía un amante.

Todos los soldados me miraron con curiosidad, aunque en presencia de Tito su escrutinio era sutil. Sabía que ninguno de ellos estaba pensando en lo elegante que era mi ropa ni qué bien conjuntados estaban los complementos. Me estaban imaginando sin nada puesto.

Un escalofrío me recorrió la espalda. La Castra no parecía menos amenazadora a la luz del día. Si te dejaban caer en aquel refugio de desgracias pasadas, nadie te oiría chillar. Si dejabas de chillar, sería porque ya estabas más allá de toda preocupación. Unos hombres arrojarían tu cuerpo sin vida fuera, a la calle. Los transeúntes mirarían hacia otro lado.

Nuestro silencioso grupo recorrió los mismos pasillos llenos de ecos que yo recordaba de la noche anterior. Seguían oyéndose ruidos por todas partes. Intenté imaginar que eran los sonidos domésticos que uno podía oír en cualquier casa particular, a pesar de que el tono de las voces fuera tan alto y agresivo. Un caballo relinchó en alguna parte, luego le respondió otro. Pasó por nuestro lado un diminuto esclavo cargado con una enorme bandeja de lámparas de aceite gastadas; sus famélicos brazos apenas alcanzaban para sujetarla. Se estaba cocinando un desayuno militar que requería un gran estrépito de cacharros en medio del olor a pan recién horneado.

En el umbral de una puerta apareció un soldado que llevaba únicamente un taparrabos colgando en torno a las rodillas, vio a su Princeps, sonrió, hizo un saludo rudimentario, y desapareció rápidamente de la vista. Los hombres de mi escolta me miraron de reojo. Yo proseguí tranquilamente, dándoles a entender que no era la primera vez que veía un rabo y, más aún, que el arrugado ejemplar de aquel soldado no estaba a la altura del nivel requerido.

Por dentro, estaba preocupada. Me preguntaba qué podía decirle al prisionero. La víspera había vuelto a casa demasiado tarde para pensar, demasiado cansada para trazar un plan. Tal vez primero podía describir el tratamiento que iba a darle Alfio con sus herramientas, recordarle que estaba condenado a morir. Fingir que, si me ayudaba, yo podría interceder para que mejorara su suerte..., quizás incluso para que lo indultaran...

Tiberio había citado posibles incentivos para convencer a un prisionero como aquel. Teniendo en cuenta la gravedad del asunto, seguro que Filippo estaría de acuerdo. Fuera lo que fuese lo que el pretendiente hubiera recibido para aceptar asumir el papel de Nerón por parte de sus patrocinadores, tenía que ofrecerle más,

sugerirle una nueva vida, una nueva identidad segura, protección para su familia.

Entramos en un pasillo oscuro, angosto y que olía a humedad. Cuando llegamos a la celda, me enfurecí. Allí estaba Filipo.

No me habían dicho nada de que iba a venir; aquella entrevista era mía. Sin embargo, él había llegado antes que yo. Estaba en la puerta de la celda, envarado, con su librea blanca de palacio, arrebuñado en su toga, incómodo en aquel ambiente. Para ser espía era demasiado quisquilloso. Su actitud lo etiquetaba como un mero experto de salón. Él se dio cuenta de mi enfado.

—Aún no ha pasado nada, Albia. El pretendiente sigue profundamente dormido. El asistente iba a entrar ahora para despertarlo.

Como soldado que era, el «asistente» resultó ser un sirviente muy grosero. Su método fue el mismo que habría utilizado en una tienda llena de reclutas somnolientos que intentaran escaquearse de la formación matinal: un estentóreo grito. Para mayor refinamiento, aplicó la bota con dureza a la extremidad del prisionero que le quedaba más cerca.

—Para —le ordenó de inmediato el Princeps.

El falso Nerón no se había movido.

El soldado se apartó. Arrastró un pie, tratando de ocultar una brizna de paja de la tosca bala sobre la que dormía el hombre tumbado boca abajo, que se le había quedado enganchada en la correa de la bota. Normalmente, la falta de pulcritud habría supuesto una reprimenda. Intuyendo una crisis, se puso firme y saludó a su comandante. Saludó bien, pero con timidez. Soldado modelo hasta en sus relucientes botones, comprendí que Tito era un comandante muy respetado.

Tito habló con su calma habitual, pero al resto de nosotros nos indicó por señas que permaneciéramos fuera. A través de la puerta lo vimos entrar pisando fuerte. No se apresuró. Avanzó hasta el prisionero y lo examinó de cerca. Con sus fuertes manos, alzó al hombre por la túnica, miró nuevamente la cabeza que colgaba inerte, e incluso lo zarandeó. La sacudida fue como la acción brusca y enérgica con la que liberas el último trozo de pescado escabechado de su recipiente. No ocurrió nada. Dejó caer la figura inerte con mayor suavidad. El falso Nerón volvió a su lecho de paja como una muñeca de trapo infantil.

—Anda y que me jodan. —No era una invitación muy seductora—. ¿Por qué has tenido que hacer esto, hijo? —preguntó el Princeps con pesar, hablando con su prisionero—. Ahora sí que me has fastidiado, ya lo creo que sí. Este es mi campamento y no te he dado permiso para que alteraras su bonita rutina. —Se volvió para dirigirse al resto del grupo—: Esto es embarazoso, embarazoso para alguien. Vuestro falso Nerón se nos ha muerto.

Capítulo 22

—¿Estás seguro? —Filipo empezaba a fastidiar a Tito. El prisionero estaba muerto. Cualquiera se daría cuenta.

El comandante del campo habría preferido decidir su siguiente paso lejos del escrutinio oficial. Preparar bien su historia. Arreglarla. Luego decírselo a los cabrones. Al hacerlo, contarles lo menos posible.

Entré para echar un vistazo. Comportándose ya totalmente como Princeps, Tito se sintió agraviado cuando desobedecí su orden de quedarme fuera. No dejé que eso me detuviera. Me pareció que no tendría otra oportunidad como aquella.

No hallé marcas visibles en el cadáver. Seguía teniendo los antiguos moretones, pero no le habían salido otros nuevos. Nadie lo había golpeado después de que nos fuéramos la noche anterior. Me acerqué inclinándome, no vi espuma en sus labios. No tenía heridas de ligaduras. No lo habían apuñalado: no había sangre. Si lo habían golpeado en la cabeza, no se veía nada en el cuero cabelludo bajo el patético y sucio cabello teñido.

Tito me permitió realizar este examen a regañadientes. Observó cómo lo hacía. Para él, habría sido indigno aprobar las acciones de una mujer, pero no hizo intento alguno por detenerme.

Todavía completamente fuera de la celda, Filipo recuperó por fin el habla; amparado en su cargo, anunció que se realizaría una investigación completa.

—Por supuesto —convino Tito, lacónico. A nadie se le escapaba que aquella muerte suponía un fracaso para él. No había mantenido a salvo al falso Nerón. Se había perdido información importante. Él, el oficial al mando, había dejado que ocurriera.

—A lo mejor se ha muerto de miedo —sugirió Alfio, el torturador, demostrando su juventud. Tal vez la perspectiva de ser torturado por él era tan horripilante que la gente sucumbía antes incluso de que llegara...

—¡O a lo mejor tenía un resfriado muy malo! —se mofó Tito. Luego con voz disgustada, expresó lo que todos estábamos pensando—: Alguien se lo ha cargado.

—¿Asesinato? —balbuceó Filipo desde la puerta, esperando todavía que no fuera cierto.

—Veneno.

Tito dio un puntapié al cuenco de caldo que yo había visto comer al prisionero. «Estaba cenando...». Al Nerón falso lo habían matado delante de nuestras narices sin que nosotros lo supiéramos. ¿Podríamos haberlo salvado?

El malhumor del comandante fue en aumento.

—Este hombre estaba bajo un régimen especial. ¿Quién coño le dio comida?

Todos los soldados presentes lograron aparentar ignorancia. Todos estaban completamente seguros de que no estaban de guardia la víspera. Tito los miró a todos con detenimiento, pero él ya estaba al tanto de los turnos de guardia. Aquellos

soldados no eran los responsables. Lo serían otros. Que los dioses los ayudaran.

Alfio entró en la celda, prestando atención a su calzado. Recogió el cuenco, lo olisqueó y lo volvió a arrojar al suelo con furia.

—Mis instrucciones eran claras. Nada de comida, ni siquiera agua desde el momento en que llegara. Quería que estuviera hambriento. Quería que se muriera de hambre. ¡Es mejor que el sujeto esté mareado cuando empiezo!

—Es mejor que esté vivo —apunté.

Me miró con rostro inexpresivo. Ningún torturador entiende la ironía. Si alguna vez caes prisionero del estado, no intentes siquiera usarla.

—¿Quieres que lo investigue? —pregunté a Filippo.

—No está permitido —interrumpió Casi Nueve Medallas—. Es mi jurisdicción, investigo yo. —Viendo mi contumacia, insistió—: ¡Tiene que haber protocolos!

—Necesitarás una lista de todos los que han tenido acceso a él —dije a Filippo rápidamente, fingiendo que no había oído a Tito—. El Princeps debe presentar una declaración que confirme las órdenes que se dieron para la custodia. Pero la lista de los contactos es lo más importante. Cualquiera que esté en ella —indiqué a Tito— debe ser confinado en su aposento hasta que haya sido interrogado.

—¡Es mi jurisdicción! —volvió a gruñir Tito.

—Puede que prefieras que una persona neutral te exonere de la responsabilidad, Tito —le dije en voz baja.

—¡No, de ningún modo! —replicó el Princeps Peregrinorum, guiándome fuera de la celda.

Dado que aquella era en verdad su jurisdicción, lo dejamos ahí.

Mientras Filippo y yo permanecimos allí, Casi Nueve Medallas pareció tomarse su responsabilidad en serio. Hizo que cerraran la celda con llave cuando salimos todos.

—¿Qué podemos hacer con el cadáver? —preguntó Filippo escrupulosamente, siempre en voz baja.

—Haré que le afeiten la cabeza —respondió Tito de inmediato—. Lo convertiremos en alguien anónimo, lo arrojaremos al río. —Parecía una rutina muy practicada.

—¡No! —Filippo sonó extrañamente enérgico, como si también él se hubiera encontrado antes en una situación parecida—. Desnúdalo y quema todo lo que llevaba consigo. Espera hasta esta noche, cuando los caminos estén llenos de vehículos. Llévalo a cierta distancia, fuera de Roma, en una carreta cubierta. Tira el cadáver. Asegúrate de que no te ve nadie. Luego borra cualquier registro de que haya estado en tu poder.

Eso al Princeps le pareció bien.

Y así, igualito que su ilustre predecesor, el tercer Nerón falso acabaría yaciendo ignominiosamente en una zanja. Al contrario que el auténtico, jamás lo sacarían de

ella para colocarlo en un mausoleo de mármol.

Capítulo 23

¿Y ahora qué?

El comandante ordenó que a Filippo y a mí nos sacaran de la Castra enseguida. No nos proporcionaron escolta para nuestro regreso a casa; nos llevaron hasta la intimidatoria entrada del campamento, nos dejaron allí, y las pesadas puertas se cerraron de golpe a nuestras espaldas, como si fuéramos de esos indeseables vendedores que van de puerta en puerta. No era nada nuevo para mí, pero percibí que Filippo consideraba que su posición como funcionario de palacio se había desmerecido. Su expresión era de asombro. Le asombraba que el Princeps hubiera obrado así, le asombraba que él mismo se lo hubiera permitido.

A Alfio, el torturador, lo habían sacado a toda prisa al mismo tiempo, así que lo agarré del brazo y lo llevé con nosotros a una taberna cercana... que no fue ni la primera que encontramos ni una que se pudiera ver desde la Castra.

Nos instalamos en un rincón tranquilo y envié a Filippo a pedir. Pagaría palacio. Aquel embrollo era suyo. Dado que la taberna la frecuentaban soldados que necesitaban despejar la borrachera para entrar de servicio, las vituallas para el desayuno parecían prometedoramente abundantes. Sin ánimo de faltarle el respeto al difunto Nerón falso, tenía un apetito voraz.

Mientras estábamos solos, comprobé con Alfio que realmente había dado instrucciones de que no alimentaran al prisionero.

—Entonces no es culpa tuya. Bien, Alfio, tú puedes ayudarnos. No querrás verte salpicado por lo que ha ocurrido. Te interesa descubrir quién le proporcionó el cuenco de caldo. Quizá vayas a volver a la Castra para otro trabajo. —Él asintió; en aquel sombrío lugar, torturaban a gente a cada momento—. Mantén los oídos atentos. Si oyes cualquier cosa útil, dímelo, por favor. Dímelo enseguida.

Le indiqué dónde encontrarme, recordando que ahora ya no vivía en el legendario edificio del Águila, en la plaza de la Fuente, sino en la casa del edil en la vía Loreti Minoris. Cuando le dije que era una calle del Aventino, Alfio se asustó.

—¡Ánimo, muchacho! El miedo a lo desconocido es lo que tú impones a los demás. Tú estás inmunizado. El Aventino está bien si te andas con ojo. Confía en mí.

Su trabajo hacía dudar a Alfio del concepto de la confianza.

Filippo regresó junto a nosotros, de modo que lancé a Alfio una mirada de advertencia para que no empezara a hablar aún. Alfio no tenía apetito. Lo había alterado ver a un muerto. Aunque los individuos en los que trabajaba morían a menudo, él jamás había tenido que presenciar su muerte. Así que ahora comía sin ganas.

Filippo tenía un buen saque. La muerte no lo perturbaba. Yo tenía razón: parecía un inocente escarabajo de biblioteca, pero ya había visto antes hombres asesinados. Me pregunté si él habría matado a alguno.

Empecé a comer con ganas. Sabía cómo separar una cosa de otra. El falso Nerón

se quedó en un nicho que podía volver a visitar, pero, por el momento, cerré la puerta del columbario.

Los tres permanecíamos en silencio. Por desgracia, esto dio pie a que otro cliente se acercara y se sentara en el espacio libre que había al lado de Alfio, lanzándonos un alegre saludo.

Nosotros estábamos demasiado desmoralizados, algunos incluso demasiado ocupados masticando, para expresar lo poco que nos gustaba que aquel idiota locuaz hubiera invadido nuestra mesa. Apenas había amanecido aún. A esa hora de la mañana, la gente normal está taciturna, pero aquel plasta, que dijo llamarse Trófimo, no dejaba de hacer preguntas impertinentes sobre quiénes éramos y qué hacíamos en Roma. Filippo intentó ser cortés; Alfio era dado al chismorreo, pero me fijé en que no revelaba en ningún momento a qué se dedicaba. Yo me abstuve de hablar.

—Ha venido mucha gente para los Juegos Romanos —parloteaba aquel necio, tratando de averiguar si se aplicaba a nosotros. Alfio dijo que él nunca asistía; Filippo se limitó a sonreír, lo que no disuadió a aquel hombre.

Yo empecé a examinarlo a hurtadillas. Para disimular me puse a comer frutos secos de un cuenco. Vestía con sencillez, sin que sus ropas delataran su profesión ni su posición en la sociedad. Iba bastante limpio, no hacía muchos días desde su último afeitado, y no llevaba anillo que indicara su estatus. Era un hombre musculoso, de la manera que se deriva del trabajo diario más que del gimnasio. Su acento era plebeyo; su descarada locuacidad procedía directamente de la cultura callejera. Podría tener un puesto en la calle, en el que vendiera mantos robados de casas de baños. Si hubiera pertenecido a una clase más alta, podría haber sido un contable corrupto. Hay muchos de esos en Roma.

Parecía inofensivo. Parecía ingenuo. Era un tipo amistoso que detestaba sentarse solo en silencio, así que prefería hacer amigos cuando salía por ahí...

No, no era nada de eso. Era de los vigilantes de la lealtad.

Alfio había comido todo lo que le apetecía; se fue a casa con su madre. Su bolsa aún tintineaba como el juego de herramientas de un fontanero. El tabernero le llamó: ¿podía arreglarle una fuente? Alfio dijo que lo sentía, pero que ya tenía demasiado trabajo.

El hombre parlanchín se nos pegó como una lapa.

Yo permanecí en silencio hasta que, tal como esperaba, el intruso desvió su parloteo hacia la posibilidad de que el emperador volviera de Panonia para presidir los Juegos Romanos. El topo parecía estar todavía escarbando en su teoría de que nuestro grupo estaba en la ciudad para asistir a los juegos, pero en cuanto descubrí sus intenciones, resultó evidente qué era lo que en realidad pretendía.

—Bueno —dijo inocentemente mientras masticaba un panecillo—, ¿y vosotros creéis que el emperador está haciendo un buen trabajo? Aquí, entre amigos.

Había llegado el momento de actuar. Me volví a medias hacia el escarabajo de biblioteca, que estaba sentado a mi lado.

—Filipo, este tipejo es cualquier cosa menos un amigo. Pensaba que nuestro problema era que quería echar mano a nuestro dinero, pero, créeme, quiere algo peor.

Filipo soltó una risita burlona.

—¡Ah, tú también te has dado cuenta! —Tenía momentos en los que se desprendía de su ambiguo personaje y se volvía abiertamente astuto.

Miré al parlanchín, esperando que el idiota se diera cuenta de que lo teníamos totalmente calado. Seguí mirándolo fijamente; la mayoría de las personas se habrían arrugado, pero él estaba demasiado metido en su papel. Fingió sorprenderse de mi desafío, resuelto a continuar con la farsa. Nos había elegido. Éramos sus pardillos del día.

Cansada de mirarlo, me encaré con él.

—No podemos ser los primeros en hacer patente tu juego. ¡Pero ya veo que no te das por vencido por una nimiedad como la de ser descubierta! Vamos, escupe. Acechas a los parroquianos en las tabernas, incitándolos a difamar a nuestro Amo. Quieres que digamos algo que te permita llevarnos antes los tribunales. ¿Qué tienes... una cuota diaria de acusaciones?

Filipo se irguió en el asiento con expresión consternada.

—Soy un funcionario de palacio. Esta dama es esposa de un edil.

Menuda estupidez. Me enfadé tanto que le di un feroz puntapié por debajo del banco.

—Lo siento, se me ha resbalado el pie... Eso ha sido una tontería, hombre. Ahora este baboso oportunista se creerá que tú y yo estamos aquí para un encuentro amoroso ilícito. Aunque el adulterio también le serviría para sus propósitos... si fuera cierto.

La expresión de aquel tipo delataba que eso no se le había ocurrido; era demasiado obtuso, solo podía asimilar las historias de una en una.

Entrenada por parientes que eran informantes o letrados, empecé a quejarme con vehemencia.

—Nos llevas ante los tribunales, y el Tesoro se embolsa nuestros bienes para Domiciano... Por supuesto que no es cierto, ¿verdad, Filipo? Tú diriges una red de espías y yo soy un agente que trabaja para ti en la seguridad del estado. Este cabrón grosero está arruinando nuestra reunión secreta.

El cabrón grosero quiso decir algo. Yo le atajé sin piedad.

—Largo de aquí, gusano. Seguro que vienes de la Castra, así que Claudio Filipo supervisa al hombre que supervisa tu historial.

El tipo hizo un nuevo y obstinado intento por interrumpirme. ¡No se podía negar que lo intentaba! No le sirvió de nada.

—Lo primero que hará mi colega cuando vuelva al Palatino será pedir tu historial —proseguí—. Luego escribirá una nota difamatoria anónima para tu comandante. ¿Te gusta estar en Roma? Pues aprovéchalo al máximo, porque vas a volver a la ciénaga o al desierto en el que esté acuartelada tu unidad de origen.

—Puede que no pertenezca a ninguna —sugirió el apuesto Filippo amablemente, con su refinado tono—. Pero también podría hacer que lo eliminaran de la lista de agentes independientes.

—Bueno, ahí lo tienes, Trófimo. —Le sonreí con suficiencia. A Trófimo le sorprendió que recordara el nombre que había utilizado. Como informante, era un aficionado—. Así es Roma —afirmé—. También a los hombres que utilizan el miedo como arma se les puede amenazar. Todos tenemos algo que no queremos perder. Ahora te ha tocado a ti.

Trófimo captó por fin nuestras indirectas y se fue.

El tabernero, que debía de haber visto a Trófimo en acción en otras ocasiones, nos llevó nuevas jarras de *mulsum* con una sonrisa de simpatía. Al parecer no le entusiasmaba demasiado tener a un provocador en su establecimiento.

—Va por cuenta de la casa.

Le dimos las gracias por tan inusual invitación y bebimos despacio, pero nos fuimos sin decir nada más. El tabernero habría escuchado nuestra conversación y, luego, también él habría ido a alguna parte a informar sobre nosotros.

Así era Roma, la ciudad de los delatores. Quién iba a saberlo mejor que yo. No se podía confiar en nadie.

Capítulo 24

Mantuvimos nuestra conversación en la calle, junto a una fuente. Una mujer que estaba lavando ropa acababa de marcharse con su mojado fardo, así que nos plantamos en medio de los charcos que había dejado, esperando terminar antes de que apareciera algún burro sediento.

—Esto es lo que debes hacer, Filipo..., bueno, mi consejo, si quieres aceptarlo. — Él asintió, cediendo ante una mujer fuerte—. Vuelve al Palatino. Dile a Abascanto que has venido a supervisar la sesión de tortura para asegurarte de que se hacía correctamente.

—¿Y para oír por mí mismo lo que se decía? ¿Para informar con precisión? — Filipo tenía una excusa preparada, lo que no me esperaba.

—Bien. Admite que al parecer Nerón ha sido asesinado para frustrar los objetivos del servicio de inteligencia. Dile que el Princeps Peregrinorum está llevando a cabo una investigación, luego aparenta satisfacción por dejársela a él. Cuando Casi Nueve Medallas presente sus resultados, podrás juzgar por ti mismo si ha sido concienzudo o si no se ha esforzado demasiado. —Por lo que sabíamos, el propio Princeps podría haber participado en el asesinato.

Filipo volvió a asentir sumisamente. Me dije con pesar que aquel hombre dócil tenía la seguridad de Roma en sus manos.

De pie con los brazos cruzados, contemplamos el agua. Una paloma se nos unió.

El reciente suceso había dejado a Filipo en un punto muerto con su traidor, suponiendo que tuviera razón y realmente existiera.

—Se acabó —le dije—. El tercer pretendiente ha muerto. No ha sido el momento más oportuno, pero si había alguien que estuviera usando a ese pobre hombre para desafiar a Domiciano, no podrá continuar. Cualquiera que fuera su complot, se ha desbaratado.

—No, volverán a intentarlo —concluyó él con desaliento.

Yo estaba acostumbrada a apoyar a clientes descontentos.

—Si quieren derrocar al emperador, seguro que vuelven a intentarlo. Pero hasta que empiecen, ¿qué puedes hacer? La próxima vez estarás preparado para pillarlos en el acto. —Por su expresión, Filipo seguía pareciendo un lirón mal embalsamado—. ¿No es así? —insistí con firmeza, sintiéndome como su madre.

Ni siquiera yo veía qué otra cosa podía hacer. Un traidor con inteligencia y habilidad, que gozaba de la confianza suficiente para trabajar en un alto cargo, evitaría dejar huellas.

—Filipo, lo único que puedes hacer es buscar indicios. Errores pasados, actividades futuras. Ya sabes lo que buscas. —Suspirando en mi interior, le di más detalles—: Cualquiera que se escabulla para ir a reunirse con personas a las que no debería ver. Cartas que no se archivan donde deben. Alguien que se toma un permiso inesperadamente, y luego vuelve y no dice nada sobre el tiempo, la villa en la que ha

estado, o que su mujer tuvo la desgracia de comerse una ostra en mal estado... Cualquier pista sobre quién estaba detrás de todo esto, lo que planean a continuación. —Filipo pareció recobrar la confianza, aunque seguía desanimado—. No puedo ayudarte, Filipo. No puedo entrar e investigar a tus colegas. —Aunque quisiera... y no quería.

—Puede que el Princeps descubra al culpable del envenenamiento —masculló esperanzado.

Se engañaba a sí mismo, y lo sabía. Ni siquiera me molesté en contradecirlo.

Le dije que me iba a casa. Vivía en una nueva casa, con un servicio doméstico descontrolado y un marido enfermo. Teníamos descuidado el negocio. Me necesitaban en el Aventino.

En realidad, como nadie en casa esperaba que regresara tan pronto, tenía mis propios planes. Pensaba encaminar mis pasos hacia los baños de Prisca, deseosa de darme un largo baño en lo que quedara del agua caliente de la noche anterior. Detesto la sensación de un trabajo inconcluso. Quería reflexionar sobre todo aquello a solas.

Capítulo 25

Un día tranquilo en casa. Habría sido agradable.

Dromo me abrió la puerta. Su actitud era furtiva... lo habitual.

Oí voces femeninas. Parecían de dos personas que trabajaban amistosamente juntas. No acababa de creérmelo, pero disfrutaba con la novedad.

Los hijos de Grecina estaban sentados en diminutos escabeles en una zona sombreada del patio, mientras un joven al que nunca había visto les enseñaba el alfabeto. Cuando Dromo se dio cuenta de que los miraba, se quejó de que Grecina le había dicho que también él tenía que aprender a escribir, compartiendo las clases con sus hijos.

—Se equivoca. Dile que se equivoca. No tengo que hacer eso.

—Dromo, me parece muy sensato. Será un gran beneficio para ti. —Si supiera leer y escribir, sería mucho más útil para nosotros...—. Aprender es algo que te servirá para toda la vida. Haz lo que dice. Ve ahí ahora mismo y aprende.

—¡Mi amo no quiere!

—Sí, sí que quiere. Eso es ridículo. ¿Dónde está tu amo ahora?

—Esos niños son más listos que yo.

—Solo tienen cuatro o cinco años. No seas tonto. Presta atención al maestro y él te ayudará a ponerte al día.

—¡No quiero!

—Dromo, la vida no es lo que tú quieres, sino lo que nosotros, que miramos por tu bien, queremos para ti. —Sonaba pomposo, pero como era de esperar, las buenas palabras fracasaron. Empezaba a perder la paciencia.

—Ese hombre me pegará si no lo hago bien.

—No veo ningún palo. Usa un método más amable. Ve ahora mismo, o no comerás pastel en una semana. —Eso sí que funcionó—. ¿Y dónde está Manlio Fausto, te he preguntado?

Dromo sacudió la cabeza en dirección a una habitación adyacente al atrio. Arrastrando los pies, el intimidado muchacho se acercó caminando encorvado para asistir a la lección. El maestro le dio una pizarra y empezó a explicar del modo más amable. Era un hombre de expresión afable, con los ojos muy abiertos y la ilusión de lograr milagros gracias a las maravillas y alegrías de la educación. La vida aún no lo había convertido en un amargado.

Hasta ahora no había trabajado con Dromo.

Grecina había transformado la antesala, que antes estaba vacía. Destinada a salón de recibir visitas, en ella encontré a mi marido y a un visitante. Mantenían una tensa conversación mientras me esperaban. Dado que yo no me había dado prisa en volver a casa, tal vez llevaran un buen rato esperando.

Tiberio había hecho que pintaran las paredes de un sencillo tono ocre hasta que dispusiéramos una decoración más elegante. ¡Anda! Los muebles eran míos. El contenido de mi viejo apartamento, principalmente del dormitorio, había llegado desde el edificio del Águila a tiempo para la boda. Alguien había subido con esfuerzo los seis tramos de ruinosas escaleras de piedra para bajar luego a rastras el contenido de mi oficina. Se habían arriesgado a que las escaleras cedieran. Mi padre había usado aquel nido de águila antes que yo, pero yo me había deshecho de sus ajadas pertenencias, que incluso los mendigos del Aventino habían rechazado luego. Las había sustituido con muebles cómodos, para animar a mis clientes a relajarse.

Todo lo que había usado allí para trabajar lo habían traído en una carreta y lo habían instalado en la antesala. Aunque era agradable ver cosas familiares, detestaba el modo en que las habían dispuesto. Habían puesto mi sillón de mimbre contra una pared, pero yo lo moví rápidamente hacia una posición más prominente. Luego me dejé caer en él. En cuanto pudiera reclamar el diván que ocupaba el visitante, tendría que recolocar el chal y los cojines como a mí me gustaba. Grecina había dado a Fausto su propia silla de edil curul. Yo tendría que encontrarle algo más cómodo. En unos estantes nuevos había jarrones griegos que había tomado prestados de la casa de subastas de mi padre para demostrar que era una informante refinada, que cobraba unos honorarios elevados. Mi ama de llaves había sido rápida encontrando un carpintero que colocara los estantes, aunque supuse que habría ido al negocio de construcción en busca de algún trabajador. Eso impediría a los peones creer que podían pasarse el día comiendo tartas mientras Fausto estuviera enfermo.

Como me temía, en mi ausencia, Grecina había adornado la sencilla habitación, la había hecho pintar y había dispuesto coloridas esteras en el suelo, un juego de posavasos cursis y un candelabro de cupidos realmente horroroso. El candelabro tenía que desaparecer... tenía que desaparecer de inmediato. Lo sujeté por un horrible niño alado, lo saqué de la habitación y lo dejé en el pasillo.

—¡Putti^[11] del Averno! No pienso ver esos culitos regordetes cada vez que entre aquí.

Tiberio me dedicó una lánguida sonrisa.

—¡Se lo he dicho! Primero ha probado con faunos fálicos.

—¿Qué tiene de malo un sencillo cuenco para colgar?

Sonreí al visitante, incluyéndolo en la conversación. Yo lo conocía, y él debía de haberse presentado a Tiberio: flaco, desgarbado, extremadamente alto, con un leve olor a rancio. Trebiano, el especialista en Partia. El extraño hombre de piel cetrina y tez pálida se había arriesgado a venir desde el Palatino hasta nuestra casa. ¿Qué podía querer? ¿Resistiría yo saberlo?

Él se moría de ganas de contármelo, pero en ese momento se abrieron las puertas para dar paso a Grecina y a Galena, que traían comida, rivalizando por cuál armaba más revuelo.

—He comentado por casualidad que no había comido —dijo Trebiano, casi como

disculpándose, aunque no resultó lo bastante humilde.

Así era Roma. Llena de gorriones desesperados por conseguir comidas gratis. Era nuestra primera semana en la casa nueva, y Tiberio y yo habíamos adquirido ya un cliente^[12]; sin duda esperaba que le entregáramos algún regalo, una pequeña bolsa de monedas con la que regresar a casa. Éramos afortunados porque no tenía una esposa y varios niños esperando fuera en un carruaje, ávidos también de comida y bebida gratis.

—Espero que no te importe, Flavia Albia.

Le aseguré que era un placer. ¡Mi primera oportunidad para desempeñar el papel de gentil anfitriona! No iba a estropearla.

En cualquier caso, había salido de casa tan temprano que aún era media mañana. Si le dábamos unas cuantas olivas y unos trozos de queso a Trebiano, quizá se habría ido para la hora en que Tiberio y yo quisiéramos comer en paz. Eso sí, ofrecer a un funcionario de palacio rodajas de huevo, pepinillos, frutos secos, panecillos recién hechos y salchichas frías de Lucania me parecía un lujo innecesario para una primera visita.

Podíamos resolver ese problema luego, cuando me convirtiera en la matrona autoritaria que echaba la bronca a sus inútiles sirvientes. Cuando Grecina y Galena sirvieron a Trebiano, me miraron a hurtadillas, como si supieran cómo iba a reaccionar.

Eso estaba bien. Debía inspirarles miedo.

Trebiano comió mientras hablábamos. Estaba claro que los estrafalarios miembros del servicio de inteligencia estaban acostumbrados a hablar con la boca llena. A los servidores imperiales se les da una educación concienzuda, que creo que incluye etiqueta y protocolo, pero en el apretado programa de estudios de los espías, los buenos modales en público debían de haber quedado arrinconados en favor de habilidades cruciales como dejar mensajes con ramitas o con tinta invisible.

—Bien, ¿y qué te trae por aquí? —Me preguntaba si se lo habría contado ya a mi marido, aunque él se mantenía al margen, comiendo olivas del cuenco.

—¡He venido corriendo en cuanto me he enterado de lo ocurrido en la Castra!

Arqueé las cejas, a las que habían dado forma en los baños de Prisca (así que estaba un poco dolorida), y pregunté qué había ocurrido, desde el punto de vista oficial, y por qué Trebiano había venido corriendo a vernos.

En el breve intervalo, breve según lo veía yo, que había pasado en los baños de Prisca dejando que me bañaran, me hicieran la manicura, me peinaran, me untaran con aceites y me mimaran con deliciosos cotilleos, Filipo había vuelto al Palatino. Había informado sobre el asesinato en la Castra. El comité interno de seguridad se había reunido, lo había asimilado y había reaccionado. El Princeps Peregrinorum se había presentado en persona para dar cuenta de su investigación.

—¡Un trabajo muy rápido!

El Princeps no había tardado nada en inventar una buena historia: un agente destinado en la Castra estaba implicado en el envenenamiento. Estaba desaparecido. El Princeps había enviado a un grupo de hombres en su búsqueda. Consideraba improbable que lo encontraran.

Suspiré.

—¿Cómo se llama?

—Paterno.

—¿Paterno tiene una esposa a la que hayan visto últimamente alardeando con un collar valioso? ¿Había comprado recientemente una cuadriga absurdamente rápida?

—No suelen estar casados —replicó Trebiano con aire deprimente. Tras haber conocido a Trófimo esa misma mañana, no me sorprendió. Aunque alabara su comida y fuera bueno con su madre, cualquier esposa que se respetara a sí misma lo encontraría insoportable—. El Princeps Peregrinorum cree que aparecerá flotando en el Tíber, Flavia Albia.

—Bueno, cuando aparezca, haréis bien en creer que fue el Princeps quien lo arrojó al río.

—¿Oh? —Trebiano hizo una pausa y le dio un bocado a un panecillo. Sus siguientes palabras sonaron amortiguadas. Migas de pan salieron volando en todas direcciones. Habría que barrer el diván—. En general consideramos al Princeps Peregrinorum como uno de los nuestros. —Una vez que había soltado su aforismo, siguió masticando con energía.

—¡Corren un gran riesgo! —exclamé, sintiéndome autorizada a ser cruel—. Es un hombre que sin duda desprecia a los libertos de palacio, así que naturalmente no está de vuestro lado. Pero perder al falso Nerón que estaba bajo su custodia deja al Princeps en una posición difícil. Tiene que saber que le echarán la culpa a él.

Trebiano seguía sin convencerse. Alargó la mano en busca de otro pepinillo, pero descubrió que ya se los había comido todos. Ya había tenido bastante. Yo no iba a pedir que trajeran más.

—El Princeps dejó que asesinaran a ese hombre en la Castra —intervino Tiberio—. El punto de vista más severo debería ser que o bien lo coaccionaron... o bien es un absoluto incompetente.

—Gracias, edil. ¿Hay un punto de vista más amable?

—No. —Tiberio mostraba su expresión más adusta—. Entonces, ¿qué piensan hacer los de palacio?

—Decir que ha sido un desafortunado incidente y dejarlo correr. Abascanto ha dado el tema por zanjado. Su postura es que al pretendiente iban a ejecutarlo de todas formas. Alguien nos ha ahorrado la molestia, diría un optimista.

—Resulta que yo soy un pesimista. ¿Y qué hay de la información que podría haber proporcionado el falso Nerón?

—Irremediablemente perdida, señor. Nos encogemos de hombros. Seguimos con

nuestra actividad normal.

—¿Tú lo apruebas?

—No —replicó Trebiano, imitando el tono brusco del edil. Tal vez tuviera una sutileza oculta. Sin duda tenía que ser un hombre brillante. Vigilar a los partos era importante para Roma.

—Así que la «actividad normal» es el enfoque de Abascanto —dije—. ¿Qué hay de Filippo? ¿Y qué estás haciendo aquí, Trebiano, tan alterado?

—Filipo es un maestro consumado en echar tierra sobre problemas difíciles.

—¿En serio? —El Filipo que yo había visto durante los dos últimos días parecía brillar ocasionalmente. Sus órdenes sobre el modo de deshacerse del cadáver habían sido tajantes y claras. Y había dado esas perspicaces órdenes a un militar autoritario como el Princeps.

Trebiano corrigió levemente su apreciación.

—Oh, es inteligente. Excelente herencia de su padre. Un día, si logra sobrevivir, Claudio Filipo será un hombre capaz de afrontar cualquier cosa.

Miré a Tiberio, luego ambos miramos a Trebiano.

—Filipo se limitará a dejar que el asunto se olvide —insistió él—. Es como una vieja, no quiere escándalos.

Por supuesto no era eso lo que me decía la experiencia. Así que Filipo había logrado ocultar su propósito de descubrir al traidor.

—Entonces, ¿para qué has venido aquí? —pregunté sin rodeos, sin delatar a Filipo.

El observador de Partia se encorvó aún más en nuestro diván. Había plegado su largo esqueleto como un insecto palo en reposo. Para pasar el tiempo, movió en círculos los trozos de huevo de su cuenco con dedos huesudos, mirando fijamente la comida. Al final acabó admitiendo la verdad: sabía que Filipo tenía ciertas sospechas, sospechas que él compartía.

—No somos colegas cercanos. No obstante, somos colegas. Nos dedicamos a servir al interés común, que es el bienestar de Roma. Así que Filipo y yo, individualmente, hemos acabado por sospechar que alguien, alguien con poder para influir en los acontecimientos, ha elegido seguir el camino equivocado.

—¿Filipo te lo ha dado a entender?

Trebiano dio un respingo.

—En nuestro mundo, la gente raras veces expresa tales inquietudes. Una acción prematura alerta a la oposición.

—¿Y tú has hecho algo con respecto a tus propias sospechas? —preguntó Tiberio, ahorrándome la necesidad de ser directa.

Trebiano se mostró sorprendido.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho, edil? Esta no es una situación en la que nadie deba causar molestias sin pruebas y certezas.

Tiberio guardó silencio. La investigación era mía, de modo que hizo un leve gesto

para devolverme la iniciativa. No era una abdicación: habiendo trabajado con él, sabía que evitar los problemas no era su estilo. Tiberio Manlio se enfrentaba con ellos. Daba por sentado que era su deber, porque de lo contrario el mundo se llenaría de estúpidos timoratos que jamás actuarían como era su deber.

Me re Coloqué en el asiento. Tiberio hizo un movimiento más leve en su incómoda silla curul. Me di cuenta de que Trebiano imitaba inconscientemente nuestras acciones, alterado a su vez por el punto al que habíamos llegado en la conversación.

—Bueno, Trebiano —mantuve un tono neutro—, ¿qué te ha traído corriendo a vernos?

—Partia —respondió.

Capítulo 26

Mi marido era un hombre al que le gustaba contextualizar las cosas. Pidió un resumen sobre Partia.

Maldije en mi interior. Por mucho que amara a Tiberio, su obsesión por los detalles podía resultar agotadora. Yo había recibido ya contexto extranjero más que suficiente: Britania, Germania, Asia. Sucias provincias fronterizas con tribus revoltosas y nativos arrogantes, apiñados con agentes romanos que vigilaban su lealtad hasta que les lloraban los ojos.

Al menos Partia no era una provincia nuestra, ni era probable que se convirtiera en una. Partia era un imperio por derecho propio. Partia era inmensa. Según Trebiano, Partia hacía que Dacia, la próspera y belicosa sociedad que tanto preocupaba a nuestro emperador, pareciera una apolilladura en un mapa.

—¿No tendréis un mapa por casualidad?

—Aún estamos montando nuestra casa. ¡Ni siquiera poseemos un calendario de mercados y festivales! —espetó Tiberio, que necesitaba uno de esos para su trabajo. Podía consultar una lista en la oficina de los ediles, pero no se había sentido con ánimos para ir hasta allí desde que le había caído el rayo.

El imperio parto se extendía entre Roma y China. Su vasto territorio lo cruzaba la ruta de la seda, que le confería todo el poder y el prestigio del comercio exótico, y por el camino real persa, que proporcionaba excelentes comunicaciones. Eso podía ser una desventaja: Alejandro el Grande usaba el camino real para invadir. Aun así, la capital de Partia, Ctesifonte solo podía considerarse desde Occidente para una empresa comercial de lo más ambiciosa. La comunicación no era fácil entre Roma y Ctesifonte.

Aunque muy influidos por la cultura griega en el pasado, los partos hablaban muchas lenguas. Políticamente era un conglomerado de naciones dirigidas por una variedad de sátrapas que jamás habían sido realmente leales al rey de reyes parto. Eso a nosotros nos convenía: mantenía al rey de reyes ocupado en casa, por miedo a que los reyes de los que nominalmente él era el rey trataran de usurpar su trono. A menudo quienes intentaban derrocarlo eran parientes próximos.

Roma tenía una larga historia de guerras con Partia, que incluían la espantosa batalla de Carras, quizá su peor desastre militar. Craso, miembro del Primer Triunvirato, naturalmente intentaba una invasión. Un espía había agotado a su ejército llevándolo de un lado a otro durante toda la noche con la promesa de encontrar una ruta segura. Craso vio a sus cansadas tropas aterrorizadas y desorientadas por unos ensordecedores tambores de guerra, y acribilladas luego por arqueros desde larga distancia. Después de varios errores garrafales, se decía que habían masacrado a veinte mil soldados romanos, y que habían capturado a diez mil más. Se rumoreaba también que, a causa de su fama de codicioso, los partos habían vertido oro derretido por la garganta del moribundo Craso.

Otras prominentes figuras romanas habían hecho después varios intentos en Oriente, Marco Antonio entre ellos. El que tuvo más éxito fue el legendario general de Nerón, Domicio Corbulón, después de que Partia invadiera Armenia; al borde de la derrota, Corbulón superó la distancia, las duras condiciones climáticas y la tenacidad del enemigo para forjar un compromiso. Le llevó años. El envidioso Nerón no le dio las gracias; obligó a Corbulón a suicidarse.

El compromiso negociado por Corbulón consistía en que nominalmente Roma gobernaría Armenia, pero instauraría en el trono a Tirídates, el carismático hermano del rey parto. Tirídates viajó hasta Roma, y en lo que Nerón llamó triunfo —una extraña muestra de boato internacional—, Tirídates y Nerón establecieron un vínculo fraternal.

—A Nerón le encantó la teatralidad..., estaba embelesado —gruñó Trebiano—. Tirídates le enseñó magia. Supuestamente Nerón se convirtió en un sacerdote zoroástrico, lo que es aún más ridículo teniendo en cuenta que, según el principio de los magos^[13], debes asumir la responsabilidad de tus acciones. Solo Nerón, el egocéntrico supremo, podía creerse a la altura de la máxima: «Buenos pensamientos, buenas obras, buenas palabras». Pero Tirídates, ese hombre apuesto, esa figura popular que había viajado hasta Roma en medio de un pequeño ejército y al que habían vitoreado en todas las ciudades a lo largo del camino, se arrodilló a sus pies como un esclavo. Nerón, que ni siquiera había visto un ejército en toda su vida, llevó una toga púrpura triunfal y se comportó como un conquistador. Tirídates lo consintió. Puedo aseguraros que Tirídates despreciaba a Nerón. Pero desde entonces Partia aborrece a Roma, pero afirma admirar a Nerón.

—¿Por conveniencia?

—Por elección. Son partos, tienen sus razones. —Trebiano disfrutaba con la mística del tema—. Cuando apareció el segundo Nerón falso, Terencio Máximo, hace diez años, Artabano de Partia se preparaba para la guerra. Habría instalado a Terencio en Roma como su marioneta. Oficialmente afirmamos que Artabano abandonó sus planes de guerra porque se reveló que Terencio era un fraude. No fue así. Tuvimos suerte: al rey lo asediaban los parientes habituales dispuestos a apuñalarlo. No podía salir de Ctesifonte.

Dicho esto, Partia era el gran enemigo. Roma vivía con el oscuro miedo a que unas hordas imparables llegaran al galope desde el Éufrates para atravesar nuestras fronteras y destruir nuestro modo de vida. Los bárbaros saquearían nuestros tesoros nacionales, asesinarían a los patricios romanos, violarían a sus virtuosas mujeres, esclavizarían a sus hijos, inundarían de sangre el Foro, impondrían crueles dioses extranjeros, destruirían nuestra antigua libertad... todo ello parloteando sus indescifrables lenguas, la mayoría de las cuales no habla nadie en Roma.

Bueno, conocíamos el griego. La gente que hablaba griego causaba una gran inquietud en Roma.

—Solo dos cosas detienen la amenaza parta —dijo Trebiano con tono sombrío—.

Las interminables luchas internas por el trono y el hecho de que no disponen de un ejército permanente. Cuando van a la guerra, dependen de servidores de la nobleza, que es dispar, traicionera y poco digna de confianza. Si Partia crea alguna vez un ejército profesional para luchar contra Roma, estamos perdidos.

Era una probabilidad que exigía tener un observador de Partia a tiempo completo. Según Trebiano, el imperio extranjero en el que él era un experto planteaba problemas únicos. Es lo que dicen siempre los especialistas. Aseguran que su campo de trabajo tiene cualidades singulares que exigen un tratamiento individual y permiso para romper las reglas. Cualquiera que sea un experto en una «situación única» se considera extraordinario.

Un cínico diría que es una buena excusa para que ese experto reclame gastos extraordinarios. Los auditores del Tesoro suelen discrepar.

—Entonces, ¿tu opinión es que quien quiera que intente manipular los acontecimientos en Roma está confabulado con Partia? —preguntó Tiberio a Trebiano.

—Ha de ser así. —Trebiano hizo un amplio gesto con los brazos. Con la extremada longitud de sus huesudos miembros, resultó impresionante—. El tercer Nerón falso era una prueba. Lo supimos por la manera desafiante con que los partos se aferraban a él. Creían que nos tenían en sus manos.

—Se aseguró que «estuvimos a punto de entrar en guerra» —dije—. Si Partia se mostraba tan intransigente, ¿qué lo impidió? ¿Más problemas domésticos para el rey de reyes?

—El talentoso Abascanto —replicó Trebiano con aire taimado— se atribuye el mérito de arrancarles al pretendiente manteniendo la paz.

Una vez más quedó claro el desprecio que Trebiano sentía hacia el liberto más importante de palacio. Me pregunté si consideraba que, haciendo de intermediario con Partia, Abascanto había invadido su terreno. Claro que el papel de un «observador» tenía que ser discreto, sin intervenir jamás directamente, ¿no?

Trebiano se inclinó hacia mí con intensa vehemencia.

—Alguien apostó fuerte por este pretendiente. ¿Viste en persona al tercer Nerón falso? ¿Qué aspecto tenía? ¿Tenía realmente posibilidades?

—Recién salido de un establo. Con estiércol entre los dedos de los pies. Pero la gente cree lo que quiere creer.

—Recuerda —dijo Trebiano con aire taciturno— que Nerón tiene una gran tumba en forma de pirámide en el monte Pincio, con un sarcófago de mármol lunense, donde aún se depositan flores. Para algunos no murió. O la muerte no lo venció. De algún modo, Nerón ha vencido a la muerte.

—¿Una excusa para los partos, un instrumento para un posible poder en la sombra en Roma? Trebiano, sigo sin entender para qué has venido a vernos —le increpé.

Trebiano se retorció en el asiento. Aquel hombre no debería contorsionarse así,

entrelazando sus interminables extremidades. Si apretaba demasiado, quizá tendríamos que liberarlo de su propio nudo gordiano.

—Tengo entendido que tú encuentras a personas, Flavia Albia —respondió.

—Alguna que otra vez.

—Quiero que encuentres a alguien para mí.

De modo que ahí estaba, sentado en el diván para los clientes, tratando de formular su petición. Se le veía cohibido, incómodo, inquieto. ¿Cuántas veces se había sentado un cliente potencial bajo mis estantes de elegantes jarrones, retorciéndose de manera tan patética?

—¿Quién ha desaparecido, Trebiano? —pregunté con enérgico tono profesional—. ¿Y dónde? Si fue en Partia, no te molestes en pedírmelo.

—Uno de mis agentes. Sí que desapareció en Partia... en Ctesifonte. —Solté un gemido. Trebiano prosiguió animadamente—: Pero ha sido visto recientemente en Roma.

Capítulo 27

Mi marido se volvió hacia mí, sonriente.

—¡Albia, es un trabajo hecho a tu medida!

Tiberio se levantó entonces bruscamente, como hacía últimamente. No dijo nada para disculpar su ausencia, pero abandonó la estancia con la actitud de quien no iba a regresar. Supuse que volvía a sentir dolores. Lo vi apoyándose en el marco de la puerta como si tuviera uno de sus mareos. Luego siguió andando y yo tuve que dejar a un lado mi inquietud.

Antes de aclarar cuál iba a ser mi tarea, dejé muy claro que Trebiano tendría que pagarme. No era informante porque esperaba que un día alguien me recompensara con un pequeño templo con mi nombre en una placa como benefactora. Le expliqué lo que cobraba: una tarifa diaria, más una comisión por encontrarlo. Trebiano me aseguró que disponía de un «fondo parto» para cubrir los gastos, pero yo le pedí cobrar por adelantado, igual que había hecho con Filipo. Resultó interesante que accediera de inmediato. Debía de pagar así a sus agentes.

Apilé los cuencos y los saqué de la estancia en una bandeja para despejarla. Le dije a Trebiano que iba en busca de mis útiles de escritura y lo dejé meditando.

Aprovechando la circunstancia, fui al servicio. Grecina debía de haber limpiado el cubículo. Ahora se parecía mucho menos a un armario empotrado, que era como estaba antes de nuestra boda. Grecina había colocado una jarra y esponjas nuevas con mango. Podía dejar que lo usara mi hermana adolescente más quisquillosa... pero quizá la tía octogenaria de Tiberio mejor no. Valeria lo olería una vez y temblaría de asco.

Inspeccioné el resto de mis dominios, asegurándome de que los sirvientes me veían hacerlo.

En la puerta principal, Katutis supervisaba a un cerrajero con su actitud egipcia más altiva. Le dediqué al hombre una breve sonrisa, para compensar. Acababa de cortarse la mano con un escoplo, así que no conseguí animarlo.

El afable maestro se había marchado. Los dos niños habían sentado a Dromo en un diminuto escabel y le hacían un examen sobre letras griegas; se regodeaban haciendo que se confundiera con *pi*, *fi* y *psi*. En cualquier momento saldría corriendo entre llantos.

Satisfecha, regresé a la antesala.

—De acuerdo. ¿Quieres seguir adelante? Dame detalles, Trebiano. —Como había dicho Tiberio, estaba familiarizada con aquel tipo de trabajo. Mejor que la penosa tarea con las viudas que me había encomendado Filipo—. En primer lugar, ¿conoces a ese agente desaparecido en persona?

—Lo conozco bien —respondió él, asintiendo—. Prefiero evaluarlos por mí

mismo, antes de enviarlos sobre el terreno.

—¿Nombre? —Yo iba tomando notas taquigráficas de sus respuestas.

—Ritelio.

—¿Edad?

—Cincuenta y tantos.

—¡Un viejo! Pensaba que los espías tenían que ser jóvenes atléticos capaces de salir de situaciones difíciles.

—Tiene sus habilidades..., bueno, las tenía al principio.

Intuí que las cosas podían haberse deteriorado.

—¿Nacionalidad? ¿Posición social?

—Romano, más o menos. Su padre era caballero, tuvo cargos menores, también fondos. Con Ritelio, la familia vino a menos. Pero por su origen era un hombre educado, agradable y capaz de tratar con cualquiera, libre para dedicarse al comercio. Nos convenía alguien como él.

—¿Qué tapadera tiene?

—De negociador.

La mayoría de la gente cree que Roma impone su poder en el extranjero a través del ejército. El poder territorial, quizá. La verdadera riqueza del Imperio procede del movimiento y venta de mercancías, tanto de artículos de lujo como de alimentos básicos; de esto se ocupan a menudo negociadores que ponen en contacto a compradores y vendedores, y en muchos casos fijan los precios y organizan el transporte. Esos hombres tienen como mínimo tanta influencia como los militares, pero sin su reconocimiento.

—¿Qué negociaba?

—Muebles de lujo.

—¡Por lo! Me gustaría ver su muestrario... ¿Era un buen conocedor?

—Adecuado. No queríamos que perdiera demasiado tiempo con eso. Un agente no necesita ser demasiado bueno en su tapadera. Un aire de incompetencia lo hace más pintoresco, y eso es necesario. Queremos que la gente piense en él cuando tengan un chisme excitante para contar. En nuestro negocio, la mediocridad es la muerte.

—Entonces, ¿no importa que los nativos lo consideren un zángano borracho? Háblame de él.

—Pasada la plenitud de la vida, si alguna vez la conoció. Pícaro. Chabacano. Como hombre es un desastre, dado a los excesos, propenso a meterse en líos. Bebe, anda detrás de las mujeres, pasa de una situación sospechosa a otra, decepciona a todo el mundo, pero siempre consigue librarse con su carisma. Por eso lo necesitaba; todo el mundo lo conoce, les gusta, puede ir a cualquier parte. Un buen agente puede entablar conversación con cualquiera; aunque sospechen de él, lo aceptan. Ritelio era perfecto. No ocurría nada en los bazares de lo que él no se enterara.

Yo desconfío de esa clase de personas.

—¿No es un poco arriesgado confiar en una persona así?

—Era extrañamente eficiente. Realmente se esforzaba mucho. Por eso lo asigné a Partia. Siempre que entregaba un informe, era de alta calidad... e incluso con elegante caligrafía. Era el contenido lo que a mí me gustaba. Él se enorgullecía del alto valor que yo otorgaba a su material.

Pensé en el idiota que había conocido esa misma mañana. Trófimo sobreestimaba su talento para entablar conversación, y seguro que era incapaz de evaluar el material. Cuando mencioné el encuentro a Trebiano, primero se asombró, luego se rio como un loco ante la idea de que hubiera intentado pillar al inteligente Filipo.

—¿Has oído hablar de ese individuo?

—Recibimos datos semanales de los arrestos —replicó Trebiano—. Trófimo aparece con frecuencia. Con él caen como moscas. ¡Bueno, normalmente! Esta semana no serán tantos.

—Lo he detectado en cuanto se ha sentado a nuestro lado... —Volví a cambiar de tema—. Hablando de la gente a la que vigiláis, has dicho «aunque sospechen de él», entonces cuando envías a un agente a un país como Partia, ¿sabe la gente para qué ha ido allí?

—A menos que sean estúpidos. Cualquier extranjero será objeto de escrutinio. Pero un buen agente puede embaucar a todos para salirse con la suya, aunque sepan lo que está haciendo.

Me sorprendió.

—Suponía que los espías trabajaban de manera completamente encubierta.

—A veces —dijo Trebiano, asintiendo—. Situados en una comunidad local, pueden observarla para nosotros durante años, en completo secreto. Aunque tenga a alguien así en Partia, no te lo revelaré a ti ni a nadie. Ni siquiera Ritelio, que estaba allí, lo habría sabido nunca.

—Si hay un traidor en el Palatino, ¿sabrá él lo de sus espías ocultos?

—¡Desde luego espero que no!

Trebiano se volvió agresivo al defender a sus células encubiertas, explicando que siempre tenía que proteger su identidad. De lo contrario, podían torturarlos y matarlos. Yo intenté sosegar la conversación.

—Así que tienes células durmientes, pero Ritelio trabajaba para ti abiertamente... ¿Cómo os comunicabais?

—Con escasa frecuencia. —Esperé—. Por carta a través de intermediarios, sobre todo; con la salvedad de que sabemos que esos mensajes son interceptados y leídos. La redacción debe ser indirecta. Pero también tenemos un sistema. Señales. Consignas. Códigos. Códigos para llamar a mi gente a la acción. Códigos para que ellos me indiquen que tienen información vital. Códigos muy urgentes, cuando necesitan que los traigan de vuelta a Italia rápidamente, suponiendo que Italia sea su lugar de origen. Lo que no siempre ocurre.

Pensé de nuevo en tío Fulvio en Alejandría. Había viajado hasta allí como

hombre de gustos exóticos, demasiado escandalosos para Roma; se instaló cómodamente en una alta y costosa casa urbana con terraza en la azotea, donde había permanecido durante años mezclándose con funcionarios, mercaderes, directivos del Museo y la Gran Biblioteca... Fulvio y su socio Casio daban la impresión de no trabajar para nadie, pero solo era una fachada útil. Parecían inconformistas, libres de lealtades. Hombres particulares. Era un buen camuflaje.

—Volviendo a Ritelio: ¿lo consideras un agente valioso?

Trebiano no vaciló.

—Uno de los mejores. Intuitivo. Con un talento innato. Era mi protegido. Le di más libertad que a ningún otro, quizá demasiada para su propio bien.

Se veían claramente cuáles eran las desventajas.

—¡Supongo que te costó lo suyo! ¿Se llevó demasiado del presupuesto?

El hombre gruñó por lo bajo.

Este Trebiano resultaba un cliente fácil de interrogar. Los servicios de inteligencia trabajaban igual que yo, así que comprendía el valor de recopilar tanta información como fuera posible y extraer luego los detalles cruciales. Escuchaba pacientemente mis preguntas y respondía a cada una de ellas con inquietud creciente.

—¿Cuánto tiempo llevaba Ritelio en Partia?

—Unos cuantos años.

—¿Echado a perder?

—No especialmente. Con una reputación lo bastante mala para hacer su trabajo. Tiene pinta de que dejaría seco el fondo de reserva y luego se escaparía con la esposa del legado. Peor aún, que huiría sin ella, dejándola embarazada y con el corazón roto. Ella tiene que pedir ayuda a nuestros funcionarios, él desaparece para siempre. Reaparece en otra cloaca del mundo, empieza de nuevo con una nueva vida, igualmente turbia.

—¿Ha hecho el equipaje bastantes veces? —Sonreí, porque Ritelio me parecía uno de esos sucios Adonis, como la mitad de los cerdos holgazanes a los que mis clientes femeninos me contrataban para que siguiera la pista—. Si tengo que encontrarlo, necesito una descripción.

Trebiano me miró sin comprender. Le expliqué pacientemente que debía tener detalles gráficos para utilizar cuando interrogara a la gente; luego, si finalmente encontraba a Ritelio, necesitaría estar segura de que era él.

Trebiano respondió. Ritelio era alto, una figura que llamaba la atención. Era corpulento, normalmente con exceso de peso, a menudo sin peinar ni afeitarse, pero podía acicalarse para alguna recepción diplomática, o para seducir a una mujer, aunque muchas veces las mujeres lo aceptaban porque creían que necesitaba cuidados maternos.

No tenía rasgos distintivos. Eso habría hecho mi tarea demasiado fácil. No tenía marcas de nacimiento, ni peculiaridades, ni tics, ni costumbres extrañas.

—Bueno, un espía necesita pasar desapercibido —gruñí—. Aun así, una cojera

podría haber resultado útil. El pelo rojo y una cojera habrían sido perfectos.

—¡Ah! —Trebiano dio un respingo—. He olvidado mencionar que tiene el pelo rojizo.

—¡Bromeas!

—No. Originalmente debía de parecer celta. Tal vez lo fuera. Ritelio era pelirrojo la última vez que lo vi, aunque fue hace unos años y ya lo estaba perdiendo. Ahora debe de ser ya calvo.

—¡La piel muy blanca entonces! ¿Pecas?

Trebiano vaciló. No se acordaba, seguramente ni siquiera se había fijado. No me molesté en preguntarle de nuevo si Ritelio estaba lisiado.

—De acuerdo. Bien. En cuanto a su desaparición, ¿qué ocurrió exactamente?

No había ocurrido nada. Eso era lo que había alertado a Trebiano. Normalmente Ritelio enviaba informes de manera regular, con la esperanza de que los detalles jugosos le hicieran ganar un dinero extra. Siempre necesitaba dinero. No hacía mucho, Partia había reemplazado a su embajador en Roma. Desde el extravagante hermanamiento entre Nerón y Tirídates, rey de Armenia, se había adquirido la costumbre de fingir que existía una amistad diplomática. La hospitalidad nos daba cierto control. O eso creíamos nosotros.

Naturalmente Trebiano esperaba que su agente respondiera a aquel cambio proporcionando información sobre el nuevo embajador parto por adelantado. Roma (Trebiano) solicitó un informe completo. Ritelio no envió nada. Los informes dejaron de llegar. No respondió a los requerimientos. Ctesifonte permaneció en silencio.

Podía estar muerto, pero si se había matado a fuerza de beber, sería posible averiguarlo. Si se ocultaba de acreedores o de socios furiosos, correrían rumores al respecto. Trebiano tenía otros contactos, ninguno de los cuales había visto a Ritelio en los lugares que frecuentaba; tampoco había oído nada sobre él. Si los partos lo hubieran arrestado, bien se lo habrían comunicado a Roma (con la esperanza de que Roma pagara un rescate por él, como si fuera un rehén), o bien lo habrían matado abiertamente, a modo de cruel mensaje. Nada de eso había sucedido.

Podía haber huido de una de sus mujeres despechadas, aunque en esas situaciones solía contar a Trebiano dónde hallarlo; una huida súbita por razones domésticas siempre acababa con él desesperado por conseguir fondos. Silencio. Había pasado demasiado tiempo sin que pidiera dinero. No se trataba de una fuga a la luz de la luna para evitar un problema personal.

—Bueno, Trebiano, sigamos. ¿Dices que lo han visto en Roma?

—Estamos seguros de que era él.

—¿Recientemente?

—Hace dos semanas.

—¿Cómo fue?

—Yo vigilo a los partos allá donde estén, incluso en Roma. Especialmente aquí. No queremos que se produzca ningún incidente. Vigilo a cualquier persona a la que

envíen por razones diplomáticas... donde «diplomáticas» siempre significa sospechosas. Su enviado se aloja en una casa que le proporcionamos con dinero público.

—¿Eso permite a Roma cierto acceso?

—Exactamente. Se les deja bien claro que no sería de nuestro agrado que viajaran a cualquier otra parte de Italia, pero el enviado es libre de vivir aquí y de recibir visitas de cortesía.

—¿Partos en Roma? —pregunté con escepticismo.

—Ha ocurrido a menudo. A veces hemos tomado rehenes deliberadamente, a veces partos de alto rango han buscado refugio huyendo de los conflictos en Partia. Roma lleva mucho tiempo animando a príncipes extranjeros a vivir aquí y a asimilar nuestras costumbres.

Eso había oído decir. Luego los enviaban de vuelta para gobernar su propio país como amigos declarados de Roma. Patricias romanas acogían en sus casas a tales príncipes. La realeza parta de la que hablaba Trebiano había vivido en Roma durante largos períodos, criando a niños que no habían visto jamás su patria.

—Hemos ofrecido nuestra hospitalidad desde que cubrimos los costes de la estancia de Tirídates... eso fue terrible —se quejó Trebiano—. ¡Nerón le concedió ochocientos mil sestercios al día para su enorme séquito, que pasó nueve meses de viaje! Gracias a los dioses ahora tenemos que pagar mucho menos. El enviado actual también llegó por tierra; dicen que es porque un mago no puede cruzar el océano; un sacerdote zoroástrico no debe contaminar las aguas con excrecencias corporales. Este enviado llegó con una repugnante caravana: camellos, elefantes de guerra, el lote completo. Incluso esos hombres con armadura que llaman catafractos. Ahora se aloja en una gran finca. Tengo un agente infiltrado.

—¡Por supuesto! ¿Y ese agente vio a Ritelio? ¿Está viviendo con los diplomáticos partos? ¿Vino a Roma con ellos?

—No lo creemos. Tuvieron que proporcionarnos una lista de sirvientes y ayudantes. Él no aparecía en ella.

—¡Venir con los diplomáticos le daría un nuevo significado al concepto de «mezclarse con los nativos»! —comenté.

Mirándome con desaprobación, Trebiano me dio una lección sobre lo que significaba tradicionalmente «mezclarse con los nativos»: adoptar la comida, las costumbres étnicas, vivir con una esposa que no sea romana, dejarse crecer la barba, apreciar un calzado extraño... El objetivo era que aquel depravado viviera como los nativos en su país de adopción, no que volviera a casa vistiendo ropas raras y con costumbres bárbaras.

Pacientemente, di las gracias a Trebiano por su útil lección. Pareció sospechar que era un comentario satírico.

—¿Y Ritelio fue visto... solo una vez? ¿Qué cree tu testigo que estaba haciendo?

—No tiene la menor idea. Fue una visita matutina. Difícil de poner el oído.

—¿Ritelio fue coaccionado?

—No. Llegó por propia voluntad y se fue cuando quiso.

—¿No podía hallarse en plena operación? ¿Observando a los partos de Roma por ti?

—¡No, maldita sea, imposible! —Trebianio me respondió de mal talante. Debía de estar cansado—. Yo mismo puedo vigilarlos en Roma. Tengo a un hombre de confianza en la casa para hacer justamente eso. ¡Necesito a Ritelio en Ctesifonte! No tenía permiso para volver a casa. Está fuera de control, actúa por su cuenta, no sigue las órdenes, está poniendo en peligro mi plan. He dejado de pagar a ese cabrón.

—Por lo que cuentas —dije, para aplacar su vehemencia—, si le cortas los fondos, ¡pronto reaparecerá! Bien, cuando estaba en Roma al principio, antes de que lo enviaras a Partia como agente, ¿qué lugares solía frecuentar?

Trebianio negó con la cabeza.

—De esa clase de cosas yo no sé nada.

—Esto va a ser complicado —dije, tras un suspiro—. La gente suele volver a los lugares que conoce, visita a conocidos previos. Si no puedes decirme dónde ni a quién, estoy en un callejón sin salida. ¿Puedes al menos indicarme algún viejo amigo suyo? ¿Parientes vivos? ¿Alguna de las tristes mujeres a las que ha abandonado vive en Roma?

Para mi sorpresa, Trebianio me contestó de inmediato que Ritelio tenía esposa. Era una de las muchas mujeres con las que había estado a lo largo de la compleja senda de su vida, pero esa era la primera, su esposa en Roma, la que al parecer importaba... si podía decirse que Ritelio hubiera mostrado alguna vez nostalgia o lealtad por alguna mujer. Hasta el momento de su desaparición, los pagos de palacio se habían hecho siempre a través de esa mujer, que aparentemente se consideraba con un derecho irrenunciable a que así fuera. Ritelio y ella seguían llevándose relativamente bien.

—¿Tuvieron hijos?

—No que yo sepa.

—Los hijos podrían haber explicado por qué seguían en contacto... pero no. Sin embargo, ¿utiliza a la esposa como conducto para recibir su dinero?

—Ella se queda una parte, con el consentimiento de él. Es algo que hacemos por nuestros agentes. No son como los soldados, a los que se les prohíbe casarse. A menudo los reclutamos cuando son hombres maduros, que de seguro tienen un bagaje personal. Si mandamos a un marido al extranjero durante períodos muy largos, a cambio ofrecemos seguridad a la esposa. En el caso de Ritelio, fue él quien eligió involucrar a su esposa. Al parecer existe un apego romántico, a pesar de que no la habrá visto desde hace décadas.

—Entonces, ¿vivía con otras mujeres, tenía aventuras, pero mantenía siempre el vínculo con esta? Incluso recibía un parte del dinero que le pagabais a él.

Desaparecido Ritelio, los pagos se habían interrumpido. Así que tampoco ella

coabraba. Eso seguro que no le había gustado nada. Trebiano había enviado ya a un hombre a verla para preguntarle qué sabía. Habiendo cesado los pagos, la mujer había despachado al mensajero arrojándole un pesado caldero.

—Directo del fuego.

Le dije que me gustaba lo que oía de ella. El caldero no me preocupaba. Así que le pedí a Trebiano que me dijera su nombre y dónde podía encontrarla.

Entonces él sugirió que, si la mujer no me decía nada, debería probar en la nueva embajada parta, donde habían visto a Ritelio. Le dije que lo olvidara. El funcionario parto pensaría que me enviaban como regalo sexual. Incluso antes de ser una recién casada, ir en busca de información de ese modo me atraía muy poco. Para empezar, nunca funcionaba.

—Una última pregunta, Trebiano. Es la más importante. Entiendo que, pese a todos sus defectos como hombre, Ritelio es un agente extraordinario. No quieres perder un contacto de ese calibre. Pareces muy preocupado por su brusca desaparición. ¿Acaso es tu hijo natural secreto... o a qué viene tanta urgencia por encontrarlo?

Trebiano pensó en repetir el número de contorsionismo, pero bajo mi severa mirada, se dominó. Se sentó muy tieso, aunque con la cabeza ladeada en un incómodo ángulo.

—Le había pedido a Ritelio —dijo— que investigara el apoyo de los partos al falso Nerón. Yo quería que identificara al traidor. Su último mensaje insinuaba que podía tener algo que contarme.

Y ahí estaba yo: buscando a un hombre que conocía la identidad del traidor más peligroso de Roma. ¡Gracias, Trebiano!

Capítulo 28

La esposa tolerante se llamaba Ilia. Le habían dado el nombre de una famosa pintora, Ilia de Cícico... ¿Una antepasada? Ilia, la esposa de Ritelio, estaba relacionada con un negocio de decoración. Trabajaba en un gran taller de marfil a los pies del Palatino.

Mientras me encaminaba hacia allí, pensaba en Cícico, que era la capital del Helesponto en el norte de Asia. Era allí donde Minicio Ítalo desempeñaba su cargo cuando le encomendaron ocuparse del gobernador de la provincia, Cerialis, aunque seguramente eso no tenía importancia para Ilia.

Estos romanos era gente muy curiosa. Reverenciaban el pasado, pero los emperadores barrían todo cuanto se interponía en su camino.

Nerón había remodelado todo el lado oriental del Palatino. Había enterrado varias capas de obras históricas, incluso un altar donde el culto se remontaba a la época de Rómulo. Tras centenares de años de veneración, fue destruido para su propio engrandecimiento.

El gran incendio de Roma había destruido la mayor parte del centro de la ciudad, permitiendo a Nerón construir su Casa de Oro. Vespasiano, el modesto sabino, había reconvertido aquel extravagante palacio privado al rellenar el lago para regalar el Anfiteatro Flavio, o Coliseo, al público. Una declaración de intenciones completamente opuesta.

En la ladera del Palatino, Nerón había creado un muro de contención revestido de mármol. Había excavado en la falda del monte para erigir sus colosales salones y columnatas. Los Flavios habían mejorado esta herencia recibida con contrafuertes y otras reparaciones. El resto de la Casa de Oro seguía siendo una vergüenza. Domiciano había hecho sus reformas en la cumbre del Palatino, pero Vespasiano y Tito habían intentado reutilizar el espacio con fines útiles. Así pues, en medio de la grandiosa empresa de Nerón al pie del Palatino había unos cuantos locales comerciales. Uno de ellos era un taller de marfil.

Situado detrás de una hilera de tiendas, tenía el aire de algo que podía sobrevivir, siglos más tarde, cuando toda la farsa imperial se desvaneciera y los bárbaros lo ocuparan todo. Hordas de Oriente, por ejemplo; los partos, quizá.

En realidad, no me había fijado nunca en aquel sitio. Eso también era típico de Roma. El taller estaba a tiro de piedra del Anfiteatro y del nuevo Arco de Tito. Los propietarios no se molestaban en anunciarse. Si querías lo que ellos vendían, sabías que era allí donde tenías que ir. Si no habías oído nunca hablar de ellos, era porque ellos no querían conocerte.

Se trataba de un negocio de altos vuelos que se desarrollaba entre extraordinarios vecinos: el Anfiteatro, la Casa de las Vestales, el majestuoso templo de Claudio, el palacio que se alzaba sobre todos ellos. Si uno levantaba la vista, podía ver el comedor giratorio; cuando estaba en funcionamiento, se podían captar los crujidos al

dar lentamente la vuelta sobre las bolas de arcilla. Tenía mucha competencia: ruidos de taller y pisadas constantes durante el día, antes de los chirridos de los carros por la noche, que llegaban pesadamente con colmillos gigantes, y se iban luego con cargas muy delicadas, acompañados por los molestos gritos de porteadores y carreteros. Los artesanos no son buenos vecinos. Vi reses abiertas en canal a las que extraían los huesos. La peste a cola de pescado era horrible. La fabricación de cola estaba restringida a zonas de la ciudad menos distinguidas, pero aquí flotaba también su fuerte olor, ya que se usaba para fijar barnices.

Su mercancía era asombrosa. Sobre todo fabricaban magníficos muebles, especialmente andas para transportar cadáveres de personas importantes en funerales suntuosos, pero también divanes para lectura y lechos para dormir hermosamente decorados con marfil, a veces incrustados también de vidrios esmaltados o de broches ambarinos. Había muchas muchas mesas con tres patas de marfil tallado. Cualquiera que se considerara rico y poderoso llenaría sus numerosas casas con montones de tales mesas, mientras que la gente normal podía considerarse afortunada si adquiriría una cuchara para comer caracoles.

Se podían comprar paneles para el techo o soportes para estantes. Ofrecían vasijas de todos los tamaños. Lo más caro eran las estatuas crisoelefantinas de materiales mezclados: marfil para representar la piel, y oro para cabellos, joyas, ropa o armadura; en algunas brillaban piedras preciosas o semipreciosas. Los trozos sobrantes se convertían en objetos más pequeños: horquillas, agujas, mangos de abanico, peines, estilos, cucharas para cosméticos y preciosas muñequitas.

En el otro extremo, tenían una amplia gama de mercancías mucho más baratas, hechas de hueso. El tallado era igual de preciosista. Cuando uno de los vendedores me vio curioseando, me dijo abiertamente que la mayoría de la gente no distinguía la diferencia a simple vista. En el precio, la diferencia era enorme. El marfil de elefante costaba casi tanto como su peso en plata, pero los huesos de carnicero se conseguían casi por nada.

Empecé fingiendo ser una cliente. Eso me dio tiempo para adaptarme. Además, resultaba tentador. Su mercancía hizo que deseara haber llevado una lista de cosas que necesitábamos en casa... aunque tendríamos que esperar para poder permitirnos la mayor parte de la mercancía que vendían allí. Sin embargo, teniendo en cuenta que ahora me pagaba Trebiano, no pude resistirme a adquirir una caja de piezas de alfabeto; me permití comprar las más pequeñas y baratas de hueso. Sabía que Dromo preferiría dados y fichas, de los que había montones, pero las letras me ayudarían a educarlo. El vendedor intentó que comprara también una tablilla encerada y un juego de estilos, luego sacó una aguja pasacintas de tres agujeros; fracasó, pero no fue demasiado agresivo.

Arreglamos cuentas y luego le confesé que estaba buscando a una persona. Los negocios en Roma implican con frecuencia unas discretas averiguaciones adicionales. ¿Podría tu tío hacerme otro préstamo? ¿Alguno de vosotros ha visto a mi hermano?

Se fue de borrachera hace tres días... Por favor, dile a tu capataz que deje de visitar a mi mujer cuando yo no estoy en casa, o como hay dioses que lo mato... ¿Quieres comprar un buen vino tinto que es casi como el de Falerno...?

Sabiendo que Ilia había arrojado un caldero a un visitante no deseado, esperaba que el vendedor soltara una risita al oír su nombre, pero su reputación parecía normal. El padre de Ilia dirigía el negocio desde hacía muchos años. Ambos eran respetados. Me condujo a una habitación donde había artesanos tallando tablillas de marfil. Entre ellos había una única mujer sentada, morena y de mediana edad, que debía de ser Ilia. Grababa formas con esmero, usando un fino buril.

Con todo descaro, le dije que tenía un bonito nombre: ¿acaso era descendiente de la famosa Ilia de Cícico, cuyas pinturas obtenían precios más altos que los pintores varones? Ella alzó la vista y contestó que no, aunque le habían puesto el nombre por ella. A Ilia de Roma le habían permitido aprender a pintar y tallar, aunque los hombres no lo consideraban un trabajo adecuado para una mujer.

Ilia afirmó que solo estaba trabajando allí temporalmente, porque había sufrido un inesperado bache financiero. Le confesé que sabía que Ritelio había desaparecido y que en palacio habían interrumpido los pagos.

Su actitud se volvió más hostil. Le dije quién era yo, quién me había contratado y qué quería. Me podría haber arrojado la tablilla que estaba tallando y apuñalarme luego en el ojo con su herramienta. Tal vez se mostró menos belicosa de lo que yo esperaba, por ser yo una mujer. Tal vez se había calmado desde que la había enfurecido el primer mensajero.

Sin embargo, su expresión lo decía todo. Apretaba los labios con fuerza y de repente se le aceleró la respiración. Era una romana típica de las clases trabajadoras. Tenía una buena estructura facial, bajo las huellas de una vida dura que le había dejado la piel tirante y bolsas bajo los ojos. Miraba de frente, no temía a nadie.

—¿Ritelio no es el mejor de los maridos? —Decidí que la franqueza sería lo mejor.

—Nunca lo fue. Ahora ha demostrado que es un monstruo.

—¡Un monstruo! ¿Qué ha hecho? —pregunté, mostrando mi sincera simpatía.

—Sería interesante saberlo... ¿y con quién se lo ha montado esta vez ese cerdo?

—¿Es un mujeriego?

—Yo soy su esposa —gruñó Ilia. Tenía un imponente gruñido. Intenté analizar el modo en que lo había adquirido, para usarlo yo misma en el futuro—. Yo fui la primera. Fue a mí a quien abandonó en Roma, pero nunca me ha dejado libre. Yo cuidaba de su dinero por él. Lo hice año tras año. Un día iba a volver a casa conmigo.

Yo lo dudaba, pero no hice ningún comentario. El trabajo con clientas femeninas me había enseñado a no ir demasiado lejos. Lo que hice fue preguntarle cómo había conocido a su marido.

—Resulta que por aquel entonces él tenía dinero. Lo había heredado de su padre. Era una herencia pequeña, pero bastaba para arreglarle la vida si la utilizaba bien...

de lo que él era incapaz. Vino a comprar algo, cualquier cosa. Nunca había tenido dinero en efectivo; solo quería gastar por gastar. Yo era la hija del capataz. Quince añitos y mucho descaro. Le vendí algunas cosas, le gusté, él también me gustó, y pronto nos fuimos a vivir juntos. Era muy atractivo —se jactó Ilia, que necesitaba justificar su estupidez—. Alto, fuerte, llamaba la atención.

—Pero ¿no sentó la cabeza?

—No. Se fue. Para entonces yo ya sabía cómo era. Lo único que me sorprendió fue el tiempo que tardó en empezar a mariposear.

—¿Llegaste a pensar en irte al extranjero con él?

Ilia se echó a reír.

—Eso no es para las mujeres, ¿no?

En realidad, yo no estaba de acuerdo. Pensé en mis padres... Mi padre siempre nostálgico si lo enviaban fuera de Roma, pero iba y lo soportaba lo mejor posible, mi madre siempre dispuesta a conocer nuevos lugares.

—En cualquier caso —prosiguió Ilia, de repente más amable y convencional—, tenía que criar a mi hija.

No sabía lo de la hija.

—¿Ritelio y tú tenéis una hija?

Trebiano no parecía saber nada de ella. Para algunas personas, la responsabilidad paterna podía ser un lastre, aunque estaba claro que no lo había sido para Ritelio. De hecho, en mi opinión todos los espías estarían mejor sin familia, y sus familias estarían mejor sin ellos.

Ilia volvió a enojarse.

—Yo la tuve. Él la engendró. Eso fue todo lo que hizo en su vida por ella, pobrecita mía.

—Pero el dinero de palacio lo cobrabas tú, ¿no? Sería una ayuda para subsistir, para cuidar de tu hija. Él lo dispuso así. Entonces, si tú le pasabas el dinero —sugerí—, debía de decirte siempre dónde estaba, ¿no?

Ella asintió con una brusca inclinación de cabeza. Como todas sus reacciones a las preguntas sobre Ritelio, la alentaban viejos agravios y nuevas amarguras.

—Le daba su parte a un banquero. El banquero enviaba una carta a otro del país en el que él estuviera viviendo. Así podía retirar fondos. Hasta que se le acababa el crédito..., lo que ocurría muy deprisa la mayoría de las veces.

—¿Viajaba mucho?

—Supongo que no se puede ir más lejos que Partia. Primero fue a otros países, pero su especialidad eran los proyectos absurdos. Pensé que se iba a Partia para aprovechar lo que yo le había enseñado sobre el marfil.

Eso me dejó perpleja.

—¿Qué relación tiene una cosa con otra?

A Ilia le gustaban las preguntas que le permitían demostrar sus conocimientos. Mantuvimos una breve charla sobre elefantes. La gente los asocia automáticamente

con Aníbal y Cartago, pero ella me dijo que los grandes elefantes de guerra, los que podían transportar una torre llena de arqueros sobre el lomo, siempre procedían de la India, no de África, donde los animales son más pequeños. En otro tiempo su hábitat se extendía desde la India hasta Persia, que ahora pertenecía a Partia.

—Entonces, ¿Ritelio podía ganarse la vida allí como comerciante de marfil?

—Allí tienen talleres como este. Nosotros no exportamos, ni tampoco ellos nos envían sus mercancías. Pero el Gremio de Mercaderes de Marfil del Trastévere^[14] mantiene el contacto con ellos. Así que Ritelio podía hacerse pasar más o menos por mercader, y fingir que negociaba. Qué insensatez —exclamó Ilia—. No le comprarías ni un estilo usado, a pesar de sus ojos risueños y su cháchara. Y yo, tonta de mí, le había enseñado los rudimentos del negocio. Lo que ha ocurrido ahora, me lo he buscado yo sola.

—¿Qué te has buscado, Ilia? —pregunté en voz baja.

—Propicié que estuviera en el lugar donde conoció a esa tal Esquila.

No me sorprendió que nombrara a otra mujer.

Si Trebiano conocía la implicación de aquella otra mujer, me había ocultado la información. Eso tampoco me sorprendería. Quizá me estaba poniendo a prueba para comprobar si investigaba a fondo y la encontraba... o quizás él, un hombre que trabajaba entre burócratas con pinta de no haber tenido nunca ningún contacto con el género femenino, no comprendía su importancia.

Pero aquella mujer era crucial. Lo supe enseguida.

Esquila era rubia.

—¡Cómo no! —comenté por lo bajo.

Ilia y yo compartimos un momento de desaprobación.

—¿La has visto?

—Me dañaría la vista mirarla.

Ilia había hecho sus deberes. No podía ser la primera vez que le había tomado la medida a una rival desde lejos, pero ¿cómo se había enterado de su existencia? Parecía que Ritelio era lo bastante estúpido como para habérselo contado él mismo. Eso, pensé con impaciencia, significaba que Ilia lo había visto. Aguardé sin decir nada, dejando que la propia Ilia me lo contara.

Esquila era más joven que ella, más libre de preocupaciones y de responsabilidades, y mucho más atractiva para Ritelio. Seguramente se mostraba muy activa en la cama. Para un hombre maduro, estúpido y en franca decadencia, Esquila era excitante y peligrosa. Tenía un poder sobre Ritelio que ninguna de sus otras mujeres después de Ilia había logrado jamás. Esquila era su última oportunidad. La había conocido en Ctesifonte. Allí había soportado a Ritelio mientras le convenía, hasta que un día había emprendido el vuelo como una preciosa ave migratoria. Ritelio había decidido que era el amor de su vida. Allá donde ella fuera, él debía seguirla.

—Cualquiera podría haberle dicho que era una insensatez, pero el muy imbécil dejó su trabajo entre mercaderes y abandonó todas sus tareas para el gobierno. Ella ni

siquiera es parta, pero él cree que está viviendo aquí con ellos. Así que ha vuelto a Roma, babeando y lloriqueando, siguiendo sus pasos.

Así que por eso Ritelio había ido a visitar a los diplomáticos partos. Creía que su novia estaba allí, dándose la gran vida entre cojines de seda, practicando sus proezas sexuales para el eterno enemigo de Roma.

—Ilia, entiendo entonces que Ritelio te ha visitado desde que regresó a Roma, ¿no? ¿Todo esto te lo contó él?

—¿Que si lo he visto? ¡No se atrevería a presentarse ante mí como un gusano! Oh, no. Simplemente los rumores circulan fácilmente en nuestro negocio.

A pesar de sus protestas, por lo que yo había oído de Ritelio, era tremendamente posible que hubiera visitado a su esposa. Hasta ese momento Ilia me había dicho la verdad, pero ahora mentía.

—Bueno, ¿y qué tiene esa Esquila para ser tan maravillosa? —Seguro que lo más relevante eran sus dotes amatorias, pero eso no se lo dije a la disgustada esposa.

Para ser simples rumores que corrían por el negocio, había muchos detalles. Esquila era viuda de un mercader de alfombras. Había recibido dinero al morir su marido; cualquiera que tuviera fondos resultaba siempre atractivo para Ritelio. No estaba claro lo que ella veía en él, en realidad; quizá pretendía consolarse con él, o quizá era amante del riesgo.

Se habían gastado todo el dinero de ella, viviendo a lo grande. Ahí se habían acabado las alegrías de Ritelio. Esquila inició una relación con un parto, que le daba todo lo que a ella le gustaba. Se trataba de un hombre importante, que luego había viajado hasta Roma.

Tratando de poner a Ilia de mi parte, le aseguré que no tenía el menor deseo de ir a preguntar por Ritelio a los partos. Así que necesitaba que ella me dijera dónde estaba. Intencionadamente miré a mi alrededor.

—¡Aquí no lo vas a encontrar!

—No. —Comenté que el lugar estaba lleno de herramientas: tornos, barrenas, cinceles, cuchillos, sierras, punzones para tallar y para alisar... pero faltaba un objeto—. Bueno, ¿dónde está tu famoso caldero, Ilia? —Ella me fulminó con la mirada. Inteligente y perspicaz, sabía a lo que me refería—. No veo dónde cocinar en este taller. Sin embargo, cuando Trebiano envió a alguien a preguntarte qué ocurría con tu marido, le arrojaste un pesado caldero y él se fue corriendo.

—¡Con sopa en el pelo! —admitió Ilia—. ¡Precioso! Ese no vendrá más a molestarme.

—¿Adónde no irá? —pregunté severamente.

—Donde yo vivo —respondió ella con voz débil.

—¿Y dónde es eso?

—Vivo con mi padre.

—¡Oh, basta ya! No soy estúpida, Ilia. Olvídate de tu padre. ¿Quién más se escondía en la casa? ¿Por qué estabas tan impaciente por deshacerte del hombre de

palacio que desperdiciaste una buena sopa con él?

Ella meneó la cabeza sin decir nada. Sabía que yo había adivinado la verdad.

—No querías que el hombre de palacio lo viera. Ritelio está contigo —dije.

—¡Ya no! —se apresuró a replicar—. Mi padre echó a ese cabrón a patadas. Confesó todo lo de Esquila, así que hemos terminado. Se ha terminado todo entre nosotros para siempre.

—¿Qué hay de su hija? —pregunté.

—Murió. Murió el año pasado al dar a luz. Yo le escribí y se lo conté. El muy cabrón ni siquiera se acordaba de que la habíamos perdido.

Ilia me miró resueltamente con expresión belicosa. Los demás grabadores nos habían ignorado todo el rato, aunque sin duda sin dejar de escucharnos. Ahora interrumpieron su trabajo y alzaron la vista, haciéndome saber que estaban dispuestos a hacer piña con Ilia y obligarme a dejarla en paz.

Yo no deseaba causarle más dolor a la mujer. Le dije que lamentaba haber tenido que hacerle tantas preguntas. Le dejé mi dirección, por si Ritelio reaparecía. Quizás estuviera dispuesta a comunicármelo, aunque me parecía más probable que siguiera protegiéndolo. Era su esposa, la primera mujer, su esposa en Roma. Así había sido siempre. ¿Por qué iba a cambiar ahora?

Capítulo 29

Ya que estaba junto al Palatino, fui a contar a Trebiano lo que me había dicho Ilia y a preguntarle qué quería que hiciera.

Llegué al palacio por la nueva rampa cubierta que había construido Domiciano. Aquella vía de acceso al Palatino permitía a la familia imperial ir y venir sin ser vistos, pero también podían usarla las visitas, al menos en ausencia del emperador. Se entraba por un impresionante arco. Alzándose contra la ladera de la colina, altos corredores cubiertos rodeaban cerradas curvas que ascendían en siete empinados tramos. El pasadizo era lo bastante ancho y alto para ir a lomos de un caballo, o incluso para ir en carro, aunque la rampa se había diseñado sobre todo para una entrada ceremonial en litera.

El interior estaba frío y oscuro, y amortiguaba el ruidoso bullicio del Foro mientras ascendía hacia el palacio. Algunas antorchas iluminaban tenuemente los tramos interiores, pero había también altas aberturas que dejaban pasar la luz natural. Cerca de la cima, había pequeños escalones junto a la rampa, que dieron un descanso a mis piernas.

Si Domiciano hubiera estado en palacio, habría tenido que habérmelas con la guardia, pero el emperador se había llevado a los mejores pretorianos con él. Los que quedaban, o bien eran ya talluditos, o demasiado novatos para formular las preguntas adecuadas. A aquellos mediocres los convencí incluso para que me dejaran usar sus servicios, a mitad de la ascensión. Consistían tan solo en un cubo dentro de un cuchitril, pero era mejor que permitirles que se las arreglaran por su cuenta. Cualquiera podía adivinar lo que eso significaría.

Uno de mis nuevos amigos aceptó ayudarme a encontrar la oficina del observador de Partia. Podría habérselo pedido a Filipo, pero no estaba segura de si Trebiano quería que Filipo se enterara de nuestro acuerdo de trabajo.

Sí, me había zambullido de pleno en el montón de estiércol de la política palaciega. En las podridas secretarías, todo eran intrigas, celos y puñaladas en la espalda. Mi posición era cada vez más delicada. Jamás estaría segura de si podía confiar en Filipo o en Trebiano. Estaba segura de que ellos no confiaban del todo el uno en el otro. Sencillamente yo no formaba parte de su red de contactos, de modo que no me darían nunca toda la información.

Aun así, sabía que el traidor que había en el gobierno podía ser uno de los dos. En ese caso, fingir que se busca a un desertor tenía que ser una estratagema. Por lo que yo sabía, Filipo podía haber ordenado matar al falso Nerón, y el que lo había envenenado, Paterno, trabajaba para él. O quizás el colaborador era Trebiano; ¿había desaparecido su agente, Ritelio, porque se había enterado de que su propio jefe estaba conchabado con Partia?

El pretoriano y yo salimos del último tramo de la rampa a una terraza elevada con unas espectaculares vistas. Me acompañó al interior del palacio a través de una

entrada privada. Complacido consigo mismo, el inexperto guardia preguntó por el camino a un ujier y encontró la oficina por mí. Le deslicé una moneda para agradecerse, que él aceptó con una exagerada efusividad. Necesitaba que el Princeps Peregrinorum le diera un buen par de ostias para que aprendiera. Tito sabría cómo aceptar los sobornos sin que nadie se diera cuenta.

Encontré a Trebiano con cuatro esclavos sirviéndole un banquete que llenaba toda la mesa. Parecía ser su actividad habitual a primera hora de la tarde. Me pregunté cómo una persona tan flaca podía engullir tanto y seguir libre de lorzas. Tal vez atiborrarse de comida era su manera de estudiar la mentalidad de los partos, entregándose a sus excesos.

Dejó a un lado su servilleta de hilo. Mientras los sirvientes salían silenciosamente con las bandejas, él me condujo hasta un diván de lectura para hablar. Conseguí apoderarme de una pequeña jarra de agua de una de las bandejas que se alejaban. Uno de los esclavos decidió entonces traerme un cuenco de gambas con jengibre.

Aún tenían la cáscara. Para mí no habría un cuenco de plata en el que limpiarme los dedos después. Iría por el mundo el resto del día con aliento a jengibre y oliendo a gambas. Pero acabar con los dedos pringosos no es algo que perturbe a un informante.

Lo primero que me dijo Trebiano fue que el Princeps, en quien yo pensaba hacía unos instantes, había encontrado el cadáver de Paterno, el envenenador de la Castra.

—¡Qué rápido! Tal vez sabía dónde buscarlo... ¿Dónde estaba el cuerpo?

—En el Tíber.

—¡Sorpresa! No conseguiremos nada de Paterno, entonces.

—No, lo han silenciado. Alguien va un paso por delante de nosotros —se quejó Trebiano.

Empecé a arrancar patas de mis gambas mientras él se acomodaba.

—Tienes razón, Albia. Era inevitable. A Paterno lo sobornaron, pero jamás sabremos quién le pagó.

Yo no estaba de acuerdo.

—Puede que sí. Alguien dispuso que lo mataran, alguien entregó el soborno... Aun así, se lo han cargado. Tenemos que concentrarnos solo en las cosas que podemos manejar.

Le interrogué acerca de Ilia: ¿por qué me había enviado al taller de marfil sin mencionar que su primer mensajero había ido en realidad a su casa? Trebiano se sorprendió.

—Ni se me había ocurrido. Es cierto que vive con su padre desde hace años, desde que Ritelio la abandonó... Puede que incluso vivieran con él cuando eran pareja. Siempre le enviábamos el dinero a la casa del padre. Mi mensajero debía de saberlo, porque solía ser él quien les llevaba el dinero. Ha pedido una compensación, por cierto, no solo por la herida en la cabeza. El caldero que le arrojó Ilia estaba lleno de líquido hirviendo. Lo dejó escaldado.

—Era sopa, creo. —Expresé mi convicción de que Trebiano sabría compadecerse del mensajero.

En mi opinión, Ilia había utilizado el caldero de sopa como distracción porque Ritelio estaba con ella. Ahora juraba que lo había echado de casa cuando él había confesado su pasión por la seductora Esquila; sin embargo, Trebiano debería hacer que registraran la casa, y luego tendrían que vigilarla por si Ritelio volvía a hurtadillas.

—¡Imposible, Albia!

—Es más que probable —gruñí yo.

—Pero si ha tratado a Ilia de forma abominable.

—¿Y? —Me había terminado las gambas y me había bebido el agua tibia. Con eso daba la entrevista por concluida.

—Utiliza tus recursos para comprobar lo que me ha contado Ilia. Luego, a menos que puedas nombrar a algún otro conocido de Ritelio en Roma, tendré que hacer lo que me dijiste: tengo que ir a la casa de Partia para hablar con Esquila.

Trebiano quiso decir algo, pero levanté una mano con aroma a gambas para interrumpirlo.

—Pregúntale al agente que tienes en la casa si Esquila está realmente allí y todo lo que sepa sobre ella. No quiero ir sin prepararme antes lo mejor posible.

—Por supuesto. Y te daré un informe sobre el nuevo enviado.

—Mi intención es evitarlo. —Él asintió—. ¿No sabías nada sobre Esquila? —pregunté.

—Suponía que Ritelio tenía una nueva amante; era su proceder habitual. Nunca imaginé que fuera especialmente importante... Sí que me llegó un rumor de una fuente distinta, diciendo que se había juntado con una mujer sofisticada y muy hermosa.

Mmm. ¡Esquila era una de esas!

—Bueno —pregunté con frialdad—, ¿dónde está la residencia oficial de Partia?

Cuando Trebiano me contestó, estuve a punto de negarme a continuar. Esa casa la conocía de doce años atrás. Tanto mi familia como yo guardábamos malos recuerdos.

—¡Oh, genial! ¿Sabes quién vivió allí?

Trebiano adoptó una actitud evasiva.

—Fue —expliqué con calma— la residencia privada del jefe de espías del emperador.

Trebiano me informó que ahora el gobierno ofrecía la casa como residencia para dignatarios de visita. Tras un escándalo que implicaba al último titular y que se había tapado, el puesto de jefe de espías había quedado vacante. De su trabajo se ocupaba la Guardia Pretoriana, pero los hilos los movían en la sombra departamentos poco conocidos de palacio. Conseguí no soltar una risita.

—Al menos conozco ya la casa. —También conocía una salida posterior. Tratándose de un embajador parto, parecía probable la necesidad de huir

rápidamente. No hay que confiar jamás en un hombre con pantalones de seda—. Parece ser que tendré que hacer esto por ti, Trebiano. Aunque, para serte sincera, esperaba no tener que traspasar nunca más esas horribles puertas.

Le dije que iría a ver a Esquila al día siguiente. Necesitaba tiempo para prepararme. Necesitaría refuerzos para ir a esa casa, pero le dije a Trebiano que yo misma los buscaría. Conocía a la persona perfecta.

Abandoné el palacio.

Capítulo 30

Empezaba a considerar la vía Loretí Minoris como mi hogar. Entré en casa, usando mi nueva llave y esperando que se percataran de mi llegada. Cuando cruzaba el pequeño atrio, unos dulces sonidos me llegaron desde arriba.

Grecina acudió a acosarme con sus justas quejas.

—Como puedes oír, Flavia Albia, un *músico* ha impuesto su presencia. — Hablaba de él como si fuera un limpiador de desagües al que nadie había invitado, un operario cualquiera de la administración local que se había presentado afirmando que estábamos contaminando la calle.

—Debe de ser el célebre citarista, el fabuloso Estertinio. Reconocía su arte. Había tocado en la boda para nosotros y nuestros invitados. Mi madre había logrado hacerse con sus servicios. La mayoría de la gente estaría verde de envidia al oírlo ahora en nuestra casa, improvisando gratuitamente en el dormitorio del amo.

Grecina habría preferido que le amputaran una pierna.

—¿Cuánto tiempo crees que se quedará esta noche?

Aún era la tarde.

—Todo el tiempo que podamos retenerlo —repliqué con crueldad.

Grecina dijo que Estertinio se había enterado de lo del rayo. Conmovido por lo que le había ocurrido a un hombre para el que había tocado en una ocasión venturosa, generosamente había acudido con unos colegas músicos por si su maravillosa música podía ayudar al enfermo.

—Me han pedido que mantenga callados a los niños y que tenga ocupado a Dromo. Tu *marido* —dijo Grecina, como si mencionara a mi sucio amante gladiador — ¡me ha hecho servir a esa gente un refrigerio!

—¿Es una banda de teatro al completo? Cualquier petición de mi marido ha de ser obedecida. —No estaba yo siendo de mucha ayuda.

Vi a Galena que nos escuchaba desde el pasillo de la cocina con una sonrisa de suficiencia en la cara. Katutis estaba tumbado en el banco de delfines, dejando que la espléndida música romana lo sumergiera en un trance rapsódico, en el que podía ignorar toda la tensión circundante.

Subí al dormitorio. Al aparecer en el umbral de la puerta, Estertinio y otros dos músicos prorrumpieron en acordes triunfales, improvisando un himno de bienvenida. Tiberio parecía feliz y descansado. La música de cítara debía de ser reconfortante. Besé las puntas de mis dedos y los agité en dirección a los músicos, como una ambiciosa anfitriona que se felicita a sí misma por el enorme éxito de su elegante salón.

Tocaron de una tirada unas cuantas piezas más. Los escuché junto a Tiberio, dándole la mano. Estertinio había llevado consigo a un flautista y un tambor, aunque este último palmeaba su instrumento discretamente.

Tenían que irse a dar un concierto esa noche, así que los acompañé cortésmente

hasta la puerta principal. Le di las gracias a Estertinio profusamente, diciéndole con sinceridad que jamás podríamos permitirnos sus altos honorarios habituales, pero que a mi marido le reconfortaría mucho si venía a visitarnos siempre que quisiera practicar en casa de unos amigos; nos complacería mucho compartir nuestras humildes comidas con él y con los demás músicos. Me aseguré de que Grecina me oía.

—Sois una pareja encantadora. —Estertinio se inclinó sobre mis manos—. Es un honor.

Sus compañeros no dijeron una sola palabra, pero sonrieron y también se inclinaron ante mí. Llevaban el pelo largo y curiosos mostachos, más o menos limpios y peinados, y vestían túnicas coloridas con impresionantes fajas. O bien eran extranjeros, o bien elegían esa apariencia para que les diera validez como artistas. No lo necesitaban. Los tres tocaban de maravilla.

—No, Estertinio, el honor es nuestro.

Roma estaba llena de música y sin saber cómo nos habíamos agenciado los mejores músicos. Yo había crecido en las calles. Había vivido sola durante años. Me dejaba pasmada tener ahora semejante casa.

Encontré a Dromo, que inició una larga serie de lamentaciones porque Tiberio le había gritado antes.

—Yo solo quería algo de dinero para un pastel. Podría haberme dicho que no tenía y ya está. Me ha gritado. Se ha portado fatal.

—Has de tener paciencia. Ya sabes que es por el rayo.

Dromo siguió rezongando. Lo envié fuera con una nota para mi prima Marcia. Ella me acompañaría al día siguiente.

Había trabajado con Marcia Didia durante años siempre que necesitaba ayuda de una mujer. Era una buena carabina, era muy observadora y muy divertida para reírse con ella después. Era ingeniosa, extremadamente brillante, y con veintidós años se las había apañado para eludir la carga de un marido. Y ello a pesar de su belleza, que sobresalía incluso en su familia, los Didia, todos los cuales alardeaban de su enorme atractivo (lo que a menudo no era tan cierto como ellos creían). Su madre había sido una gran belleza, pero después se había vuelto gorda y perezosa. En casa, Marcia se ocupaba ahora de todo en su lugar. Era la única hija del querido hermano mayor de mi padre, o eso afirmaba su madre cuando quería conmovier a Falco para que le diera dinero.

La verdadera razón por la que yo trabajaba con Marcia era que sabía interpretar las situaciones antes de que empezaran los problemas. Y, en caso de producirse, corría como un gamo. Además, en una ocasión un borracho había intentado agredirla y yo había visto cómo lo dejaba inconsciente de un puñetazo. Sabedora de que era demasiado atractiva para su propia seguridad, había aprendido a boxear en el

gimnasio del Vicus Tuscus donde mi padre se entrenaba con pesas.

Nos haríamos pasar por respetables matronas. Pero yo no quería a una debilucha a mi lado. Marcia sería perfecta.

Tiberio parecía reacio a bajar, así que cenamos en nuestra habitación. Aunque sosegado por la música, seguía muy callado. En cierto momento, lo pillé con una nuez en una mano y un cascanueces en la otra, mirando fijamente el utensilio como si no tuviera la menor idea de qué hacer con él. Era un artilugio con dos piezas unidas por una bisagra que yo poseía desde hacía años y que procedía de la casa de subastas. Estaba hecho de bronce, con leones agazapados a lo largo de ambos lados. Se colocaba la nuez entre los dos brazos y luego se aplastaba la cáscara entre los dientes de sierra. Su funcionamiento era obvio. En cualquier caso, Tiberio ya lo había usado en mi antiguo apartamento.

Le quité el cascanueces suavemente de la mano y rompí unas nueces para él. Pensé que quizá se enfadaría conmigo y estallaría, como antes con Dromo. Sin embargo, aceptó mi intervención con aire aliviado. Con el ceño fruncido, fue comiéndose las nueces que yo le iba entregando. Al cabo de un rato, él me dio una o dos a mí.

Una vez tranquilo, decidí que debía abordar el tema. Por primera vez, le convencí para que hablara sobre el impacto del rayo. Le inquietaba no poder recordar siquiera qué había ocurrido. Le había parecido que un destello de luz azul lo rodeaba, que un ruido terrible le llenaba la cabeza y tenía un extraño sabor metálico en la boca. No recordaba en absoluto haber caído inconsciente, ni que lo hubieran llevado a casa. Unos misteriosos síntomas físicos y psicológicos habían sucedido al dolor del momento. Nada era ya normal.

—No dejo de tener la sensación de que ya no sé quién soy.

—Ayer dijiste: «¿Quién es Fausto?».

—Exactamente. Todo parece haber cambiado. Las cosas que antes eran de una manera ahora ya no lo son. Me resulta tan incomprensible que estoy perdido.

Afligida por él, lo abracé. Oculté mis propios sentimientos, que una vez más eran de soledad. Echaba de menos al hombre al que amaba. Quería que volviera.

Tiberio volvía a tener dolores. Sabía que estaba intentando desengancharse de la infusión de adormidera, decisión que yo respetaba.

—Le he dicho a Estertinio que pueden venir cuando quieran. ¿Te parece bien? Parecía que la música te ayudaba.

—Sí. Sí, me ha gustado. Creo que ha disipado mi confusión durante un rato.

En principio pensaba ahorrar a Tiberio la preocupación por lo que estaba haciendo en mi trabajo. Pero cuando me preguntó, le hablé de cómo me había ido el día y de lo

que tendría que hacer al día siguiente. Incluso le expliqué por qué me hacía sentir tan incómoda la casa que tenía que visitar.

—Ya he estado antes en ella. Cuando Vespasiano era emperador, pertenecía a su jefe de espías, Anácrates. Mi familia lo conocía. Había trabajado con mi padre. En una ocasión nos invitó a todos a cenar cerdo troyano^[15].

—¿No es tan divertido como suena? —Tiberio se había puesto alerta. Al menos eso apartaba el dolor de sus pensamientos.

—Era un mal hombre, hostil y peligroso. Mi padre y tío Lucio trataban de demostrar su implicación en crímenes terribles. Múltiples asesinatos crueles, cometidos por sus parientes, a los que escondía en aquella casa, e incluso les animaba a asesinar.

—Jamás he oído hablar de eso.

—Se tapó todo. Los servicios de seguridad querían que se solucionara sin escándalo. —Jamás había hablado de aquellos sucesos a nadie, pero rodeada por el brazo de Tiberio, me sentía a salvo para hablar de cualquier cosa.

Él me habló en voz baja, como si pudiera haber espías escuchándonos.

—¿Te ocurrió algo en esa casa? —preguntó.

—Hablé con él. Yo era una jovencita completamente ajena al peligro. Incluso volví más tarde a su casa yo sola, creyendo que podía convencerlo para que me confesara sus secretos. Luego me asusté y hui. Pensándolo ahora, me aterra aún más, porque comprendo el grandísimo riesgo que corría.

—Tus padres debieron de horrorizarse.

—Pensaron que me había seducido.

—¿Lo hizo? ¿Lo intentó?

—Fue peor que eso. Algo mucho más inteligente. Más horrible. Su intención era hacer que yo quisiera seducirlo a él.

—¿Lo hiciste? —preguntó Tiberio manteniendo un tono neutro.

—No. Pero el efecto fue repugnante. Me sentí sucia por haberme encontrado en esa situación con él. Así era él. Un corruptor total.

—¿Qué fue de él? —quiso saber Tiberio.

—Fue ejecutado.

Como otros muchos. Pero no como ellos, porque lo habían ejecutado mi padre y mi tío.

—Debería ir contigo mañana —dijo Tiberio con voz ronca al cabo de un rato.

—No, mi amor. No puedo permitirte. Voy a ir acompañada, no te preocupes. Esto es un asunto de mujeres.

Capítulo 31

La vejez debía de haber condenado al perro guardián, una bestia furiosa que ladraba hasta quedarse ronco para hacerte saber que quería matarte. Tras las recias puertas metálicas, su caseta estaba vacía ahora, aunque quedaba una cuerda nudosa.

En su lugar, la propiedad la vigilaban un par de guardias con mostacho y pantalones estrechos hasta los tobillos. Llevaban aljabas colgadas al hombro y cruzadas sobre el pecho. Eran para impresionar. Las miré bien, pero parecían auténticas; no vi ninguna flecha.

Los guardias parecían malvados fulleros dispuestos a sacar el puñal a la más mínima ofensa... pero se comportaron cortésmente. ¿Por qué creéis que me había llevado a Marcia? Aunque no era tan encantadora como su fabulosa madre, los hombres se derretían cuando agitaba sus oscuras pestañas. Yo comandaba nuestra pequeña expedición, pero todas las miradas se concentraban en ella. Eso me dejaba libre para echar un vistazo discretamente a mi alrededor.

Marcia y yo habíamos planeado de antemano adoptar el aspecto de unas jóvenes a las que cualquier guardia trataría bien, porque le recordaríamos a sus hermanas pequeñas... un buen plan, siempre que quisieran a sus hermanas. Nos preparamos con esmero. Mi madre había viajado en una ocasión casi hasta Partia, a Palmira, que está muy lejos al este. Así que Marcia preguntó a Helena, que nos explicó que las grandes damas de Palmira llevaban demasiados collares, además de hileras de brazaletes y pesados aros en las orejas, y para rematar, turbantes prolijos bajo ondulantes velos que cubrían la cabeza.

—¡Fiesta! —exclamó con júbilo Marcia, al transmitirme la información.

Y yo, que soy una aguafiestas, le dice que nos vestiríamos como romanas decentes, aunque podíamos lucir nuestras mejores galas. En el arcón de mi ropa, encontré un vestido azul celeste que tenía bastante bien el dobladillo, porque apenas había tropezado con él, mientras que Marcia se presentó con el vestido que había llevado en mi boda. Grecina tuvo la amabilidad de limpiar las manchas de vino de la pechera, y Galena metió el dobladillo de mi vestido.

Seguimos las instrucciones de Helena en cuanto a ponernos unas ligeras estolas sobre la cabeza y mantener una mano junto a la mejilla, como si estuviéramos listas para taparnos la cara. En realidad, no pensábamos hacerlo; Roma era nuestra ciudad, en la que las mujeres iban a cara descubierta. Ocultar el rostro de Marcia habría sido un auténtico desperdicio, aunque yo, claro está, era una mujer casada. En Partia solo a mi marido se le permitiría mirarme. Como esposa romana, podía considerarme afortunada si se molestaba en hacerlo.

Los guardias aceptaron nuestra excusa de que éramos portadoras de buenos deseos para las damas de la casa. Nos consideraron matronas respetables... aunque, cuando Marcia y yo íbamos juntas, esta apreciación tendía a rebajarse rápidamente. Nos pidieron que esperáramos en una antesala. Pronto mi carabina bullía con las

ganas de travesuras que hasta entonces había reprimido.

—Cálmate, Marcelina. Debemos comportarnos, o causaremos un gran incidente diplomático.

—Bueno, ¿y quiénes se supone que somos? —preguntó Marcia. Era ya un poco tarde para pedir aclaraciones—. ¿Quieres que interprete el papel de mujer de la noche?

—¡No! Hemos venido a media mañana precisamente para demostrar que no tenemos intenciones sexuales.

—¿Dónde has estado, Albia? El sexo por la mañana es maravilloso... ¡O eso me han dicho! —Marcia era incorregible. La adoraba.

—Podríamos decir que solicitamos donativos para buenas causas, pero seguro que rechazan a los que piden igual que haríamos nosotras. Seamos un poco imprecisas. Trebiano dice que a las mujeres no las dejan salir nunca de aquí. Las pobres deben de estar muertas de aburrimiento.

—¿Nos toca entretenerlas?

—¡Sí, pero sin pasarse! Simplemente diremos que es una visita de cortesía.

—Diplomacia... ¡Puaj!

Marcia hizo un mohín de disgusto. Tenía un rostro redondo bajo unos cabellos oscuros increíblemente rizados. Su figura era esbelta y bien torneada gracias a la práctica del boxeo... o lo que fuera que hiciese en el gimnasio de Glauco, donde era muy popular. El joven Glauco, que ahora dirigía el local, era un antiguo atleta olímpico, un hombre serio y entregado, lo que no impedía a Marcia darle mucha guerra.

Cuando una sirvienta vino a buscarnos, mi prima me siguió dócilmente y yo encabecé la marcha como una matrona adusta. Nos llevó a una estancia amplia y extremadamente suntuosa. Alfombras de vistosos colores colgaban de las paredes, cubiertas también por cortinajes de seda, y había volantes y borlas suficientes para abrir una mercería. Los asientos incluían largos divanes con cojines mullidos y resbaladizos. Nos instalamos en ellos, tumbándonos al estilo oriental, haciendo sonar las joyas.

Cuatro corpulentas mujeres con pequeños velos que les cubrían el rostro nos miraron fijamente. Envueltas en sedas, parecían tan mullidas y resbaladizas como los cojines. Al llegar nosotras, estaban jugando con una cesta llena de gatitos blancos y grises, lo que no era una diversión adecuada para adultos maduros. Lancé una mirada a Marcia para indicarle que habría de ser ella quien se ocupara de la vida animal. Sabía que le gustaban los gatos. Era su único defecto. Aunque fuera por trabajo, yo me negaba rotundamente a que me clavarán sus garras. Si uno de aquellos pequeños demonios saltaba a mi regazo, lo arrojaría por una ventana.

Pedí a las damas partas que se retiraran el velo, ya que todas éramos mujeres. Ellas accedieron y apartaron a un lado los velos de la cara, aunque desde lo alto del tocado seguían cayendo largos velos de un material diáfano a ambos lados de la

cabeza. Enmarcados por estas telas, sus rostros eran hermosos, de nariz larga y recta. Maldición. Su piel era levemente más oscura que la nuestra. Ninguna era rubia. Esquila no estaba allí.

En promedio eran mayores que nosotras y todas debían de haber sido realmente bellas en su juventud. En cuanto a las cadenas de oro, debían de llevar más incluso de las que había anticipado mi madre. Y bajo la supuesta modestia del velo, iban todas pintadas como los dioses egipcios de los murales. Jamás había visto tanto kohl en una sola habitación, ni siquiera en Alejandría.

Hablamos en griego, que parecían tener tan oxidado como nosotras, pero nos las apañamos; las bromas sobre la dificultad con los idiomas sirvieron para romper el hielo. Hablaba yo. En ese momento, Marcia escuchaba. Les solté la excusa de la visita de cortesía; parecieron halagadas. Decirles que era la esposa de un edil le dio mayor validez. Sería cierto durante unos cuantos meses más; mejor sería sacarle partido.

Nos dijeron sus nombres, todos impronunciables, así que nos divertimos un poco más con eso. Les dijimos los nuestros. Ellas siguieron jugando, fingiendo que también eran difíciles. Tal como había pensado, se morían de ganas de conversar con gente nueva, así que, cuando Marcia intervino para explicar que yo procedía de Britania, donde los nombres eran aún más estafalarios e iban a juego con la gente pintada de azul, las damas se animaron aún más.

Marcia explicó como si tal cosa que a mi marido le había caído un rayo encima. Esto las fascinó.

—¡Imaginad lo que es despertarse recién casada, pensando en que tu marido chisporroteaba de pasión la noche anterior, pero que ahora es un inválido para siempre!

Las mujeres rieron estruendosamente con Marcia. Yo me mantuve más seria, haciendo lo posible por creer que no sería «para siempre». Una de ellas, llamada Asxen o algo que sonaba parecido, debió de detectar mi preocupación, pues se inclinó hacia mí y me dio unas amables palmaditas en la mano. ¿Era posible que las mujeres del enemigo de Roma tuvieran un corazón bondadoso?

Mientras Marcia se confirmaba como una buena chismosa (que se encargaba también de acariciar a los malditos gatitos), dejé a un lado mi preocupación por Tiberio, haciendo un esfuerzo por sumarme a nuestro plan de resultar entretenidas. Mencioné que había estado antes en la casa, y susurré que allí habían vivido unos asesinos. Para unas mujeres aburridas, esa mañana debía de ser la mejor que habían pasado desde su llegada a Roma. Rápidamente mandaron traer unas pastas, y nos acomodamos para pasar un rato de chillidos, risitas y relatos escabrosos.

Todo iba bien. Esperaba que el sonido de voces animadas con accesos de carcajadas tentaría a Esquila a salir de donde quiera que se ocultara. Funcionó... aunque no como yo deseaba. Sí que vino a ver qué ocurría... pero la muy idiota se trajo a su amante.

Quizá no había tenido alternativa. Él parecía de esa clase de hombres.

En cuanto ella entró con paso liviano, supe que la habíamos encontrado: una buena pieza, con los cabellos tan rubios que eran casi blancos y aparentemente naturales. A primera vista, irradiaba sofisticación. Tras un escrutinio más detenido, la definí como lo que nuestra gruñona tía Maya llamaba «una diosa con plataformas de puta».

Llevaba el pelo suelto. Se lo recogía hábilmente a los lados en lo alto de la cabeza con un par de pasadores adornados con piedras preciosas, pero luego le caía en cascada sobre los hombros. Sentí deseos de ocultarlo con una apretada trenza. Mejor aún, de pillar unas tijeras de podar y cortárselo todo al ras. Adopté una fingida expresión inofensiva. Marcia me lanzó una mirada sarcástica.

La espléndida Esquila tenía un semblante tranquilo, regular y seguro de sí mismo que debía ser aceptado como auténtica belleza. Su ancha boca se curvaba de manera natural en una enigmática media sonrisa. Esquila era alta y esbelta; vestía relucientes sedas casi transparentes, bajo las que se adivinaban más que indicios de senos y pubis. Las ropas eran refinadas, las joyas, exquisitas, y sus zapatos de puta llevaban realmente plataformas de corcho bastante altas, de modo que sobrepasaba en altura al hombre de cuyo brazo se colgaba.

Ser la viuda de un mercader de alfombras la había abocado a toda una vida dependiendo del sexo masculino. Sin duda estaba convencida de que era ella la que usaba a los hombres. Vestía ropa de lujo y había aprendido a mostrar la actitud de la clase más alta, por la que quería hacerse pasar. Seguramente bebía dinero con el desayuno. El dinero de él, por supuesto, fuera quien fuese «él» a la sazón. Todo el suyo se lo habían gastado Ritelio y ella, como me habían informado.

Iba sin velo y me fijé en que las otras mujeres no se cubrían. Supongo que no era necesario con los hombres de su propia casa. Solo los extraños exigían esa formalidad.

El proveedor actual de Esquila entró por la puerta como una ráfaga de importancia y estatus. Fue como si soplara sobre nosotros una nube de polvo del desierto. Ya no era joven; debía de hacer algún tiempo que tenía un gran poder en Partia. Tenía canas en los largos cabellos oscuros y llevaba la barba separada en pulcras hileras. Coronaba su cabeza un tocado de lados rectos, plano por arriba. Sus pantalones lucían grandes redondeles en la parte delantera desde la cintura hasta los tobillos, en los que la fina tela formaba diminutos festones. Era fuerte, de dura musculatura que casaba con su actitud. Esquila lo trataba con adulación; no se había fijado en sus ojos traicioneros, o prefería ignorarlos.

Para el embajador, era rubia, occidental, deslumbrante. En Ctesifonte debía de haber constituido un exótico trofeo. No debía de creer en su buena suerte cuando ella se le había ofrecido. El hecho de que abandonara a un espía romano por él debía de haberle parecido exquisito.

Sin embargo, Esquila se enfrentaba ahora con una ardua tarea. Su belleza acababa de topar con competencia. La pareja llegaba con aspecto de salir en aquel momento de una cama bien utilizada, pero, cuando entró, los ojos del hombre se posaron en mi prima Marcia. Solía ocurrir. Las mujeres de la familia Didia, bonitas, decididas y de recta espalda, atraían la atención simplemente por estar ahí. Marcia solo había tenido que dar un capirotazo a una pulga del pelaje de un gatito para atraer la mirada lasciva del hombre.

Era menos perfecta que su elegante compañera, pero el embajador rápidamente intuyó que la recién llegada era todo un carácter y muy prometedora. Seguramente adivinaba que quizá Marcia había sumergido un dedo en el agua para probarla, más de una vez, pero jamás había encontrado un hombre que despertara su interés. Ya sabía yo qué efecto tendría en él. El desafío sería irresistible.

Capítulo 32

El enviado parto, un hombre de rango y alta posición, se llamaba Dolazebol. Era de la clase de hombres que, al conocer a una mujer, se llevaba una mano de ella hasta la húmeda boca y la besaba, al tiempo que le lanzaba una mirada sugerente. Nos lo hizo a nosotras, aun estando presente su harén, incluyendo a Esquila. Tuve que contener mi repugnancia. Marcia se limpió el dorso de la mano en la falda sin el menor disimulo.

Aunque Dolazebol debía de haberse dado cuenta —como pretendía Marcia—, no dejó de sonreír. Nos tenía atrapadas en la casa. Ni siquiera había empezado con Marcia. Ya le enseñaría.

Yo esperaba que alcanzáramos el objetivo de nuestra visita antes de que Marcia le diera una patada en la ingle. ¿A cuántos guardias partos podía derribar mi prima boxeadora antes de perder la ventaja de la sorpresa? La idea de ir a aquella casa me había desagradado desde el principio; ahora estaba más que nerviosa. No podía haber ido sin una carabina, pero quizá debería haber elegido a una más tímida, por su seguridad.

El ruido había atraído a otro hombre. Era una mole redonda; quizá su enorme corpulencia se debía a una enfermedad. Lo había convertido en una pirámide tambaleante de grasa sobre unas piernas macizas, bajo un gran turbante que abultaba como el hinchado cuerpo de un pulpo. Cuando entró caminando, tuvo que balancearse como un pato para pasar el peso de una pierna a otra. Podría haber resultado cómico, pero cualquier asistente que se considera igual a su superior es peligroso. Nos miró con un brillo de obsesiva suspicacia en los ojos, y me lo tomé muy en serio a pesar de su arrogante contoneo.

Al entrar, consiguió de algún modo mantener el equilibrio sobre una voluminosa pierna, y lanzó una violenta patada con la otra. Un gran gato blanco lo había seguido, tratando de colarse en la habitación. Si el pie hubiera hecho contacto, habría enviado al animal volando por el corredor. Pero el gato debía de conocerlo, porque salió corriendo, protestando con vehemencia.

Aunque se quedaron inmóviles, ninguna de las damas partas elevó una queja, lo que resultaba revelador. Estaba claro que el hombre era importante. Se llamaba Bruzeno. Llevaba una torques al cuello. Siendo yo de Britania, lo consideré un indicador de impotencia masculina.

—¿Son espías? —preguntó en tosco griego. Convencido de ello, espetó—: ¡Son espías romanas!

Dolazebol no debía de estar de acuerdo con esa actitud. Los dos partos se enzarzaron en un breve y exaltado diálogo en su propio idioma. Era evidente que discrepaban, aunque no duró mucho. El que llevaba torques hizo un gesto de

generoso apaciguamiento. El otro le palmoteó los hombros como si fuera un hermano mayor, aunque parecían nobles de tribus distintas. Intuí que sostenían una rivalidad que provocaba la irritación de Bruzeno de manera habitual.

Lancé a ambos hombres una mirada inocente.

—¿No se supone que los espías son hombres de ojos entornados y pecho velludo que salvan la democracia sin ayuda de nadie?

—Con puñales enormes y veloces cuadrigas. Cuando los hombres son hombres —dijo Marcia, metiendo baza, incontenible como siempre—, y las mujeres observan con admiración.

—Mis padres conocieron una vez a una mujer espía —dije esforzándome por aliviar la tensión, manteniendo un tono de chismorreo. Divertía a las mujeres partas—. Su nombre era Perella y se hacía pasar por una bailarina hispana bastante madura. Viajaba por el mundo cortando gargantas para el emperador Vespasiano.

—¡No! —Marcia puso en blanco sus bonitos ojos.

—Tengo entendido que aún vive. Es una abuela con un pequeño apartamento en algún lugar del Esquilino, donde sueña con sus días de gloria mientras bebe infusión de ortigas... ¿Cómo podéis llamarnos espías? —espeté a Dolazebol con tono acusador, fingiendo asombrarme de que se dudara de nuestra fiabilidad—. Somos mujeres decentes que traemos una oferta de amistad a vuestras esposas. ¿Qué se supone que va a ocurrir? ¿Que vamos a canturrear palabras de amor, vosotros os rendiréis de inmediato, y luego os sonsacaremos vuestros secretos? Por favor, dile a tu amigo que eso es una locura.

Mi petición de apoyo permitió a Dolazebol imponerse a su beligerante ayudante una vez más, esta vez en griego, por deferencia hacia nosotras.

—Estas encantadoras e inteligentes damas que visitan a nuestras mujeres no pueden dedicarse al espionaje, Bruzeno. ¿Qué tenemos nosotros aquí para unos espías, además? Nuestra misión en Roma no es secreta. Somos visitantes bienvenidos, huéspedes del estado, que mantenemos las líneas de comunicación abiertas. —Menuda hipocresía viniendo de una nación que había apoyado a un trío de Nerones falsos, el último hacía menos de un año.

—¡Nada secreta, desde luego! Llegasteis en una recua de camellos. —Esto lo sabía por Trebiano, quien me había explicado, además, que las bestias de carga echaban de menos su hogar, estaban ahora en cuarentena en la casa de fieras imperial, y habían mordido ya a varios cuidadores.

—Yo llegué en un elefante de guerra —me corrigió Dolazebol, algo ofendido porque había minimizado su estilo.

Le dije que había oído que el elefante era muy popular ahora que lo teníamos en nuestro zoo.

Dolazebol decidió contarme la historia que yo ya sabía por Trebiano de los magos que no podían cruzar el océano. Encantado con el sonido de su propia voz, sacó a relucir más detalles sobre Tirídates y su larga caminata para ver a Nerón, sobre todo

los detalles en los que había insistido Partia: su príncipe no soportaría muestras de sometimiento y se negaría a entregar su espada; Tirídates lo había hecho posible con inteligencia llevándola clavada dentro del escudo. A lo largo de su ruta, los gobernadores provinciales no le negarían el abrazo, ni lo tendrían esperando a su puerta...

Dejé que Dolazebol siguiera con su perorata y recordé mi conversación con Lusía Paulina sobre el falso Nerón que había interesado a los gobernadores de las provincias orientales. Al parecer, negarle el abrazo y dejarlo esperando a la puerta habría sido una señal ampliamente reconocida.

Dolazebol también había viajado Roma con una espléndida comitiva, y seguramente los gobernadores lo habían abrazado diplomáticamente con los dientes apretados. Volví a centrar mi atención en él cuando, una vez más, recalcó que su presencia en Roma se debía al mejor de los motivos. *Él* no estaba aquí para espiarnos a *nosotros*.

—No subestimes el espíritu romano —repliqué, ahora completamente en serio. Yo también los había observado como extranjera. Eran personas muy rectas y francas. Para ellos, recoger información secretamente era una actividad que iba en contra del espíritu romano.

Que un comportamiento fuera inaceptable no había detenido jamás a Roma... pero ante aquellos hombres mentirosos con pantalones de seda me sentía libre para improvisar.

Dolazebol se mostró pomposamente de acuerdo.

—Ciertamente. Julio César recibió la información de la conjura para asesinarlo... pero él la desechó.

Estaba pontificando sobre nuestra propia historia, pero sonreí.

—¡Una insensatez!

Ahora las cosas eran muy distintas. Si un Artemidoro entregara a Domiciano una lista con los nombres de conspiradores, esos nombres aparecerían inscritos en una lápida antes de caer la noche.

El compinche, Bruzeno, soltó una breve frase en una áspera lengua parta. Dolazebol respondió solo un par de palabras para decirle que se callara. Existe la teoría de que es un buen principio hacer que tus oponentes discutan entre ellos, pero a mí nunca me ha convencido. La hostilidad era palpable; yo quería tranquilidad y aceptación. Pero tomé nota de sus constantes disputas.

Las mujeres partas, convertidas ya en nuestras aliadas, intervinieron protestando abiertamente. Bruzeno replicó dirigiendo su ira a una en particular, Asxen. Debía de ser su esposa. Era su desgracia, pero la soportaba con ánimo, lanzándole insultos. Pobre de ti si tenía que decirte que te quitaras los zapatos de calle dentro de casa.

Cuando el gato blanco arañó la puerta, Esquila fue a por él. Parecía ser suyo. Marcia hizo sitio e indicó a Esquila que se sentara a su lado sobre los cojines, con el enorme gato en sus brazos. Eso significaba que al menos Dolazebol no podría

repantigarse junto a Marcia. Con las cabezas juntas, las dos mujeres colmaron de atenciones al indignado gato que, a saber por qué, se llamaba *Vindobona*. Tenía un denso pelaje blanco con una melena leonina que le caía por delante. Esquila le dijo a Marcia que era un regalo de Dolazebol. Los gatos blancos de Ancyra, en Galacia^[16], tenían mucho más valor que los gatos grises similares que se encontraban en Partia.

Esquila estiró y flexionó un brazo con una hilera de brazaletes, uno de ellos de marfil exquisitamente tallado. Me pregunté quién se los habría regalado. El brazalete tallado podía ser de Ritelio, cuya esposa era una artista del marfil. Para un hombre, regalarle una obra de Ilia a otra mujer no sería una traición. Muchos carecen de sentimentalismo... al menos cuando están a más de cuatro mil kilómetros de casa, y la casa de uno está donde reside su esposa.

Esquila relató varias historias sobre lo adorable que era *Vindobona*: cómo lo habían colocado una vez frente a un ratón arrinconado, pero había huido; cómo le gustaba sentarse en lo alto de las puertas para inspeccionar lo que él consideraba su reino, y saltaba luego sobre las personas; cómo le vomitó a un tribuno encima de la toga; los preciosos jarrones que había volcado y roto... Disimulé mi aburrimiento. Teníamos que trabar amistad con Esquila. Su voz dulce y clara subía y bajaba mientras yo hundía los dientes en un pastel de dátiles.

El gato blanco, *Vindobona*, me miró fijamente como si supiera que yo era amante de los perros.

—¡Señoras! —exclamó el enviado con vehemencia—. ¿Qué podemos ofrecerles? ¿Comida? ¿Bebida? ¿Acróbatas? ¿Poesía? ¿Música? En Partia somos extremadamente aficionados a la música. —¿Por eso les gustaban los pretendientes a Nerón?

Música, pues. Los entretenimientos le proporcionarían su mejor oportunidad para abordar a Marcia. Mientras esperábamos a que trajeran los instrumentos y se eligieran las melodías, Dolazebol se la comía con los ojos. Yo sopesaba posibles maniobras: de alguna manera tenía que acorrallar a Esquila fuera de aquella habitación para hablar con ella en privado. Aquella cascada de pelo, pálido como la avena en un tazón de leche de cabra, la hacía muy visible. Allá donde iba, todo el mundo notaba su presencia. Si abandonaba la sala, todo el mundo se daría cuenta.

Esquila y su amante estaban demasiado acaramelados para mi gusto. Él se le había sentado al lado, el contrario al de Marcia, y la acariciaba lentamente, como si fuera su propio gato blanco mascota. Me entraron náuseas.

Dado que la visita había sido una iniciativa nuestra, difícilmente podíamos rechazar su hospitalidad. La comida y la bebida eran deliciosas, la música agradable. Las bebidas las sirvieron en ritones de puro oro, copas en forma de cuerno que debían de tener un precio fabuloso; sorbí el contenido con gran cautela, pero sobre todo sabía a miel. Me fijé en que, a pesar de tratarse de una reunión privada, un catador probaba

rutinariamente las golosinas de Dolazebol. Incliné mi copa para indicar que lo había visto.

—Qué sensato, señor. ¡Quién querría irse a la cama tras comer un caldo caliente con ajo y que lo encontraran a la mañana siguiente envenenado!

Él sonrió vagamente como si no captara lo que quería decir en realidad. Me hizo dudar. ¿Sabía que el tercer Nerón falso había muerto la vigilia, después de comer caldo? Intuí que lo sabía todo; mi parte romana salió a la superficie, llena de indignación por el Nerón que no lo era.

Los músicos los habían traído de Partia; nos ofrecieron unas canciones agradables y rítmicas con una variedad de instrumentos de cuerda, largas flautas y pequeños tambores de mano. Su presencia me permitió evaluar la cantidad de sirvientes de diferentes clases que poseía el enviado. La casa del jefe de espías era una antigua mansión de la época republicana con peristilo, un jardín central rodeado de columnas, pero tenía numerosas estancias en alas anexas donde podía alojarse un gran séquito.

Observé cómo funcionaba la casa. Los sirvientes, los guardias y el catador, y las doncellas que entraban silenciosamente para abanicar o atender a las mujeres, eran todos partos. Pero yo sabía que Trebiano tenía allí un agente. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? Supuse que Roma proporcionaba la casa con un personal mínimo que debía ser aceptado por los forasteros. Se trataba de una mansión de lujo con pretensiones para dignatarios extranjeros, pero el grupo de esclavos infiltrado por Roma observaría de cerca a sus ocupantes. Su verdadero propósito debía de ser obvio.

Vindobona se había enredado las zarpas en la cascada de pelo de Esquila. El gato se debatía presa del pánico y Marcia se apresuró a rescatar a ambos. Los cabellos y el pelaje eran casi indistinguibles mientras Marcia liberaba con esfuerzo tanto a *Vindobona* como a Esquila. El enviado parto se inclinó sobre Esquila para devolver los cabellos a su sitio, con más caricias perturbadoras. Esquila echó la cabeza hacia atrás como un animal disfrutando de los mimos.

Dolazebol había visto que el gato blanco me era indiferente. Me guiñó un ojo con aire conspirador por encima de Marcia y Esquila. Intercambiamos unas frases. Al enterarse de mi amor por los perros, dio unas palmadas. Poco después, entró un sirviente con un par de lebreles altos y extremadamente elegantes. Los dos tenían un pelaje largo y sedoso que debía de ser una pesadilla cuidar (más sirvientes que habían llegado con los partos: los cuidadores de perros). Su pelaje era de un color entre dorado y crema, con la cara negra y puntas oscuras en los flecos de las orejas. Eran unos preciosos lebreles con rabos incongruentemente delgados que se curvaban en la punta formando anillos.

Las mujeres partas chillaron y colocaron rápidamente una tapa sobre la cesta de sus gatitos, y Esquila sujetó a *Vindobona* contra su hombro. Los dos perros eran cazadores.

—¡Mis lebreles! —exclamó Dolazebol, confirmando mis apreciaciones. Sí, aquel espléndido par mostraba interés por el gato; me los imaginé echando a correr tras él

—. Son amistosos, Flavia Albia. Puedes acariciarlos, si les interesa, aunque son ellos quienes eligen si lo desean o no. ¡Ven, *Tazi!*

Uno de los perros se le acercó escrupulosamente. El otro vino hacia mí por voluntad propia, colocó su suave cabeza contra mi mano y empujó. Le acaricié entre las orejas.

—¡Ah! —exclamó su dueño mientras el perro y yo hacíamos buenas migas—. Ojalá tuviéramos cachorros. Te regalaría uno, Flavia Albia.

«Cuidado con los partos que traen regalos^[17]...».

Meneé la cabeza. Yo no tenía tiempo para ejercitar a unos animales tan rápidos, ni deseaba verme acosada por los vecinos a cuyas pequeñas mascotas matarían. Si algún día tenía perro, tendría que ser uno mucho menos agresivo. Difícilmente podría llevar a cabo una discreta vigilancia en alguna calle romana con un cazador de leopardos de largo pelaje atrayendo todas las miradas.

—Dolazebol, eres muy amable, pero estos perros no son para mí. Preferiría una perrita mestiza de pelo descuidado.

Él fingió asombrarse.

—¡Pero si estás casada con un edil! —¿Lo sabía porque había estado escuchando la conversación desde nuestra llegada... o le había hablado alguien sobre mí?

Me eché a reír.

—Mi marido es algo peculiar. —Dado que habíamos tratado el tema de los regalos, añadí—: Manlio Fausto es uno de los organizadores de los Juegos Romanos. Si lo deseas, le preguntaré si puede conseguir buenas entradas para ti. —Siempre se guardaban asientos especiales para extranjeros importantes, por lo que no temí hacer el ofrecimiento por mi cuenta y riesgo.

La idea fue bien recibida. No era habitual que yo tuviera un soborno tan tentador para ofrecer. De qué modo tan extraño había cambiado mi vida.

Los músicos no habían dejado de tocar y cantar, pero por fin se tomaron un descanso. Para impedir que los perros siguieran inquietando al gato blanco y a los gatitos, alimentaron al aristocrático par de lebreles ceremonialmente con pequeñas exquisiteces, y luego se los llevaron. *Vindobona* se acicaló el pelaje. El triunfo es muy poco atractivo.

La pausa resultó útil.

—Tus queridas damas y tú habéis sido muy gentiles, Dolazebol, pero debo volver a casa con mi pobre marido. Tal vez hayas oído decir que tuvo un desafortunado encuentro con un rayo.

Tras proferir exclamaciones de alarma por el bienestar del inválido, el grupo de extranjeros expresó sus buenos deseos con fervor, como si fuéramos todos primos. Pero tras unas cuantas súplicas fingidas para que nos quedáramos más tiempo, los partos aceptaron dejarnos marchar. Se estaban cansando de nosotras igual que

nosotras nos habíamos cansado de ellos.

Era muy poco lo que habíamos logrado. Recurrí a mi estratagema habitual: pedí usar el servicio. Esto me permitió explicar que ya sabía dónde encontrarlo. Teniendo en cuenta que ya había estado como invitada en la casa en el pasado, me pregunté si al salir me permitirían mostrar a mi prima las interesantes estancias públicas...

Capítulo 33

Marcia se levantó de inmediato y, como cualquier acompañante, dijo que iría conmigo al servicio. Instó a su nueva amiga Esquila a recorrer con ella las diferentes estancias, puesto que había oído que en otro tiempo había en la casa una colección de arte bastante atrevido.

Cierto. Anácrites me había mostrado una parte, hasta que su erótico contenido me había puesto en guardia contra él. Era una excusa para atraer a Esquila, así que me abstuve de comentar que tras la muerte del jefe de espías su pornografía se había puesto a la venta; lo sabía porque se había realizado a través de la casa de subastas de nuestra familia.

Tras una profusión de despedidas y promesas de amistad eterna logramos salir del salón de las sedas.

—Me pregunto quién tendrá las estatuas más groseras —parloteó Marcia, arrastrando a Esquila con nosotras cuando nos dirigimos al servicio. Las conduje al otro lado del jardín interior rodeado por una columnata, que prácticamente no había cambiado nada desde mi última visita, aunque quizás el jazmín que trepaba por un enrejado se había podado mejor.

Me encaminaba a un corredor cercano a la cocina. Apareció un hombre amable con túnica marrón, como si hubiera oído voces romanas poco habituales. Con una servilleta colgada de un codo y una bandeja bajo el otro brazo, nos preguntó si necesitábamos indicaciones. El cuello de la túnica llevaba una trenza de adorno. Hablaba latín, sin mostrar del todo la debida mansedumbre.

Lo despaché, diciéndole que ya conocíamos el camino y no necesitábamos que nadie nos ayudara a mear, así que se retiró. Dejé a Marcia en la columnata con Esquila mientras yo entraba la primera en el servicio. Quería refrescarme. Podía confiar en que mi prima le susurraría a la mujer fatal de cabellos exuberantes que necesitaba hablar con ella.

Pero cuando salí, Esquila ya no estaba. Marcia meneó la cabeza.

—En cuanto he tocado el tema del desaparecido Ritelio, la rubia me ha ignorado y se ha ido.

Esquila había hecho algo más. Se había ido directamente a ver a Bruzeno para revelar el auténtico motivo de nuestra visita. Le oímos gritando órdenes. Reconozco una orden de arresto cuando la oigo.

—¡Huyamos, prima! ¡Por aquí!

Agarré a Marcia de la mano y tiré de ella por un estrecho corredor en la zona del servicio que conducía a una puerta trasera. Por ahí había escapado una vez de Anácrites. Si la puerta estaría abierta o no era una incógnita. Si estaba cerrada, nos encontraríamos en un punto muerto. El alboroto que se oía a nuestras espaldas confirmó que nos buscaban.

Corrimos por el pasillo; los ruidos se acercaban cada vez más. Los guardias nos

verían desde la columnata. ¿Se arriesgarían los partos a perseguir a unas mujeres romanas hasta el Foro? Prefería no saberlo.

Se abrió una puerta. Un hombre vestido de marrón nos cerró el paso.

—¡Dentro!

No teníamos alternativa. Nos metimos rápidamente en la habitación que indicaba, tropezando la una con la otra. Él se quedó en el pasillo. Cuando cerró la puerta, el muy cerdo le echó la llave.

Viendo que ahora éramos prisioneras en lo que parecía ser su dormitorio, Marcia se acercó a la pulcra cama, donde se sentó y empezó a arreglarse el cabello. A esta muchacha, pocas cosas la alteraban.

—¿Preparándote para cuando vuelva?

—Parecía agradable —respondió ella con una sonrisa de suficiencia.

Interesante, desde luego. Cuando apliqué la oreja a la puerta cerrada, oí al hombre diciéndole a Bruzeno y a los guardias que no había pasado nadie por allí. Teniendo en cuenta que hablaba latín, el hecho de que nos ayudara no fue del todo una sorpresa.

—Creo que estamos a salvo. Temporalmente. Nos ha apartado del peligro.

—Siempre he sabido detectar el potencial —replicó Marcia.

—No, creo que lo que has detectado es al espía oficial romano.

—¡Ooh, qué emoción!

—Shhh.

El hombre de marrón se ofreció a ayudar a los partos a buscarme, pero sin revelarles dónde nos escondíamos. Oí sonidos amortiguados mientras registraban otras habitaciones cercanas; en un momento dado, alguien probó a abrir nuestra puerta, sacudiendo la manija brevemente. Miré a mi alrededor en busca de un arma. Incluso Marcia dejó de peinarse. Pero la voz del de la túnica marrón dijo algo, y no irrumpieron en la habitación.

Al cabo de un rato todos los sonidos se extinguieron. Nos dejaron allí solas, esperando.

Capítulo 34

—¿Así es como trabajas siempre, Albia? ¿Sin averiguar nada en absoluto sobre tu caso y metida en un buen aprieto al final?

No sería la primera vez.

Le pregunté a Marcia qué le había dicho a Esquila para alarmarla. Ella me aseguró que solo le había preguntado si era cierto que Ritelio había ido a visitarla.

—Solo le he dicho que necesitamos saber por dónde anda.

Así la habría abordado yo misma. Era la única forma de plantearlo, de modo que no tenía queja alguna.

—Bien. A juzgar por lo que hemos visto de su relación con Dolazebol, que un antiguo amante se colara aquí pidiendo verla debió de ser horrible. Estaría a punto de arruinar su posición de conquista amorosa. No creo que las otras mujeres la apoyaran... Es la intrusa a la que aborrecen.

—Esa sabe cómo limar asperezas —dijo Marcia con tono burlón.

Meneé la cabeza.

—Esos dos no pegan. A ella se le cae la baba por su horrible gato; él es amante de los perros.

—Él le regaló el gato, Albia. ¿Y has visto esos pendientes de plata que llevaba? ¡Enormes!

—Se le agrandarán los agujeros de las orejas... Él es un monstruo. Un manipulador. Quería regalarme un valioso cachorro. ¿Cómo se lo iba a explicar a mi querido maridito? Reparte regalos por doquier para comprar a la gente. Apuesto a que la mayoría caen en la tentación.

—Entonces es un idiota. —Marcia seguía de buen humor—. No necesita un valioso lebrél de caza para sobornarte. Solo tiene que elegir el perro más feo y sarnoso que encuentre en la esquina de la calle más cercana.

—Tonterías. A mí nadie me compra.

—Un chucho con la carita triste... ¡Pusilánime!

Guardé silencio, preguntándome si Dolazebol habría colmado de regalos al tercer Nerón falso. ¿Y qué riquezas le habría prometido, él o su amo el rey de reyes, al traidor de cosecha propia que teníamos en el Palatino?

Marcia y yo inspeccionamos la pequeña habitación, bastante sencilla, del de la túnica marrón. Hacía años que la habían pintado toda de rojo tierra. Ocupantes previos había desconchado buena parte de las paredes.

Él nos había dejado allí; lo que hiciéramos en su habitación era culpa suya: de común acuerdo, apoyamos una silla contra la puerta y luego empezamos a inspeccionar sus pertenencias.

El agente de Trebiano no era un esclavo. Tenía la habitación demasiado limpia y

agradable.

Viajaba con poco equipaje. Si aquel era el único lugar donde vivía, sus pertenencias eran escasas. Yo había estado casada con un antiguo soldado; reconocí la manera de organizar las cosas. Todo lo que podía doblarse estaba doblado. Todo lo que podía guardarse estaba guardado.

Los muebles parecían ir con la casa; no había ningún toque casero. La mejor pieza era una mesita de una sola pata con la parte superior de mármol, que utilizaba como mesilla de noche. Seguro que la había afanado de alguna de las habitaciones buenas. Sobre la mesita tenía una taza de arcilla roja, una navaja con mango de asta y un estrigilo^[18]. Todo típico, pero de buena calidad.

La cama era sencilla. No le dije nada a Marcia, pero mucho me temía que la habían usado los servidores de Anácrites años atrás. Yo jamás podría dormir en aquella cama, pero el de la túnica marrón no debía de conocer su sórdida historia.

Bajo la almohada no había cartas de amor, ni de hombre ni de mujer, ni cartas a medio terminar de él para su madre.

Sus botas eran excelentes, con el cuero engrasado y relleno para mantener la forma de los pies. Una túnica de repuesto, de un tono marrón distinto al que le habíamos visto llevar, colgaba con una vara atravesada en las sisas para que mantuviera la forma. Pero en un arcón casi vacío encontramos otra. Esta túnica escondida era de buena lana, blanca con ribetes dorados.

—¡Una librea de palacio! Esto lo confirma del todo. Tu amante es el agente infiltrado de Trebiano.

—No es mi amante, aún —replicó Marcia con recato.

—¿Cómo estabas tan segura de que tenía «potencial»? Ha sido visto y no visto, apenas lo suficiente para reconocerlo.

Marcia me dedicó una sonrisa exageradamente dulce. Yo enarqué una ceja.

—Altura media —enumeró Marcia—. Buena constitución. Bonitas piernas, pero es una pena esa cojera. —¿Qué cojera? No me había dado ni cuenta... y había vivido con un hombre que tenía una pierna dañada—. Pelo castaño, rizado. Dientes rectos, uñas limpias, manos fuertes, ojos bonitos. Me gusta su voz.

—Eres una granuja. ¡Has hecho el inventario completo!

—Algunas cosas han quedado pendientes. Tú querías que tomara nota de todo.

—No estaba pensando en atributos masculinos. ¿No es de Partia?

—Ni hablar. —En eso estábamos de acuerdo—. Un natural de Roma.

—Bueno, eso está bien —comenté a Marcia con frialdad—. No voy a decirle a Falco que su sobrina predilecta se acuesta con el enemigo. Aunque tenga una romántica cojera.

Había otra mesa pequeña, de la que habíamos apartado la silla para atrancar la puerta. Encima había tablillas con anotaciones. Abrimos las tablillas y las leímos todas. Con letra firme y comprensible, el hombre había empezado a redactar notas para sí mismo: recetas, listas de la compra, tareas de mantenimiento pendientes;

Trebiano lo había colocado en la casa como mayordomo.

Escribía con fluidez. Incluso sin faltas de ortografía.

Cuando el de la túnica marrón regresó, abrió la puerta con tanto sigilo que tal vez su intención fuera evitar que nos diéramos cuenta de su llegada. Si esperaba oír alguna indiscreción, no tuvo éxito. El instinto, esa gran herramienta, nos había advertido cuándo poner fin a nuestro alegre parloteo y quitar la silla de la puerta. Marcia y yo estábamos sentadas en su cama, una al lado de la otra, como si hubiéramos permanecido allí tranquilamente todo el tiempo. Estábamos tan juntas como dos guisantes en su vaina... a causa del hundido colchón. Nuestra expresión era tan inocente que nadie hubiera pensado que habíamos mirado debajo de ese colchón por si había algo escondido.

Aun así, él paseó la mirada por el dormitorio para hacer una rápida comprobación. No vio que se hubiera tocado nada. Éramos muy buenas.

Cerró la puerta con suavidad y se llevó un dedo a los labios para avisarnos de hablar en voz baja.

—Has tardado bastante —susurré.

—Tenía que disipar sus sospechas.

En respuesta a su inquisitiva mirada, murmuré las presentaciones.

—Flavia Albia, Marcia Didia. ¿Y tú?

—Corelio.

—Dejémonos de tonterías, Corelio. ¿Trabajas aquí infiltrado para el Palatino?

Asintió con la cabeza.

—¿Y vosotras? —me preguntó a su vez en tono cortante.

—Lo mismo. Nos ha enviado Trebiano.

Él chasqueó la lengua.

—¿Cómo es posible que haya autorizado esto? Ese hombre se ha vuelto loco. Podríais haber puesto en peligro todo lo que tenemos montado. Quiero que salgáis de aquí ahora mismo.

Actuaba con gran irritación, como si hubiéramos invadido su territorio... y pensara que éramos idiotas. Sin duda nos consideraba unas aficionadas solo por ser mujeres.

—Bruzeno sospecha que aún estáis dentro del edificio. Tiene hombres vigilando. Con suerte, se habrán aburrido ya... —Descolgó un manto de un gancho que había tras la puerta—. Vamos, tengo que sacaros de aquí de inmediato. Al final de este pasillo hay una puerta que da a la calle. Cuando yo os lo diga, seguidme deprisa y en silencio. Voy a llevaros hasta la puerta y la abriré. Una vez fuera, girad a la izquierda inmediatamente y seguir caminando conmigo. Si nos persiguen, os diré lo que debéis hacer. Necesitamos alejarnos de la casa hasta una distancia segura. Obedeced mis órdenes. Por favor —añadió, aunque ambas comprendíamos el peligro y ninguna de

los dos hizo el menor intento por discutir.

Capítulo 35

Corelio parecía seguro de lo que hacía, pero nos había asustado. El corazón nos latía con fuerza; estábamos demasiado nerviosas para nuestra propia seguridad. Aun así, obedecimos sus órdenes y no nos delatamos.

Mientras él volvía a cerrar con llave su dormitorio, Marcia y yo recorrimos rápidamente el pasillo. En cuanto él desatrancó la puerta de la calle, salimos al exterior. No había tiempo para sentir alivio; aún estábamos demasiado cerca para considerarnos a salvo. Los tres echamos a andar a buen paso. Me fijé en la cojera de Corelio que Marcia había mencionado, aunque no parecía obstaculizar su marcha.

Nos hizo girar por el lateral de la casa y luego seguimos adelante.

No nos persiguió nadie.

Dejé que él eligiera un lugar para charlar. La mayoría de la gente habría optado por una taberna. Él caminó con rapidez a lo largo del Foro hasta llegar a la fuente de Juturna. Este sagrado manantial, donde cuenta la leyenda que en una ocasión se vio a Cástor y a Pólux dando de beber a sus caballos tras una batalla, es famoso por sus saludables aguas. Perteneciendo las dos a una familia en la que todo el mundo cree que el vino es la mejor cura para todo y que lo bebe en exceso, como en mi boda, intuí que Marcia empezaba a cambiar de opinión. Ahora Corelio era un pesado.

Rodeamos el pilón de la fuente, más moderna, para acceder a la zona resguardada que había detrás. Allí nos detuvimos bajo la altísima entrada al antiguo altar de Juturna, con sus dos esbeltas columnas y su elegante frontón. Era un rincón tranquilo y reservado que en su mayor parte no se veía desde el Foro.

—¡Nos has encerrado! —exclamó Marcia, acusando al mayordomo con frialdad. Trataba a los hombres con dureza. Los que reaccionaban bien tenían una posibilidad; los flojos quedaban descartados.

—Yo diría que os he salvado —se defendió Corelio con calma—. Disculpadme, pero jamás dejo mi dormitorio sin echar la llave. Estoy ahí para vigilarlos; no dejo que ellos me vigilen a mí.

—¿Les haces de mayordomo de la casa? —Yo estaba resuelta a parecer profesional. ¿Quién sabe lo que pretendía mi alocada prima? Esperaba que él no se percatara jamás de que habíamos registrado sus cosas—. ¿Empezaste cuando llegó Dolazebol, o llevas más tiempo en la casa?

—Llevo cinco años. La gestión es mi especialidad. Organizo las remodelaciones para adaptarse a los gustos extranjeros, cambio las cerraduras, reparo las contraventanas y superviso el trabajo del resto del personal; hago un poco de todo.

—¿También doblas los manteles? ¡Debes de ser un marido estupendo! —A Marcia volvía a gustarle.

—No estoy casado. —Corelio confirmaba así que estaba disponible.

Ella sonrió, consciente de que tenía una bonita sonrisa. Corelio cedió lo suficiente para devolvérsela.

—¿Cuál fue la causa de tu cojera? —preguntó la descarada muchacha.

—Me caí de un caballo, que rodó sobre mí. Puso fin a mi carrera de explorador en el ejército. Injusto... pero al cabo de un tiempo aprendí: adaptarse o morir. Extrañamente, la rutina de doblar manteles me mantuvo cuerdo. ¡Bueno! —Corelio tomaba la iniciativa. Me molestaba, pero lo disimulé—. ¿Qué estabais haciendo exactamente vosotras dos?

Haciendo acopio de la poca dignidad que me quedaba, contesté que habíamos ido a la casa por encargo de Trebiano, aunque yo misma había tenido dudas desde el principio. Queríamos preguntar a Esquila por Ritelio, dado que ella era la única persona que tal vez conociera su paradero.

—¿A qué viene tanta urgencia con él? —preguntó Corelio.

Decidí ser franca.

—Trebiano cree que Ritelio conoce la identidad de un topo en el palacio.

Curiosamente, Corelio reaccionó como si aquella posible traición no fuera insólita.

—¿Se trata de un nuevo topo o de los que llevan décadas excavando túneles bajo la valla de seguridad?

—Se cree que está en connivencia con Partia. A Ritelio le pidieron que hiciera indagaciones al respecto en Ctesifonte...

—¿Y salió mal?

—Ritelio desapareció. Ahora los poderosos de palacio se han enterado de que ha vuelto a Roma, posiblemente con información valiosa, aunque convertido en un renegado al parecer. Interrumpió todo contacto. Su esposa, que vive en Roma, se ha negado a cooperar; afirma que lo echó a patadas, pero no nos lo creemos. ¿Tú llegaste a conocer a Ritelio?

—Es toda una leyenda. —Corelio oscilaba entre el respeto por un buen agente y lo que me pareció una admiración más ambigua—. Pertenece a la generación anterior a la mía. No llegamos a conocernos. Bueno, al menos hasta que armó tal follón en la casa de Partia que tuve que encargarme de echarlo.

Se cruzó de brazos y describió lo que había ocurrido aquel día. Ritelio había llamado a la puerta pidiendo ver a Esquila. Normalmente no se dejaba entrar jamás a ningún hombre, desconocido y extranjero, que no hubiera sido invitado. Yo misma había logrado entrar con Marcia solo porque dábamos la impresión de ser mujeres respetables, portadoras de buenos deseos.

—Pero Esquila no es parta, ¿no? —sugerí—. ¿No se le aplican las restricciones?

Corelio adoptó una expresión reprobatoria.

—Ella crea sus propias reglas. No debió de parecer demasiado extraño que tuviera un visitante poco corriente. Los guardias dan por supuesto que Roma es el lugar natal de Esquila. Dejaron que Ritelio los convenciera de que era un antiguo amigo, puede que incluso un pariente, y que tenía derecho a visitarla.

Le habían permitido acceder al interior, pero Esquila se había negado a recibirlo.

—No le quedaba otra —dijo Corelio— si quería conservar a Dolazebol. Al menos quedó claro que ella no había invitado a Ritelio. La visita de un padre o un hermano habría sido aceptable, pero si Dolazebol llegaba a sospechar que se había visto con un amante, aunque fuera un ex amante, la habría matado.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—Borracho o sobrio, era imposible distinguirlo, Ritelio se había alterado cada vez más. Aprovechó su corpulencia para intentar abrirse paso, gritando a Esquila que saliera y hablara con él. Su comportamiento era inaceptable en cualquier casa particular, y mucho más en una embajada oriental donde vivían mujeres recluidas.

—Apuesto a que ellas estaban encantadas —dijo Marcia.

Me pareció que Marcia había encandilado a Corelio, pero él siguió fijando resueltamente su atención en la fuente de Juturna. El pozo era una bonita estructura redonda de mármol, restaurada por un tal Marco Barbato Polio, que, según observé con extraño placer, había sido edil curul.

—Ritelio —siguió explicando Corelio— empezó a pelearse con los guardias partos. Yo oí el alboroto y medié, esperando que se tranquilizara al hablarle en latín. Estaba demasiado alterado o había bebido demasiado vino para suponer un verdadero problema. Le sujeté los brazos a la espalda y lo llevé a la fuerza hasta la calle. Allí siguió desvariando durante un rato; los guardias le arrojaron piedras y cubos de agua, así que al final se alejó. Empapado. Sin parar de gritar.

Noté que Marcia calculaba lo fuerte que debía de ser Corelio para haber sometido a un intruso desafortunado. En cualquier momento esos dos estarían intercambiando anécdotas de gimnasio.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté—. Entre Esquila y Dolazebol, quiero decir. ¿Cómo se las ha apañado ella para seguir con él?

La expresión de Corelio se tornó seria.

—Tuvieron una gran pelea, pero él la mantuvo en privado. Encerró a Esquila con él en una habitación; cuando ella salió, estaba llena de moretones.

—No se le notan —comentó Marcia.

—Fue hace dos semanas —apunté yo. Me lo había contado Trebiano.

—Sabe disimular las palizas —dijo Corelio con gesto adusto.

—Riesgos del oficio —añadí yo—. Me imagino que no era la primera vez.

—¿Oficio? —se sorprendió Corelio—. ¿Crees que es una profesional?

—¿Tú no?

—Si lo es, no envidio su vida. Cuando la habitación se limpió a la mañana siguiente, mi personal encontró mechones de esos espléndidos cabellos arrancados. Aun así, el parto debió de llevársela a la cama otra vez esa noche; me imagino que sería algo violento. Pero, al día siguiente, volvían a ser dos tortolitos, como siempre.

—¿Qué reacción provoca en las otras mujeres? —inquirió.

—La detestan, pero no intervienen nunca. Supongo que piensan que mientras él esté con la puta extranjera no las molestará a ellas. Bruzeno sí que lo critica por estar

con ella, pero Bruzeno está celoso de la posición de Dolazebol en general.

—¿De dónde es Esquila? —preguntó Marcia—. Su gato se llama *Vindobona*... ¿Es relevante?

Nuestro informador asintió.

—Es el lugar donde nació. Está en la Panonia. Vindobona es una de las grandes fortalezas de las legiones en la frontera del Danubio^[19]; Domiciano se encuentra en la zona en estos momentos. Yo serví allí, así que pregunté a Esquila. Ella se mostró muy reservada con su pasado, pero me enteré de bastantes cosas. En la región hay asentamientos civiles, pero es un país inestable bajo la constante amenaza de la guerra, así que una chica que aspirara a una vida mejor podría irse con un mercader de paso. Luego, tras pasar de mano en mano, fácilmente podría acabar muy lejos de casa... y Esquila apareció en Partia.

Marcia dejó escapar un silbido.

—¡Panonia! ¿Será verdad que ese pelo rubio casi blanco es natural? —me preguntó maliciosamente.

Yo sonreí sin darle importancia, no queriendo mostrarme celosa de una celta, por muy rubia y grácil que fuera.

—Entonces, Corelio, ¿puedes hablar con ella de vez en cuando? ¿Podrías hacerle nuestra pregunta? ¿Sabe ella dónde está Ritelio? De hecho —añadí—, me sorprende que Trebiano no te pidiera a ti que lo averiguaras.

—Eso podría ser porque Trebiano es el observador de Partia —replicó Corelio con ironía—. Yo trabajo para Filippo. Las instrucciones de lo que debo hacer proceden de él.

Oh, mierda. La política palaciega otra vez. Corelio no dio más detalles, pero comprendí que su norma era elegir un amo y mantenerse leal a él. Era la única forma de sortear las susceptibilidades de los secretarios. En esencia, aparte del traidor, todos los libertos de alto nivel querían la seguridad de Roma, pero solo para conservar su puesto. Para ello no necesitaban colaborar unos con otros. Los que trabajaban para ellos tenían que sortear su ambición y sus celos incesantes. Ahora yo estaba en la misma situación.

Marcia sugirió que, si la respuesta era una cuestión de seguridad del estado, quizá Corelio podía formular la pregunta por nosotras, que éramos neutrales. Con severa obstinación, Corelio replicó que eso dependería de si podía ver a Esquila a solas. Pero nos confirmó que, si surgía la ocasión, lo haría.

Le pregunté entonces si había detectado alguna comunicación sospechosa entre los partos y los libertos de palacio.

—¿Algo clandestino? ¿Algo fuera de lo corriente?

—Sí. Filippo me susurró que podría existir un problema.

—¿Has visto tú algo?

—Solo las frases corteses habituales. Filippo vino a dar la bienvenida formal a Dolazebol como enviado diplomático. Él es su contacto oficial. Seguro que los partos

saben quién es Trebiano, pero él se mantiene alejado.

—¿Abascanto? —pregunté.

—Flavio Abascanto, no. —Bueno, tenía que preguntarlo—. Si los enviados andan en tratos poco ortodoxos —respondió Corelio severamente—, no harán nunca nada donde puedan ser vistos. Saben que los vigilan. Mi trabajo consiste en detectar cualquier contacto que realicen en Roma, si se da el caso. Ojo, los partos son muy hábiles cerrándome el paso.

Explicué a Corelio amablemente que, en este punto, no era necesario que pidiera permiso a Filippo para cualquier encargo que pudiera realizar en favor de Trebiano. Lo expresé en su jerga: si finalmente sonsacaba alguna información a Esquila, podríamos estar seguros de que no se habían puesto en peligro las líneas de comunicación entre especialistas rivales de palacio.

—¡Un galimatías muy elegante! —exclamó Corelio, finalmente redimido por el humor—. ¡No queremos que se enrede ninguna línea!

A mí las susceptibilidades de palacio me importaban lo que la concha de un tritón; simplemente necesitaba que alguien me proporcionara una dirección donde encontrar a Ritelio, para poder reclamar el pago de mis honorarios.

Llegamos a un acuerdo. Yo enviaría un mensajero por la tarde. Corelio se relajó y pareció seguro ahora de que podría hablar en privado con Esquila, y pronto, además. Marcia se ofreció como intermediaria, pero yo me negué a permitir que se acercara otra vez a la casa. Enviaría a un pariente distinto, un primo esta vez.

—¿Sabes de algún chico en nuestra familia en quien se pueda confiar? —se burló Marcia—. ¿Cómo se llama tu... Póstumo? —Póstumo era mi hermano de once años. No confiaba en él ni cuando estaba dormido.

—Mario —dije yo—. Es filósofo y flautista, o sea que es prudente por partida doble, y anda fatal de dinero. —Yo de vez en cuando le proporcionaba algún trabajillo extra; era fiable. Desde luego se podía confiar en que no le pondría ojitos a Corelio.

Mario preguntaría por el mayordomo en persona, explicando que quería hablar con él sobre la carreta que recogía los excrementos por la noche. Al esteta Mario le encantaría ese disfraz; tenía un cáustico sentido del humor. El tema de los excrementos ahuyentaría sin duda a cualquier otro que abriera la puerta y le haría salir corriendo en busca del mayordomo.

—¿Le enviarás una nota con tinta invisible? —bromeó Marcia.

Solo a ella, replicó Corelio juguetonamente... Típica frase de espías flirteando. Al menos no se rebajó a decir: «¿Cómo estaba el monte Olimpo cuando lo has dejado, Venus?».

Sí, esa la habían probado conmigo.

Por supuesto, un hombre cuya idea de un buen punto de encuentro era la fuente

de Juturna jamás recurriría a tales cursiladas. Por suerte para él, podía confiar en que lo haría Marcia.

Seguramente Marcia aún esperaba oír un: «Preciosa, si te sigo hasta tu casa, ¿me dejarás ser tu mascota?», pero él se fue tras un remilgado saludo de despedida, y volvió a la casa de Partia con su cojera casi imperceptible. Mi prima y yo compramos unas tortas de pan a un vendedor ambulante del Foro y luego cada una se fue también por su lado.

El calor del mediodía palpitaba en las calles. La gente recorría la vía Sacra y la vía Nova en ambas direcciones, como una sucia marea humana. Bien pudiera ser que alguien nos hubiera estado observando en medio de la espumosa mugre de la muchedumbre romana. Observé sus rostros tensos, ensimismados, pero solo vi a los ocupantes habituales del Foro: hombres de negocios, esclavos, haraganes, acólitos de los templos, mujeres maduras esperando encontrar a sus amantes «por casualidad», rateros caminando furtivamente tras turistas pasmados, el poeta taciturno recurrente con expresión de dolor, como si llevara una piedra afilada en la sandalia, abogados.

Muy por encima, en el Palatino, los secretarios aguardaban el regreso de su emperador con miedo, basado en el conocimiento previo de sus caprichos. Domiciano regresaría cualquier día. En los nobles corredores de mármol se redoblarían las suspicacias hacia él, hacia el pueblo, hacia sus colegas. La rivalidad burocrática normal se haría más virulenta, las intrigas entre secretarios serían mucho más intensas. Si realmente había un traidor entre ellos, el regreso del emperador aceleraría los planes que pudiera estar tramando. El regreso podía ser el momento en que su conspiración se llevara finalmente a la práctica.

Por respeto a un servicio público decente, arrojé una moneda de cobre al pozo de Marco Barbato Polio. Luego regresé a casa junto a mi edil particular.

Capítulo 36

Mario era un par de años más joven que yo. Yo sentía una afinidad especial por él porque se contaba entre las pocas personas a las que había conocido en Londinium, antes de que Falco y Helena me trajeran a Roma. Su madre, la tía Maya, viajaba entonces con mis padres; Petronio Longo, que a la sazón estaba a punto de convertirse en su padrastro, también estaba allí. Fue un momento de transición tanto para Mario como para mí. Hablábamos de ello a veces, cuando no nos oía nadie. Aquel período convulso en nuestra familia era para nosotros un trauma compartido.

En el largo viaje de Britania a Italia, Mario, que en aquella época tenía más o menos la misma edad que mi hermano Póstumo ahora, decidió por su cuenta enseñarme historia romana. No le guardaba rencor por ello. Esforzadamente fue relatando, desde los Siete Reyes hasta llegar a la batalla del lago Trasimeno, antes de que la naturaleza lo derrotara al fin. Ahí terminaron sus clases, pero algunas veces aún exclamábamos: «¡Numa Pompilio!»^[20], y luego nos echábamos a reír mientras los demás se nos quedaban mirando.

Numa había tenido lo que Mario y yo seguíamos considerando una extraña relación con una ninfa acuática muy pálida. La ninfa Egeria le «inspiró las leyes»; eso decía la historia. Incluso como mito era cuestionable.

Mario tenía ahora veinticinco años. Debía de haber heredado la complexión de su padre, un veterinario que se ocupaba de los caballos para un equipo de cuadrigas; Mario era bajo y fornido. También había heredado herramientas que podían utilizarse para horribles fines. Cada vez que yo tenía una clienta a cuyo marido habría que castrar, me entraban ganas de pedírselas prestadas.

Tenía por suerte las atractivas facciones de su madre, que resaltaban en él más que en su hermano o sus dos hermanas. Siempre llevaba un perro pegado a los talones, lo que también nos unía.

Cuando este muchacho intelectual, una rareza entre los Didia, anunció que quería ser filósofo, Maya y Petro pasaron por las dramáticas etapas habituales de intentar disuadirlo. La filosofía se equiparaba a la subversión política; había purgas imperiales. Cuando todo fracasó, incluso las amenazas de venderlo como esclavo, sabiamente cedieron; sin embargo, insistieron en que emprendiera también un oficio, algo adecuado que le sirviera para sobrevivir si lo expulsaban de Roma.

Así pues, Mario, que era un filósofo inusualmente práctico, había aprendido a tocar la flauta. Razonó que sería liviana si tenía que huir. Yo sabía que albergaba la romántica visión de tocar su música alrededor de una fogata para un harapiento grupo de apasionados compañeros activistas. Por el momento, el exilio político no se había producido.

Yo no tenía la menor idea de qué rama de la filosofía seguía, porque él afirmaba que era demasiado peligroso hablar de ello. Es posible que Mario no lo supiera tampoco.

Mario vivía en un piso alto de una sola habitación, muy parecido a mi oficina de la plaza de la Fuente, aunque más alto y pequeño e incluso más horroroso. Era una elección deliberada. Quería sufrir, elevar su mente más allá de lo físico. Su madre estaba preocupada, su padrastro hacía bromas malas sobre los peligros del barrio, pero Mario se las apañaba. Tenía habilidades. Se hacía amigo de los mendigos, seguía alegre, aunque lloviera, se zurcía los agujeros de la túnica.

A pesar de cuidar de su ropa, su aspecto era peculiar. Formaba parte de su imagen como pensador, una imagen que cultivaba hasta el punto de no cortarse el pelo (aunque su madre le ordenaba lavárselo, siempre que quisiera ir a las comidas familiares). A veces nuestro Mario dedicaba más tiempo y esfuerzo a su aspecto externo que a pensar realmente sobre lo que debería ser el mundo y el lugar de un hombre en él. Calzaba sandalias gastadas (le había llevado horas de trabajo darles la apariencia de viejas), vestía una toga que le llegaba hasta el suelo y con la que siempre andaba tropezando, y mostraba lo que pasaba por una larga barba griega. Cuando se acordaba, llevaba un nudoso báculo tan alto como él. Era mejor que se lo olvidara, porque apoyarse en él le hacía caminar de manera asimétrica. El mayor problema lo planteaba su barba. Todas las barbas tienden a ser horribles, pero la suya era la peor del Aventino.

Puede que os parezca un error confiar una misión de inteligencia a una persona tan inusual. Desde luego el mensajero de un espía ha de ser invisible. Mi planteamiento era: la gente daría por supuesto que nadie que destacara tanto como Mario podía ser un espía.

Además, era siempre divertido trabajar con él y necesitaba la modesta cantidad que iba a pagarle. El resto de mis primos varones o bien trabajaban todos o eran unos idiotas. Como informante, tenía que sacar partido a lo que tenía.

A petición de Marcia, que se había tomado a bien ser sustituida por él, el primo Mario llegó a mi casa puntualmente. Durante un rato tocó la flauta para Tiberio, aunque no tuvo tan buen efecto como el fabuloso Estertinio. Mario era un músico competente, que había tocado en la procesión de nuestra boda, pero como filósofo también competente sus pensamientos volaban continuamente hacia los problemas fundamentales de la existencia. Entonces la flauta vacilaba.

Antes de darle instrucciones, lo interrogué. ¿La lealtad cívica era un concepto que pudiera seguir? Poner a prueba a Mario era especialmente importante, puesto que Falco, como cabeza de nuestra familia, había decretado que Domiciano era un déspota paranoico, así que cualquiera de nosotros que ayudara a destronarlo podía reclamar una ruta segura hasta la provincia de su elección además de un refugio pagado de por vida.

—Mario, no puedo permitir que decidas que todos los gobernantes son monarcas y todos los monarcas son tiranos, y que te pongas de parte de quienquiera que esté traicionando a Roma con Partia.

—Ellos también tienen gobernantes. Un rey de reyes o, si existe una disputa, dos

reyes simultáneos. Me pregunto si se llama entonces a cada uno rey de la mitad de los reyes. Actualmente, Pacoro II y Artabano III, creo... Entonces, ¿cuál es mi postura? Todos los partos son belicosos; todos los guerreros son antidemocráticos; yo soy un hombre de paz y de democracia —dijo Mario con voz solemne. Podía salvar cualquier situación con su labia. Cuando hablaba, incluso a un intelectual entusiasta podía parecerle un hombre sincero.

Sin embargo, como miembro de la familia Didia, a menudo no se molestaba a parecer sincero.

La toga griega no servía para alguien que supuestamente recogía los excrementos de noche. Le hice ponerse una de las túnicas de Dromo, lo que provocó las quejas de ambos.

—Cállate, Mario, para esto es necesario que apestes.

La túnica era demasiado corta, pero sus robustas rodillas parecían las de un trabajador. Mario insistió en llevar su flauta. Yo lo acepté pensando que los encargados de manipular excrementos podían tener un lado artístico.

Salí para despedirlo, y al llegar a la entrada me encontré con un palanquín enorme, envuelto en rojo y oro, con profusas borlas y puntas, y portadores mostachudos delante y detrás, lo que delataba a quien sin duda lo ocupaba. Se había detenido frente a la puerta principal de casa. Uno de los portadores estaba preguntando al capataz de nuestro negocio. Larcio le daba largas por principios, porque el porteador tenía pinta de extranjero.

Rápidamente saqué de allí a Mario por la puerta lateral que daba al negocio de construcción para que no lo vieran. A él le pareció un comienzo realmente excitante. Lo vi marcharse seguido del perro, igual que Orión. A pesar de tener dos trabajos etéreos, emprendió el camino para cumplir su misión como un auténtico heredero de Rómulo: a buen ritmo, con paso atlético, consciente de cuanto ocurría a su alrededor. Nadie sorprendía a un Didia, a menos que estuviera borracho. A menudo, ni siquiera en ese caso.

Ordené a Grecina que dijera a los visitantes que yo aún no había regresado a casa. Eso provocó una interesante confrontación entre mi marido, al que habían colocado una mantita sobre las rodillas, y Dolazebol: el edil de rostro demacrado frente al taimado embajador parto. Tiberio había tenido que negociar con mi familia la organización de la boda, así que no tuvo problemas para manejar la situación. Tras discutir sobre costos con Falco, Tiberio Manlio sabía cómo apañárselas.

Al parecer, Dolazebol quería asegurarse de que Marcia y yo no nos habíamos escabullido de su casa con tantas prisas porque nos hubieran ofendido accidentalmente. A mi marido claramente le divirtió que el parto se las ingeniara para rogarle la confirmación de que recibiría entradas para los Juegos Romanos (yo estaba escuchando desde fuera). Luego preguntó con astucia si Tiberio conocía la dirección

de la encantadora Marcia Didia... para poder comprobar personalmente si ella estaba ofendida.

Tiberio en realidad no sabía que Marcia y su madre Marina vivían en la vía que ostentaba el ridículo nombre de calle de Honor y Virtud. Solo pudo decirle que transmitiría a Marcia la preocupación del visitante. Su tono era el de un protector pariente masculino... como si acabara de comprobar en las Doce Tablas de la Ley Romana qué castigos podían aplicarse por mirar demasiado a una mujer soltera.

Tiberio continuó con la hipócrita farsa, afirmando que tanto su mujer como la prima de esta eran mujeres razonables, mujeres romanas que jamás se percatarían de un fallo involuntario en la etiqueta.

—Aunque estoy seguro de que no se ha producido ninguno, señor.

A saber: más valía que no se hubiera producido ninguno.

Dolazebol recurrió a la política. Dio al honorable Fausto una detallada lección sobre las intenciones partas que no se había dignado a darme a mí, una mujer. Partia, dijo, jamás había atacado a Roma, siempre había buscado una coexistencia pacífica. Roma, en cambio, se había entregado durante generaciones a la codicia por el oro y al deseo de obligar a Partia a renunciar a su soberanía, invadiendo o interfiriendo en sus asuntos sin cesar. Roma insultaba a los partos y trataba de amedrentarlos.

Citó ejemplos. Tras la gran derrota en la batalla de Carras, y luego la ignominiosa retirada de Marco Antonio, el emperador Augusto había convencido a Partia para que devolviera los estandartes capturados. Para conseguirlo, Augusto se había llevado al hijo del rey en un vergonzoso acto de toma de rehenes y chantaje. Roma también había mostrado un lamentable comportamiento al enviar a Partia a una joven esclava, Musa, que había seducido al rey Fraates para que se casara con ella, llegara a amarla y la convirtiera en su reina, tras lo cual, aquella infame agente había envenenado al rey que la tenía en tan alta estima como para hacer heredero a su hijo en lugar de sus hermanastros de mayor edad. Un funesto ejemplo, afirmó Dolazebol, de los continuos intentos de Roma por controlar Partia y su reino vecino y cliente, Armenia.

Tiberio escuchó cortésmente. Cuando interrumpió fue para admitir que a Roma le resultaba difícil tolerar otro imperio tan grande y poderoso como el suyo, justo al lado de sus fronteras. La Historia había demostrado que invadir Partia era tan difícil desde el punto de vista logístico que los temores de Partia eran infundados. Los reinos clientes de Partia, e incluso parientes descontentos de los gobernantes partos, acudían de continuo a Roma en busca de apoyo, y Roma siempre ofrecería un refugio seguro a quienes estuvieran en peligro. Pero, preguntó Tiberio con ironía, ¿excusaba eso el muy reciente contacto de Partia con Decébalos, el agresivo rey de Dacia, mientras estaba en guerra contra nosotros? Por no hablar de que Partia daba refugio a los Nerones falsos.

Dolazebol ignoró estas acusaciones y mantuvo que había venido a Roma con el único propósito de estrechar los lazos diplomáticos.

Me sorprendió la firmeza con que lo aplastó Tiberio.

—Quieres decir que, ahora que Domiciano ha sometido la Panonia y ha negociado la paz con Dacia, ya no tiene objetivos en el resto de nuestras fronteras... ¿Así que teméis que Partia sea la siguiente?

Partia, repitió Dolazebol, aspiraba a una coexistencia pacífica.

Roma, convino Tiberio Manlio, solo aspiraba a lo mismo.

Aquel tipo de discusiones circulares lo agotaban. Me dispuse a rescatarlo. Grecina entró con una dosis de medicina, asumiendo la tarea de ahuyentar al parto. Por una vez, agradecemos que se entrometiera.

Tiberio pronunció su veredicto, cuando se quedó a solas conmigo.

—¡Muy pintoresco! Pero de acero puro. Bajo su exótica vestimenta, los tópicos morales y las extravagantes excusas, acecha un hombre astuto y duro. No me han engañado su ingenua petición de asientos para los Juegos Romanos. Conoce nuestras costumbres. Sabe cuáles eran tus intenciones en su casa. Ha venido aquí para averiguar qué habías sacado del incidente.

—¿Se ha creído que te engañaba? —le pregunté.

—Creo que sabía que yo lo había calado. Es evidente que se ha dado cuenta de que también contigo ha de ser extremadamente cauteloso.

—No quiero que vuelva a nuestra casa, Tiberio.

—¡Bueno, tú invadiste la suya! Pero no. Me ha alegrado poder examinarlo yo mismo en persona, pero si vuelve a presentarse aquí, no estaremos disponibles para él ninguno de los dos. —Tiberio preguntó entonces, con cautela, puesto que sabía cómo me tomaba yo las interferencias en mi trabajo—: ¿Aceptarás mi petición de que no visites esa casa nunca más, Albia?

Por una vez, no me costó nada asentir.

Mucho más agradable fue la visita que recibimos de Estertinio ese día. El citarista apareció con sus colegas músicos casi al mismo tiempo que se iba el parto. Nos sorprendió levemente cuando su primer comentario fue preguntar si era Dolazebol al que había vislumbrado marchándose en su fabuloso palanquín. Al parecer, Estertinio lo conocía de haber dado un concierto privado para el embajador y toda su casa.

Los honorarios de Estertinio por recitales privados eran desorbitados, como yo bien sabía. Claro que los partos vivían con el máximo lujo: alfombras de seda, copas de oro, costosos animales, una amante de primera categoría... Querían todo lo mejor, y también que Roma los viera y oyera disfrutándolo.

Además, los partos eran unos amantes de la música realmente entregados.

Capítulo 37

Cuando Mario regresó, seguía caminando orgullosamente, aunque su expresión indicaba que sabía que su mensaje iba a deprimirme: Corelio había hablado con Esquila. Había encontrado la oportunidad mientras Dolazebol estaba fuera, molestando a Tiberio.

Esquila le había dicho a Corelio que ni siquiera sabía que su antiguo amante, Ritelio, había vuelto a Roma, hasta que había aparecido de repente armando alboroto. No había vuelto a hablar con él desde aquel día. No podía arriesgarse a poner en peligro la confianza de Dolazebol. Así que no tenía la menor idea de dónde podía vivir Ritelio. Quería que no le preguntáramos más por él y la dejáramos tranquila.

—¿Eso es todo, Mario?

—Me temo que sí. —Sus oscuros ojos marrones tenían un aire triste. Bromeaba—. ¡Oh, casi se me olvida!

—¡Eso pensaba!

—Me pregunto si será importante.

—Déjate de tonterías.

Mario sonrió. Tenía una sonrisa muy atractiva, como todos en la familia de mi padre. La recibían al nacer, con el conocimiento de saber exactamente cómo usarla, sobre todo al hablar con las mujeres.

—Suéltalo, Mario.

—Hemos tenido una charla. Al ver mi flauta, Corelio me ha dicho que, si era bueno, yo le he asegurado que lo soy, y si tengo una túnica presentable, que gracias a Júpiter tengo, lo arreglaría para que fuera a tocar para los partos. Siempre están buscando maneras de entretenerse. Si me presento con aspecto agradable e inocente, seguro que bajarán la guardia. Es lo que suele pasar a la gente con sus empleados. Puede que oiga algo interesante. Además, me iría bien el dinero.

—Bueno, por favor, no digas que eres pariente mío y de Marcia. No quiero que los partos se sientan acosados por toda mi familia... ¿Te ha pedido el mayordomo la dirección de nuestra preciosa prima?

—No. —Otra sonrisa—. Pero ha sugerido que después de que toque, él y yo deberíamos ir a tomar algo... Y quizá me gustaría llevar a nuestra Marcia para que seamos más.

—Quiere enseñarle a doblar servilletas... ¡Código! —expliqué, teniendo en cuenta que un filósofo sería un poco lento en captarlo.

Mario hizo una mueca. Era demasiado pobre para tener mucha vida amorosa. No había avanzado mucho con las chicas más allá de decirles: «¿He muerto? Porque me parece estar en los Campos Elíseos». Entonces seguiría diciéndole que para un filósofo eso planteaba cuestiones peliagudas sobre la posible existencia de vida después de la muerte. Cuando los ojos de la chica empezaran a velarse, añadiría dulcemente que esperaba que sí que existiera (la vida después de la muerte), para que

así ella estuviera para siempre en la suya...

Él afirmaba que esa técnica le funcionaba. Me temo que ocurría a veces. Las chicas se dejan engañar por cualquier cosa.

Después de volver a ponerse su ropa, me encargué de que Galena le diera de comer. Luego, mientras ella rezongaba sobre el número de almas perdidas a las que yo alentaba, él jugueteó con la flauta para halagar su forma de cocinar, practicó su sonrisa Didia con ella, y se fue.

Grecina, celosa porque me había sentado en la cocina con Galena, se me acercó para mencionar una carta. Iba dirigida a mí, de modo que se la había entregado a Tiberio.

—¡Será mejor para ti que no me la haya enviado uno de mis amantes! —exclamé con un bufido.

Vi a Katutis, el secretario ejemplar, observándonos con una sonrisa burlona. Agité un dedo para llamarlo, porque si alguien me había escrito formalmente, quizá requeriría una respuesta formal.

La nota era de palacio... de Filippo, no de Trebiano. Antes incluso de conocer el contenido, sospeché que Dolazebol se había ido de nuestra casa directamente al Palatino para quejarse de acoso.

Tiberio me tendió la carta sin abrir, aunque yo sabía que esperaba que la leyera delante de él y luego le contara de qué iba. No teníamos secretos. Bueno, ninguno que él conociera. En cualquier caso, se le notaba mortalmente aburrido y deseando poder usar el cerebro para algo.

Era breve. Cortés, pero clara. Me daba las gracias por mis servicios, declarando lisa y llanamente que no precisaban nada más. La leí en voz alta. Todos hicimos una mueca.

—¡Oh, qué sorpresa! La típica advertencia para que no meta más las narices.

Pedí a Katutis su opinión profesional. Él redactaba la correspondencia, además de tomar notas al dictado. Al encontrarlo en Alejandría, donde se nos había acoplado, llevaba la larga túnica descolorida que vestía la mayor parte de la población allí, exigiendo atención como esa clase de mendigos callejeros a los que intentas quitarte de encima desesperadamente. No dejaba de aparecer de repente, pegándose a nosotros como una lapa, hasta que nos hizo un buen servicio, lo que impulsó a mi padre a contratarlo. Solo entonces se desveló que era un hombre educado, un escribiente de profesión.

Katutis se inclinó, reconociendo mi amabilidad por preguntarle, aunque no demasiado agradecido. Ahora que vivía en Roma, se las daba de altivo. Había venido a esta ciudad de locos procedente de una sociedad más antigua y más refinada, y debía soportar noblemente nuestros modales de arribistas. Se las apañaba. Sabía que con Falco y Helena había ido a parar a la más suave y mullida de las opciones.

—Flavia Albia, podemos asumir que han escrito, en lugar de hablarlo, a fin de evitar una incómoda confrontación.

—Creen que yo discutiría.

—¡Yo también lo creo! Interpretando las palabras, esos cumplidos a tus habilidades significan en realidad «aunque nos has provocado graves quebraderos de cabeza con tu intervención de esta mañana», mientras que las elegantes palabras de agradecimiento dan a entender: «ahora deja de entrometerte antes de causarnos más problemas».

Miré a Tiberio.

—¿Querido? Advertirme que no siga adelante casi sugiere que es Filippo quien va de la mano con los partos.

Él negó con la cabeza.

—Demasiado burdo. No, si Dolazebol se ha quejado, deben responder. Decirle que han puesto fin a tu contrato es una manera de contentarlo. Me imagino que a Filippo simplemente le han asignado ser el enlace oficial. Abascanto está en una posición demasiado elevada, así que ha delegado la comunicación cotidiana, responder a las quejas, en alguien a quien considera su inferior.

—Puede que Filippo no sepa todavía que Trebiano contrató mis servicios... ¿Debería ponerme en contacto con Trebiano para pedirle instrucciones? —me pregunté.

—Si vas a pedírselas, entonces se sentirá obligado a despedirte oficialmente —respondió Tiberio—. Si no vas, bueno... —Su voz no tenía ningún matiz; las decisiones me las dejaba a mí.

—Puede decir que daba por supuesto que yo obedecía órdenes de Filippo. Pero si estoy dispuesta, puede permitirme continuar...

—Entonces, ¿vas a ignorar a los autores de la carta, Flavia Albia? —preguntó Katutis, que claramente disfrutaba con el asunto.

Hice una mueca.

Tiberio Manlio, mi querido esposo, se permitió una sonrisa. Para mí, él era tan sutil como cualquier hombre de Alejandría, por no mencionar que disfrutaba igual con las mujeres fuertes; superaba incluso a los Didia y su endiablado encanto. Personalmente, yo lo consideraba capaz de enfrentarse incluso con un puñado de enviados partos.

Llevaba solo cinco días casada. Aún estaba enamorada.

Le tomé suavemente de la mano. Así confirmé lo que pensaba hacer. Tendría que confiar en mí y no preocuparse.

Era corriente en nuestro negocio que se abortara una investigación. A mi padre esa etapa incluso le gustaba. Solía demostrar que nos habíamos acercado demasiado a pruebas importantes. Alguien se había puesto nervioso. Alguien necesitaba impedirnos que siguiéramos adelante antes de que sacáramos la embarazosa verdad a la luz.

Si no me ponía en contacto con Trebiano, obtendría cierta libertad, pero también plantearía un problema. Quizá Trebiano tendría que dejar de pagarme. Filippo y Abascanto podían descubrirlo todo y obligarlo. Sin fondos, no podríamos pagar al pintor de frescos, ni tampoco al panadero, el pescadero, los que vendían el queso y la carne, el médico, el ama de llaves y —suponiendo que hubiera uno para nuestra casa— el que recogía los excrementos por la noche. Tomé nota mental de pedir a Grecina que comprobara si teníamos un desagüe que vaciara en la cloaca, un punto crucial.

Decidí que podía concentrarme en el trabajo un día más (el viejo engaño de siempre). Al fin y al cabo, se trataba de lo que estaba bien y lo que estaba mal. De la seguridad y el bienestar de nuestro imperio, nuestra ciudad, nuestra gente, posiblemente incluso del emperador... aunque a él más bien lo descartaba.

Reconsideraré mi posición. Ya no podía contar con el apoyo de los burócratas. Me habían retirado oficialmente su ayuda. Tendría que hacer uso de mis propios recursos.

En mis años como informante había creado mis propios contactos. Estaba utilizando ya a mi propia familia. Si eres inteligente, también reúnes a una serie de posibles, personas a las que conoces o de las que has oído hablar, que ocupan una posición especial o tienen unos conocimientos especiales. Puede que no te pongas en contacto jamás con esas personas, pero existen en tu subconsciente para tenerlas en cuenta en el futuro.

El propósito de mi trabajo, tanto para Filippo como para Trebiano, era localizar a un traidor. Yo quería descubrir más cosas sobre los libertos que trabajaban entonces en el Palatino. Le preguntaría a una persona que no tenía ningún interés particular ahora, pero que había trabajado para palacio en el pasado. Se la había mencionado a Marcia. Operaba bajo el disfraz de bailarina, pero era una asesina profesional que en otro tiempo habían usado secretamente tanto el viejo jefe de los espías, Anácrites, como Claudio Leta, el padre de Filippo.

Quizá me mandara a paseo, pero también podría ser que me ayudara, si se lo pedía correctamente. De modo que iría a ver a Perella.

Capítulo 38

Perella había sido una bailarina sensacional, con su pandereta y su zapateado. Tenía unas bonitas facciones, que resaltaba recogiendo el pelo hacia atrás muy tirante, como hacen las bailarinas hispanas hasta que de repente lo dejan suelto y agitan sus relucientes rizos como parte de su número. Cuando me dejó pasar a su diminuto apartamento del monte Esquilino, seguía moviéndose erguida y con gracilidad, pero lentamente. Su carrera de bailarina debía de haberle causado estragos.

Me habría gustado pedir la opinión de Perella sobre los andares etéreos de Esquila con sus largas piernas. Podía adivinar lo que diría sobre Esquila en general. Ninguna mujer que base su carrera en el trabajo duro y el talento elogiará jamás a una mujer mucho más joven que utilice el don superficial de su atractivo.

Perella me invitó a sentarme y se movió por la habitación en busca de lo necesario para mostrarme su hospitalidad. Imaginé que así tendría tiempo para evaluarme. Lo que podía funcionar en ambos sentidos. Yo también la observé mientras iba a por una bandeja y copas, esperando pacientemente a que estuviera dispuesta a hablar.

Nos habíamos visto en una ocasión anterior, cuando yo era solo una muchacha. Había venido a consultar a Falco sobre la desaparición de Anácritos. Era tan secreto que Falco no se lo contó jamás. Así que entre Perella y mi familia cualquier costumbre de compartir información tenía sus límites. Me guiaría por ellos también ahora.

Mis padres y varios de mis tíos habían visto trabajar por última vez a Perella en el sur de Britania, bailando y actuando como agente imperial. Fue el año en que me encontraron a mí en Londinium. Todos hablaban aún con asombro de su manera de actuar: una mujer que tenía aspecto de abuela, usando su cuerpo con arte suficiente para superar a cualquier mujer más joven y atractiva. Sus hermosos movimientos, su intensidad espiritual, su experiencia habían silenciado a una taberna llena de borrachos, basura tribal y rudos mercaderes que habían recorrido el mundo y se consideraban demasiado listos para dejarse impresionar.

Mis parientes hablaban también de muertes brutales. Perella usaba a menudo un fino puñal para rajar gargantas. Era un modo sangriento de morir, pero ella era rápida y sigilosa. Acechaba a sus víctimas, les daba el golpe de gracia y desaparecía. En medio del pánico que seguía al descubrimiento del horrible cadáver, pocas personas llegaban a averiguar quién había cometido el crimen. Si, raras veces, se emprendía una persecución, ella siempre era más lista. Siempre tenía una ruta de escape preparada de antemano.

Ahora, en su apartamento, tenía como compañía un pájaro cantor en una jaula. Lo alimentaba con los delicados movimientos de una bailarina experta, juntando las puntas del pulgar y del índice, con la muñeca doblada en un elegante ángulo. Al pájaro lo llamaba *Fido*, por Fiel.

—¡No puede evitar ser fiel estando tras unos barrotes! —comenté.

—Siempre es un buen sistema. —Perella soltó una carcajada. Me tendió una copa de algo dulce que no era vino. Me supo a hierbas y esperé que no fueran venenosas—. ¿Tienes hombre? Mantenlo encadenado, muchacha.

Los dioses del tiempo ya lo habían hecho por mí, pero sonreí, y luego me lancé de cabeza al trabajo.

—Perella, creo que eres una mujer inteligente... Sin embargo, ¿trabajabas para Anácrates? —Lo formulé como una pregunta, tratando de explorar sus viejos motivos.

—Ese cabrón. También trabajé contra él. Le di pistas a tu padre, esa vez, cuando estaban investigando al espía. Poco después, misteriosamente, Anácrates ya no estaba entre nosotros. ¿Es cierto, Flavia Albia, que tomó el camino del Hades directamente a través de un pozo?

—Nunca llegué a saberlo. —Mentía. Posiblemente Perella se dio cuenta, pero no insistió—. Bueno, ¿y quién se convirtió después en tu jefe, Perella?

Ella se movió, tratando de aliviar sus dolores. Flexionó las manos, casi inconscientemente. Estiró una mano y luego la otra, pasando la copa entre ambas.

—Siempre he sido mi propia jefa.

—Pero los trabajos te los encargaban los libertos del Palatino. Ellos pagaban tus gastos. —Mis padres también se habían encontrado con ella en Hispania, además de Britania; seguramente había viajado a otros lugares. Ninguno de esos viajes debía de ser barato.

—Era la mejor —replicó ella, soltando un bufido—. Podían confiar en que haría todo lo que fuera necesario... sin que hubiera consecuencias. Si querían información, yo la encontraba. Podía darse el caso incluso de que nadie se enterara de que sus secretos habían sido entregados. Y cuando yo me ocupaba de eliminar a alguien, no se producía ningún escándalo.

—¡Resulta increíble, teniendo en cuenta tus espeluznantes métodos!

—Nunca me relacionaron con nada. Por lo tanto, tampoco pudieron relacionar a mis supuestos jefes. Eso gustaba a los encumbrados libertos.

Perella empezaba a gustarme a mí.

—Bueno, ¿y qué opinabas tú de ellos, de esos encumbrados jefes tuyos?

—¡Lo mismo que opinarías tú! —Yo era hija de Falco, así que Perella decidió que sabía cuáles serían mis opiniones. Soltó una risita, pero se mostró tremendamente despreciativa—. Incompetentes, idiotas, un puñado de hombres estúpidos y desleales.

—¡Sí, reconozco la descripción! Los poderosos libertos del gabinete del emperador... Falco y Helena creían que tú querías el puesto de Anácrates.

Perella apuró su copa de licor.

—Desde luego que sí. Deberían habérmelo dado. Yo era mejor que él, mejor que cualquiera de ellos.

—Así es Roma, Perella.

—Es una necesidad.

—Para ellos tiene sentido. Eres una mujer. Jamás le darán un cargo imperial a una mujer, jamás pondrán a una mujer de enlace con los pretorianos. —En teoría, el jefe de seguridad daba órdenes a la Guardia Pretoriana, pero quizás esa insolente unidad lo viera de otra manera.

—Más idiotas son ellos. —El tono de Perella seguía denotando amargura. Me miró fijamente con sus viejos ojos, llorosos pero perspicaces aún. Seguramente yo no era más que un borrón, pero sabía cómo disimular—. No lo intentaron jamás, así que jamás sabrán lo equivocados que estaban.

—Después de trabajar para Vespasiano, ¿quién soportaría trabajar con Domiciano?

—¡Yo! Es el trabajo lo que cuenta. Y si Domiciano quiere seguridad, puede contar conmigo.

No teniendo valor para decirle que ya era demasiado vieja, intenté congraciarme con ella diciéndole que lo comprendía.

—A una agente experta como tú, debió de dolerle que un bufón incompetente como Anácrites le encomendara misiones estúpidas. —Citaba a mi padre. Falco consideraba a Perella sumamente eficiente, y tan peligrosa, que jamás le daría la espalda. La admiraba como agente. Pensaba que Anácrites no sabía aprovechar todo su talento.

Yo sabía que en alguna ocasión Anácrites había intentado eliminar a mi padre, su eterno rival. No estaba claro si Perella había participado en esas maquinaciones; yo sospechaba que no. De lo contrario, mi padre estaría muerto. Como asesina, Perella era tan buena como afirmaba ser.

Quise indagar en el uso que había hecho del epíteto «desleales».

—¿Qué querías decir?

—Que andaban siempre echándose a la yugular los unos a los otros. —Ella sabía mucho de yugulares. Había cortado muchas—. Siempre ambicionando ser el jefe de todos. Intrigas y traiciones a lo largo de los corredores de mármol.

—Falco dice que Leta y Anácrites eran enemigos acérrimos. ¿Existe la misma enemistad entre los de la nueva generación?

—No conozco a los nuevos. —Ese era el problema con jóvenes ambiciosos como Filipo y el sospechoso Abascanto: los viejos agentes como Perella sencillamente no los conocían, ni tenían experiencia sobre sus métodos. De modo que no podría sacarle nada al respecto. No obstante, Perella añadió con franqueza—: No necesito conocer a esos cabrones. Todos son iguales. Se atropellan unos a otros y se dan puñaladas en la espalda. No confíes en ninguno de ellos. Todos y cada uno miran únicamente por sus intereses, Albia. Todos te tratarán mal para conseguir lo que ellos quieren.

—Ya veo. —Decidí ser franca—. ¿Has oído hablar de Abascanto?

—El nombre me suena.

—Joven, dicen que tiene talento, desmesuradamente rico, absolutamente seguro de sí mismo.

—¡Parece un auténtico cabrón! —Se produjo un momento de silencio antes de que Perella continuara—: Su mujer es ambiciosa. Mayor que él, aportó dinero al matrimonio. Se ha labrado una posición convirtiéndolo a él en el rey de las peticiones... —Así que Perella sí que lo conocía. No me sorprendió. A pesar de sus afirmaciones, estaba convencida de que seguía vigilando a la actual plantilla de libertos, igual que seguía rumiando la supuesta injusticia cometida contra ella. De repente se inclinó hacia mí—. ¿Qué quieres, Albia? ¿A qué has venido?

—Es solo una visita, en recuerdo de los viejos tiempos.

—¡No me insultes!

¿Qué quería yo? Preguntarle su opinión sobre quién podía ser el traidor. Me parecía que el hecho de que estuviera retirada podría hacerlo más fácil; quizá sería más imparcial, más fiable, que cuando albergaba ambiciones propias. Ahora que no estaba a sueldo de nadie, esperaba que quisiera hablar un poco más, contenta de poder contribuir de alguna forma. Le conté la verdad.

—Alguien se ha pasado al otro lado. Posiblemente, Abascanto. Hay un comité de seguridad...

—Oh, eso es nuevo. El emperador tenía sus consejeros, viejos camaradas suyos, pero nunca tuvimos un comité formal que supervisara los servicios de inteligencia. Claro que la vida entonces era sencilla. Nadie quería clavar una daga al emperador, cuando era Vespasiano. En cualquier caso, era un viejo correoso. Sencillamente no le importaba.

—Necesito información sobre ellos. No puedo interrogarlos.

—¡Bueno, podrías preguntar! —se burló Perella—. «¿Eres tú el traidor a Roma?». «¡Oh, sí, soy yo!». ¿Estás segura de que el renegado es alguien del Palatino?

—Por conocimientos y por oportunidad. Nadie más tendría influencia suficiente para involucrar a Partia.

—¡Partia!

—¿Estuviste allí alguna vez, Perella?

—Demasiado lejos. Se habrían planteado demasiadas preguntas. Muy pocas vías de escape. Y si los partos están metidos en este enredo, ¿supongo que no querrás ir tú misma en camello a investigar allí?

—¡Desde luego que no! —admití—. No, lo mejor que puedo hacer es preguntar a los observadores de Partia de aquí. Uno de los libertos es el especialista en Partia; creo que es legal. Hay un agente renegado que ha vuelto de Ctesifonte, pero ha pasado a la clandestinidad.

—¿Quién es? —preguntó Perella con vehemencia.

Le hablé de Ritelio. No sé si lo conocía, pero no hizo ningún comentario.

—Otro hombre estuvo implicado en una muerte en la Castra Peregrina, pero apareció ahogado en el Tíber.

—¡Qué sorpresa! A mí no me gustó nunca matar por ahogamiento. A veces el frío

los revive y se alejan nadando... ¿A quién ahogaron?

—A un hombre llamado Paterno. No llegué a conocerlo.

—Yo tampoco. ¿Por qué lo liquidaron?

—Para quitarlo de en medio. Había matado a alguien en la Castra. Con veneno. Quien le pagó debió eliminarlo a él para garantizar su silencio.

—¿A quién mataron?

—A un prisionero.

—¿Y qué tenía...? Oh, ya veo, no puedes decírmelo. —Era perspicaz. Sabía cómo funcionaban las cosas—. Vaya, me pregunto qué cautivo revoltoso podía ser ese. ¿Tú lo sabías?

—Lo sabía.

—¿Saldrá a la luz algún día?

—Jamás.

—¡Muy jugoso! ¿Y a ese Paterno le pagó el traidor?

—Eso parece.

Decidí preguntarle qué opinaba sobre la Castra Peregrina. Existía ya en su época, aunque nunca había influido en su trabajo durante el reinado de Vespasiano. Sin embargo, la mención del comandante Casi Nueve Medallas provocó una estridente reacción.

—¿El Princeps Peregrinorum? ¡Oh, Momo lo conoce bien!

Momo era otro agente de la antigua hermandad de espías. Mi padre hablaba de él algunas veces y cuando lo hacía torcía el gesto.

—Conozco el nombre, Perella. ¿Debo hablar con Momo entonces?

—¡Solo si eres muy valiente! —exclamó Perella—. Te diría que chochea, pero la decadencia de ese patético idiota empezó hace años. Siempre fue un zopenco sin cerebro; los de palacio solo lo usaban porque era un bruto sanguinario que podía encargarse de cualquier trabajo nauseabundo. Si olía o goteaba, o implicaba putrefacción, basura y cieno, Momo era su hombre.

—Pues ¿qué hacía? —pregunté con un estremecimiento. Incluso Perella hizo una mueca de repugnancia.

—Si no querías que alguien muriera simplemente, si querías que muriera con dolor y sufrimiento, Momo tenía un permiso para suministrar esclavos a las minas. Los prisioneros desaparecían sin el coste ni las molestias de un juicio. Así se deshacían de ellos y soportaban años de sufrimiento. El resto nos considerábamos afortunados porque el viejo mohoso de Momo estaba allí para ocuparse de eso, y así no teníamos que hacerlo nosotros.

—¿No lo aprobabas? —pregunté sonriente.

—Yo era más sutil.

¿En serio? Podría haber discutido: ¿Era «sutil» pillar a las víctimas por sorpresa, sin llevarlas ante un tribunal, y luego estrangularlas y dejarlas donde sus seres queridos iban a encontrarse con el cadáver?

—Sutileza. Pregunta a tu padre.

—Falco no querría que nadie sufriera una agonía prolongada.

—¿Eso crees? —inquirí, soltando una desagradable carcajada.

Intenté no parecer desconcertada.

—Bien —continué—, ¿dónde encontraré a ese tal Momo?

Ella me miró de arriba abajo. En sus facciones se dibujó una bondad apenas disimulada.

—Mejor no. Falco tendría mucho que decir si te lo permitiera; Helena me mataría. Iré yo. Momo aún merodea por el Palatino. Puedo preguntarle si le ha llegado algún rumor.

Le expliqué cómo ponerse en contacto conmigo y le di las gracias por escucharme. Perella replicó que se alegraba de tener noticias, aunque la noticia fuera que no había cambiado nada entre aquellos mojones de libertos malsanos e intrigantes, los hombres que se habían adueñado del encantador trabajo que debería haber sido suyo.

Capítulo 39

Crepúsculo.

A lo largo y ancho del Imperio, los grandes estanques de elegantes jardines atraían a mosquitos, murciélagos, golondrinas y vencejos. En las angostas calles de las ciudades, adúlteros y ladrones pasaban a hurtadillas bajo las oscuras casas o mataban el tiempo en los portales, aguardando su momento. Niños cansados daban la lata, incluyendo a los dos hijos de Grecina; la dejé sola para que se ocupara de ellos. Yo ya había calmado antes a Dromo, que había revuelto su caja de letras del alfabeto, y a Galena, que se había alterado cuando mi madre había ido a visitar a Tiberio y le había recordado a su cocinera que solo estaba allí en calidad de préstamo. Helena necesitaba que volviera. En casa, mis hermanos estaban preocupados porque se habían cansado de las parrilladas de sardinas de mi padre, y a él le ponía nervioso tener que volver a casa cada tarde, recordando siempre llevar sardinas frescas, aunque hubiera encontrado algo realmente interesante que hacer fuera de casa... Katutis volvió a casa con mi madre. Dejó el mensaje de que mi casa era demasiado ruidosa.

Crepúsculo. Ya no era tan ruidosa. Terminada la cena, debería ser un momento para los amantes, aunque él estuviera leyendo y ella reflexionara sobre sus últimas y largas jornadas con sus complejas conversaciones y sin un camino claro a seguir. Pero, además de los mosquitos, el crepúsculo hacía salir también a los espías.

La llegada de Trebiano fue, hasta cierto punto, bien recibida. Tiberio y yo estábamos sentados juntos, pero en silencio. Todos los demás tenían sus quehaceres en otras partes de la casa. Tiberio se había arriesgado a opinar que yo trabajaba demasiado. Que pasaba demasiado tiempo fuera de casa. Que volvía exhausta.

Yo tenía otro punto de vista sobre ese tema, de modo que nos habíamos sumido en un profundo silencio. Él se había dedicado a leer la *Historia Natural* de Plinio que yo le había regalado. El volumen que tenía era tan solo una Tabla de Contenidos, una árida lista. Hacía ostentación de leer meramente para dejar clara su postura. Leer mi regalo demostraba que era decente y tolerante, y que su esposa lo trataba injustamente.

Si prefería ser desdichado, no sería yo quien se lo impidiera.

Todo era por culpa del rayo, yo lo sabía, en serio. Tiberio me quería a su lado para aferrarse a mí cuando se sintiera confuso; sin embargo, él mismo había aceptado que yo hiciera mi trabajo. Comportarse de manera ilógica era parte de su enfermedad.

Al cabo de un rato, sin poder evitarlo, acabó ablandándose y me leyó en voz alta.

—Puede que esto te interese. —Quizá me interesara, pero no le animé a continuar—. Cuando llegue al Libro Sexto, al parecer contendrá: «lugares, naciones, mares, ciudades, puertos, montañas, ríos, dimensiones, población presente y pasada del Ponto, la Paflagonia y la Capadocia, la región de Temiscira y sus naciones, los

henioques, la región de la Coliea y sus naciones, las naciones aqueas, otras naciones de la misma zona, el Bósforo cimerio, el lago Meotis y las naciones adyacentes»; estoy llegando a la mejor parte... —Logré evitar que mi rostro expresara lo que pensaba: «¡Ya era hora!»—. Escucha: «Armenia Menor, Armenia Mayor, los ríos Ciro y Araxes, Albania, Iberia y las naciones adyacentes, los pasos del Cáucaso, las islas del mar Negro, las naciones en la vecindad del océano Sarmático, el mar Caspio y el mar Hircanio, Adiabene, Media y las Puertas Caspias, naciones en torno al mar Hircanio, las naciones escitas y las regiones en torno al océano Oriental, los seres, la India (el Ganges, el Indo), Taprobané, los arios y las naciones adyacentes, viajes a la India, Carmania, el golfo Pérsico, *los reinos partos*».

—Eso es interesante —dije.

Para recibir el Libro Sexto tendría que seguir casado conmigo durante seis años; si eso era lo que le gustaba leer en voz alta después de cenar, tal vez no llegáramos nunca. Astuto como era, fingió que no se daba cuenta de lo que yo estaba pensando.

—Mesopotamia, el Tigris, Arabia, el golfo del mar Rojo, el país de los trogloditas, Etiopía, las islas del mar de Etiopía. Las islas Afortunadas. En total: 1195 ciudades, 576 naciones, 115 ríos famosos, 38 montañas famosas, 108 islas, 95 ciudades y naciones extintas, 2214 hechos e investigaciones y observaciones. Esto te será útil, Albiola. Con el tiempo.

Al oírle usar el diminutivo de mi nombre, yo también me ablandé.

—Gracias, querido.

No era un cese completo de hostilidades. Esperaba acabar el trabajo para los libertos mucho antes de darle el sexto volumen y de que llegara a tan útil información. Así que, quizás era posible que Tiberio Manlio hubiera mencionado el sexto libro sarcásticamente. También yo, al darle las gracias.

—Sus autoridades —añadió al cabo de un instante— son Marco Agripa, Marco Varrón, Varrón Atacino, Alfio Nepos, Higino, Lucio Veto, Pomponio Mela, Domicio Corbulón, Licinio Muciano, Claudio César, Arruncio, Estacio Seboso, Fabricio Tusco, Tito Livio hijo, Séneca, Nigidio, y más o menos el doble de extranjeros, de ninguno de los cuales he oído hablar jamás. Seguramente tus espías tienen un ejemplar del sexto libro permanentemente desenrollado sobre una mesa.

—Suenan mejor que confiar en la información que pueda obtener un mercader poco ortodoxo husmeando por los bazares. —Sin embargo, el prolijo recitado había puesto de manifiesto la dificultad de descubrir información.

—Al menos —sugirió Tiberio, ahora más conciliador—, el agente Ritelio salió físicamente fuera de las fronteras del Imperio. ¿Qué podía saber alguien como Séneca en realidad de las 576 naciones extranjeras?

—Puede que el enciclopedista consultara a otras personas —dije—. Solo que es demasiado pretencioso para reconocerlo. Mi padre llevó a cabo una exploración encubierta de Nabatea por encargo de Vespasiano, pero apuesto a que a Falco no lo citan nunca como fuente.

—Al menos esto sugiere algunas cosas sobre Partia —comentó Tiberio—. No solo tiene unos territorios inmensos, sino que los partos tienen tratos con pueblos de los que jamás hemos oído hablar. Sean nómadas o sedentarios, es otro mundo. No nos fijamos de ellos simplemente porque nuestras normas y nuestro sistema social no son como los suyos. Roma no puede tolerar un poder tan grande lindando con sus fronteras, claro que para ser justos Partia debe de sentir lo mismo con respecto a nosotros. Aunque un día los conquistáramos, nunca tendríamos los recursos suficientes para controlar lo que adquiriéramos. Dudo mucho que lográramos adquirir nada más que de forma temporal. Las pérdidas que supondría una guerra siempre serán insostenibles.

Volviendo a lo que le había sugerido a Dolazebol por la tarde, pregunté a Tiberio si creía que Partia sería realmente el siguiente objetivo militar de Domiciano. Hasta que regresara a Roma, ¿quién podía saberlo? Pero quizá precisamente por eso su regreso a Roma fuera un momento importante a los ojos de Partia.

Aún seguíamos debatiendo sobre este tema cuando oímos llamar a la puerta. Interrumpimos la charla. Una distracción nos iría bien. Por una vez Dromo se había levantado de su colchón para abrir la puerta a nuestros visitantes, que resultaron ser el larguirucho Trebiano, acompañado de Rubrio.

Se suponía que Rubrio trabajaba con Filippo, de modo que pregunté directamente por qué llegaban juntos. Trebiano contestó que Filippo estaba al tanto de todo lo que yo había estado haciendo. Filippo no podía autorizar nada formalmente, ni ponerse en contacto conmigo, porque Abascanto lo había vetado. Rubrio venía en su lugar.

—¿Así que es Abascanto quien quiere poner fin a mi investigación?

—Fue a Abascanto a quien Dolazebol fue a ver con su queja.

—Entonces, ¿Abascanto obligó a Filippo a escribirme la nota?

—Para Abascanto, Filippo es quien te controla.

A mí no me «controlaba» nadie. Pero si Trebiano seguía soltándome dinero, no iba yo a discutir por una definición.

Dromo trajo unas lámparas. Ya había oído yo antes a Grecina diciéndole que debería hacerlo sin que nadie se lo dijera, y luego él le había replicado. En cualquier caso, apareció con las lámparas. Incluso las dejó a cierta distancia para evitar que los insectos que se lanzaban hacia la luz aterrizaran sobre nosotros.

Nuestros invitados esperaban quizás un refrigerio. Pues entonces no deberían haber molestado a un marido y una esposa que estaban discutiendo. Ni Tiberio ni yo pediríamos que trajeran nada; Dromo estaba resuelto a no tener esa idea; Galena y Grecina se contenían intencionadamente, esperando ambas que la otra acabara teniendo problemas por no ocuparse de ello.

Intuyendo el mal ambiente, Trebiano tomó la palabra inmediatamente. Me pregunté si realmente sería un espía inteligente, capaz de detectar las pistas, a pesar de su apariencia tan poco mundana. Dijo que Rubrio había estado vigilando la casa de Ilia, esposa de Ritelio, por si el agente desaparecido regresaba allí. Rubrio continuó

con la historia.

—Había una taberna a tiro de piedra, pero era demasiado visible, así que me he acomodado en la silla de un barbero. Es mi lugar predilecto para una vigilancia. Y ahí ha aparecido Ritelio; lo he visto porque ya lo conocía de antes. Se comportaba como un agente entrenado. Ha pasado por delante de la casa con aire casual, echándole una mirada subrepticamente. Lo he visto examinando discretamente la taberna por si había alguien apostado de vigilancia. Bajo la toalla caliente del barbero yo era mucho menos visible, así que estoy seguro de que no me ha detectado.

—¿No sabía que Ilia estaría trabajando?

—Puede que quisiera entrar y esperarla. El anciano padre de ella estaba en casa. Creemos que esos dos hombres no se tragan, pero ¿quién sabe? De todas formas, no se han encontrado. Algo ha debido de asustar a Ritelio, porque debería haber vuelto por el otro lado de la calle para llamar a la puerta, pero no ha regresado.

—Entonces, ¿sí que te ha visto? —preguntó Tiberio, dispuesto a lanzar reproches.

—Lo dudo.

—¿Ha visto a alguien? —añadí igualmente mordaz.

Rubrio y Trebiano arquearon las cejas.

—¡Por Juno, muchachos! —proferí, sin reprimirme—. Con tantas intrigas como hay en palacio, no sería ninguna sorpresa que otras personas también estuvieran buscando a Ritelio. El traidor, para empezar. Podrían ser incluso los partos; Dolazebol podría querer darle una paliza por pretender a Esquila. Las cortesías diplomáticas no lo detendrían. —Ambos parecían abatidos, pero yo seguí a todo trapo—: Ojalá hubiera estado yo en esa calle. Apuesto a que estaba tan llena de gente vigilando como está plagado de moscas el trasero de una rata. Podríais haberos sentado todos juntos en la taberna para invitaros a copas unos a otros... mientras esperabais que no pasara absolutamente nada.

Trebiano respondió con moderación. Todos los agentes que palacio utilizaba se conocían entre sí. Si en alguna ocasión se solapaban sus misiones, los que sobraran se retirarían.

¿Se conocían entre sí? Les dije que apostaba cualquier cosa a que el famoso traidor tenía un par de agentes especiales a los que nadie conocía escondidos bajo su elegante manga. Trebiano y Rubrio intercambiaron miradas de nerviosismo.

La discusión previa con Tiberio me había encendido, pero justo a tiempo, llegó alguien más. Después de que Dromo refunfuñara por tener que abrir otra vez la puerta, se unió a nosotros Fusco, el hombre tranquilo con aire amenazador que también trabajaba en el Palatino.

Tiberio me lanzó una mirada burlona por el modo en que nuestra casa se estaba utilizando como lugar de encuentro clandestino. De repente él y yo volvíamos a estar de buenas. Le sonreí con expresión de arrepentimiento.

Fusco traía un mensaje urgente.

—Filipo estaba de guardia esta noche, así que ha recibido él la tablilla y la ha

descifrado. Es auténtica, con la clave que Ritelio utiliza contigo, Trebiano.

—¿Qué quiere?

—Quiere volver... o al menos quiere un encuentro para hablar de ello. Pero solo hablará contigo.

—Por supuesto —dijo Trebiano—. Es lo que cabía esperar. —Trebiano tuvo entonces un momento decisivo. Su alta figura se irguió—. ¿Dónde y cuándo?

—Esta noche —replicó Fusco. Transmitía la información con expresión imperturbable—. En la Biblioteca Griega del templo de Apolo. Ambos iréis solos. No ha especificado que sea sin armas, porque sabe que eso no ocurrirá. La escolta debe permanecer a cierta distancia, preferiblemente a la vista.

—¿Todo está dispuesto?

—Sí, lo he dispuesto todo para asegurar la zona con un equipo sanitario.

Pregunté qué quería decir. Fusco respondió, sin pestañear, que había enviado a un equipo de hombres con cubos para fingir que limpiaban columnas. Habían aislado la zona con caballetes para impedir que el público en general se acercara.

—¿Lo vas a arrestar? —preguntó Rubrio a Trebiano, aparentemente emocionado por la idea.

—Desde luego que no —replicó Trebiano con brusquedad—. Quiero que hable, no que se cierre en banda y reclame su derecho a apelar al emperador. Por los dioses, no quiero que se le permita jamás ser escuchado por nuestro Amo... Él me conoce; yo lo conozco. Tomaré precauciones, pero todo debería discurrir sin incidentes. Tranquilízate y no te preocupes tanto.

Rubrio hizo un pequeño gesto de disculpa.

Se levantaron. Trebiano se excusó, como si abandonaran una fiesta demasiado temprano. Lo aceptamos cortésmente. Se fueron.

Tiberio y yo nos quedamos sentados a solas.

—Olvídalo, Albia —me instó él en voz baja. Yo me había agachado para arreglarme las tiras de las sandalias. Él me había leído el pensamiento—. Quédate aquí. No voy a entrometerme en tu trabajo, pero puedo impedir que hagas el idiota. Deja que Trebiano se ocupe de su agente. Estás demasiado cansada para ir detrás de esos hombres hasta el templo de Apolo, por mucho que quieras oír su conversación.

Tomé una bocanada de aire, considerando la posibilidad de rebelarme, y luego lo dejé escapar. Él tenía razón. Notaba el cansancio dejándome chafada como un peso muerto.

Tal vez había una razón para casarse. En otro tiempo me habría puesto ya una capa oscura y unos zapatos. No sé cómo, me había unido a un hombre sensato y afectuoso. Daba buenos consejos. Yo estaba dispuesta incluso a seguirlos.

Capítulo 40

Reprimí mi impaciencia una noche más. Justo después de desayunar, me fui al Palatino para preguntar a Trebiano qué había ocurrido con su agente. Filippo me había pedido que abandonara, pero no iba a darme por aludida. Cuando Trebiano me vio, se puso en pie de un salto y me indicó con un silbido que saliéramos de su oficina, rogándome que lo siguiera a cierta distancia, para que pareciera que pasábamos por los mismos corredores por casualidad.

Suspiré. No trabajes nunca en espionaje.

Incluso fuera de palacio, Trebiano se mostró más contento si yo caminaba a unos cuantos pasos tras él. De haber sido mi marido, le habría dado una bofetada, pero en este caso me avine al engaño.

Trebiano se encaminó al lugar de su aventura nocturna. Me condujo al extremo sudoeste de la colina, lo que me hizo temer que nuestra charla clandestina fuera a producirse en la cabaña de Rómulo. Hace siglos que allí no ha ocurrido nada relacionado con el mundo rural, pero sigue oliendo a excrementos de oveja muy antiguos y seguramente a pastores igual de viejos. Se sabe que hay borrachos que vomitan allí dentro.

Evitando esta experiencia, Trebiano se fue directo hacia la Casa de Livia, pero pasó de largo. Finalmente subió al gran podio del templo de Apolo que se alzaba tras la Casa de Augusto. El templo de Diana resplandecía al otro lado del gran valle del Circo Máximo, en el Aventino. Aquel monumento de puro blanco deslumbrante era el primero y más espléndido edificio público de Augusto, con cien años de antigüedad, pero recientemente reconstruido por Domiciano. Originalmente era de un elegante estilo jónico, pero ahora se combinaba con un desagradable y abrumador estilo corintio. Me gusta el jónico; el estilo compuesto es horrible.

Trebiano me llevó brevemente a la biblioteca griega mientras me explicaba que se había presentado allí la noche anterior. La gran estancia en forma absidal era lo bastante grande para albergar sesiones del Senado, y tenía los dos pisos habituales de estanterías alrededor de una planta baja para la lectura, medallones de autores barbudos de un pasado remoto, muy pocos lectores, e incluso menos asistentes. No obstante, la noche de la víspera, un esclavo de la biblioteca estaba trabajando y, mientras Trebiano esperaba, le había llevado una nota en la que se le indicaba que debía desplazarse al templo principal. El esclavo no había visto al mensajero, que llevaba la cara tapada.

—¿Un ardid? —supuse.

—La práctica habitual. La primera nota era un señuelo. —Trebiano se mostraba orgulloso de la habilidad de su agente como espía—. Ayuda a evitar una emboscada. Ritelio estaría a cubierto, observando si yo llegaba solo, sin una patrulla para arrestarlo.

Aquella biblioteca parecía lo bastante grande para conversar sin ser oídos, aunque

podía haber fisgones ocultos junto a los estantes de libros o en la galería superior, lo que quizá preocupaba a Ritelio. Lo más probable era que disfrutara con los subterfugios.

Mi guía me condujo fuera de la biblioteca y luego zigzagueó rápidamente a través de la vasta columnata del templo. Sus elegantes columnas tenían el tono amarillento del *giallo antico*, de lo cual debía informar a Tiberio, que había heredado una erudición familiar sobre el mármol. Entre las columnas había cincuenta estatuas de mármol negro —eran las cincuenta hijas de Dánao, que les había ordenado que mataran a sus cincuenta maridos en la noche de bodas—, junto con estatuas ecuestres de sus infortunados maridos, hijos además del hermano de Dánao. Una bonita saga familiar griega. Los mitos son tan alegres...

Al lado de una estatua de culto al dios del templo se encontraba el altar exterior habitual, que era enorme. Tan espléndida muestra estaba flanqueada por cuatro bueyes de piedra extremadamente realistas, dispuestos como si estuvieran a punto de ser sacrificados. Eran famosas estatuas de Mirón, que Augusto había traído como botín desde Grecia.

Delante de nosotros se alzaba el templo con su alto frontón coronado por el carro del sol. Todo se había limpiado y «mejorado», sobre todo esas sobrecargadas columnas corintias. Trebiano ascendió por la larga escalinata que llevaba al interior del templo y entró por las puertas de marfil. Rápidamente tiró de mí y cerró las famosas puertas antes de que yo tuviera tiempo de admirarlas. En el mundo de los espías el arte es algo en lo que debes aparentar un profundo conocimiento cuando pretendes engañar a tratantes internacionales de estatuas, que podrían ser agentes de una potencia extranjera. No te paras a mirar.

En el interior rectangular, la *cella*, había otra estatua de Apolo, más grandes, además de una de su hermana Diana y otra de su madre, Latona. No se veía por ninguna parte a Júpiter, el arquetípico padre mujeriego y ausente.

El espacio estaba atestado. En mi opinión, era un lugar mucho peor para reunirse que la biblioteca. Había muchas otras estatuas a nuestro alrededor, que proporcionaban útiles escondrijos. Augusto había depositado presentes de oro que no necesitaba y botines que demostraban lo buen conquistador que era, y uno de sus sobrinos lo había convertido en un práctico almacén para su colección de anillos de sello y otras joyas. Era como una versión extremadamente cara del establo donde se dice a los niños que guarden los tesoros con los que ya nunca juegan, cuando sus desesperadas madres ya no quieren limpiar más el polvo y los obligan a despejar su habitación.

—Entró furtivamente en la *cella* por una puerta trasera.

—¿Ritelio? Vamos, date prisa y cuéntame.

Me ponía nerviosa estar en aquel oscuro recinto, por si algún indignado asistente nos expulsaba; sin embargo, nos dejaron tranquilos. Trebiano se consideraba con derecho a estar allí. A mí me habían enseñado que los templos eran lugares privados,

pero para él se trataba de un altar imperial y él era un liberto imperial.

—Lo vi enseguida, esperando junto a la estatua del culto.

La estatua era una hermosa obra, aunque Apolo tenía un aire extrañamente femenino con la larga túnica griega y los cabellos ondeando sobre los hombros. El que tradicionalmente era un joven imberbe, dios de la música, la verdad y la profecía (por no mencionar la curación, el sol, la luz, las plagas y la poesía), sostenía una maciza lira; tenía que ser rubio, fuerte y lampiño. Alzamos la vista hacia sus serenas facciones hasta que Trebiano reveló por fin lo que le había dicho Ritelio, empezando por cómo había puesto fin a su vida en Ctesifonte. El liberto hablaba en tono bajo y apremiante. No le interrumpí con preguntas, ni siquiera cuando la historia adquirió tintes ridículos.

Ritelio había visto su abrupto regreso a Roma como una decisión trascendental, y la había tomado como la última aventura de su vida. Cuando hizo el equipaje en Ctesifonte, dejó atrás todo lo que no necesitaba. Viajó ligero. Viajó con sencillez. Antes de irse, regaló sus pertenencias, entregando un par de objetos que estimaba valiosos a las pocas personas a las que apreciaba de verdad. No dijo nada a nadie más. No le habló a nadie de sus planes.

Dejó de ser un cerdo desaliñado, empezó a ponerse en forma. Lo había hecho antes; podía volver a la actividad. Fue al gimnasio, tanto en Ctesifonte antes de irse como a lo largo del viaje, siempre que se alojaba en una posada grande con instalaciones para hacer ejercicio. Dejó de beber..., bueno, casi. Había límites. Simplificó su vida hasta cargar tan solo con lo más necesario.

Ritelio creía que, tanto si tenía éxito como si fracasaba, al final seguramente acabaría muerto. Pensaba que merecía la pena.

—Estaba sobrio, pero se comportaba como un hombre ebrio —se quejó Trebiano.

Lo que Ritelio estaba haciendo le confería integridad. Esta gran aventura daría valor a una vida que, por lo demás, no había tenido sentido alguno.

—Percibí que, de una extraña manera, se estaba divirtiendo —me dijo Trebiano.

—Extraordinario —añadí, haciendo mi primer comentario—. Pero sigue explicando. ¿Qué le hizo huir de repente, sin que tú se lo ordenaras?

Era muy sencillo. Ritelio quería rescatar a su novia. La expresión de Trebiano era tan despectiva como el desprecio que sentía yo.

Intentamos examinar la situación tal como la veía Ritelio: en las garras de Dolazebol, Esquila estaba en una situación insoportable de la que no podía liberarse. Para mí, era cuestión de mala suerte: ella había escogido vivir con el parto. Seguro que desde el principio había quedado muy claro que a él le gustaba demostrar su poder.

Pero el agente huido lo interpretaba todo de otro modo. Ritelio afirmaba que Esquila y él siempre habían sido inseparables, que ella no le había abandonado por un hombre más rico; solo lo parecía. Esquila había seducido al parto para vigilarlo; Ritelio le había encargado averiguar quién era el romano que conspiraba con Partia.

Era un sacrificio personal en aras de ayudar a Ritelio.

Bueno, eso era lo que él creía. Yo había visto a Esquila. La había visto con Dolazebol. ¿Se engañaba Ritelio con respecto a las intenciones de Esquila? En medio de semejante lío tenía que haber un agente doble, y no me costaba nada creer que era Esquila. Había encontrado una vida mejor como gatita blanca del parto, así que se había limitado a engatusar a Ritelio, fingiendo que le seguía el juego al tiempo que formaba un vínculo real con su poderoso y nuevo amante.

Trebiano dijo que Ritelio estaba convencido de la sinceridad de Esquila. Cuando de repente se vio forzada a acompañar a Dolazebol hasta Roma, apenas tuvo tiempo para comunicar a Ritelio que se marchaba. Un críptico mensaje decía que le parecía que había averiguado algo importante, pero que no era seguro contarle por escrito. Para cuando su nota llegó a manos de Ritelio, Esquila ya se había ido.

Ritelio la siguió. Tenía que hacerlo. Quería saber qué había descubierto; también estaba desesperado por liberarla. Era el amor de su vida.

—Al menos —musité—, ¡será el último!

—Apenas se atreve a pensar en el futuro —prosiguió Trebiano con pesar. Aquel agente, presa ahora de un extravío romántico, había sido su protegido especial—. Pero cree que, si entre ambos desenmascaran al traidor, la gratitud de Roma les permitirá tener la vida que deseen.

—¿Será así?

—Si lo logra, el emperador se mostrará adecuadamente agradecido.

Eso parecía probable. Pensé en Julio Caro recibiendo sus tres coronas de oro y su jabalina de plata por salvar a Domiciano de un gobernador de Britania supuestamente subversivo.

—¡Sería bastante duro para Ilia!

—¿Ilia?

—¡Su esposa! Trebiano, la mujer con la que el cerdo de Ritelio estuvo viviendo cuando regresó aquí de repente para rescatar a su voluptuosa novia.

—¡Oh! Su esposa. —Trebiano estaba demasiado obsesionado con su trabajo como observador de Partia para preocuparse por Ilia.

Se me ocurrió entonces que algo no cuadraba.

—Si todo esto es cierto, ¿por qué Esquila se negó a recibirlo? ¿Por qué Ritelio armó semejante alboroto en la casa... y luego la dejó allí? Si Esquila estaba antes en peligro, ahora debe de ser mucho peor. Ritelio ha puesto de manifiesto su interés; los partos se darán cuenta de que Esquila es una infiltrada. Pronto adivinarán qué es exactamente lo que intenta averiguar. ¡Todo esto es una locura!

Trebiano dijo que Ritelio ya lo sabía. De ahí su petición urgente de que sus jefes volvieran a recibirlo. Quería que Trebiano le ayudara a sacar a Esquila de la casa.

—¡Acabarán con ella en cuando alguien demuestre su interés en sacarla! —comenté—. No hablo ya de lo de espiar. Dolazebol solo tiene que pensar que va a perder su trofeo a manos de un rival para matarla.

—Eso teme Ritelio. Estaba muy alterado —explicó Trebiano—. Está resuelto a llevar a cabo alguna peligrosa maniobra. Cree que esta es la hazaña que siempre había estado esperando. Es para lo que nació Cayo Ritelio.

¡Por Júpiter!

Vi un paralelismo con el prisionero de la Castra Peregrina, el hombre con estiércol entre los dedos de los pies al que prepararon para hacer de Nerón. También él debía de saber que no podía terminar bien. También él lo arriesgaba todo, incluyendo la vida, sobre todo la vida, por conseguir algo. Un futuro para su familia, renombre, algo excitante por lo que valiera la pena morir.

Para mí, esa clase de hombres están locos. Claro que para ellos es la gloria eterna. Su desesperada aventura es mejor que la mediocridad de la vida normal. Pero es la gloria que ellos ambicionan y que a mí me repugna.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer, Trebiano? ¿Puedes sacar a su novia de alguna manera, pero sin poner en peligro las relaciones amistosas que fingimos tener con Partia?

—Creo que podríamos rescatarla —respondió Trebiano, haciendo una mueca—. Las relaciones se resentirán sin duda.

—¿Y? ¡Hazlo! ¿Para qué esperar?

—Ritelio está convencido de que, después de salir de Ctesifonte, Esquila se quedó con Dolazebol por algún otro secreto. Por eso no pudo recibirlo cuando fue a la casa. No estaba preparada.

—Si ya sabe quién es el traidor —dije, parpadeando—, ¿qué más puede haber?

En realidad, encajaba con lo que Esquila le había dicho a Corelio: que quería que la gente dejara de inmiscuirse entre Dolazebol y ella, y que la dejaran tranquila. Aún le quedaba algo por hacer.

—¡Ah! —replicó el desgarbado liberto—. Has conocido a Corelio.

—Sé que trabaja para palacio. Nos ayudó a mi prima y a mí a escapar cuando los partos se pusieron desagradables. Después habló con Esquila a petición nuestra. Si realmente Esquila estaba investigando para Roma, no sé por qué no se lo dijo simplemente a Corelio cuando tuvo la oportunidad.

Trebiano se mostró cauteloso.

—¿Te contó lo que le había dicho ella? ¿Te lo contó todo?

—Es un espía —repliqué yo, enojada—. ¡No creo que lo hiciera! ¿Por qué lo preguntas? Trebiano, ¿te ha dicho a ti algo más?

—A mí no. Trabaja para Filippo.

—¿Pues qué le explicó Corelio a Filippo? ¿Filippo te ha informado, o hay demasiadas intrigas entre vosotros?

Trebiano hizo caso omiso de mi reproche.

—Le dijo a Filippo que Esquila se mostraba extremadamente reservada. A él no quiso contarle nada importante. Corelio cree que se guarda lo que sabe hasta que vea a Ritelio, para que así él pueda llevarse todo el mérito. Sin embargo, a modo de

seguro, ha enviado un mensaje indirecto.

—¿Por qué no me lo contó Corelio? —Estaba molesta.

Trebiano desestimó mi queja.

—Es el protocolo. Corelio solo le pasará información importante a su jefe. Filipo me lo dijo a mí y yo te lo digo a ti ahora. Esquila añadió: «Es el hombre que ha estado consultando los Libros sibilinos».

No pude evitarlo: solté un gemido.

Gracias a las clases de historia de Roma de Mario, sabía lo que era aquel antiguo tesoro.

La sibila de Cumas, profetisa legendaria, se presentó ante Tarquinio el Soberbio, uno de los antiguos reyes de Roma, ofreciéndole nueve libros de versos proféticos. El rey rehusó comprarlos, debido a su precio desorbitado. Ella quemó tres y le ofreció los seis restantes al mismo alto precio. Tarquinio volvió a rechazarlos. Ella quemó tres más. Tarquinio decidió entonces que debía de estar perdiéndose algo realmente bueno, así que compró los tres últimos libros al precio original. Como auténtico vendedor de subastas, mi padre a eso lo llamaba el clásico regateo.

Los valiosos versos se guardaron en un principio en una cámara subterránea del templo de Júpiter, en el Capitolio, custodiados por guardianes muy capacitados. Si se producía alguna situación de emergencia, ellos consultaban los Libros sibilinos, no para encontrar predicciones exactas sobre hechos futuros, porque los videntes no actúan nunca así, sino para ver qué prácticas religiosas podían evitar las calamidades. Como ocurre con todos los oráculos, las palabras proféticas podían interpretarse mal. Si un oráculo no acertaba, siempre era culpa tuya.

Supuestamente las profecías originales se habían recopilado en la vecindad de Troya. Estaban escritas en hexámetros griegos, de modo que los conservadores debían utilizar intérpretes. Cuando el templo de Júpiter se quemó, como suele ocurrir regularmente, esos primeros libros se perdieron. Eso no desanimó a los incondicionales romanos, que enviaron mensajeros a Oriente para adquirir profecías de repuesto. También se recogieron versiones que estaban en manos privadas para que las evaluaran los custodios, que retuvieron tan solo las que les parecieron auténticas (ciertamente subjetivo). Se declaró ilegal la posesión de copias privadas.

Como pontífice máximo, Augusto trasladó los libros del Capitolio a su templo de Apolo personal en el Palatino: justo donde estábamos ahora.

Trebiano señaló la base de la estatua de Apolo Citaredo.

—¡Ahí están! —exclamó con voz hueca y un tono casi de sobrecogimiento.

Los libros estaban guardados en recipientes de oro, en estantes en la base de la estatua, detrás de una rejilla, bajo llave.

—Entonces, ¿quién puede consultarlos?

—Los custodios. El emperador, si cree que las circunstancias lo exigen. Se

realizaría de manera muy formal, con ritos religiosos y los custodios presentes.

—¿Podrías examinarlos Filippo o tú?

—No.

Entonces yo tampoco.

—¿Y Abascanto?

—Ni siquiera él.

—Entonces, ¿el mensaje de Esquila es un engaño?

Trebiano se retorció. Apolo Citaredo lo observaba desde lo alto, como perplejo por el modo en que las increíbles extremidades del liberto se enredaban.

—Flavia Albia, he hablado de esta cuestión con uno de los custodios. Nadie ha consultado los libros recientemente de manera oficial, y no permitirá que yo los vea. Sin embargo, cuando le he explicado mis motivos para querer examinar los libros, su importancia para Roma, me ha dicho que, a principios de este año, Domiciano estaba extremadamente preocupado por la revuelta de Saturnino, que siguió al episodio del Nerón falso. Mandó hacer una copia secreta para poder consultar los libros en privado, puesto que hacerlo abiertamente hubiera causado alarma entre el pueblo.

Solté un bufido.

—Pues menos mal que tener una copia privada de los Libros sibilinos era ilegal.

Trebiano meneó la cabeza.

—¡Díselo tú al emperador!

—¿Se llevó su copia a Panonia con el equipo militar? —pregunté con aspereza—. ¿O se la ha dejado bajo la almohada? —Al ver que Trebiano no respondía, me mostré aún más cortante—. Trebiano, necesitamos saber qué leyó el traidor en los libros, sea lo que sea. No voy a instigarte a ir con una palanca y forzar el escondite del emperador, pero si los duplicados proféticos están en Roma, tenemos que examinarlos.

Capítulo 41

¿Qué? ¿Profecías místicas?

Jamás me había visto envuelta en esa clase de supersticiones romanas, pero, oh, qué alegría, una reverenciada colección de versos griegos era pertinente para mi investigación, así que tendría que hurgar entre oscuras profecías antiguas. Si algún día se lo contaba a mi padre, se pondría hecho una furia.

Mi marido era un romano devoto... y lector. Él sí que querría que le echara una miradita a los viejos hexámetros de la sibila. Para él, sería aún más interesante que su enciclopedia casera.

No me está permitido dar detalles. Oficialmente, solo existe una copia de los Libros sibilinos, segura en su caja fuerte especialmente construida bajo los pies con sandalias de Apolo Citaredo. Si existía otra copia temporalmente, si alguien con importantes conexiones podía acceder a ella, y si por tanto se entregó un soborno lo bastante grande al magnífico chambelán Partenio, guardián de los secretos de Domicio, el que ahuecaba sus almohadas y (sin que lo supiéramos nosotros entonces) futuro asesino, no esperéis que confiese jamás que yo estuve allí.

Los libros eran pésimos. Habría preferido pasarme horas sentada escuchando a mi querido marido mientras me leía en voz alta la Tabla de Contenidos de su Plinio.

Trebiano me llevó hasta Partenio, un hombre inteligente, firme y comprensivo, como debía ser para poder tratar estrechamente con Domiciano. Trebiano le explicó que estaba investigando una posible brecha de seguridad al más alto nivel. Esa es la mejor forma de poner nerviosos a los altos funcionarios. El soborno, que se entregó en mi presencia, cerró el trato.

—¡Oh, más sucios rumores sobre Abascanto! —comentó Partenio con una leve risa.

Tenía un acento culto, sin embargo, las vocales comunes acechaban de manera subrepticia. Cuando a mí me trajeron a Roma, yo también tuve que aprender a hablar bien, así que puedo detectarlo. Partenio había sido esclavo. Habían pulido su forma de hablar, pero, pese a su refinamiento, su dicción no era lo bastante buena para engañarme.

No estaba claro si estaba de parte de los que albergaban las sospechas, o del envanecido objeto de las mismas. Ni acusó a los primeros de envidia, ni consideró que Abascanto fuera un hombre de talento injustamente tratado. No expresó ninguna opinión. Partenio era un servidor público mucho mejor que los funcionarios. Además, no era la primera vez. Observaba los acontecimientos con ojos neutrales. Desde luego no parecía sorprendido. Se me ocurrió que posiblemente el propio Partenio había aconsejado a Domiciano que enviara a Abascanto de permiso; él habría tenido la capacidad para enviar cartas de manera encubierta, incluso estando su amo en el

extranjero. Pero si Claudio Filipo había hablado de sus sospechas sobre un traidor, el chambelán no dio ninguna muestra delante del observador de Partia ni de mí.

Con nosotros, adoptó por completo la actitud de quien no sabe nada. Pero incluso entonces me pareció engañosa. Partenio estaba metido en todo. Era el hombre que un día organizaría un asesinato con éxito. Era un actor estupendo que dejaba en pañales a los verdaderos espías.

Partenio decidió mostrarnos los aposentos imperiales.

—Vayamos al santuario interior para tener más intimidad —dijo.

Abrió una puerta tras otra, todas hermosas y todas cerradas con llave. Nos condujo por bonitos corredores hasta que llegamos al dormitorio del mismísimo emperador. Olía como una habitación que hubiese estado deshabitada durante meses. Había moscas muertas en el suelo.

No se veía nada en aquella espléndida estancia, llena de mármol y dorados, que resultara hogareño. Parecía la habitación personal de Domiciano, en lugar de un dormitorio conyugal; no se notaba en absoluto la presencia de su esposa. Si quería tener relaciones sexuales, debía llamar a Domicia Longina —o a cualquier otra infortunada— a su presencia. Mi impresión era que las relaciones maritales eran escasas en aquellos momentos. Habían perdido un hijo pequeño y no había señales de que hubiera otro en camino.

De la opinión de Domicia sobre su situación no se sabía nada. En ese sentido, era una buena esposa. Desde mi propia situación de abstinencia, me dije a mí misma que debía aprender de nuestra maravillosa emperatriz. Mientras Manlio Fausto no fuera él mismo, también yo debía mantener una leal discreción.

La habitación contenía un nicho con el *lararium*. En ese momento el altar a los dioses lares estaba desnudo de ofrendas. Los candelabros eran monstruos, más altos que yo. Domiciano tenía estatuas, ninguna de las cuales querría yo en mi dormitorio, aunque eran todas piezas artísticas de calidad; mi padre las habría aceptado de buen grado para subastarlas y habría arrasado. Supuse que la ausencia de arcones de ropa significaba que había grandes armarios de túnicas, togas y uniformes en otra parte; las prendas se harían traer según se necesitaran. Otros objetos se hallaban al cuidado de los encargados de los accesorios y las joyas; además, si los rumores eran ciertos, había un hombre de confianza que supervisaba las pelucas. Cada día tenían que traer guirnaldas de flores frescas. A Domiciano le habían ofrecido un suministro de rosas egipcias incluso en invierno, pero lo había rechazado, afirmando que él cultivaba más en su palacio que todos los jardines de Menfis y Alejandría.

—¡Bueno, esto sí que es un privilegio!

Trebiano estaba claramente impresionado por la enorme cama con sus remates y sus accesorios, sus platas de marfil en forma de garras, sus grandes cabujones de piedras preciosas de coloraciones extrañas. Mientras nos paseábamos como turistas, a mí me interesó más el dosel en forma de corona con exquisitos cortinajes. Los poetas rogaban a Partenio que deslizara sus más recientes colecciones de versos bajo la

almohada de Domiciano como sugerencia de lectura antes de dormir, así que me pregunté si tal vez los Libros sibilinos se guardarían allí. Me encaramé a un alto escabel y atrevidamente levanté una de las gruesas almohadas. Entonces vi la famosa daga que se guardaba allí, por si alguna vez un violento intruso saltaba sobre nuestro Amo. Lancé una mirada a Partenio, dejando caer rápidamente el cojín. Partenio se limitó a dedicarme una sonrisa de complicidad.

Unos años más tarde recordé aquella vivencia. Cuando al final mataron a Domiciano, Partenio se había llevado la daga...

En aquel momento, Domiciano estaba lejos y, como me habían dicho las dos viudas al entrevistarlas, también la emperatriz. No había nadie por allí, ni siquiera los sirvientes. En el silencio del profundo interior del palacio, Partenio se sintió seguro para hablar. A finales del mes de diciembre, a causa de la amenaza de una rebelión, los Libros sibilinos se habían llevado discretamente al dormitorio de Domiciano para que él pudiera examinarlos. El emperador usaba su dormitorio como oficina durante el día, lejos de otras miradas.

—Además de estar escritos en griego y de su espantosa versificación, la profecía era extremadamente larga y oscura. —El chambelán se las arregló para dar a entender que la oscuridad no era bien recibida. En parte era puro esnobismo hacia todo lo intelectual, aunque me pareció que en realidad su queja se dirigía más bien al terrible texto. Me gustaba Partenio; me gustaba su actitud—. Es conocido el amor de nuestro Amo por la poesía. Pero requiere de una inmensa concentración para leer.

Me pregunté si Domiciano tendría dificultades para leer. Seguro que aquellos antiguos amigos de la familia, los Vetuleno, lo sabrían. Cuando vivía en Falacrina, ¿había necesitado el pequeño Domiciano un apoyo suplementario? ¿Había sido un estudiante lento nuestro Dios y Amo?

—Los Libros sibilinos no podían leerse de prisa y corriendo; pero los custodios los querían de vuelta, claro está —sugirió Trebiano.

—Ciertamente. Así pues, se nos ordenó mandar hacer una copia para que pudiera examinarlos a placer. Luego el emperador tuvo que irse a toda prisa a sofocar la revuelta de Saturnino. La copia se había iniciado, y quizá se habría continuado con ella, de no ser porque descubrimos que el escribiente tenía intenciones ocultas. Dado que Domiciano no se encontraba en Roma, yo mismo suspendí la tarea momentáneamente.

—¿Quién era el escribiente? —preguntó Trebiano de inmediato.

—Lo asignó tu colega Filipo. No recuerdo su nombre. Podría buscártelo... —Partenio dejó la sugerencia en el aire.

—¿Solo los datos imprescindibles? —Trebiano conocía el protocolo—. Puedo preguntárselo a Filipo, si crees que es importante.

Partenio hizo un gesto elegante. De nuevo el estilo delató su origen como esclavo oriental.

—Gracias. Fue una asignación rutinaria. Era del grupo de escribientes. Había sido

investigado, tuvo que ser investigado, después de que lo eligieran por la calidad de su caligrafía. Imposible que esperara este encargo en particular; seguramente creyó que yo lo necesitaba para hacer inventarios.

—Entonces, ¿cómo se torció la cosa? —inquirí.

—Resultó que era un judío de Alejandría con motivos religiosos ocultos. En cuanto se le encomendó la tarea, la vio como una oportunidad para crear su propia versión sesgada de las profecías. Se le habría dado un uso subversivo... aunque no fuera necesariamente un complot contra el emperador. Era un fanático religioso. Quería amenazar a su propio pueblo con plagas, guerras y enfermedades, y exhortarlos luego a vivir como es debido.

—¡Qué horror! —musité sarcásticamente.

Partenio disimuló una sonrisa.

—Por suerte, un supervisor se dio cuenta de lo que tramaba. Inmediatamente mandé parar la copia, luego envié los libros de vuelta directamente al templo de Apolo. Se ocuparon del escribiente.

—¿Quién? —quiso saber Trebiano. Era una pregunta profesional. Dejé que fuera él quien preguntara.

—El Princeps Peregrinorum ordenó a sus hombres que investigaran. La chapuza se resolvió discretamente. Por suerte, una vez aplastada la revuelta de Saturnino, nuestro Amo no sintió la necesidad de volver a consultar los libros, de modo que no hubo necesidad de informarle. Se preocuparía demasiado.

—¿Una buena parte de tu tiempo lo dedicas a ahorrarle preocupaciones? —A Trebiano parecía fascinarle el funcionamiento del círculo más próximo al emperador. Tal vez quería comparar las flaquezas de Domiciano con lo que sabía del rey de reyes de Partia. Desde luego el deseo de asesinar a nuestro gobernante era algo que ahora mismo teníamos en común.

—Procuro que se sienta relajado. —Siempre que Domiciano se ponía nervioso, se volvía paranoico y violento. Roma le debía a Partenio mucho más de lo que la gente sabía—. Bien, si no tenéis más preguntas...

Partenio consideró que ya nos había proporcionado suficiente información privilegiada. Sutilmente, nos condujo hacia la salida. Fue cerrando con llave cuidadosamente cada una de las puertas. Los aposentos imperiales permanecían inaccesibles para la mayoría de la gente, incluso cuando su noble ocupante se hallaba a miles de kilómetros de distancia.

Trebiano empezó a farfullar comentarios sobre nuestra breve ojeada a la vida privada de Domiciano. Yo no soportaba esa clase de adulación, de modo que me disculpé y me despedí. Él se encaminó a uno de sus almuerzos de oficina que duraban tres horas, pensando que yo me volvería a mi casa.

¡Nada de eso, incrédulo jefe! Bajé hasta el Foro, rodeé el Anfiteatro y me lavé las

manos en la fuente de la Meta Sudans; el polvo de la élite hacía que me sintiera pegajosa. Después continué rápidamente hasta la Castra para interrogar a su Princeps. Seguramente Trebiano también lo haría a su debido tiempo, pero yo quería adelantarme. Las intrigas no eran solo cosa de los secretarios de palacio.

Tito estaba limpiando su mesa. Tal vez un sospechoso o un subordinado al que había castigado había sangrado encima de ella.

—¡Tú otra vez! La gente habla. Mi amiga se está poniendo celosa.

—Asegúrale, amigo mío, que puede confiar en mí. Tengo pensado esperar a que pase un mes por lo menos desde mi boda para echar el ojo otra vez por ahí... Bien, cuéntame en pocas palabras qué pasó con el escribiente del que tuviste que ocuparte después del fiasco de las profecías sibilinas corrompidas.

Casi Nueve Medallas entornó los ojos con expresión suspicaz.

—¿Estás autorizada para informarte sobre esa historia?

—Desde luego. Autorización especial. Vengo directamente de ver al eminente Partenio. Qué impresionante eficiencia la suya. Apuesto a que limpia él personalmente el vómito cuando el emperador bebe demasiado. —En realidad, el triste Domiciano era prácticamente abstemio—. Espero que no se llame Partenio por proceder de Partia... —No parecía probable. Las guerras en el lejano Oriente no habían tenido nunca tanto éxito, era más habitual que nos hicieran prisioneros a nosotros—. Claro que ahora es todo un romano refinado. De primera categoría. Me ha dicho que tú sabes qué tramaba el escribiente anarquista.

—¿Te lo ha dicho Partenio?

Debía de ser raro para un duro comandante admirar a un chambelán ahuecacojines, pero Partenio había logrado tal proeza. Seguramente era porque había decidido que el Princeps Peregrinorum era el hombre adecuado al que llamar en caso de emergencia. Tito era un centurión de lo más simple; respaldaba a los hombres que lo respaldaban a él.

Me senté en el pequeño escabel de su esclavo y me alisé la falda pulcramente.

—Partenio me ha dicho que era un egipcio de la plantilla general de copistas. ¿Era un hombre con ideas propias?

—Un fanático religioso. —Tito no necesitó escupir: su tono era ya suficientemente despectivo—. En palacio lo hicieron lo mejor que supieron, de acuerdo con lo que saben sobre seguridad. Tu amigo Filipo ideó un protocolo diario. Mantenían al escribiente encerrado en una habitación, él solo, y únicamente lo dejaban salir para dormir. La comida en una bandeja, un cubo para mear. Le daban papiros en blanco cada día, le confiscaban las plumas y los tarros de tinta cada noche. Contaban las hojas cuando terminaba. Encerraban bajo llave sus notas.

Me pareció una rutina muy eficiente.

—¿Se supervisaba su trabajo? ¿Fue así como lo descubrieron?

—Metía sus propios papiros a escondidas —dijo Tito, tras asentir—. Un día lo registraron cuando salió y descubrieron que se había envuelto unas notas alrededor del cuerpo bajo la túnica. El supervisor echó un vistazo a lo que había escrito, se puso de los nervios, y el escribiente se encontró metido en un buen lío. Partenio estaba cagando bloques de mármol cuando yo llegué. ¡Pues no tuve que echarle un cubo de agua por encima al supervisor! Menudo grupo. ¡Aficionados!

Miré al burlón Princeps, fingiendo admirar su pericia.

—¿Y qué pasó después, oh, magnífico? ¿Tú y tus alegres chicos trajisteis aquí al escribiente? ¿Lo torturasteis? ¿Fue horrible? No me dirás que lo tenéis todavía por aquí, colgando de unas cadenas.

—No te lo diré. —Tito disfrutaba defraudando mis expectativas. A mí, una mujer que tenía intención de esperar todo un mes después de la boda antes de engañar a su marido.

Se desperezó, relajando los fornidos hombros. Nuestra relación había llegado a un punto en el que él se sentía seguro confiando en mí. Según lo veía él, ningún otro comandante bajaría así la guardia conmigo, pero eran todos unos estúpidos formalistas, mientras que él, sutil y flexible, había visto el modo de explotar mi potencial.

—¡Escúpelo, Princeps! —exclamé afablemente para engatusarlo—. ¿Qué le sacó Alfio al escribiente?

—Ni me molesté en usarlo. Que le den a Alfio y su parafernalia. Aquel escribiente blandengue habría echado espumarajos por la boca y se habría muerto del miedo. Yo mismo tuve una pequeña charla con él. El tipo era inofensivo. La cosa no empezó como una intriga secreta. Si no le hubiera caído encima aquel trabajo de copia por casualidad, ahora estaría aún haciendo listas para la lavandería, sin molestar a nadie.

—¡Qué actitud tan liberal! —exclamé con sorpresa.

—Era judío. Mi parienta es de Judea. Una mujer encantadora. Una cocinera fantástica. Con un maravilloso sentido de la familia. Ella opinó que él simplemente tenía desvaríos religiosos; estar sentado todo el día solo en la antecámara del emperador debió de trastornarlo. El encierro en solitario no lo aguanta todo el mundo. Vaya, lo sé por experiencia: lo usamos aquí y es el método más adecuado para conseguir algo. Bueno, pues ella me dijo: «Quitadle simplemente esos peligrosos escritos y metedlo en un navío de vuelta a Alejandría. Que vuelva a casa para ser un erudito».

—¿Eso pasó en enero?

—En febrero.

—Entonces hace mucho que se fue. Bueno, en caso de que este lío acabe requiriendo que se envíe a alguien a buscarlo, ¿recuerdas su nombre?

Tito se echó a reír.

—Nosotros no usamos nombres. Cualquiera que entre en mi campamento es

demasiado secreto para ser identificado. Nuestra palabra en clave para él era Simón. Es un nombre judío.

—Cierto —dije. Luego cambié el tono. Le di mayor significado—. Bien, Princeps, ¿y te pareció a ti que «Simón» trabajaba a sueldo del traidor de palacio?

De pronto, Tito se quedó callado. Lo observé mientras él reflexionaba sobre esta nueva y peligrosa sugerencia, esperando no dar pie a que perdiera su confianza en la mujer que le había enseñado a ser más liberal. La que le había dicho: «Envía a Simón de vuelta a su casa, es inofensivo».

—Nadie me pidió que investigara esa posibilidad.

—Nadie lo sabía. Suponiendo que sea cierta —repliqué.

—Me pareció que había actuado por su cuenta.

—Puede que así fuera —le dije para tranquilizarlo. En un momento indeterminado, sin saber cómo, me había hecho responsable de su bienestar. Ahora detestaba ver nervioso al viejo Tito.

—Hiciera lo que hiciera, tuve la impresión de que simplemente era un chiflado, Albia.

—Lo era. No te preocupes más. Bueno, al menos por Simón. El traidor es algo más. Se rumorea que mostró un interés impropio por los Libros sibilinos. Aunque no parece que tuviera un vínculo previo con Simón, creo que Simón recogía información para él.

Si los libros estaban encerrados bajo llave en los aposentos privados de Domiciano y el escribiente trabajaba a solas, ¿de qué otra forma iba a conseguir el traidor poder consultarlos? Filippo estaba a cargo de la seguridad y podíamos estar seguros de que el traidor no quería que se percatara de su interés. Es decir, suponiendo que el traidor no fuera el propio Filippo. Exhalé un leve suspiro.

—¿Eso es todo lo que tienes para mí?

—Eso es todo —respondió Tito amablemente. Hizo una pausa lo bastante larga para que se disipara toda expectativa de suspense. Le gustaba jugar con la gente. Esperó hasta que estaba ya a punto de irme a mi casa—. A menos —dijo con un delatador brillo en los ojos— que quieras que le pida al que se ocupa de los archivos si todavía tiene los documentos que confiscamos.

Capítulo 42

Llamó a su presencia al esclavo público que hacía de recadero, un muchachito hirsuto que llevaba una vieja túnica de su amo, demasiado grande para él, atada en profusos pliegues en torno al cuerpo. Su expresión adormilada habitual se esfumó en cuanto supo que lo necesitaban como ayudante de archivo. Era un muchacho con mil y una tareas; la actividad de archivar parecía gustarle. Supongo que nadie más mostraba interés. Podía realizarla él solo, con tiempo para pensar y sin el temor que le pegaran.

—Este es mi chico, Plotio. Tiene su utilidad. Plotio va a decirnos qué hizo con los documentos escritos por aquel judío loco de Alejandría. Hablo de Simón. Lo recuerdas. ¡Suéltalo, Plotio!

Plotio recordaba.

—La gente de palacio le quitó todo lo que había copiado, Princeps, luego nuestros hombres trajeron los rollos aquí para llevar a cabo un examen experto. El papiro era de muy buena calidad, pero lo que había escrito era malísimo. Así que tuviste una de tus charlas con él... no muy dura, no gritó mucho rato. Simón quería escribir una serie de profecías para su gente, para inspirarlos. «¡Jo, jo, Simón! Si eso significa inspirarlos para que se rebelen contra Roma, ¡mejor será que te lo pienses, pedazo de gusano!», le gritaste. Él gimoteó que lo sentía mucho, pero que su Dios le había obligado a hacerlo. Lo enviaste a Ostia para que se lo llevaran de vuelta a Egipto.

—¿Y por qué hice eso, me pregunto?

El Princeps parecía usar al esclavo como un archivo humano. Plotio se explayó alegremente.

—Dijo que no era más que un historiador, Princeps. Sus padres lo necesitaban para trabajar en sus tierras, pero él quería estudiar, así que se vendió como esclavo y usaron el dinero para contratar a alguien que llevara las tierras. Como tenía educación, a Simón lo trajeron a Roma para sacar mejor precio por él, y así acabó en palacio. Tú dijiste que era una historia conmovedora, así que Simón podía ser enviado de vuelta para ser vendido como profesor de historia en una escuela. Es decir, si alguien quería comprarlo; si no, iría a parar a las canteras de piedra egipcias. Primero, hiciste que se quemaran todos los documentos de palacio en el patio, por razones de seguridad. Hiciste que él lo viera, por diversión. Las cenizas incluso se enterraron después.

—Lo recuerdo. Les hicimos un funeral excelente a las copias sibilinas —me dijo Tito—. Bueno, esta es la información que tenemos sobre Simón, Albia.

Me había prometido algo a lo que podría echar un vistazo. Esperé. Plotio se moría de ganas de decir algo más. Su comandante le dejó dar saltitos un rato, luego volvió lentamente la mirada hacia el esclavo.

—¿Qué bicho te ha picado a ti, mi excitable hormiguita?

—Enviaste a los muchachos a registrar el cubículo donde dormía Simón, Princeps. Volvieron con un puñado de notas y a ti no te gustó su aspecto. Distintas de

los documentos.

—¿Un registro? —Tito fingió sorprenderse—. ¡Qué extremadamente eficiente por mi parte!

Plotio me contó que el Princeps había dictaminado que esas otras notas eran basura.

—Solo estaban escritas por un lado, así que guardé el papiro por si un día resultaba útil para escribir algo en el otro lado.

—Eso es saber ahorrar. ¿El papiro también era de buena calidad? —pregunté.

—Sí, pero no era igual. Para copiar los Libros sibilinos para el emperador, la secretaría de palacio le había dado papiro augústico de alta calidad, ese nuevo tipo claudiano con la capa superior más fuerte para que la tinta no traspase. Es el que se usa normalmente para la correspondencia de Domiciano. Las notas de Simón estaban escritas en papiro liviano, que también está muy bien, pero es un grado inferior.

—¡Sabes mucho sobre papel, Plotio!

El muchacho se ruborizó.

—Las notas nos llegaron un poco descoloridas porque Simón dormía con ellas atadas al cuerpo bajo la túnica.

Tito fingió horror y repugnancia.

—¡Delante de esta delicada joven, no, muchacho! Albia no quiere pensar en el pecho sudoroso de un sucio escribiente egipcio.

—Lo siento, señor.

Adopté mi expresión de mujer enigmática, como si hubiera examinado más de un sucio pecho masculino en mis buenos tiempos. Hasta cierto punto, era verdad. Me volví de nuevo hacia Tito.

—Estoy pensando que ese renegado no habría podido adquirir papiro de calidad por su cuenta. Era un esclavo, no tenía dinero.

—Estoy de acuerdo. A menos que previamente hubiera birlado material de otro trabajo importante, alguien tuvo que dárselo... específicamente para apuntar en secreto notas de los Libros sibilinos —proclamó Casi Nueve Medallas con voz estridente—. ¡Bien! Veamos si aún tenemos aquí esa porquería sediciosa, Plotio, muchacho.

Plotio nos condujo hasta un alto armario que había en una antecámara pequeña y maloliente. Estaba atestada de todo lo que iba guardando por si algún día resultaba útil. En cuanto abrió la puerta del armario cayeron al suelo montones de documentos confiscados. Él se acuclilló entre el batiburrillo de hojas de papiro, tablillas, mapas y rollos, el enorme botín obtenido de personas a las que habían llevado a la fuerza a la Castra como individuos peligrosos. Preferí no pensar en lo que les habría ocurrido a todas ellas. No era probable que las hubieran devuelto a las calles. Algunos serían filósofos; intenté no preocuparme por Mario.

Plotio revolvió entre los montones hasta encontrar nuestras pruebas. Triunfalmente, alzó en alto unas cuantas hojas sueltas de papiro.

—¡Las notas del cubículo de Simón!

El Princeps le dijo a su esclavo que no debía preocuparse más por ese trivial asunto y que podía quedarse a ordenar su armario. Plotio pareció resignarse a que lo dejaran fuera de todo lo emocionante.

Tito y yo nos sentamos juntos en su oficina para inspeccionar las notas. Un soldado veterano sabe leer, aunque él se contenía, dejando sobre todo que yo señalara los fragmentos incriminatorios. Se encontraba a sus anchas con la asignación de turnos y tareas, las contraseñas y las cartas a la oficina de abastecimiento. Las exhortaciones religiosas lo desconcertaban. A mí tampoco me gustaba el misticismo apocalíptico, pero me lancé de cabeza.

Leí rápidamente, tratando de hacer un resumen.

—Esto es indigerible; produce más gases que las cebollas. La primera parte es una visión escabrosa de la historia del mundo. Una locura. Habla de Cronos, los titanes y los lapitas, y de los hijos de Gaya y Urano. Se mueve entre el mito y la realidad, insultando a naciones alegremente: «Pero entonces vendrán los griegos, pueblo orgulloso y profano», seguidos por los de Alejandro: «confusión y desorden, llenando el mundo de maldades, por el bajo amor al dinero, y eso en muchas tierras, pero sobre todo en Macedonia». Excelente: los rubios son castigados. «Los terribles frigios perecerán todos y la desgracia caerá sobre Troya. La desgracia caerá sobre los persas y los asirios y todo Egipto y Libia, sobre los etíopes, sobre los carios y los panfilios caerá la ruina del exilio, y sobre todos los hombres por igual».

—No me jodas. —El Princeps debía de haber estado leyendo por encima de mi hombro más de lo que yo pensaba, porque había captado el júbilo de Simón por las ciudades destruidas y los ríos anegados de sangre—. Qué afición por la ruina y la desgracia. Parecía muy manso cuando habló conmigo.

Se me ocurría una razón para que hubiera sido así.

—¿Qué hay aquí, muchacha? ¿Lloró sobre su pluma?

Había una mancha circular en el papiro.

—Mi madre le habría dado un palmetazo en la mano, Tito... O al escribiente, o a alguien que estaba con él, por dejar encima un vaso con el culo mojado.

Entonces, ¿quién podía haber estado mirando por encima del hombro de Simón, igual que hacía Tito ahora? ¿Alguien a quien yo había visto en otra ocasión colocando su elegante copa sobre un rollo para marcar el sitio...?

Sopesé los motivos del propio escribiente.

—Simón parece muy motivado: «Cuando cesó el himno que inspiraba mi alma, rogué entonces al gran padre un descanso en mi tarea; mas de nuevo la voz del gran Dios se alzó en mi pecho y me ordenó profetizar sobre todas las tierras, y a los reyes, e instruirlos sobre cosas que han de sobrevenir».

El Princeps soltó un bufido.

—Por eso lo dejé marchar. Si sobrevive en Alejandría, que vaya y pruebe a instruir a reyes sobre lo que ha de pasar. Puede empezar a cantar hasta atragantarse. Ninguno de esos capullos con diadema le va a escuchar.

Tal vez no, pero gobernantes asustadizos como Domiciano tendían a prestar atención a las profecías. Seguí leyendo hasta llegar a la fatalista visión de Simón sobre los tiempos modernos:

«De Asia vendrá un rey, alzando su poderosa espada, con navíos incontables, navegando por las aguas del mar y abriéndose camino a través de una alta montaña: temblando volverá a Asia, cuando huya buscando refugio de la guerra.

»Sobre los hombres de Jerusalén caerá también la aciaga tempestad de la guerra desde Italia, que asolará el gran templo de Dios, cuando se entreguen a la locura y renuncien a la devoción y cometan odiosos actos de sangre ante el templo».

—Aquí aparece Nerón al fin. Intenta excavar el istmo de Corinto^[21]..., un proyecto inacabado que yo he visto, Princeps, por cierto. Luego llegamos a la destrucción del templo de Jerusalén, que no he visto. Al hermano de mi padre lo mataron en Judea; Falco no iría jamás allí.

—No acierta un carajo —se burló el Princeps—. El templo lo destruyó Tito César. Nerón ya estaba muerto para entonces. Es esto de aquí, muchacha: «Y luego un gran rey de Italia huirá como un desertor, sin ser visto ni oído, más allá del río Éufrates, después de mancillar sus manos con el detestable asesinato de su madre, acometiendo el acto con maldad. Y muchos alrededor de su trono empaparán el suelo de Roma con su sangre». Aquí está Agripina pagando el precio por llevar a Nerón en su vientre, gracias, señora, de modo que el cabrón la asesinó. Y también habla de todas las demás víctimas de Nerón.

—Luego Simón vuelve otra vez a Oriente —proseguí—. «A Siria llegará un cabecilla romano, que hará arder el templo de Jerusalén, matará a muchos judíos y arruinará esa fértil tierra de grandes campos». Cualquiera puede darse cuenta de que Simón es judío. Y, ahora mira, el castigo al emperador por lo del templo, la erupción del Vesubio: «Pero cuando de una hendidura en la tierra, en el suelo de Italia, una llamarada de fuego arroje su luz a los cielos, para abrasar muchas ciudades y matar a sus habitantes, y una gran nube de cenizas ardientes llene el aire y rojas chispas abrasadoras caigan del Cielo, entonces conocerán los hombres la ira del Dios del Cielo, porque destruyeron al inocente pueblo de los píos. La crudeza de la guerra llegará entonces al Oeste, y el hombre exiliado de Roma, blandiendo una poderosa espada, cruzando el Éufrates con muchas decenas de miles de hombres». Bueno, este «hombre exiliado de Roma» sí que es Nerón, devuelto a la vida, o que no murió jamás. ¡Y, Tito, se dirige hacia aquí!

El Princeps, que habría sido un gran público para leer en voz alta una historia de aventuras, se estremeció. Estaba tan impaciente por oír el resto, que no se molestó en

perder el tiempo diciendo: «¡Anda y que me jodan!».

El tono cambió. Tradiciones antiguas y profecías exaltadas dieron paso a una lista de cualidades que se debían buscar durante una entrevista de trabajo... suponiendo que fueras a la caza de talentos para ocupar el trono de Roma.

—Princeps, ahora viene la receta para crear un falso Nerón.

—¡Atrápame un centauro y átale un pene falso! ¡Albia, dame ese pedazo de mierda!

El Princeps Peregrinorum sujetó la hoja de papiro entre el índice y el pulgar, como si fuera algo que incluso a él le parecía sucio. Le escuché con las manos sobre las rodillas, mientras él leía las frases con voz engolada:

- El gran hombre huye de Italia como un esclavo fugitivo
- Asesina a la madre y otros crímenes, pecados contra las esposas
- Excava el istmo
- Mucho derramamiento de sangre por el trono de Roma, gobernante sabio e inteligente regresa para derrocar a sucesor
- Blandir una larga jabalina
- Cruzar el Éufrates
- Representar obras de teatro, dulces canciones con voz melodiosa
- Aguardar escondido entre medos y persas
- Guerra en Occidente
- Campeón de Oriente
- Toda la creación en peligro y los reyes perecen
- Destrucción de todas las tierras y conquistarlas todas
- Guerra para terminar con todas las guerras, paz eterna para los piadosos

Tito estaba genuinamente horrorizado.

—Repugnante. ¿Y se suponía que ese era realmente el falso Nerón, el que teníamos en nuestra celda?

Me erguí en el asiento, respirando lentamente.

—Alguien eligió a ese hombre y lo preparó para el papel...

—Pues entonces no lo eligieron muy bien —dijo Tito con tono airado, y arrojó el papiro sobre la mesa—. ¡De hecho, lo prepararon realmente mal! Era malísimo. En cualquier caso, todas estas memeces no son buenas para Roma. Yo soy un soldado. ¿Qué haré si surge otro Nerón y hay que ir a la guerra para acabar con todas las guerras?

—Disfrutar de un pacífico retiro con tu encantadora parienta —sugerí amablemente.

Él parpadeó como si no pudiera asimilarlo.

Las notas de Simón iban destinadas a lo que él llamaba el pueblo inocente de los píos. Que yo sepa, jamás se sugirió que ninguno de los tres Nerones falsos hubiera pedido el apoyo de los judíos. Ni siquiera durante la Gran Revuelta Judía^[22].

—Princeps, no sé cuánto de todo esto procede directamente de los Libros sibilinos, y cuánto es en realidad una versión propia de Simón para inspirar a sus lectores judíos, pero esta lista en particular se preparó para Roma.

—Es nauseabundo —convino Tito—. El traidor de palacio estaba creando un nuevo emperador para endilgármoslo.

—Sigue haciéndolo. Puede que el Nerón que murió en tu celda no llegara a saber jamás gran cosa sobre las profecías que supuestamente iba a cumplir. Para el traidor, es fundamental que se reconozca a su nuevo Nerón. Con esta lista, siempre puede preparar a un candidato mejor.

Vi que el comandante se ponía más nervioso al oír mis palabras. Desde luego siguió mi argumento.

—El traidor quiere poner a su marioneta en el poder, y luego podrá abrir los Libros sibilinos y exclamar: «¡Mirad, mi Nerón cumple las profecías sagradas!».

—No me gusta —decidió Tito—. Tuvo gracia en su momento, pero con un Nerón fue más que suficiente.

Una idea me vino a la cabeza.

—Lo de copiar los libros salió mal. Alguien lo descubrió. Querido Princeps, ¿quién fue el supervisor de palacio que pilló a Simón?

—Esperaba que no me lo preguntaras nunca, Flavia Albia —contestó él, avergonzado. Confesó con nerviosismo—: Realmente me equivoqué con él, me temo... Fue el tal Paterno.

—¿En serio?

—Es una historia un poquito complicada. Cuando realicé mi investigación sobre Simón, en aquella época Paterno trabajaba para el tipo que tú conoces, Filippo. Filippo estaba a cargo de la seguridad de los Libros sibilinos mientras Domiciano los tuviera en préstamo.

—¿Paterno trabajaba para él? —Estaba atónita—. ¿Hablamos de la misma persona? ¿Paterno, el que tú creíste que había envenenado al falso Nerón?

—El mismo. Y es cierto que él fue el envenenador.

Tito dejó las cosas muy claras. Yo no debía olvidar nunca que el cargo de Princeps se lo habían dado porque lo consideraban un hombre brillante y sagaz juez de la naturaleza humana.

—Hay dos alternativas, Flavia Albia: o tu Filippo es el traidor y siempre lo ha sido.

—¡Difícil de creer! En ese caso, ¿por qué dejó que Paterno denunciara al escribiente por su trabajo clandestino?

—Exactamente. O Claudio Filippo es leal, pero después Paterno empezó a trabajar para alguien más. Y cuando lo destinaron a mi campamento, ya lo habían captado.

Seguramente con dinero. Siempre pensé que Paterno era un tipejo despreciable; debía de estar disponible para cualquiera que le pagara.

—Entonces, cuando trajeron aquí al falso Nerón, ¿Paterno estaba ya preparado, trabajando para el traidor? Eso confirma lo que yo siempre he pensado: el traidor ha de ser alguien que sepa lo que planea el comité interno. ¿Cuánto tiempo llevaba Paterno destinado aquí?

—Oh —gruñó Tito, aceptando mi teoría—, más o menos el mismo tiempo que debieron de tardar en traer al prisionero a Roma desde Oriente.

—No fue culpa tuya, Princeps —le aseguré con cierta comprensión—. Pero es una pena que el tal Paterno acabara ahogado en el Tíber. ¡De lo contrario, podríamos habérselo preguntado a él!

—Siento que lo perdiéramos —admitió el Princeps—. Cuando llegó destinado aquí, pensé que era una recompensa por su honradez acerca de Simón. —Tito no podía evitar ver su campamento como un cómodo destino—. No me gustó, pero no me gustan la mitad de los tipos chapuceros que me envían. Tengo que pulirlos para que estén a la altura de lo que yo espero. Cuando murió el falso Nerón, sabiendo que Paterno había trabajado en palacio, tuve mis dudas. La mitad de los que hay allí son corruptos. Me lo traje enseguida aquí para interrogarlo. Tenía respuestas para todo... pero se fue subrepticamente justo después. Habría sido mejor que lo hubiera encerrado, pero él negó ser el envenenador y yo aún estaba buscando pruebas. —Tito se escarbó los dientes—. Ya sé lo que estás pensando, muchacha. El río, el ahogamiento, esa debió de ser la solución elegida por el que le pagaba. No fui yo quien lo arrojó allí.

Cuando nos presentaron el primer día, el Princeps no habría soñado siquiera con hablar tan abiertamente conmigo. Ni yo habría estado tan dispuesta a creerlo.

Disimulé una sonrisa al darme cuenta de que eso era lo que los espías pretendían lograr, claro está. Se hacen agradables. La gente deja de notar su presencia. Van y bien, formando parte de manera invisible de lo que está ocurriendo...

Eso era lo que había logrado yo con Tito. Ahora éramos compinches. Aun así, seguía sin querer creerme todo lo que decía al pie de letra. Nunca lo haría. Era un soldado.

—¿Qué vamos a hacer, Tito?

—Esperar. No decirle a nadie que lo hemos descubierto. Observar qué ocurre.

Éramos tan buenos amigos que, cuando me iba, Tito me preguntó si quería ir a beber algo con él.

—Nada fuerte, no te preocupes, los dos tenemos compromisos... —Sonaba inofensivo, pero con el vino, la tentación se vuelve inevitable para algunas personas (no para mí).

Rehusé cortésmente, recordándole a mi nuevo amigo que ciertamente estaba

comprometida: acababa de casarme con un edil, al que había golpeado un rayo, así que debía volver a casa y pasar tiempo con él.

El Princeps aceptó mi excusa, pero insistió en acompañarme. Llegó tan lejos, que empecé a temer que viniera todo el camino hasta casa y quisiera comer con nosotros. No sé por qué, me pareció peor que aventurarme a ir a una taberna sola con él.

Sin embargo, explicó que iba a cortarse el pelo al popular Ad Tonsores, cerca del extremo más alejado del Circo Máximo. Se había quitado el peto para caminar más o menos de incógnito por las calles, aunque su porte era tan militar que no valía la pena que se molestara.

Habíamos llegado hasta las puertas de salida del Circo, donde una carrera debía de haber terminado. Aún había un gran estrépito en el interior. Las puertas exteriores se abrieron y un par de cuadrigas salieron por ellas a toda velocidad. Eran de las facciones de los Rojos y los Blancos, y ninguna de las dos llevaba las palmas de los vencedores; dentro aún, los Verdes, los Azules, los Dorados y los Morados debían de estar hechos astillas, o uno de ellos era el vencedor, que daba la vuelta triunfal. Yo no tenía razones familiares para apoyar a las cuadrigas que habían salido, y tampoco el Princeps pareció interesado.

Eran unos perdedores resentidos, que se iban a toda prisa en direcciones distintas después de una carrera de cuadrigas. Cuatro fuertes caballos tiraban sin esfuerzo de cada uno de los endebles carros de madera, donde el auriga prácticamente no tenía un lugar firme en el que apoyar los pies, y la caja sin parte posterior desde la que conducía descansaba casi sobre el eje. Los aurigas necesitaban tener un gran sentido del equilibrio, además de valor y destreza. Con sus yelmos, sus cortísimas túnicas y los anchos cinturones, equipados con látigos y cuchillos curvos por si caían y tenían que cortar las riendas, se les veía aún enardecidos tras siete peligrosas vueltas esquivándose unos a otros. Los caballos pasaron galopando, aguzadas las orejas, cubiertos de sudor, formando dos equipos de cuatro, bellamente emparejados. Detrás iban los livianos carros dando botes, a punto de salir volando. Uno de ellos pasó tan cerca de mí que tuve que echarme atrás de un salto para evitar que me hiriera.

Si el Circo estaba lleno, y en ese momento habían llegado a la pausa para comer, podrían salir en tropel cien mil o más aficionados a la carrera. Tenía que alcanzar el lado del Aventino antes de que las multitudes hicieran las calles intransitables. Me despedí del Princeps y seguí caminando a toda prisa hacia la puerta Trigémina.

En un momento dado, eché la vista atrás. Vi que el comandante del campamento no se había encaminado al popular barrio de los barberos, como había dicho que haría, sino que había dado media vuelta al llegar al Foro Boario, el mercado de carne. Su inconfundible y robusta figura se dirigía ahora al Palatino.

¿A quién iba a ver allí?

Capítulo 43

No había nadie en casa.

Tenía la mente tan llena de naciones impías arrasadas por la guerra y de las exhortaciones al inocente pueblo de los píos, que tardé un rato en comprender aquel inesperado silencio. ¿Acaso una plaga se había llevado a toda mi gente?

Dejé a un lado los paquetes con los ingredientes para la comida que había comprado de camino a casa. Gracias a las carreras diarias, había montones de vendedores ambulantes alrededor del Circo cuando pasé por allí. Me pregunté si habrían convocado a Tiberio a los Juegos, y se habría llevado a todos los demás consigo, pero deseché la idea. Como esposa del edil, habría sido mi obligación acompañarlo.

Abrí la puerta del patio que daba al negocio de construcción, pero allí tampoco había nadie, solo el perro guardián en su caseta. El chucho se despertó, me miró con suspicacia, experimentó con un gruñido, recordó que me conocía, pasó de la amenaza a menear la cola con poco entusiasmo, y luego hundió el hocico entre las patas y volvió a dormir.

Regresé al patio y me senté en el banco de los delfines. Afortunadamente, oí el chirrido de una llave; tras dos intentos por darle la vuelta, unas voces anunciaron el regreso de Tiberio y Dromo. Tiberio me saludó con la mano, pero subió directamente al dormitorio. Dromo se acercó y me dijo que su amo iba a ponerse una túnica limpia.

—¡He conseguido que vaya a las termas! —anunció el esclavo orgullosamente—. Lo he llevado yo, pero estaba tan ocupado animándolo que he olvidado coger el cesto con la ropa. No ha tenido que hablar con nadie allí; le he pasado el estrigilo en un rincón lo más rápido que he podido. Luego me lo ha pasado él a mí, aunque le he dicho que no se molestara.

Oculté mi sorpresa, por no hablar del alivio que sentía, al enterarme de que por fin Tiberio se había dejado convencer para salir de casa.

—¡Buen chico! ¿Cómo se te ha ocurrido? Estaba limpio. Lo has estado limpiando con una esponja.

—Quería un pastel —admitió Dromo sombríamente. Esa era su recompensa habitual por bañarse, concepto que, de lo contrario, rechazaba.

Pregunté dónde estaban todos los demás. Mi madre había venido a reclamar a Galena; aunque había dejado el mensaje de que podía recuperarla si estaba desesperada, era una sutil indirecta de que debía empezar a organizar yo misma mi propio servicio doméstico. Las indirectas parecen ser algo que se adquiere con el embarazo o, en mi caso, venía con el certificado de adopción.

Aunque Grecina se había quedado entonces a cargo de todo, ella también se había marchado. Eso sí que era inesperado.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo te las has ingeniado para conseguirlo, Dromo?

Dromo, un muchacho ingenuo, no supo ocultar su regocijo. La explicación oficial

era que el maestro de los niños se negaba a ir hasta tan lejos, y que los niños echaban mucho de menos a sus amigos. Grecina conocía a un anciano caballero muy respetable en el Esquilino, un egipcio viudo (o eso decía él, pensé cínicamente), que quería un ama de llaves. De modo que se había ido rápidamente mientras yo estaba fuera, incapaz de decírmelo a la cara.

Teniendo en cuenta que se había llevado todas sus pertenencias, la partida no podía haberse dispuesto en un arrebato. Admito que eso sí que no lo vi venir. Admito que no me sentí demasiado abatida.

—Dejó sus horribles posavasos para ti, como regalo. Me alegro de que esos niños se hayan ido, pero ¿ahora tengo que hacer yo todo el trabajo?

—No, Dromo. Tendrás que ayudar durante un tiempo, aunque no hay necesidad de que coloques esterillas individuales por todas partes. A tu amo no le gustan. —Échale siempre la culpa a tu marido—. Encontraré a alguien. No te preocupes. Aquí hay algo para comer. Ve a por cuencos y vasos, por favor. ¿Y quizás esa mesa para servir portátil?

—El pastel me ha llenado. No necesito comer.

—¡Yo sí! Y también tu amo. Ve a por las cosas que necesitamos, por favor.

—¿Tengo que hacerlo?

—¡Sí, creo que sí, Dromo!

Obedeció. Debía de haber visto que su amo se acercaba.

Tiberio se inclinó y me besó, oliendo a aceite de baño. Se había aplastado el pelo al peinarlo mojado, pero cuando lo toqué, estaba seco. Se sentó en el banco a mi lado. Le revolví los cabellos para devolverles su aspecto normal y que él pareciera menos severo. Comprobé su estado de ánimo: bueno. Eso era alentador.

—Mario ha venido mientras estabas fuera —dijo—. Va a ir a la casa de Partia esta noche con su flauta. Le he dicho que tenga cuidado.

—Gracias, mi amor.

Tiberio no solo había ido a los baños sin que le entrara el pánico, sino que además se había sentido capaz de ir a un almacén de su propiedad.

—Tengo a los obreros limpiando; llevarán a cabo reparaciones. Esparso conoce a un tipo que nos prestará un perro, un buen cazador de ratas que nos libraré de ellas. Y Larcio está ideando un anuncio para que pueda alquilar el espacio.

—Eso está bien. Pero no quiero que te preocupes por esas cosas.

—Necesito hacer mi parte del trabajo —replicó Tiberio, taciturno. Al cabo de un rato añadió con más entusiasmo—: Nepos ha alquilado una de las tiendas para vender sus quesos. He hecho un *quid pro quo* con el dinero del alquiler, para reducir el último plazo que le debemos por esta casa.

Metelo Nepos era el hombre que nos había vendido la casa. Tenía prisa por quitarse de encima la empresa de construcción porque quería dedicarse a fabricar quesos. A nosotros nos gustaba el queso, así que habíamos alentado su afición.

—Ahora también alquilaremos las otras tiendas. —El almacén tenía pequeñas

tiendas que daban a la calle. Todo llevaba varios años vacío, así que ya era hora de que Tiberio le sacara partido—. El secretario de tu padre, Katutis, ha redactado los contratos de alquiler por mí. No he estado completamente ocioso, Albia.

Le aseguré que jamás había pensado nada parecido. Yo solo quería cuidar de él, ahorrarle esfuerzos hasta que estuviera preparado.

—Estoy preparado —replicó, irascible.

—¡Eso es fantástico! Y has dominado el arte de decirle a tu esposa que no se preocupe tanto.

Tiberio abrió la boca, a punto de replicar. Hizo una pausa. Se percató de que era una broma. Sonrió.

—Casi caigo.

—Te quiero.

—Gracias. Yo también te quiero.

Le tomé la mano y estuvimos sentados en silencio al sol hasta que Dromo trajo a regañadientes cuencos y platos. No hizo el menor intento por abrir los paquetes de pan y hojas de parra rellenas que yo había comprado, ni el queso ahumado que Tiberio había adquirido a Nepos, de modo que lo hice yo. Estaba ahorrando energías para discusiones más importantes.

A pesar del pastel, Dromo comió más que nosotros. No hice ningún comentario. Estaba demasiado contenta con él por haber persuadido a Tiberio para que saliera de casa. Por el momento estaba dispuesta a creer que el muchacho no era del todo malo.

Era una idea que no duraría.

Habíamos acabado de comer. Sin que nadie se lo ordenara, Dromo llevó las cosas a la cocina. Se acabaría comiendo las sobras y luego se quejaría de encontrarse mal. Yo estaba a punto de instar a Tiberio a subir para hacer una siesta, al tiempo que me preguntaba qué posibilidades de romance podría tener si subía con él...

Alguien llamó a la puerta. De nuevo se desbarataban mis planes.

Dromo siguió haciendo sonar los cacharros en la cocina para demostrar que estaba ocupado, así que, servilleta en mano, Tiberio fue a abrir la puerta. Para nuestra sorpresa, era Filipo.

En esta ocasión, el chupatintas no perdió el tiempo. Sin parar mientes al parecer en que el amo en persona había tenido que abrir de nuevo la puerta a las visitas, nos comunicó una noticia inquietante. Habían suspendido a Trebiano. En lugar de aceptar un arresto domiciliario en algún lugar cercano a Roma, había preferido unas vacaciones indefinidas en la bahía de Neápolis. Se trataba de un destino tradicional para los libertos de cuya conducta se sospechaba. El resultado tradicional era el suicidio, o enviar a unos soldados con espadas para hacer el suicidio innecesario.

El observador de Partia se encontraba metido en graves problemas. La suspensión era de por sí un mal presagio; sus enemigos debían de tramar un castigo mucho más letal.

Capítulo 44

Exhalé un leve gemido.

—Bueno, eso complacerá a Dolazebol. ¿A Trebiano lo habían apartado? ¿No había nadie vigilando a Partia? Por Juno, el gran enemigo eterno podría poner en práctica todo tipo de ardides.

—Yo vigilo a Dolazebol —me corrigió Filipo, molesto—. Tengo un agente en la casa.

—¡Por supuesto que sí, Corelio, el serio! Y Trebiano tenía otro agente allí, aunque no llegó a decirme quién era.

—Uno de sus réprobos borrachos. Haciendo de jardinero, creo —admitió Filipo con aire altanero. Pensé en el jazmín excesivamente recortado. La poda produce más flores en la siguiente estación, pero aquella planta podía acabar muy calva si se producían muchas más conversaciones en el peristilo que hubiera que observar. El nerviosismo ensombrecía el rostro apuesto de Filipo, que hizo un esfuerzo consciente por dejar a un lado los celos profesionales—. Yo me haré cargo de su trabajo. Me he ofrecido voluntario para realizar esa carga extra de tarea para impedir que nuestro traidor infiltre a un saboteador.

—¿Mucho que aprender? —sugirió Tiberio comprensivamente.

—Me estoy adaptando... Por el momento, no es mucho lo que puedo hacer acerca de Ctesifonte. Tengo que descubrir qué había dispuesto allí Trebiano. Su sistema de registro es deplorable; con tanto secretismo, parece que tuviera miedo de que lo vigilaran. Rubrio ocupará su oficina de manera temporal; puede abrir los despachos que se reciban, luego ya veremos.

—Los mensajes podrían estar en clave —le advertí, recordando lo que me había contado el observador de Partia sobre la manera de comunicarse con los agentes que tenía más lejos.

—Rubrio es un buen descodificador. Si nos encontráramos absolutamente estancados, tendría que enviar un mensajero a escondidas a Neápolis para que Trebiano lo tradujera. Aparte del tiempo que se consumiría, no queremos que Abascanto sepa que seguimos en contacto.

Pregunté qué había pasado con Trebiano.

—¿Dices que lo han suspendido? ¿Está arrestado en realidad?

Filipo nos miró a Tiberio y a mí, como asegurándose de que podía confiar en nosotros. Al parecer sí, porque nos contó la historia. Había sido Abascanto quien, desde su posición superior, había impuesto la suspensión a Trebiano, dando a entender que había sido una medida dolorosa y que la orden la había dado otra persona. Filipo no le creía. Para empezar, en el servicio público, las «medidas» siempre eran «dolorosas». Y, además, ¿por qué era necesaria?

Incluso en ausencia del emperador, Abascanto carecía de una mayor autoridad sobre sus colegas, aunque tal vez intentara imponer sanciones peores. Si Trebiano

sobrevivía el tiempo suficiente, Domiciano sería quien lo juzgara al final.

—Presumiblemente, Domiciano aún no sabe nada sobre esto... ¿Qué delito se supone que ha cometido Trebiano? —preguntó Tiberio, siempre riguroso con las formas.

—En estas suspensiones, nunca se nombra la razón. La parte culpable siempre lo sabe.

—¿Y si es inocente? —inquirí. Hice una pausa—. Como seguramente es Trebiano. ¿O de verdad se sabe algo en contra de él?

—¡Oh, yo sé qué es lo que ha hecho! —replicó Filipo en tono mordaz—. Ha ido en contra de Abascanto. Abascanto, señor de todos nosotros, quiere halagar a los partos otorgándole favores a su enviado, Dolazebol. Dolazebol se ha quejado a Abascanto de que Trebiano le estaba presionando demasiado. Así que Abascanto me ordenó a *mí* que me encargara de la suspensión inmediata de mi colega, lo que podemos suponer que era una prueba de *mi* lealtad. Trebiano ha tenido que dejarlo todo y marcharse. Él ha comprendido que yo actuaba coaccionado... De hecho, mi sumisión era la única forma de que lo sustituyera alguien con los motivos adecuados. Ahora todo el peso recae sobre mí. —Era humano; parecía cansado, pero detecté el cálido entusiasmo de una discreta excitación.

—¿Trebiano esperaba ser desterrado?

—Seguramente tenía hecho el equipaje desde el momento en que empezó a molestar a Abascanto.

—¿Qué ocurrirá cuando Domiciano vuelva a Roma? —preguntó Tiberio pensativamente.

—Será el momento crítico —respondió Filipo, poniéndose tenso—. En cuanto regrese Domiciano, es decir, antes de que Abascanto pueda hablar con él, tengo que demostrar al emperador todo lo que ha estado haciendo el traidor, con pruebas fehacientes. La logística no será fácil. Tendré que estar al tanto cuando nuestro Amo se encuentre ya cerca, escabullirme fuera de palacio e ir secretamente a su encuentro a caballo. De lo contrario, Abascanto hablará con él primero y le envenenará la mente. Si eso ocurre, Trebiano estará acabado... igual que yo, sin duda. Sin nosotros, el traidor, sea quien sea... —Filipo hizo una pausa—, pondrá en marcha el golpe que esté planeando.

Nos sumimos los tres en un momento de reflexión. Luego yo anuncié en voz baja que podía decirles lo que estaba planeando el traidor. Ofrecería a Roma un nuevo Nerón, legitimado por los Libros sibilinos.

Tiberio se levantó, alzando una mano para hacerme callar. Envió a Dromo a un recado, diciéndole por una vez que podía tomarse su tiempo. Por lo general, el esclavo no hacía caso de nuestras conversaciones, pero sería típico que aquel día hiciera una excepción. Lo que el chico no supiera jamás podrían sacárselo otros.

Tras comprobar que los peones no habían regresado aún, Tiberio atrancó la puerta que comunicaba con la empresa de construcción, luego se reunió de nuevo con

nosotros.

Yo había usado aquella pausa para ordenar mis pensamientos. Fui escueta.

—Esto es lo que sé: el traidor ha usado los Libros sibilinos. Tras crear un arquetipo, usando las antiguas profecías, debe de haber invitado a los partos a unirse a él para derrocar a Domiciano. En primera instancia contaban con el hombre de Siria, el que fue asesinado en la Castra. Era tan malo, que ahora están preparando a un aspirante más realista. Supongo que han encontrado a uno que se parece al auténtico y que posiblemente es músico de verdad.

—¿Un cuarto Nerón falso? ¿Uno que sabía tocar?

Tiberio y Filipo estaban sorprendidos.

—Aquel pobre prisionero incompetente sirvió en un principio. Era lo que esperaban los romanos después de lo ocurrido en el pasado: un tipo rubio que tocaba la lira en Siria y tenía un séquito de seguidores cada vez mayor. Supuestamente, Abascanto negoció con los partos para que nos lo entregaran, Filipo, pero si estaba confabulado con Partia, no debió de ser tan difícil como asegura.

—Una vez en manos romanas —intervino Tiberio—, me imagino que pronto se dieron cuenta de que el tercer Nerón no servía.

—Tal vez lo supieran incluso antes —sugerí—. Cuando intentó presentarse a los gobernadores de las provincias, quizás ellos enviaron a Roma despachos tan desdeñosos, que los confabuladores recularon. Abascanto debió de ser quien recibió esos despachos, por supuesto.

Tiberio se mostró de acuerdo.

—Alguien del calibre de Abascanto jamás se arriesgaría a dar un golpe de estado con un hombre de paja que era un fiasco. Sabiendo que ese hombre era inaceptable, ha debido de apresurarse a organizarlo todo para encontrar un sustituto mejor. Me imagino que lo tiene aquí mismo en Roma, bajo su control, y que le están dando un riguroso curso de oratoria, además de las viejas creaciones musicales de Nerón.

—La culpa es mía —afirmó Filipo, soltando un gruñido—. Yo quería que trajeran aquí al falso Nerón para interrogarlo, ¡pero eso encajaba con sus planes! Nerón ha vuelto, dirán los rumores. Para muchos tendrá credibilidad.

—Un aspirante que aparezca de pronto en Roma será letal —admití—. La gente es lo bastante insensata como para aceptarlo, igual que toleraron al verdadero Nerón durante mucho tiempo. Escuchad, el conspirador se ha tomado muchísimas molestias para descubrir qué cuentan los Libros sibilinos. Sin duda quiere que su aspirante cumpla con lo que dicen los oráculos.

—¿Y en qué ayuda eso? —preguntó Tiberio con cautela.

—Esos libros profetizan una figura mesiánica que surgirá en Oriente y vendrá a Occidente para destruir la tiranía. La tiranía, como todo el mundo sabe, solo puede referirse a Domiciano. Incluso Domiciano lo sabe.

—Pero cualquier persona sensata sabe que Nerón está muerto —señaló Tiberio, poniendo a prueba mi teoría.

—Y muchos quieren deshacerse de Domiciano... quizás a cualquier precio. Este nuevo Nerón estará absolutamente preparado para el papel. No será lo que esos sirios estafalarios que viven tan lejos creen que es un líder romano, sino lo que un cínico romano, aquí en Roma, sabe que ha de ser. Da igual que el tercer aspirante estuviera correteando por Oriente, donde suelen aparecer los nuevos Nerones. El juego ha cambiado. El intérprete estrella se hará cargo del escenario. Esta vez, la figura heroica resucitada aparecerá finalmente en Occidente.

Filipo estaba cada vez más nervioso.

—¿Van a anunciar que el tercer Nerón falso fue traído a Roma?

—Parece lo más natural... ¡Al fin y al cabo fue lo que realmente hicisteis! —le recordó Tiberio.

La expresión de Filippo delató de nuevo su repugnancia por el modo en que se había visto implicado de manera involuntaria.

—Pero el Princeps puede decir que lo asesinaron en la Castra.

—¿De verdad? ¿Puedes mostrar el cadáver? —pregunté, recordándole que se habían deshecho del muerto secretamente por orden suya.

—Entonces, ahí estará Nerón, librándose de sus cadenas; una imagen perfecta —añadió Tiberio—. Sabemos que será un emperador marioneta. Sabemos que un inteligente romano lo controlará.

—Con la connivencia de Partia —indicó Filippo con tan moralista repugnancia romana, como si fuera el frustrado Octavio observando el áspid de Cleopatra en la cesta de higos.

—Eso parece —dije—. Dolazebol y su asistente, Bruzeno, han venido hasta aquí para ver completada la misión. Mientras tanto, el rey de reyes está sentado en su trono del león en Ctesifonte, esperando recibir la noticia de que su complot contra Roma ha tenido éxito.

Tiberio se movió en el asiento.

—Tendrás que ser rápido para detenerlos —dijo al chupatintas—. Pero los conspiradores necesitan que Domiciano esté aquí.

—Eso es cierto —convine—. No pueden intentar derrocarlo mientras esté libre por ahí, al mando de veintinueve legiones.

Tiberio siguió presionando.

—Si el regreso de Domiciano a la ciudad es el momento crítico, puede ser cualquier día de estos.

Yo había estado pensando desde que había leído las notas del escribiente con el Princeps. Ahora expresé con palabras mi curiosa conclusión.

—Filipo, si están adiestrando al sustituto del falso Nerón aquí, en Roma, al menos tenemos la oportunidad de encontrarlo.

Filipo se inclinó hacia delante y su expresión se hizo más seria. No fue una sorpresa que me preguntaría si le ayudaría. Habiendo llegado tan lejos, no fue una sorpresa que yo aceptara.

Capítulo 45

Discutimos la manera de encontrar al aspirante. Los conspiradores podían tener a su nuevo Nerón oculto en cualquier parte de Roma, mientras practicaba cómo llevar una corona. Tal vez estuviera fuera de la ciudad, pero a escasa distancia, pero eso lo descartamos por motivos prácticos. Querían mantener un férreo control sobre él. Querían que fuera fácil presentarlo al pueblo en el momento más adecuado. Me pareció que, para ello, sería fundamental elegir un buen escondite.

La búsqueda debía llevarse a cabo con el mayor de los secretos. Sabíamos que atraería una peligrosa atención sobre nosotros. Por discreta que fuera, una búsqueda a tan gran escala se haría notar. El traidor debía de estar esperando a ver cuál era nuestro siguiente paso. Cualquier persona que utilizáramos podía estar en la trama, a pesar de todas las comprobaciones que hiciéramos. Luego, en cuanto empezáramos a buscar, teníamos que suponer que los conspiradores reforzarían aún más el secreto de su paradero. Una vez que iniciáramos la búsqueda, tendríamos que movernos muy deprisa. Una vez que iniciáramos la búsqueda, no habría vuelta atrás.

Tenía dos preguntas para Filippo, antes de nada. En primer lugar, le reté a explicar por qué había usado a Paterno para supervisar al escribiente que había copiado los Libros sibilinos, el mismo agente que había acabado asesinando al tercer Nerón falso.

Filippo admitió que había sido un desastre.

—He revisado mis archivos. Paterno me llegó recomendado: Eutrapelo tenía registros que confirmaban un buen historial. Jamás tuve queja alguna sobre su trabajo; cuando puso al descubierto el engaño del escribiente, demostró lealtad. Sin embargo, ahora veo que estaba corrompido. Puedes adivinar por quién: fue Abascanto quien me sugirió que lo empleara.

Seguramente, Paterno había delatado al escribiente después de que este hubiera acabado de tomar notas para el traidor. A partir de ese momento, Simón estaba condenado. Seguramente el traidor esperaba que fuera ejecutado en la Castra y, por lo tanto, silenciado para siempre. No podían tener la menor idea de que Simón había tomado notas extra para sus propios fines religiosos, y que esas notas aún estaban en poder del Princeps Peregrinorum. Desde luego no podían saber que el Princeps había enviado de vuelta a Simón a Alejandría, vivo.

Presumiblemente Abascanto había seguido utilizando a Paterno para sus propios fines, incluso después de que nominalmente se lo hubieran asignado a Filippo. En palacio se presentaban los informes siguiendo la jerarquía, pero toda la plantilla trabajaba en última instancia para el emperador, por lo que cualquiera que tuviera categoría suficiente podía darles órdenes. Filippo tenía que asimilar que Abascanto había introducido hábilmente un topo en su equipo. A él le tocaba superar el bochorno.

—La otra cuestión se refiere a Esquila —dije—. Además de haber identificado al traidor, es posible que esté al tanto del nuevo Nerón al que están entrenando. Bien,

¿sabe Esquila dónde está ese Nerón? Si pusiera al descubierto ese complot, Ritelio se convertiría en héroe a través de ella. Creo que Esquila espera obtener más información para aumentar la gloria de Ritelio. Es valiente, pero el momento es peligroso. Tiene que salir de allí. Filippo, antes de que exiliaran a Trebiano a Neápolis, Ritelio le había suplicado que rescatara a Esquila. Es urgente, puede que tenga las respuestas que necesitamos. Tenemos que sacarla de allí ahora. Así que, ¿en qué punto estás?

—He heredado el problema. Trebiano temía que su inestable agente pudiera cometer alguna locura con respecto a Esquila. Necesito encontrarlo y mantenerlo al margen de todo. —El tono de Filippo daba a entender que esa clase de tonterías no se toleraban jamás en su sección—. Por los escasos informes que me han llegado, entiendo que tú, Flavia Albia, sugeriste que Ritelio seguía visitando a su mujer en la casa del padre. He encargado a mis hombres, Rubrio y Fusco, que lo localicen. Le dirán a la esposa que, si lo ve, debe decirle que Trebiano está de viaje por una misión, de modo que ahora soy yo su nuevo jefe. Luego tenemos que esperar que nos conduzca hasta Ritelio. Si Rubrio y Fusco consiguen dar con él, lo pondrán bajo custodia. No quiero tener a un hombre descontento suelto por ahí, estorbándonos.

Esperaba que Ritelio no adivinara sus intenciones. De lo contrario, sería un hombre descontento que se metería de cabeza en un escondrijo secreto.

—¿Y Esquila?

Filippo asintió.

—La sacaremos de la casa de Partia. Corelio me mantiene informado sobre lo que ocurre allí. He confiado la logística a Rubrio; es mi recadero, pero también un buen estratega.

—Pronto —le insté—. Si Dolazebol cree que Esquila pone en peligro el plan del falso Nerón, no vacilará. Corelio cree que la matará.

Filippo frunció los labios y juntó las yemas de los dedos de ambas manos. Esto le hizo parecer un hombre apuesto e inteligente que ponderaba una situación desagradable.

—Ya hemos visto qué medidas adoptaría esa gente. Asesinaron al falso Nerón; eliminaron a Paterno. El control de Roma es su máximo objetivo. No se detendrán ante nada.

Entre los tres estudiamos el modo de realizar una búsqueda clandestina del cuarto Nerón. Yo dije que, si fuera el traidor, lo tendría oculto de incógnito en mi propia casa. Pero ahí no podía llevarse a cabo ningún registro. Suponiendo que nos referíamos a Abascanto, su casa estaba fuera de nuestro alcance.

Filippo sonrió. Habría sido una sonrisa petulante, de no ser porque él no se mostraba nunca así.

—Puedo dar órdenes de que se registren todas las habitaciones de la casa de

Abascanto y su mujer Priscila para buscar ocupantes sospechosos. Abascanto nunca lo sabrá.

—¡Tienes a alguien metido en su casa! —Haciendo un esfuerzo para no tragar saliva, pregunté afablemente—: ¿Y has sospechado alguna vez que Abascanto podría tener su propio espía en tu casa?

—Mi vida es demasiado sencilla —afirmó Filippo, aunque admitía la posibilidad—. Tengo un único esclavo, que lleva conmigo desde que nació. Me parece lo más fácil.

—¿No hay esposa?

Filippo no respondió.

—Una vida «sencilla» —musitó Tiberio con burlona pesadumbre— excluye el matrimonio.

No me molesté en darle un puntapié. Él me tomó la mano y la besó.

Seguimos hablando. Dado que el principal conspirador tenía que ser un liberto (por las razones de las que habíamos hablado en otra ocasión: debía tener conocimientos, influencia y posibilidad de entrar en contacto con los partos), teníamos que registrar su zona de trabajo: el palacio imperial. Existían oscuros recovecos en los que se podía ocultar a una persona, y él tendría acceso a ellos.

Una vez más, Filippo tenía una sugerencia. Personal de su confianza se pasearía por todas partes con tablillas en la mano, como si el supervisor de obras les hubiera dado instrucciones para poner a punto el palacio en previsión del regreso del emperador. Revisarían el nuevo edificio de Domiciano, los antiguos palacios que habían sido reemplazados y las partes de la Casa de Oro de Nerón que habían sobrevivido. Se prestaría especial atención a las estancias subterráneas y a los pasadizos ocultos.

—En el edilato tenemos esclavos públicos; deberían estar fuera del alcance del traidor —ofreció Tiberio—. Está previsto darles tiempo libre para asistir a los Juegos. Puedo decepcionarlos y ponerlos a tu disposición. —Era duro, pero se trataba de esclavos. Tiberio añadió—: Si confías en el actual comandante de los pretorianos, debería tener a sus hombres en máxima alerta en palacio para que informen sobre cualquier actividad sospechosa. ¡Desde luego deberían arrestar a cualquiera que lleve una lira!

Impasible ante la broma, Filippo replicó con pesar que no estaba seguro de poder confiar en el alto mando de los pretorianos. Los hombres más leales a Domiciano se habían ido con él a Panonia. Los que se habían quedado en Roma podían ser inexpertos, o dudosos, o podían haberlos sobornado; cualquiera que conspirara para hacerse con el control del Imperio necesitaría ganarse plenamente el favor de los pretorianos. Pero vería qué podía hacer.

El último punto que discutimos fue cómo hacer llegar nuestra historia a Domiciano antes de que pudiera intervenir cualquier otro. Tiberio recomendó a Filippo que acudiera al prefecto de la ciudad. Ese hombre, Rutilio Gálico, tenía rango

consular y una amplia experiencia, además de ser un viejo y acérrimo defensor de Vespasiano. Como prefecto, sería el encargado de abrir las puertas de la ciudad para dar paso a Domiciano formalmente, cuando el emperador regresara para celebrar su doble triunfo. Por lo tanto, tenía que saber cuándo regresaría exactamente.

Mi padre había trabajado con Rutilio. Falco opinaba que era un tiquismiquis conservador que escribía unos horribles poemas épicos. Pero era honrado y absolutamente leal a los Flavios. La idea de un Nerón impostor le horrorizaría. Podíamos adivinar también su desagrado hacia los partos. Como supervisor de Roma, Rutilio Gálico era el funcionario de mayor rango al que podíamos recurrir, no había otro por encima de él. Tenía acceso a importantes recursos. Si Filippo podía realizar una visita clandestina y convencerlo de nuestra teoría, el prefecto nos ayudaría.

Convinimos en reunirnos de nuevo cuando se hubieran llevado a cabo los registros y se hubiera diseñado un plan para Esquila. Filippo me dejó un mensajero para facilitar el contacto entre nosotros.

Mi primer encargo para el mensajero fue enviarlo a casa de Perella. Le llevó un mensaje donde yo le daba a entender que buscara tinta invisible, y donde explicaba que podía haber surgido un nuevo peligro. Un rey con una larga jabalina llegaba desde Oriente. Los hombres que le habían robado el cargo que debería haber sido suyo eran unos inútiles. ¿Tenía ella alguna noticia para mí?

Cuando el mensajero regresó a nuestra casa, vino con él una silla de manos alquilada que contenía a Perella en persona.

Capítulo 46

Perella no llegó a poner los pies en la casa. Pidió que yo saliera a su encuentro. Hablamos a través de las cortinas de la ventana de la silla de manos. Tal vez fuera una precaución para que los vecinos de nuestra calle no la vieran. Tal vez era simplemente una vieja señora que no podía caminar mucho.

—He ido a ver a Momo por ti. Sigue siendo abominable. Flavia Albia, ¡me debes unas vacaciones pagadas en Bayas!

Pestañeé. Situada en la bahía de Neápolis, Bayas era famosa por sus fuentes termales. Creo que sus magníficas termas y casas de juego alojaban a prostitutas de largos cabellos, que atendían a mujeres de cualquier edad con sus hábiles manos perfumadas, pero Perella solo debía ir allí si no tenía escrúpulos morales y se sentía atlética. De lo contrario, sería una pérdida de dinero.

—Lo siento, Perella, tengo que pensar en tu bienestar. Si tu información es buena, podría costarte una agradable casa de baños medicinales con médicos que dispensaran terapia de sueño.

—¡Anda y piérdete! —bramó la decrepita mujer—. No necesito que interpreten mis sueños. Procuero no tener ninguno.

Con su pasado de asesina, me pareció muy sensato.

—Mi madre conoce a un hombre en Alejandría que hace unas purgas fantásticas.

—Con el mayor respeto a tu maravillosa madre, todo para ella. ¿Quieres que te diga lo que sé o no?

—Basta de chismes... sí.

—En primer lugar —dijo Perella, mirándome desde el interior de la silla de manos. Me fijé en que llevaba el pelo peinado hacia atrás, lo más tirante posible. Incluso sentada, mostraba colgadas unas prácticas bolsas de cuero, cuyas correas le cruzaban el pecho. Parecían los accesorios de su antiguo trabajo, seguramente llenos de armas—. ¿A qué venía ese mensaje absurdo que necesitaba sujetar a la luz de una lámpara de aceite? Nadie hace esas cosas hoy en día, muchacha. Es demasiado anticuado y los que revisan las cartas conocen el truco. Me he quemado todo el vello del brazo.

—Lo siento.

—El método moderno —me informó Perella— consiste en tallar el mensaje en una seta gigante (seguro que esa idiotez se le ocurrió a un hombre), o metérselo a una mula por el trasero. Aun así, no es seguro: verás a muchos guardias en los puntos de control levantando el rabo a los animales para hurgar. No es para excitarse ellos ni a las mulas.

Obedientemente, volví a pedir disculpas.

—Pensaba que se debía escribir en la cabeza afeitada de un esclavo, pero no tenía tiempo para esperar que creciera el pelo y ocultara el mensaje... Gracias por enseñarme.

—De nada. Acude a mí y te enseñaré todos los trucos. Se nota que tienes potencial. ¿A qué viene tanta urgencia?

Ahora que ya habíamos acabado con la cháchara intrascendente, no vi razón alguna para andarme con rodeos.

—Se trata de lo siguiente: están preparando a un nuevo Nerón falso para hacerse con el poder en Roma.

Perella sofocó una carcajada.

—Oh, así de sencillo, ¿eh? ¿Qué le enseñan, a tocar la lira y a hablar con grandilocuencia? ¿Y mueve los hilos el astuto traidor que mencionaste?

—Eso parece. Con la complicidad de Partia.

—Por supuesto. ¿Y qué están haciendo esos inútiles de los libertos? —estalló Perella, exasperada—. ¡Por Venus y su ceñidor dorado^[23]! No puedo dejarlos solos un momento sin que esos idiotas holgazanes se metan en un lío.

—Lo sé —musité.

—¡Malditos hombres!

—Lo sé, lo sé... Bueno, ¿y qué te ha dicho Momo? —me arriesgué a preguntar.

—¿Ya puestos a hablar de zopencos? Ese es más bien un zurullo humeante. Recién depositado. Necesitaré dos horas en un *tepidarium* para eliminar el hedor de haber estado en la misma habitación que él. Aunque no haya estado dentro en realidad. Cuido mi salud. Me he quedado en la puerta.

Sonreí con toda la paciencia que me fue posible. A veces tienes que aceptar que te den mil vueltas.

—Volver a palacio me ha dado escalofríos. No bromeo, Albia. Lo primero que puede ser interesante —se dignó a decir por fin Perella— es que, al llegar yo, Momo estaba en compañía del tipo que mencionaste, el Princeps de la Castra.

—¿Casi Nueve Medallas?

—Llamémoslo Tito. Siempre hay un imbécil llamado Tito. —Sí, Perella conocía muy bien a Falco y sus dichos.

Recordé que yo misma había visto a Tito dirigiéndose al Palatino después de asegurarme que quería cortarse el pelo. ¿Así que se había ido a hablar con el gusanoapestoso de Momo?

Todo se aclaró con las explicaciones de Perella.

—El Princeps le ha preguntado por un hombre del que se había encargado Momo a petición suya este mismo año. Lo envió a trabajos forzados en Egipto, en las minas o las canteras de mármol. —¡Menudo éxito el de la encantadora parienta convenciendo a Tito de que dejara al escribiente Simón volver a casa para ser erudito! —. Tito (ese hombre está como una cabra) quería saber qué posibilidades había de recuperar al prisionero. Momo le ha contestado, con su proverbial encanto, que las mismas de dejar preñada de mellizos a una virgen vestal.

—Siempre tengo la impresión de que esa que se llama Cornelia lo anda buscando —reliqué.

—No, es demasiado lista para que la descubran... Tito se ha puesto serio y ha amenazado a Momo. A él le ha dado igual, pero ha admitido que tenía noticias sobre el escribiente. Como quien no quiera la cosa, cuando el prisionero llegó a Alejandría, dio esquinazo a sus guardianes y huyó, perdiéndose en el estiércol como un escarabajo pelotero. Alejandría es una ciudad muy grande, tengo entendido.

—Lo es. —Yo había estado en ella—. Suponiendo que siga allí. Sus padres tienen una granja. ¿Quién sabe dónde puede estar? Pero enviar las órdenes y traerlo de vuelta a Roma llevaría demasiado tiempo, Perella. En cualquier caso, puede que jamás confesara quién le había pagado. —El que pagaba tenía la costumbre de hacer que mataran a los prisioneros antes de que pudieran traicionarlo. Pensé con tristeza en el prescindible tercer Nerón falso, cuya muerte ahora parecía aún más absurda y vengativa—. No podemos esperar. Podríamos tener a un nuevo y horrible Nerón pavoneándose en un tribunal con un gran manto púrpura antes de acabar la semana.

—¿Está reuniendo su equipo incendiario para quemar la ciudad?

—Con unas preciosas y grandes llamas, solo para probar que es él —convine con tono adusto—. Cuenta con que tocará la lira.

Perella hizo una mueca de dolor.

—Soy lo bastante vieja para recordar las composiciones de Nerón. Tal vez se ha entrenado para apreciar el talento... En cuanto a lo de recuperar al escribiente, han abandonado esa estúpida idea. A su repugnante modo, Momo ha recordado a Tito que no había tiempo para follarse a una cabra. Lo sabemos. Son hombres, necesitan tomarse su tiempo para pensar. —Sonaba como una tía anciana mostrándose de acuerdo en que los padres de una joven sobrina eran horribles por impedirle seguir viendo a un mozo de establo obsesionado con el sexo—. Piensan con el nabo. Prever un problema supondría una tensión excesiva para su preciosa cabecita, ¿verdad?

Asentí mansamente, como se esperaba de mí.

—¿Y cómo has escuchado esa conversación?

—Me he quedado al otro lado de la puerta. Las cerraduras no sirven solo para usar las llaves. Los métodos sencillos son los mejores.

La idea de que se hubiera limitado a agacharse para escuchar me divirtió de lo lindo.

—Y, entonces, ¿qué?

—El viejo Tito ha mostrado su decepción gruñendo exclamaciones de legionario. Ha salido hecho una furia, así que le he atacado afablemente con un: «¡Ooh, querido Princeps, casi me haces salir volando!».

—¿Te conoce, Perella? —Si era así, solo me sorprendía a medias.

—No tenía idea de quién era. Eso es porque soy un agente excepcional que debería estar al mando por derecho propio. Él no es más que un soldado condenadamente bueno.

—¡Tiene un buen físico! —mencioné.

—Pero necesita ayuda con el trabajo mental. Se ha ido soliviantado por nada. Yo

he dado unos golpes en el marco de la puerta, y luego me he encarado con Momo. Y, en las asquerosas y sucias cloacas en las que vive Momo, tu respuesta es sí. Un funcionario con un importante cargo cercano al emperador se ha corrompido.

—¿Las ratas de las cloacas han dicho su nombre?

—No son estúpidas. Pero si alguna vez susurran una pista, suele ser «Abascanto». Todos detestan al hombre del momento. A todos les gustaría verlo caer. A mí me gustaría, y, ya puestos, me gustaría hacer caer a esa esposa suya, la vieja viuda rica que tan descaradamente lo presiona.

—Por los dioses, ¿qué ha hecho su esposa?

—¿No te has enterado? Cuando ascendieron al divino Abascanto a Peticiones, Priscila se arrojó al suelo delante de Domiciano, babeando su agradecimiento.

Hice el gesto de vomitar, mostrándome de acuerdo en que eso era pasarse de la raya, y mucho.

—Ahora, escúchame, jovencita. —Perella se asomó por la ventanilla. Me agarró por la parte superior de la túnica haciendo tintinear mis collares, y me atrajo hacia sí. En medio del tufillo a vieja señora que la rodeaba, me pareció captar los persistentes efluvios malignos de Momo—. Corre el rumor de que se avecina algo gordo. Todos están nerviosos. No saben qué es, pero Momo me ha pedido que te dijera que será mejor que pidas ayuda a tu padre.

Me desasí. Literalmente pateé el suelo con ira.

—Perella, ¿por qué la gente no hace más que preguntar por Falco? Hago bien mi trabajo. ¡Esta misión es mía!

—Eso es cierto, querida —replicó la vieja bailarina con expresión de complicidad—. Y lo harás bien, lo sabemos. Ese canalla se creará muy listo, puede que parezca intocable, pero tú y yo vamos a sacar ese repugnante montón de estiércol a paladas y a usarlo para abonar nuestros rosales. Podemos prescindir de los otros idiotas. Dejemos que correen de un lado a otro sintiéndose útiles. Aquí hay que atrapar a un hombre. Es trabajo para una mujer.

Capítulo 47

Cuando Perella se fue, volví a entrar en casa, donde Tiberio estaba hablando con su capataz. Larcio debía de haber entrado por la puerta de la pared medianera. Se despidieron con una inclinación de cabeza y Larcio se fue. Tiberio se acercó entonces a mí.

—Ha estado por aquí un tipo fastidiando a los peones. Pedir trabajo suele ser una excusa para echar un vistazo a ver qué materiales y herramientas hay que valga la pena robar. Después de echarlo, Larcio ha salido a la calle y ha observado que había dos hombres acechando en un portal.

Tiberio se dirigió a la entrada principal a grandes zancadas y abrió una rendija.

—¡Sí, los veo! Amor mío, vigilan nuestra casa. Nos vigilan a *nosotros*.

Debían de haber visto la silla de manos de Perella; me pregunté si ella los habría visto antes y por eso había permanecido oculta. ¡Podría habérmelo dicho!

No debían de haber visto con quién hablaba, así que no la habían seguido.

Impedí a Tiberio que saliera para acercarse y abordarlos.

—Puedes arrestarlos. Pero unos profesionales no confesarían para quién trabajan. Mi padre siempre dice que, si te tienen vigilado, lo mejor es dejarlos hacer. Al menos así sabes quiénes son y dónde están agazapados. Si tienes que salir, hazles sudar.

Tiberio dudó. Pero al cabo de un momento cerró las puertas con firmeza y volvió a cruzar lentamente el atrio.

—Tienes razón. Si los ahuyentamos, quizá no seamos capaces de detectar a sus sustitutos.

—¿Qué plan tienes, edil?

Su expresión era la de un hombre que había tomado una decisión, posiblemente antes incluso de los recientes acontecimientos. Tras comprobar conmigo que nada de lo que me había dicho Perella requería mi atención inmediata, me hizo una proposición. Durante las últimas tardes se había retirado a la cama, donde había estado dormitando, o teniendo pesadillas, o entregándose miserablemente a sus temores. Me aseguró que ahora estaba preparado para hacer su aparición en los Juegos. Quería que yo le acompañara.

Parecía tan angustiado, que dudé de que estuviera realmente listo. Pero el matrimonio es así. Él quiere salir. Tú no. Al final acabas saliendo.

Mientras nos acicalábamos como era debido con nuestras mejores galas, enviamos a Dromo a pedir prestada la gran litera del tío Tulio. Cuando llegó, Tiberio vestía su túnica más blanca, sobre la que yo misma le había ayudado a disponer los enormes pliegues de su toga con bordes púrpura. Yo me había puesto el elegante vestido que había llevado para ir a la casa de Partia, además de collares y brazaletes suficientes para desviar la atención de mis cabellos, que había recogido en un peinado básico,

sujeto con precariedad. Para la esposa de un edil, era demasiado apresurado y torpe. No obstante, acompañaba a un magistrado al que había golpeado un rayo. Nadie me miraría a mí.

El tío Tulio había ido a las carreras por la mañana, pero ahora estaba en casa para comer, lo que en su caso implicaba prácticas sexuales innombrables, seguidas de dos horas de sueño profundo. Nos prestó su medio de transporte. Era una litera enorme que portaban seis robustos númidas; aquellos héroes de pecho desnudo iban cubiertos de aceite como ébano pulido, pero el palanquín en sí era sencillo, mucho menos ostentoso que las andas de las que alardeaban los partos. Como hombre de negocios, a Tulio Icilio le gustaba mantener el equilibrio entre demostrar al mundo que tenía dinero y desplazarse ostentosamente de un lugar de encuentro a otro para dirigir su imperio de almacenes. Pasaba mucho tiempo bebiendo infusión de menta en mesas de taberna, donde despedazaba sin compasión a otros comerciantes. Era bueno. Se había hecho con una pequeña fortuna.

Parte de esta fortuna pertenecía por derecho a mi marido. El tío Tulio seguía la tradición romana de que los fondos familiares debían controlarlos con mano férrea la generación más vieja. Ya veríamos. Tiberio estaba dando cautelosos pasos con respecto a su herencia personal. Como esposa suya, por tradición yo debería alentarle. Por el momento, me tomaba mi tiempo.

Nos metimos en el lujoso transporte del tío. Examiné a los dos que nos vigilaban, unos tipos serios que merodeaban por allí con sus oscuras túnicas; no comenté nada a Tiberio, pero eran tan obvios para mí, que solo podían haberlos enviado como amenaza. Querían que los viéramos. Bueno, a donde íbamos ahora estaríamos a salvo: nuestros asientos serían demasiado públicos y ellos no podrían acercarse.

Sea cual sea el modo de hacerlo, descender desde las cumbres del Aventino hasta la llanura donde se encuentra el Circo Máximo nunca es fácil. Incluso en la litera gigante de un hombre rico, uno se desliza suavemente hacia delante con frecuencia cuando los portadores bajan por esa pendiente tan inclinada. Al menos sujetarnos y volver a acomodarnos distraía nuestros pensamientos de la dura prueba que se avecinaba. Hubo incluso risitas. Habíamos salido de excursión y de repente recordábamos que éramos unos recién casados.

Durante el largo recorrido a lo largo del exterior del estadio, intenté mantener su mente ocupada, pero noté que Tiberio lamentaba su decisión. En los días festivos, alrededor del Circo se arremolinan las multitudes de espectadores, vendedores de comida, prostitutas, jugadores y embaucadores de todo tipo. Las pequeñas tiendas, y especialmente las casetas que se apiñaban allí en esos días, estaban haciendo un buen negocio. Olía a humo, sudor, comida y excrementos de animales. Se oían ruidos de música, charlas, peleas, chirridos y choques. Aquella barahúnda empezaba a molestar a mi marido.

Nuestros portadores llegaron por fin al nuevo y enorme triple arco que el Senado había levantado en honor al emperador Tito; para acceder al estadio, tuvieron que

decir a los porteros a quiénes trasladaban. Demasiado tarde descubrimos que anunciar al edil golpeado por un rayo era un acontecimiento espectacular. Peor aún de lo que temíamos, pues ocurrió durante una pausa entre las carreras. Acompañada por sonoras trompetas, enviaron a nuestra litera, con sus grandes cortinas descorridas, a través del arco principal, y luego alrededor de la pista interior. La zona especial para magistrados se hallaba a mitad de camino en el lado del Palatino; tuvimos la suerte de que los organizadores del evento quisieran atenerse al programa, de modo que no nos impusieron una vuelta completa al circuito.

Un estresante clamor nos envolvió mientras nos desplazábamos entre los asientos y la mediana elevada llamada *spina*, con sus fuentes, sus postes de giro, su templo, sus parapetos para los cuidadores de la pista y las asistencias de emergencia. Tuvimos que recorrer el trecho hasta el alto obelisco de granito gris que Augusto había mandado transportar desde Heliópolis. Había un palco oficial; se encontraba en el interior de un templo monumental que se elevaba no lejos del templo del Sol, pero en el lado opuesto de la *spina*. Desde aquella tribuna se disfrutaba de las mejores vistas de la línea de llegada, y tenía por nombre *pulvinar*, por los *pulvinaria*, los cojines sobre los que se depositaban las imágenes de los dioses en los templos. Augusto lo construyó como palco de honor para sí mismo. Ahora nos aguardaba a nosotros.

Mientras tanto, los vítores aumentaron cuando se corrió la voz de quiénes éramos. Sonaron aplausos y pataleos. Cuando Tiberio salió de la litera, el estadio se vino abajo.

Él se puso blanco. Yo salí de la litera y le tomé del brazo con firmeza. Subimos hasta la tribuna. En aquella ocasión tan formal, esperaba ser la que estuviera más nerviosa de los dos. De nuevo, eso era el matrimonio; tenía que ayudar a Tiberio. Gracias a los dioses que lo había acompañado, porque desde luego me necesitaba.

Llegamos a lo alto. Cuando un romano llega a algún lugar, siempre dispone de un útil momento para serenarse: tiene que reajustarse la toga. Le ayudé como una buena esposa. Afortunadamente, cuando mi padre tenía que ir togado, requería de todos sus parientes femeninos para mantenerse quieto mientras hacíamos que los pliegues cayeran correctamente mientras él nos maldecía, así que yo sabía cómo hacerlo. Invariablemente esa tarea me hacía reflexionar sobre lo disparatada que era la nación a la que ahora pertenecía.

—Escucha a la gente. ¡Felicidades, edil!

Tiberio esbozó una sonrisa trémula. Apareció una corona para él. Una guirnalda para mí. Seguimos hasta un asiento fresco bajo el toldo de las personalidades, mientras los cónsules y otros notables se levantaban y nos aplaudían cortésmente. Tiberio recibió el clamor alzando la mano con timidez para dar las gracias a todo el mundo por sus buenos deseos. Nos sentamos. Había cojines. Había incluso escabeles para los pies. Unos esclavos nos trajeron bebidas frías. Más esclavos nos ofrecieron platos de frutos secos y fruta fresca. Todo empezó a calmarse.

Tiberio lo había conseguido. Para mi sorpresa, se me escapaban las lágrimas.

Allí estábamos. Cuando sus colegas ediles dejaron de estrecharle la mano, cuando las esposas, antes desconocidas para mí, dejaron de besarme y abrazarme por solidaridad, Tiberio se volvió hacia mí mientras los demás prestaban atención a los carros que iban a competir. Estaba abrumado. Le sonreí. A pesar de su ansiedad, me miró con sus grises ojos y me dedicó un guiño.

Por fin habíamos cumplido el objetivo de nuestra boda formal de hacía cinco días. Nos habíamos presentado en público como uno solo, más público no podía ser: Tiberio Manlio Fausto y su esposa Flavia Albia.

Capítulo 48

Se había levantado un palco imperial realmente suntuoso en lo alto del nuevo palacio. Proporcionaba a Domiciano la mejor vista posible del Circo, al tiempo que le permitía permanecer prácticamente invisible al público congregado. Cuando estaba en Roma, en ocasiones invitaba a algunos funcionarios a acompañarlo. Cuando estaba fuera, el palco imperial permanecía vacío. El *pulvinar* estaba preparado para la gente más importante, que disponía de asientos de primera fila. A las esposas se les permitía quedarse atrás y asomarse por encima de los togados hombros de sus maridos. Excepcionalmente, me colocaron al lado de Tiberio. Un privilegio de recién casada.

Los cónsules estaban juntos al otro extremo de la hilera. Tito Aurelio Fulvo (su padre había sido cónsul dos veces, así que Domiciano debía de tener serios problemas para hallar excusas que le permitieran acosar a esa familia) y Marco Asinio Atratio, conocido por ser un desconocido. Solo recordaba sus nombres porque oficialmente el año en curso llevaba su nombre. Cada vez que escribías la fecha, tenías que dilucidar cómo se deletreaban. Aquellos nobles patricios no se acercaron a hablarnos, pero nos saludaron con una gentil inclinación de cabeza.

Otro hombre poderoso debía de ser el pretor, el encargado principal de administrar justicia en Roma. Su esposa había adquirido nuevas y centelleantes joyas en honor al cargo que ocuparía durante un año. Las examiné como hija de un hombre con una casa de subastas (era improbable que se consiguieran beneficios con ellas).

También estaba presente el hombre que yo sabía que era Quinto Julio Cordino Cayo Rutilio Gálico, prefecto de la ciudad. Era un italiano del norte con sesenta y tantos años, un viejo duro y chapado a la antigua al que mi familia había conocido en Tripolitania, donde él era el legado de Vespasiano. Más adelante él y mi padre, que jamás rehuía los desastres, celebraron conjuntamente un recital de poesía en el auditorio de Micenas; aún se hablaba de él, aunque no por razones culturales. Tras una carrera decente que había dado comienzo a las órdenes del gran general Corbulón —recordé entonces que Rutilio tendría interés en Partia—, había pasado por un consulado, había gobernado la Galacia y la Panfilia, luego Asia *dos veces* —de nuevo, curiosamente tópico—, hasta que Domiciano le había designado para su puesto actual como supervisor principal de la propia ciudad de Roma. Como ayudante de un hombre que se llamaba a sí mismo dios, empezaba a notarse que la tensión hacía mella en él.

De repente me pregunté si la posibilidad de encontrarse con Rutilio y pedirle ayuda era el motivo por el que el solícito Tiberio había hecho un esfuerzo por ir al Circo. Yo habría encontrado una excusa para recorrer la hilera hasta él y presentarme como la hija de Falco, esposa del edil: mis acreditaciones iban creciendo. Rutilio me había reconocido, o más probablemente había oído lo de mi boda, así que se acercó para saludar. Quizá mi padre no debería hablar tan mal de él.

Una carrera acababa de empezar, de modo que Rutilio se agachó en la fila de detrás y se inclinó entre los dos para hablarnos. Rápidamente trajeron más cojines al prefecto de la ciudad. Se sirvieron más platos con exquisiteces. Se le ofreció vino.

Cuando los esclavos se retiraron, y bajo la protección del ruido de los caballos corriendo, me giré un poco para hablarle. En presencia de ciento cincuenta mil personas, pedí permiso para plantear un asunto confidencial, y luego advertí al noble prefecto de los peligros que amenazaban a Roma. En medio del alboroto de una carrera de cuadrigas, nadie podría oírnos. Si había ciento cincuenta mil personas que sabían leer los labios entre el público, estábamos acabados. Por suerte las vueltas de los carros en la pista eran mucho más importantes que la lejana conversación de dos personas en los asientos especiales.

Rutilio me escuchó, con la cabeza hacia delante para oírme mejor. Yo era la joven esposa de un magistrado menor, por lo que no tenía necesidad de hacerlo, pero era de la clase de hombres que jamás le dan la espalda al trabajo. Acabaría teniendo un colapso nervioso muy pronto, pero en aquel momento aún se las arreglaba para mantenerse activo. La ausencia de Domiciano había aliviado su tensión temporalmente.

Fui breve, limitándome prácticamente a una enumeración, pero nombré a nuestro principal sospechoso, mencioné a Partia y al sustituto del falso Nerón, y expliqué nuestros planes para seguir adelante. Cuando terminé, me pareció que Rutilio suspiraba para sus adentros, como un hombre que tenía ya demasiadas cargas. No demostró sorpresa. No dijo absolutamente nada, se limitó a ofrecerme un cuenco de nueces saladas con el galante gesto de un hombre mayor que pretende ser cortés. Pero al recoger el cuenco, noté que me apretaba la mano. No era de los que manoseaban a las mujeres; aquel apretón transmitía un mensaje: «Déjame a mí».

Cuando el prefecto de la ciudad volvía a su asiento, apareció en el *pulvinar* un recién llegado: Flavio Abascanto, absolutamente radiante. Rutilio Gálico le saludó estrechándole la mano, luego besó la mejilla de la madura y bella esposa, que se mantenía respetuosamente detrás del marido, cubierta de enormes perlas indias. Ninguno de los dos hombres se mostró efusivo. Debían de trabajar juntos a menudo, así que ambos dominaban el arte burocrático de actuar como colegas cordiales con personas a las que despreciaban. (Y, sí, sospecho que la aversión era mutua). El liberto no recibió ningún aviso. El prefecto no recibió ningún gesto cordial.

Rutilio Gálico se sentó en su sitio. Ofreció otro cuenco de frutos secos a su esposa, Minicia Petina. Ella se las había apañado para no saludar a Abascanto y Priscila ni siquiera con una inclinación de cabeza. Seguí observándolos detenidamente y vi que Rutilio se inclinaba hacia un esclavo, hablando en voz baja. Poco después, sin que nadie se percatara, el prefecto de la ciudad se marchó discretamente.

Dado que no se requería de mí que hablara demasiado, me dediqué a observar a la multitud. Al final acabé divisando los asientos reservados a dignatarios extranjeros y otros huéspedes ilustres de Roma. En medio del derroche de color del Circo, los enviados partos se hacían notar por sus tonalidades y sus tocados algo distintos, con mucho menos blanco del que solían usar los romanos en sus fiestas; se resguardaban todos bajo parasoles, lo que no complacería en exceso a los que tenían sentados detrás. Entornando los ojos para protegerlos del sol, los examiné con suma atención. Allí estaban Dolazebol y Bruzeno, además de las damas veladas que habíamos conocido Marcia y yo, y debían de haberse hecho acompañar de todos sus sirvientes.

Esquila no estaba.

Hice una seña a Tiberio, mostrándole dónde estaban sentados los partos.

—¿Les enviaste tú las entradas?

—Ha debido de hacerlo otra persona.

—Abascanto —gruñí por lo bajo; luego susurré—: La encantadora Esquila debe de estar sola en la casa.

Tenía un marido maravilloso. Me lanzó una larga mirada... aunque no la más reprobadora de su repertorio. Sin que yo se lo hubiera pedido siquiera, le susurró a otro edil que la algarabía del Circo Máximo era aún un poco excesiva para él y se excusó por marcharse. Tenía intención de ir al teatro por la noche, donde se iba a representar una obra llamada *El fantasma que habló*. Esa tenía que verla. La había escrito su suegro.

Para salir, utilizamos una ruta posterior más discreta, por la que sin duda se había ido antes el prefecto de la ciudad. Seguramente a Rutilio lo había recogido una cómoda litera, pero la nuestra había vuelto a casa de tío Tulio. De todas formas, la mayoría de la gente se quedaba en las carreras hasta que terminaba el programa, de modo que había una hilera de sillas de manos vacías esperando con sus aburridos porteadores.

Tardamos un rato porque Tiberio Manlio consideraba que era deber del marido preguntar siempre cuánto costaría el trayecto antes de permitir que su esposa se introdujera en la silla (por mucho daño que le hicieran a ella las tiras de sus sandalias mientras esperaba a pleno sol sin moverse). Miré a mi alrededor con nerviosismo, por si veía a los dos hombres que merodeaban frente a nuestra casa. Tiberio tuvo que discutir. Como edil cuyo trabajo consistía en supervisar esos temas, afirmó que había unas tarifas oficiales fijadas, con multas por no atenerse a ellas; los porteadores le aseguraron que, desde siempre, tradicionalmente se aceptaba que todos los precios se doblaban en los días que se celebraban Juegos.

Eso era cierto. Lo aceptaban los enojados clientes que pagaban a regañadientes porque de lo contrario tenían que volver a pie a casa.

Mientras él seguía negociando con vehemencia, oímos que nos llamaban por

nuestro nombre. Claudio Filippo llegó con paso apresurado. Nos dijo que nos había visto en el *pulvinar*, y que luego se había percatado de que nos íbamos. Así pues, nos alejamos los tres en busca de un lugar donde hablar inmediatamente, seguidos por las imprecaciones de los porteadores.

Capítulo 49

Caminamos con paso ligero a lo largo del lateral del Circo a la sombra del Palatino. A pesar de haber prometido a Tiberio que no volvería a hacerlo, mi intención al salir era rodear la colina para ir a la casa de Partia. Le expliqué a Filippo que pensaba que Esquila debía de estar allí sola, y que intentaría verla. Tal vez Corelio podría dejarme entrar. Si todos los demás estaban en los Juegos, quizá podría incluso sacarla de allí. ¿Por qué no lo hacía Corelio?

Filippo me lo explicó y frustró mis esperanzas. La situación en la casa había cambiado. Corelio le había enviado un mensaje ese mismo día para avisarle de que Dolazebol se había vuelto en contra de Esquila y la tenía prisionera. Ese mismo día se la habían llevado custodiada. A Corelio no le había sido posible seguirlos porque lo habían enviado a un recado y estaba fuera en ese momento. Se lo había contado uno de los sirvientes de confianza cuando ya no estaban.

Suspiré.

—Supongo que para los partos siempre ha sido obvio que Corelio los vigilaba. — Seguramente habían seguido la regla de mi padre: cuando sabes quiénes son los que te vigilan, déjalos hacer—. ¿Y qué hay del jardinero, el agente de Trebiano?

—Por desgracia estaba trabajando en el jardín. Si de repente hubiera dejado las herramientas, se habría descubierto su tapadera.

Ese era el problema de infiltrar a un espía que tenía un trabajo concreto. Si se interrumpía, llamaba la atención. También debía de existir siempre el peligro de que le gustara el trabajo y se concentrara tanto en él, que se le escaparan acontecimientos cruciales. El jasmín del enrejado, tan diligentemente atendido, tenía mucho de lo que responder.

No tenía sentido armar alboroto en la casa de Partia si a Esquila se la habían llevado a otro sitio. Los tres estuvimos de acuerdo en que teníamos la esperanza de que siguiera viva, la tuvieran donde la tuvieran. Luego seguimos caminando hasta el lugar donde la Escalera de Caco descendía abruptamente desde el Palatino, punto a partir del cual Tiberio y yo volveríamos a nuestra casa, y Filippo se despediría de nosotros. Él pensaba volver para comprobar si la búsqueda del nuevo Nerón había dado algún fruto. Se quejó de que le parecía improbable porque el Palatino era una auténtica madriguera de conejos. Había corredores nuevos y viejos, series interminables de despensas y trasteros, aposentos imperiales abandonados, áreas que se habían rellenado con escombros para poder construir más edificios encima, y otras partes dañadas por hundimientos.

Me pregunté si tendrían a Esquila y al nuevo Nerón falso ocultos en el mismo sitio. No parecía prudente. Yo misma no lo haría.

Me pregunté quién cuidaría del gato de Esquila.

Capítulo 50

Pasamos una tarde tranquila. Es un lujo durante una investigación. Para disfrutarlo adecuadamente, solo tienes que dejar de creer que tu tarea es imposible. Pero relajarse puede provocar abatimiento. Teníamos pocas posibilidades de encontrar al Nerón entrenado y yo tenía escasas esperanzas de recuperar a Esquila. Eso significaba que demostrar la existencia de un traidor en palacio también era improbable. Nos habíamos puesto todos en peligro para nada, pensé amargamente.

Esa noche volvimos a salir para ir al teatro. Tiberio le había contado a su colega que una de las obras la había escrito su suegro, Falco. Con la reticencia que era típica en él, había omitido comentar que quería supervisar las representaciones de los festejos. Eran los ediles quienes organizaban los Juegos Romanos; Tiberio había elegido las obras y a los intérpretes, y luego les había designado el lugar. No podía dejarlo simplemente ahí; siendo él como era, tenía que asegurarse de que todo salía bien.

El fantasma que habló era desternillante. Su única representación previa se había producido en el desierto, en Palmira. Literalmente había causado furor. A mi madre siempre se le humedecían los ojos de la risa cuando lo recordaba, pero mi padre, el sensible autor, tendía a mostrarse susceptible. Todos sabíamos que consideraba al héroe ingenuo como un reflejo de sí mismo cuando era joven. Esta vez, había intentado hacerse con el papel del fantasma, pero el productor le había convencido de que renunciara «para darle una oportunidad a un actor novel».

La obra iba a representarse en un pequeño teatro temporal en el Foro Boario, el mercado de ganado. Tiberio le había dicho a mi padre que pensaba que allí sería «más íntimo». Lo que quería decir en realidad era que no esperaba que hubiera mucho público que acomodara sus posaderas en los inestables asientos de madera. Yo sospechaba que había programado *El fantasma* al mismo tiempo que una grosera pantomima en el teatro de Pompeyo, que sería popular porque se rumoreaba que habría desnudos, y un evento coral en el teatro de Marcelo que contaba con un tenor especialmente bueno. A nadie le importaba si cantaba bien; la gente acudiría en masa porque tenía una escandalosa aventura con la joven hija de un senador. Todo el mundo esperaba que el senador apareciera hecho una furia. Los tenores saben darse publicidad.

Los actores originales iban a representar *El fantasma que habló* sin dejarse disuadir por su mala fama. La compañía pertenecía a Talía, la madre biológica de mi hermano pequeño. Esa era una razón añadida para asistir, pues mi familia concede un gran valor a la lealtad... cuando se espera que esa lealtad te dé mucho de qué hablar en las siguientes Saturnales. Además, queríamos que Póstumo experimentara la herencia a la que había tenido la suerte de escapar cuando Falco y Helena lo habían adoptado tan generosamente.

Antes del prefacio, Tiberio tuvo que aceptar el aplauso del público. Mejor

preparado que antes, lo encaró con valor, aunque había más público del que se esperaba. A la gente le atrae la posibilidad de un desastre.

En realidad, todo resultó la mar de bien. Lo que supuso una decepción. Llevamos a Dromo. Le encantó.

Después todos los demás se fueron tranquilamente a casa de mis padres para la celebración, que incluiría una de las parrilladas de mi padre y mucho vino proporcionado por tío Lucio. Tiberio y yo nos fuimos tranquilamente a casa. Mi marido parecía exhausto, aunque estaba de buen humor.

En la vía Loreti Minoris, dos espías permanecían de guardia en el mismo portal, inmóviles como cariátides. El hecho de que esperáramos verlos allí disminuía la amenaza.

Tiberio se fue al negocio de construcción para hablar con Larcio. El capataz le dijo que los que vigilaban no habían causado ningún problema. Se habían comprado calamares fritos para la cena, habían bebido de una botella, habían arrojado las sobras a la alcantarilla, y habían guardado la botella porque podían reclamar un descuento si la devolvían al volver a comprar. No habían hablado con nadie. Si habían orinado en el portal, lo habían hecho discretamente, y no era el nuestro. Larcio había llevado al perro guardián a dar un paseo y le había alentado a ladrarles. El propio Larcio les había lanzado un «¡Buenas noches!» intencionadamente para hacerles saber que los habían descubierto.

Mientras estábamos fuera, el fabuloso Estertinio se había presentado con la remota esperanza de ser invitado a cenar. Larcio dijo que estaba de mal humor; Estertinio había ido a dar una clase esa noche, pero al llegar se había encontrado con que su alumno se había escabullido por la ventana de su dormitorio para saltarse la lección e ir a una taberna.

—Le hemos ofrecido que compartiera nuestras empanadas, pero ha dicho que no, gracias, si eran de las de Xero. Tiene un concierto mañana y no puede arriesgarse a que le entren cagaleras. Le he dicho que el truco está en evitar las de conejo, porque Xero usa ratas, pero él se ha dado el piro. Una pena, en realidad. El perro estaba muy nervioso; una nana podría haberlo calmado.

Ahora el perro guardián estaba tranquilo. Larcio dijo que era porque había comido. Le gustaban las empanadas. Incluso las de Xero, aunque le daban gases.

Poco después vino a vernos mi prima Marcia. Su velada había empezado tomando algo con Mario. También él había sufrido una decepción, como Estertinio: los partos debían de haberse ido a otra parte después de las carreras, así que no tenía a nadie para quien tocar la flauta.

Eso no le había impedido encontrarse con Marcia. Más tarde se les había unido

Corelio, aunque no había podido quedarse mucho rato porque quería estar en la casa de los partos cuando llegaran.

—Entonces, ¿has dejado a Mario solo?

Beber a solas podía ser malo para un filósofo. Mario podía alterarse, analizando mentalmente los males de la sociedad. Marcia negó con la cabeza.

—Estaba bien. Estaba con un amigo. Se notaba que tenían intención de pasar la noche de juerga.

Gracias a los Juegos, habría un buen ambiente en la calle para unos muchachos que quisieran irse de fiesta.

Me burlé de Marcia, diciéndole en broma que había perdido su oportunidad con Corelio.

—Oh, no. Todo va bien. Me ha pedido que vaya a verlo más tarde.

—¡A la casa de Partia, no, Marcia! Es demasiado peligroso.

—Bueno, no puedo llevarlo a él a la mía —replicó ella. El hecho de que su madre estuviera perdiendo la cabeza últimamente debería proporcionarle mayor intimidad. Pero Marina entraba en los sitios en los momentos más inoportunos. Y lo que era peor, se imaginaría que se encontraba en el pasado cuando ella, la fabulosa belleza de antaño, se mantenía a flote financieramente gracias a la atracción que despertaba en los hombres. Los amigos de Marcia huían para no ser acosados por una antigua chica alegre que ahora estaba ya mayor y no se enteraba de nada—. No quiero que pase lo mismo con Corelio.

—Me parece bien.

La noche aún era joven cuando mi prima se fue a su cita. Tiberio insistió en meterla en una silla de manos alquilada, que pagamos nosotros. Vi que los espías del portal se interesaban por ella, pero no la siguieron.

Si lo hubieran hecho, habrían acabado agotados. Marcia llegó rápidamente a la casa, instando a los porteadores a darse prisa. Entró por la discreta entrada posterior después de hacer una llamada especial convenida con Corelio. Sin embargo, su noche de pasión no llegó a producirse. Él la envió de vuelta directamente con un mensaje.

—¡Crisis! Han raptado a Bruzeno. Nadie acierta a imaginar cómo. Toda la casa está patas arriba, pero definitivamente ha desaparecido. Un extraño ha pagado al chico de un panadero para que llevara un mensaje a Dolazebol. Si quiere recuperar a su hombre, tiene que entregar a Esquila a cambio.

—¡Por Juno! ¿No hay ningún error?

—El mensajero le ha llevado esa horrible torques como prueba. Debe de haber resultado difícil arrancárselo del cuello; estaba doblado y había sangre en él.

—¡Un buen toque! Así se hace hincapié en el peligro que corre.

—Corelio está furioso —me advirtió Marcia—. Ha dicho que era un plan absurdo de aficionados. Me ha dicho que te dijera que no ha sido una acción oficial. Ha sido ese agente loco que quiere recuperar a su novia a toda costa. El intercambio se hará mañana, al amanecer, en el pórtico de las Danaides.

Comenté que eso estaba muy bien. Habría cincuenta estatuas de novias asesinas, cincuenta más de sus infortunados novios, además de Apolo y de los bueyes de piedra tallados por Mirón, todos escondites estupendos.

La sátira fue demasiado sutil para Marcia, que frunció el ceño.

—Cada una de las personas que se van a intercambiar debe ser entregada por una sola persona. Esas son las condiciones. De lo contrario no habrá intercambio.

Vi a Tiberio inquieto, pero me eché a reír.

Capítulo 51

El intercambio debería haberse realizado en un puente. Es el emplazamiento clásico para parlamentar entre enemigos cuando han alcanzado el compromiso final. Para un intercambio de rehenes, es ideal. Todo el mundo puede ver lo que ocurre. Ofrecen una vista excelente del lugar donde se planea el suceso, incluso en los intervalos en los que no ocurre nada. No pueden surgir de repente de su escondite bandas de hombres. Si se elige el río adecuado, la corriente puede llevarse un posible barco furtivo.

Ritelio parecía haber olvidado aquella parte del entrenamiento de un espía.

El tiempo era tranquilo y radiante a primera hora de la mañana, después del amanecer. La cima rectangular del Palatino estaba sumida en el silencio, bañada por la suave luz del sol. Abajo, en la ciudad, daban comienzo las actividades diarias. A los niños los despertaban y los vestían; crueles cuidadores despertaban de nuevo a los enfermos que por fin habían conseguido dormirse; obsesivos atletas entraban en los gimnasios; una de cada tres palomas abrió un ojo. Tras el festival de la noche precedente, quitaban a paladas tanto desperdicios como excrementos humanos. Los negocios volvían a abrir. Nadie se fijó en que se realizaba un ejercicio en la zona imperial.

De todas formas, no era nada nuevo. La Guardia Pretoriana no dejaba de molestarnos con sus controles especiales y sus intimidaciones.

Aquí arriba, el palacio de Domiciano dominaba la esquina sudoeste con sus enormes salones de mármol y su estadio privado; todo el conjunto permanecía extrañamente silencioso. Las verjas de hierro de la entrada, que irónicamente se habían instalado tras el reinado de Nerón, estaban cerradas. Allí también había guardias. Las puertas al pie de la colina, puertas en forma de arcos monumentales, puertas que daban acceso a la rampa y el Criptopórtico, también estaban cerradas al público. Nadie había pensado en bloquear el punto de acceso a la Escalera de Caco, así que subí desde el extremo del Circo Máximo y accedí a ella.

La angosta escalera que llevaba el nombre del monstruo devorador de hombres y ladrón de reses que vomitaba fuego, me llevó hasta la cima, entre el templo de la Victoria y la Casa de Augusto. Era un lugar ideal para el recinto de Apolo que se alzaba sobre su enorme plataforma. Menos ideal resultó dar de bruces con un puñado de hombres que conferenciaban: Filippo, con sus ayudantes Rubrio y Fusco, y el Princeps Peregrinorum. Tito había dejado sus ocho *phalerae* en casa, sin duda esperando verse envuelto en una trifulca que podría dañar sus preciadas medallas. Cuando los demás se fueron apresuradamente a ocultarse en la *cella* del templo de Apolo, Tito me hizo una seña con el dedo índice.

—¡Ven conmigo, pequeña Albia, si quieres pasar un buen rato!

Fui con él porque pensé que era el que tenía más sentido común. El intercambio se haría en el pórtico, de modo que los que estaban arriba en el templo quedarían fuera de la vista, pero no oirían nada, y no podrían emprender acción alguna sin bajar primero por un empinado tramo de escaleras. Rubrio y Fusco podrían quizá bajar seis escalones de golpe, pero si Filippo, que no era un hombre atlético, rodaba por el resbaladizo mármol, se arriesgaba a romperse la pelvis.

Tito y yo nos ocultamos a la sombra tras una danaide que hacía esquina. Naturalmente él le dio una palmada en el torneado trasero. A nuestra dríade le habían procurado una jarra y un pote grande del que se escapaba el agua, para simbolizar el castigo que se había impuesto a las hermanas asesinas en el Tártaro de intentar llenar una tinaja sin fondo a perpetuidad, por haber matado a sus cincuenta maridos. Bueno, cuarenta y nueve. Hipermnestra no mató al suyo como recompensa por haber respetado su virginidad. Yo habría tenido sentimientos contradictorios con respecto a eso, salvo por el hecho de que después acabaron fundando una dinastía.

—¿Admirando mi jabalina? —preguntó Tito.

No era mi intención en absoluto, pero temía que la espera se prolongara bastante. El retraso en un intercambio de rehenes es tradicional. De hecho, que no aparecieran también tenía sus precedentes. Para matar el tiempo, obedientemente expresé interés en el equipo militar de mi compañero, perfectamente cuidado.

Charlamos. Se hizo tedioso. Como era de esperar, Tito era aficionado a las armas; un amigo suyo, ya muerto, había hecho adaptaciones especiales a la jabalina que llevaba en aquel momento. Tito explicó varios puntos técnicos: cómo podía añadirse un peso de plomo a la punta para mejorar la penetración, aunque eso ralentizara el vuelo, o cómo podían añadirse tiras de cuero o plumas para contribuir a la rotación, lo que mantenía la trayectoria recta y aumentaba la precisión.

—Puedes enrollar una tira al extremo para mejorar la sujeción, pero solo debes colocar dos dedos en la parte enrollada, porque la jabalina debe deslizarse por la mano cuando la lanzas.

—¡Genial! —Lo único que sabía yo era que las jabalinas romanas tenían puntas de hierro que debían doblarse cuando se clavaban en el escudo de un adversario—. No pueden arrancarlas, así que arrojan los escudos y se quedan a tu merced. Siguiendo parada: theta. —En este caso, la letra griega theta se usaba como argot militar. Era la inicial de la palabra griega *thanatos* o muerte. Tánatos, hijo de la Oscuridad y de la Noche, hermano gemelo del Sueño. En el historial de un soldado muerto, se colocaba una theta junto a su nombre.

—¡Buena chica! —exclamó Tito, aprobando burlescamente mis básicos conocimientos.

—Estuve casada con un soldado. Era propenso a los accidentes; si había un tablón roto, él lo pisaba. Me alegraba vivir aquí. En el norte, mantenerlo alejado de los estanques helados habría sido una pesadilla. Pero era adorable.

—Bueno, ánimo, no todos pueden ser unos hachas. Cabe esperar que habrá unos

cuantos inútiles.

—No le llames inútil, Tito. Lo amaba.

—Aun así, ahora tienes un estupendo marido nuevo.

—Ennegrecido por el humo y con los pelos de punta.

—Eso da igual mientras funcione. ¡Apuesto a que es una bomba!

—Cierto.

Lo había sido. Esperaba que volviera a serlo.

Me esperaba en casa. Había anunciado que, si yo no regresaba a tiempo, se iría al Circo él solo. Seguro que la gente me advertiría que esa no era forma de empezar bien un matrimonio.

En realidad, aunque intentaba que no se le notara, Tiberio estaba terriblemente preocupado por mí, sabiendo que había acudido al intercambio de rehenes.

Tito y yo volvimos a hablar sobre jabalinas. Era mejor que tener que hablar sobre carreras de cuadrigas. Pensando en Rutilio Gálico, comenté que, para un soldado veterano, el interés por las armas al menos era mejor que escribir horribles poemas épicos. El Princeps, siempre receptivo a peligrosas ideas nuevas, pareció interesado. Ahora también a él le daría por componer una pesadilla en doce volúmenes, y sería culpa mía.

Una de las cosas que rememoramos fue la terrible derrota de Carras y cómo los partos ganaron porque lanzaron una lluvia de flechas que llegaban más lejos que las jabalinas de los romanos. El enemigo se quedó fuera del alcance mientras a las legiones las masacraban. A partir de entonces los romanos desarrollaron jabalinas que podían recorrer distancias mayores, con lo que su potencia armamentística superó a la de los partos.

—Entonces, ¿incluso las armas clásicas del ejército sufren cambios de vez en cuando? —Quería que Tito me dijera qué tenían de especial las adaptaciones de su amigo.

—Nada. Él creía que había hecho una misteriosa mejora, pero que me jodan si yo le encuentro alguna diferencia. A él le gustaba trastear. No había nada de malo... aunque se metió en un buen problema. La he traído hoy porque siempre hablábamos mucho de la necesidad de tener mejor armamento que Partia. Así que hoy espero lanzar una lúcula en memoria de mi viejo compañero.

¡Lúcula! Di un respingo.

—Princeps, ¿conociste a Salustio Lúculo, el difunto gobernador de Britania?

Él asintió lacónicamente.

—Seguramente sabes lo que le hizo Domiciano. ¿Algún comentario? —pregunté.

—Ninguno —respondió el Princeps con la rotundidad de su bien adiestrado tono—. Compartíamos el interés por las armas. Trasteábamos con jabalinas en un taller. Éramos compañeros. Nunca hablamos de política.

—¿Quién ha mencionado la política?

—Tú ibas a hacerlo.

Un esclavo con librea de palacio entró en el pórtico. Se dirigió caminando al templo.

Nuestros tres colegas emergieron cautelosamente entre las recargadas columnas compuestas. El muchacho gritó. Ellos bajaron las escaleras abiertamente.

—El intercambio se ha cancelado —nos gritó Rubrio.

Capítulo 52

Filipo dijo que Ritelio había enviado un mensaje a su oficina de palacio. Había tardado tiempo en llegar por culpa de que las puertas estaban cerradas. No había ninguna explicación para el cambio de planes. Pero las complicaciones, a menudo deliberadas, eran habituales en el espionaje.

Ninguno de los otros sabía muy bien qué hacer. Ritelio, un hombre enloquecido, tenía el timón de los acontecimientos. Nadie sabía cómo ponerse en contacto con él.

En mi opinión, el retraso era bueno. Mientras el Princeps cotorreaba sobre jabalinas, la otra mitad de mi mente formaba una sospecha. A veces la información de la que apenas te percatas conscientemente vuelve a ti por su cuenta. De repente, se me ocurrió una idea nueva sobre el falso Nerón que preparaban.

Me ofrecí para bajar por el Criptopórtico, el pasadizo cubierto que iba directamente hasta el Foro, que estaba cerca. Les dije que iría a la casa de Partia para preguntar a Corelio qué sabía del retraso; Ritelio debía de haber enviado nuevas instrucciones a Dolazebol. Se tragaron el cuento. Ellos volverían a palacio.

Cuando nos fuimos todos del pórtico de las Danaides, las puertas ya se habían abierto y había gente por todas partes. No obstante, una mujer solitaria podía abrirse paso y pasar desapercibida, si adoptaba un aspecto inofensivo. Los pocos pretorianos que había en el Criptopórtico inspeccionaban a los visitantes que entraban, no a la gente como yo que salía.

Me pregunté si habría alguien siguiéndome. Bueno, pues que me siguieran.

Corelio acudió a la puerta trasera de los partos cuando llamé.

—Nada en el pórtico. ¿Qué ocurre por aquí?

Corelio me contó que el alboroto causado por el rapto de Bruzeno el día anterior se había calmado. Dolazebol no se había movido de la casa.

—Finge preocupación, pero esos dos siempre estaban peleándose. Bruzeno es ambicioso. Dolazebol no quería traerlo a Roma, pero alguien movió los hilos y se vio obligado a incluirlo. Típico de Partia. Dolazebol cree que Bruzeno conspira a sus espaldas, pero ahora tiene que aparentar y rescatarlo de Ritelio.

Obligué a Corelio a dejarme entrar. Nos metimos en su habitación; si Marcia había estado allí la noche anterior, no había dejado huella de su paso. Sin embargo, el agente confesó que sí... y que Dolazebol se había enterado. Había ordenado que la llevaran a los aposentos de las mujeres; Corelio no había podido impedirlo y ahora desesperaba de poder rescatarla.

—Si Dolazebol se ha vuelto en contra de Esquila, en su mente habrá quedado una vacante...

—No te preocupes por eso —repliqué con brusquedad—. Marcia no se va a dejar tentar por él. Quiero continuar con lo que decías sobre Bruzeno. A mí me da la

impresión de que podría ser él quien conspirara con el traidor de palacio. O bien Dolazebol no lo sabe, o podría estar jugando la carta de la astucia. Si la conspiración de Bruzeno fracasa, Dolazebol se hace el inocente; si tiene éxito, da la bienvenida al resultado y se une a ella. En cualquier caso, si a Dolazebol lo han excluido de la conspiración hasta ahora y está furioso por ello, puede que en realidad no quiera rescatar a Bruzeno de las garras de Ritelio.

—Oh, tiene que hacerlo —me aseguró Corelio—. Aunque se detestan mutuamente, tiene que evitar la humillación. No puede permitir que un romano capture a un compatriota parto.

—Bueno, ya veremos. Hay otra cosa que me intriga... —Empecé a lanzarle preguntas—: ¿Llevas una lista de visitantes, y ayer fue el fabuloso Estertinio uno de ellos?

El agente se sorprendió.

—Sí —dijo.

—¿Con qué frecuencia viene?

—Cada dos días.

—¿No es para dar recitales?

—Da clases de música.

—¿A quién?

—Al sobrino de Bruzeno. Yo me mantengo alejado. El repertorio que practican es horrible.

—¡Seguro que sí! ¿Y cómo se llama el sobrino?

Nervioso, Corelio comprendió que había un motivo detrás de mis preguntas.

—Mi lista del conjunto de los partos está incompleta. A la mitad los llamamos simplemente «miembros de la familia». Sus nombres son tan difíciles de pronunciar que ni siquiera nos molestamos. «Sobrino».

—Describémelo.

Corelio se encogió de hombros débilmente.

—En realidad nunca lo veo.

—¿Lo tienen apartado de los demás?

—Es elección suya, creo. Parece descontento de estar aquí. Se queda en su habitación como un chico enfurruñado. Pero es mayor. ¿Unos treinta?

Oh, mierda.

—Eso no es pubertad enfurruñada. Está oculto, oculto a plena vista... ¡justo delante de tus narices, Corelio! Enséñame tu dinero.

—¿Qué?

—¡Ve a por tu bolsa... deprisa!

Sabía por el registro de su habitación que guardaba una bolsa debajo del colchón. En cuanto metió la mano debajo y la sacó, agarré la bolsa, abrí las tiras que la cerraban, volqué las monedas sobre la cama. Recogí la que quería: un sextercio de plata, Nerón en el reverso, togado y con la cabeza descubierta, sentado en una silla

curil para repartir monedas a un ciudadano. Le di la vuelta. Anverso: Nerón, más joven, nariz recta, mentón hacia delante, cabellos rizados sobre un cuello grueso y corto, mofletes, sonriente.

—Ese «sobrino», ¿se parece en algo?

Corelio captó el sentido.

Le dije que me llevara con las mujeres. Podría haber funcionado: las aburridas damas partas podrían haberme presentado al sobrino de Bruzeno. En la habitación, con ellas, estaba Marcia.

Le lancé una fugaz mirada asesina, y ella siguió arrodillada en el suelo fingiendo jugar con los gatitos grises y blancos. Para ser ella, parecía inquieta.

Entonces una figura se levantó de un diván bajo y me saludó con su voz maliciosamente tranquila.

—Ah, Flavia Albia, entra. ¡Te estábamos esperando!

Dolazebol.

Tenía espacio suficiente para retroceder hacia la puerta, alejándome de él. Corelio estaba allí. Di por supuesto que me dejaría pasar, permitiéndome así huir.

Error. Lo que hizo fue abrir los brazos y aferrar las jambas de la puerta para cerrarme el paso. Se encogió de hombros a modo de disculpa. Yo solté un quejido.

Mi encantadora prima se había colado por un agente doble.

Capítulo 53

Ya que no tenía modo de escapar, al menos podía intentar enterarme de algo. Tenía el mal presentimiento de que jamás lograría transmitírselo a nadie, pero en lugar de permitir que Dolazebol tomara el control, yo me hice cargo. Avancé resueltamente, anunciando a las damas partas que buscaba al sobrino de Bruzeno. Las autoridades romanas lo buscaban porque quería hacerse pasar por Nerón. Si querían que tuviera la menor posibilidad de salvarse de la justicia, debían entregármelo a mí.

Estas palabras provocaron un estallido. Dolazebol tildó mis acusaciones de absurdas, tratando de quitarles importancia. Parecía casi suplicante en sus intentos por calmar a las mujeres, en lo que no tuvo el menor éxito.

—Señoras, señoras, no me culpen a mí. Ha sido Bruzeno, siempre han sido Bruzeno y su amigo especial. Él habla con el romano en secreto. El plan no iba a funcionar jamás; era una locura.

Incluso su cuestionable encanto diplomático empezaba a fallarle. Conmocionadas, las mujeres deliberaron entre ellas. Se levantaron de sus mullidos asientos como mariposas de espléndido colorido. Una en particular, Asxen, la esposa de Bruzeno, se volvió contra Dolazebol, atacándolo a voces en griego, para que los demás entendiéramos sus vehementes palabras.

El joven era sobrino *suyo*. Ella lo quería. Otros lo habían utilizado. *Él* era inocente. A ninguna de las mujeres le habían dicho previamente para qué lo llevaban a Roma; ahora lo sabían, y ahora veían lo mucho que él había aborrecido lo que le hacían, y estaban furiosas.

—Esto es muy peligroso —dije, sembrando cizaña—. Debes de estar aterrorizada. Los Nerones falsos sufren una muerte cruel. Si los romanos lo atrapan, tu pobre sobrino morirá como todos los demás.

Dolazebol gritó una orden, llamando a sus hombres. Tal vez Marcia y yo estuviéramos a punto de desaparecer para siempre... pero, sin duda, él era demasiado inteligente para arriesgarse a las consecuencias. Además, siempre podía culpar de todo a Bruzeno, y con las mujeres clamando en contra de la conspiración, me sentía más valiente.

—¡Así que por eso no dejaban que lo viera nadie! —exclamó Asxen, pronunciando lentamente en griego—. Es un músico maravilloso, pero le hacían practicar unas canciones horribles. Bueno, pues salió a pasárselo bien y no ha regresado. Trepó por una ventana y escapó, Dolazebol, a pesar de Bruzeno y de ti.

Eso confirmaba lo que había dicho Estertinio el día anterior sobre su pupilo, que había hecho novillos. Curiosamente recordaba a Nerón, que como sabía todo el mundo, merodeaba por las calles de noche en compañía de violentos amigotes, dando palizas a la gente por diversión. Si la devota tía del joven parto estaba en lo cierto, la idea que tenía él de una aventura era inofensiva, pero si no había vuelto a casa, ¿dónde estaba ahora? Ojalá no hubiera tenido problemas con los vigiles.

Asxen se volvió hacia mí. Estaba llorando.

—Ayúdame, por favor. Su nombre es Haxamanis.

—Le ayudaré, pero necesito salir de aquí.

La desconsolada tía me tomó de las manos, impidiéndome moverme sin darse cuenta. Marcia se puso en pie de un salto y vino hacia mí. Los gatitos rodaron por el suelo en todas direcciones, mientras que el gato blanco *Vindobona* trepó de repente por un tapiz colgado en una pared. Se aferró a la lana tejida con sus afiladas garras y subió rápidamente hasta el techo.

Furioso porque no había aparecido ningún hombre, Dolazebol volvió a gritar. Empezó a moverse hacia la puerta con sus botas persas de punta curvada. Si llegaban los guardias, sería el fin. Pero no llegó a ocurrir.

Vindobona se lanzó desde arriba. Aterrizó sobre el cuello del enviado, clavándole sus garras como estiletes; era un animal grande, bastante pesado. Dolazebol soltó un chillido.

Con el gato aferrado a él, el parto se olvidó de nosotros mientras intentaba agarrarlo. Yo me desasí de Asxen. Rodeé a Marcia con el brazo para tirar de ella.

Corelio seguía bloqueando la salida.

—¡Cabrón! —Mi prima Marcia, la reina del boxeo, se balanceó sobre él, cerrando los puños. Pilló a su traicionero amante completamente por sorpresa. Fue un ataque clásico en cuatro movimientos: directo de izquierda; derechazo; golpe al torso; gancho. El directo de izquierda fue relajado, el resto, potentes puñetazos. La chica le puso ganas. Corelio cayó sin decir ni mu.

Pasamos por encima de él, tomándonos de la mano.

Corrimos hacia la doble puerta principal, donde un hombre vestido de jardinero nos vio llegar y rápidamente las abrió; salimos a toda prisa. Tuve la impresión de que el espía de Trebiano cerraría las puertas a nuestra espalda, y luego volvería impasible a seguir regando una enorme planta colocada en un jarrón.

Justo cuando las puertas se cerraban, el gato blanco salió disparado por el hueco. *Vindobona* debía de haber pasado corriendo por entre las piernas del jardinero. Lo perseguían de cerca dos hermosos lebreles de pelaje sedoso, tremendamente veloces. Eufóricos por la persecución, atravesaron el Foro velozmente, ávidos y gráciles, como si corrieran por un desierto de su remoto país natal.

Vindobona desapareció, huyendo por la vía Sacra para salvar la vida, como un desesperado borrón blanco de largo pelaje.

Capítulo 54

Envié a Marcia a casa. Su calle, la de Honor y Virtud, estaba a un paso. Yo sabía que Corelio le gustaba de verdad. Las heridas del corazón necesitaban su atención.

Yo tenía otros planes. Una vez recobrado el aliento, me encaminé directamente al taller de marfil que había al volver la esquina desde el Arco de Tito. Fuera del taller, en un espacio abierto, trabajaban en una remesa de muebles, fijando paneles finamente tallados a diversos armarios y divanes, usando enormes botes de cola de pescado. Incluso extendían aquella gelatina acre sobre las puertas de una silla de manos; luego se secaría al sol y adquiriría un acabado agrietado. Yo conocía la técnica de aplicar la cola, dejar que la superficie quedara pegajosa, y luego usar pintura en polvo, que acababa secándose formando grietas. Me lo había contado mi padre. Era un truco para crear «antigüedades».

Los trabajadores debían de haber querido aprovechar las primeras horas de la mañana. Cualquiera que estuviera en la calle a esas horas tenía cosas que hacer; poca gente se quejaría del olor a pescado. Me tapé la nariz y pregunté por Ilia. No me hicieron demasiado caso, de modo que me dirigí a donde la había encontrado la otra vez. Cuando me vio entrar con aire decidido, apartó la pieza en la que estaba trabajando para protegerla.

—¡Déjate de tonterías, Ilia! —No tenía tiempo para sutilezas—. Sé lo que estás haciendo, mujer. Les has tomado bien el pelo a los espías, pero el juego se ha acabado. Ahora estás tratando conmigo... y sé exactamente a qué has estado jugando.

La expresión de la mujer era de hostilidad, pero vi que mi ataque verbal la hacía flaquear.

Enardecida por la huida, después de haberme salvado por los pelos de Dolazebol, continué con mi andanada.

—Tú eliges, Ilia. O bien me dices la verdad, o vendrán unos soldados y te llevarán encadenada a prisión. Escucha: sé que Ritelio no ha estado en la casa de tu padre. Apuesto a que tu honesto y venerable padre le habría dado de garrotazos por el modo en que se ha comportado contigo y tu pobre hija difunta. Pero tú, tú sigues ayudando a ese cabrón. Unos agentes vigilaban tu casa esperando verlo allí, y todo ese tiempo el infiel de tu marido estaba escondido en otra parte... y tú lo sabías.

Su rostro se convirtió en una desagradable máscara. Necesitaba algo más convincente o no lograría que confesara nada. Ritelio la tenía completamente atrapada en toda una vida de argucias.

—Has mentido en todo, Ilia. Sé que cuando los libertos te informaron de que Ritelio había desaparecido, ni siquiera fue sopa lo que le arrojaste al mensajero, ¿a que no? Siempre estás aquí trabajando. El mensajero de palacio vino a verte aquí. Fue un bote de cola lo que le lanzaste.

Esta suposición mía, un simple farol, empezó a tener su efecto. Mi certeza sobre aquel incidente hizo que Ilia pensara que yo sabía mucho más.

Seguí presionándola.

—Ritelio está metido en una peligrosa aventura. Tú sabes dónde está su escondrijo. Estoy segura de que tú vas a verlo, le llevas comida, incluso dinero. Ha tomado un rehén que debe de estar allí ahora mismo; tal vez lo hayas visto. No lo ha hecho por ti. Pretende cambiar a ese rehén por Esquila. Esquila, su amor eterno. Esquila, la diosa etérea de exuberantes cabellos rubios, que te reemplazará, Ilia. Si Ritelio sobrevive, por muchas estúpidas promesas que te haya hecho, Esquila y él estarán juntos. No estará contigo. A ti te utiliza, pero la quiere a ella.

Ilia sabía que yo tenía razón. Siempre lo había sabido.

—El Lupercal. —Por fin se volvió en contra de su marido—. Ese cerdo pérfido se oculta en la gruta del Lupercal.

Capítulo 55

Empezaba a conocer demasiado bien el circuito que rodeaba la base del Palatino. Podía resultar una larga caminata sobre un pavimento abrasador.

Al iniciar el camino, me llegó compañía. Fusco, el silencioso agente que trabajaba para Filippo, debía de haberme seguido desde el Criptopórtico. No me consolaba demasiado saber que habríamos tenido a aquel hombre frente a la casa de los partos, si Dolazebol nos hubiera hecho daño a Marcia y a mí. Al final, habría ido a informar a alguien de que seguramente me habían matado. Era más que dudoso que hubiera forzado la entrada para salvarnos.

Llevaba a un recadero con él, al que envió colina arriba para decirle a Filippo adónde íbamos. No le oí decir en ningún momento: «Que envíe refuerzos», pero Fusco expresaba pocas cosas de viva voz.

La gruta del Lupercal, un lugar sagrado y centenario, era supuestamente el lugar donde el pastor Fáustulo había encontrado a una loba amamantando a los regordetes Rómulo y Remo. Siendo yo misma adoptada, sentía un interés superficial por aquel mito, aunque opinaba que el viejo Fáustulo había sido el causante de muchos problemas en el mundo.

El escarpado agujero se hundió profundamente en el lecho de roca del Palatino, bajo la Casa de Livia. Augusto, tan señorial él, había asumido la propiedad de la gruta, había mandado construir mansiones para su familia en lo alto, y había remodelado la caverna natural con costosos ornamentos artísticos. Ningún lobo se aventuraría ya a entrar allí.

En el exterior, observando desde una discreta distancia, vimos a Rubrio y al Princeps. Rubrio estaba tumbado en el suelo para no ofrecer un blanco fácil. Con una expresión sardónica, Tito permanecía de pie a su lado, desafiando a cualquier misil que pudieran arrojarle desde la gruta. Cuando llegamos nosotros, él decidió inspeccionar el interior. Nos dijo que esperáramos afuera. Se llevó la mano a la empuñadura de la espada; él mismo había decretado que, en un ejercicio como aquel, un Princeps Peregrinorum estaba autorizado a llevar armas. Sin embargo, no se molestó en desenvainar la espada.

Entró en la cueva. Transcurrieron unos minutos. Volvió a salir y nos dijo que allí no había nadie.

Lo seguimos al interior. Tito, bien preparado como siempre, llevaba encima yesca y pedernal, que golpeó contra los exquisitos azulejos de Augusto. Protegiendo la llama con una cuidadosa manaza, encendió una pequeña lámpara que aguardaba allí su amable atención.

Nos encontrábamos en la versión moderna de la cueva de un lobo. La habían convertido en una caverna refinada, bellamente decorada por todas partes con relucientes y coloridos mosaicos y piezas de mármol, además de dibujos creados con numerosas conchas para sugerir que era una característica natural. Una elegante

águila blanca nos observaba desde el medallón central del techo. Para ser una cueva en la ladera de una colina, el Lupercal estaba sorprendentemente seco, aunque maloliente.

Hallamos indicios de moradores humanos. Alguien había estado allí, seguramente la noche anterior. Tal vez incluso más de una persona. Era imposible saberlo con seguridad porque el lugar lo utilizaban también parejas de enamorados que dejaban tras de sí restos de alimentos, y luego meaban y cagaban en rincones oscuros. Los romanos saben cómo tratar un lugar sagrado, al menos cuando los guardias terminan su turno de vigilancia. Ritelio debía de confiar en poder ahuyentarlos.

Rubrio y Fusco decidieron regresar a palacio para solicitar nuevas órdenes. Tito y yo preferimos esperar.

—¿Dónde están tus hombres, Tito? —Mi voz resonaba con eco en la cueva.

—¿Qué hombres?

—Princeps, no creo que hayas salido hoy sin apoyo militar.

Sonrió. Aunque no respondió nada, supe que dispondría de sus tropas cuando las necesitara.

Al final oímos un ruido de pisadas. Di un codazo a Tito, sugiriéndole que apagara la lámpara de un soplido, pero él la mantuvo encendida para ver quién entraba.

Era un hombre corpulento de cabeza afeitada, anchos hombros y aspecto germano. Tenía unos desvaídos ojos azules y la piel blanca y manchada de pecas de los pelirrojos. Llevaba una túnica marrón remendada y unas resistentes botas de combate, con las correas meticulosamente atadas. Vislumbré armas sujetas al cuerpo bajo una capa que llevaba ceñida. También llevaba sombrero. Le habría ocultado la cara, pero se lo quitó al entrar en la cueva.

—Este lugar se ha requisado —bramó al vernos—, así que ahuecad el ala. Si habéis venido por un polvo, id a follar a otra parte.

Su voz era refinada y arrogante. Su lenguaje era grosero y vulgar. Se trataba de un hombre al que habían dado una costosa educación en retórica, pero fingía despreciarla. No me gustó.

—¡Cayo Ritelio! —replicó el Princeps, recibéndolo con una ira apenas contenida. Debía de haberse leído el manual del espía, porque usó el mismo guion que Dolazebol—. Entra, hombre. ¡Te estábamos esperando!

Había desenvainado la espada, que salió de la funda de su axila deslizándose con un silbido revelador. El estado de la hoja era perfecto. Con el otro brazo me aplastó contra la pared de la gruta, como medida de precaución.

—No me obligues a usar esto.

Solo un loco lo habría hecho, pero tratábamos con uno de esos ridículos hombres temerarios. Por su expresión, Ritelio tenía intención de saltar sobre el Princeps. No llegó a ocurrir. Fusco reapareció silenciosamente justo detrás de Ritelio. Lo sujetó

rodeándolo con un brazo, y aplicó una brillante daga a su garganta. Fue la sujeción, no la daga, lo que lo dejó sin aliento.

Rubrio se unió también a nosotros.

—¿Dónde está Bruzeno? —preguntó con dureza.

—Suéltame, Fusco —farfulló Ritelio, medio ahogado—. ¡Deja de regodearte!

Viejos camaradas, pensé. Mismo curso de entrenamiento.

Rubrio asintió con la cabeza y Rusco aflojó la presa levemente.

El corpulento inconformista admitió entonces que había acechado a Bruzeno la noche anterior, cuando los partos estaban fuera, después de los Juegos. El ruidoso grupo se había ido a visitar a sus propios animales exóticos, el elefante y los camellos, que se encontraban en la casa de fieras imperial. Ritelio los siguió hasta que llevaron un mensaje a Bruzeno; sin decir nada a sus compañeros, el asistente de Dolazebol se separó de los demás, llevando consigo tan solo unos cuantos guardias. Ritelio fue tras él. Le pareció que Bruzeno inspeccionaba los lugares de diversión de la ciudad.

—Intentaba encontrar a su sobrino —expliqué yo. Rubrio arqueó una ceja—. Un Nerón potencial. Le están enseñando el arte de gobernar y de tocar la lira, pero se ha escapado de casa.

Si nos preguntábamos cómo alguien podía dominar y llevarse a una montaña de carne como Bruzeno, Ritelio había tomado prestada —robado— una carreta de reparto. Era de noche cuando los partos volvían desde la casa de fieras. Cuando Bruzeno abandonó el grupo, en la oscuridad se volvió más vulnerable. Surgiendo de entre las multitudes de asistentes a los Juegos, Ritelio se había abalanzado sobre el rudo parto, igual que Fusco acababa de agarrarlo a él, poniéndole un cuchillo en el cuello. Ritelio amenazó con rajarle la garganta si llamaba a sus guardias, y se llevó a Bruzeno a rastras por una oscura callejuela, lo ató, lo amordazó, lo metió en la carreta y se alejó en ella como Plutón emergiendo del Hades.

—Más te vale que Dolazebol quiera recuperarlo de verdad —me mofé desde mi pared. Seca o no, estaba fría y húmeda al tacto, y las teselas del mosaico me raspaban los brazos desnudos—. ¿Estás al tanto de la conspiración con el sobrino de Bruzeno?

Había cuatro hombres allí conmigo; estaba claro que ninguno de ellos lo había adivinado. Ataqué a Ritelio.

—¡No tienes la menor idea de la cantidad de intrigas en las que has interferido con tu estúpida treta! Se llama Haxamanis. Estaba en la casa de Partia y lo estaban entrenando para presentarlo en público. Probablemente Esquila lo sabe. Solo por eso, tendrá suerte si Dolazebol la deja marchar algún día. Pero el único motivo por el que Roma podría interesarse por ella sería que tu libertina novia supiera también con quién ha estado conspirando Bruzeno aquí. ¿Quién es ese amigo especial que tiene en Roma? Si de verdad Esquila está de nuestro lado, necesitamos que nos lo diga. ¿Qué le has dicho exactamente a Dolazebol sobre el intercambio?

Ritelio nos contó su plan malhumoradamente. Tenía al parto cautivo, atado aún y

oculto en aquella otra parodia de antigüedad que era la cabaña de Rómulo. En la cabaña había encontrado un cartel de aviso de obras, lo que naturalmente significaba que los obreros desaparecerían durante un mes. Se había cerrado para realizar reparaciones; requería juncos y zarzos nuevos tan a menudo, que a nadie le parecería raro. Bruzeno estaba bien escondido allí.

El supuesto encuentro en el pórtico de las Danaides había sido un amago. Para desconcertar a los partos (afirmaba él), Ritelio había enviado a Dolazebol un nuevo mensaje al amanecer, informándole de un cambio de planes.

Llevaría a Bruzeno desde la cabaña en la carreta, que había encontrado allí precisamente cargada con herramientas.

—Está ya preparado en la carreta. Solo tengo que encaramarme a ella y conducirla.

Según el nuevo plan, discurrirían a lo largo de la cima de la colina hasta el salón de banquetes de palacio. Dolazebol tendría que llevar allí a Esquila. Había una fuente monumental, un ninfeo^[24]; llegarían cada uno por un lado, y luego enviarán a su rehén hacia el lado opuesto, rodeando la fuente.

Tras el intercambio, Ritelio se llevaría a su novia en otro transporte. Para cubrir su huida, pidió a Rubrio que las autoridades arrestaran a los partos.

Rubrio y el Princeps conferenciaron brevemente. Decidieron que, para el caso, podían dejar que la aventura siguiera adelante. Casi todos pensábamos que era un plan pésimo, pero era tan vago, que nadie se ofreció a buscarle las vueltas. Ya no teníamos tiempo. Ritelio nos dijo que el encuentro iba a ser en una hora.

Rubrio dejó que Ritelio fuera en busca de Bruzeno, mientras que él se iba apresuradamente con Fusco para organizar los refuerzos oficiales.

Un fallo del cambio de plan, como me explicó Tito mientras él y yo abandonábamos el Lupercal a toda prisa y subíamos por la Escalera de Caco, era que, cuando se alteraba lo dispuesto por motivos estratégicos, se suponía que era para adelantar el momento crítico. El cambio tenía sentido porque se desbarataba la posible respuesta que hubiera preparado el oponente.

Ritelio había pospuesto su plan. Eso aumentaba las posibilidades de que la aventura se torciera, lo que Tito profetizó que ocurriría.

—Entonces, ¿por qué hizo el cambio?

—Porque es un idiota.

—Él cree que es muy listo.

—Eso —opinó el Princeps— lo convierte en un idiota de la peor clase.

Yo vi otro fallo. Ritelio quería liberar a Esquila para fugarse con ella. Pero si ella sabía el nombre del traidor de palacio, otras personas intentarían detenerlos. El peligro mayor lo presentaban los partos. Sin embargo, Filipo también quería echarle el guante; Abascanto, o quien quiera que fuera, quería impedirselo.

En las fatalistas palabras de Simón, el escribiente, preveía una ira y una ruina implacables.

Capítulo 56

Tito se alejó, afirmando que tenía que responder a la llamada de la Naturaleza.

—Voy un momento al retrete de tres asientos que hay junto al ninfeo.

Yo paseé un rato hasta que empezaron a ocurrir cosas y me fui corriendo al punto de encuentro preestablecido.

Los partos llegaron primero. Llevaban su enorme y vistoso palanquín, que avanzaba firmemente entre la multitud. El palanquín parecía proceder del Vicus Tuscus, cerca de la casa de Anácrates, usando una de las antiguas vías. Luego, delante de palacio, tuvo que reducir la marcha y sortear a los mirones; había soldados intentando apartarlos, pero una vez que se reabrieron las rejas de hierro, empezó a llenarse de gente por todas partes. Era imposible hacer que se movieran apelando a la seguridad nacional; simplemente se quedaban parados, mirando con curiosidad.

No todos eran turistas idiotas. En una serie de terrazas, un amplio espacio formal contiguo a la sala de audiencias, había visto a Perella con sus bolsas colgándole alrededor del cuerpo. Un músico muy anciano tocaba una cítara con pequeños martillos. Ella alzó los brazos y empezó a bailar sensualmente para un público fascinado; tenían un sospechoso aire de soldados con ropa normal. Aunque era una estratagema, Perella bailaba con solemne intensidad y los tenía hipnotizados.

Los partos habrían pasado por delante de Perella antes de dar la vuelta hacia la zona menos bulliciosa que Ritelio había elegido para el intercambio. Cuando el palanquín hizo su majestuosa entrada, yo estaba allí sola, situada junto a una de las columnas frente al magnífico comedor a doble altura. Observé cómo lo introducían lentamente en la plaza de la Fuente. La noble obra del arquitecto Rabirio ocupaba un amplio espacio abierto frente a la sala de ceremonias, a la vista de quienes estuvieran comiendo en su interior. Rodeado de columnas, el pilón ovalado tenía una isla central cubierta de brillantes mármoles, donde el agua salpicaba y se deslizaba, aportando movimiento y sonido. Los caños arrojaban cambiantes motas de luz sobre exquisitas estatuas. Alrededor había piezas de mármol grises, amarillos, moradas, blancas y verdes. Extremadamente pulidas y con bordes de extraños diseños, formaban un incongruente decorado para lo que estaba a punto de suceder.

El palanquín de rojos cortinajes se detuvo en un lateral. Los porteadores lo depositaron en el suelo, luego se quedaron inmóviles. No se movió ninguna de las suntuosas cortinas. Las borlas dejaron de balancearse poco a poco.

Ritelio llegó en su carreta casi de inmediato. La pequeña cabaña de Rómulo, de la que procedía, se ocultaba tras los monumentos de Augusto. Dejando atrás el templo de Apolo, que estaba justo delante de la sala de banquetes, la carreta siguió

avanzando a trompicones, crujendo claramente bajo un gran peso. Seguramente había sido Ritelio el que había convertido un vehículo abierto en un carro cubierto, utilizando flejes y trapos. Así quedaba oculta la persona que estaba en el interior.

Ritelio detuvo el carro en el extremo más alejado de la fuente, lejos del palanquín. Saltó al suelo; por alguna razón, no ató a la mula. Oculta casi bajo una enorme manta para caballo, la mula movió sus largas orejas y miró en derredor con ávida inteligencia. Ritelio se quedó a su lado, cruzando los brazos, esperando también.

Punto muerto.

Nadie se movía. Con un estremecimiento, me percaté de que las multitudes que antes se paseaban por la cumbre del Palatino habían desaparecido de repente. La zona se había quedado desierta.

Soplaba una suave brisa esporádicamente. El sol, que brillaba con más fuerza al avanzar el día, calentaba el pavimento de piedra, los curvos muros y los altos tejados revestidos de mármol que hacían que el palacio de Domiciano semejara un templo. Bruzeno debía de estar derritiéndose. Un hombre con un gran sobrepeso, tumbado dentro de un carro cerrado, atado de forma que le era imposible cambiar de posición, estaría medio muerto de calor. Sin embargo, yo estaba cerca y no oí ni un solo gemido.

Silencio.

En medio de ese silencio, me di cuenta de que el suelo temblaba. Una imperceptible reverberación creció en intensidad hasta que se hizo evidente que algo tremendamente grande se acercaba desde el Criptopórtico cercano. Entonces, desde detrás del templo de Apolo, apareció un enorme elefante de guerra parto.

Un cuidador, o *mahout*, guiaba al elefante, aunque su control parecía precario. En la parte posterior de una elegante *howdah*, sobre el lomo del animal, viajaban tres personas: Dolazebol, Esquila y un sirviente. A mitad de camino entre el palanquín y el carro, el elefante se detuvo junto a la fuente imperial, que observó con taimado interés.

Sin prisas, Ritelio abrió los brazos. No se mostró sorprendido por la distracción del palanquín rojo.

—Envíame a Esquila —gritó al enviado tranquilamente—. ¡Déjala en el suelo! Entonces yo soltaré a Bruzeno.

Su voz era autoritaria. Tal vez estuviera algo achacoso y barrigón, pero en ese momento estaba sobrio. La visión de su amada pareció insuflarle más confianza aún.

El sirviente de Dolazebol pasó junto al *mahout*, que iba sentado más abajo, planeó por encima de la cabeza del elefante boca abajo, abriendo brazos y piernas, se deslizó a lo largo de la trompa y aterrizó sin problemas. Sin decir una palabra, Dolazebol

hizo un gesto al *mahout*. El hombre habló al elefante, que levantó la trompa, la enroscó en torno a Esquila, la levantó y la bajó al suelo.

Ella dio las gracias al animal acariciándole la trompa. Me fijé en que llevaba solo una sencilla túnica blanca, sin joyas. Iba descalza y no muy limpia, pero sus largos cabellos dorados ondeaban tan sensuales como siempre. No parecía inmutarse por la situación.

El sirviente, que llevaba una pequeña daga curva en la faja, la agarró por el brazo para sujetarla.

Ritelio se acercó a su carro. Arrancó las cuerdas y dejó que cayeran los trapos.

Le oí maldecir.

En el carro, en lugar del corpulento Bruzeno amarrado, había solo herramientas, atados de juncos y materiales de construcción. Ritelio debía de haber arrojado a un lado todo aquello al apoderarse de la carreta; alguien había vuelto a meterlo todo dentro. Era ese revoltijo lo que le había dado peso al carro mientras Ritelio lo conducía hasta allí. Ahora sacudía con impotencia el extremo de una cuerda que contaba su historia: Bruzeno había escapado.

Extrañamente, fue Dolazebol quien explotó. Dejó escapar un grito por aquella traición, justo cuando su elefante avanzaba, alzaba dos enormes patas y las posaba sobre el borde de la fuente imperial, para llenar la trompa de agua y empezar a bañarse con deleite.

La ira de Dolazebol hizo que las cortinas del palanquín persa se abrieran de golpe. Empezaron a salir sirvientes armados con arcos y flechas. Corrieron todos directamente hacia Dolazebol. Seguramente él esperaba que Bruzeno organizara algo así. Le gritó al *mahout* que moviera al elefante, pero una de las flechas de los arqueros hirió al muchacho. El enorme animal, con ganas de juerga y travesuras, volvió a llenar la trompa y arrojó el agua a los arqueros que corrían.

Ritelio se recobró lo suficiente para lanzarse sobre el sirviente que sujetaba a Esquila. Yo salí corriendo y me la llevé a rastras del centro de la acción. Ignorando todo lo que sucedía a nuestro alrededor, la zarandéé.

—¿Quién es el traidor? ¿Quién, Esquila?

Rostro inexpresivo. Grandes e inocentes ojos de gatita. No pensaba decirlo. La diosa con tacones de puta mantenía su valiosa mercancía a buen recaudo.

Alguien irrumpió de pronto y apartó de mí a Esquila bruscamente. ¡Perella! Empujó a la belleza rubia hasta que su espalda dio contra el duro borde de la fuente. Entre aquellos relucientes mosaicos, los fuertes brazos de bailarina sujetaron a Esquila, las fuertes manos hundieron su cabeza en la fuente, y los cabellos dorados se arremolinaron en el agua, y luego se le quedaron pegados a la cabeza cuando Perella tiró de ella y la sacó al aire otra vez.

—¡Di su nombre! —le ordenó.

Sin esperar a que Esquila se negara, volvió a empujarla hacia el pilón. Yo la ayudé. Esta vez la mantuvimos bajo el agua más tiempo.

La incorporamos a medias, ordenándole de nuevo que nombrara al traidor. Esta vez musitó algo.

—Bruzeno.

—¡Vuelve a probar! —le espetó Perella con frialdad.

—Abascanto.

Dejando que Esquila se sentara, Perella y yo nos apoyamos en el borde de la fuente, muy aliviadas. Entonces, Ritelio se abrió paso a la fuerza con su corpulencia y su fuerza, y recogió a su novia. Por una vez, la misteriosa expresión de regocijo se desvaneció, y Esquila apoyó la cabeza en el cuello de Ritelio con una sonrisa genuinamente dulce.

Perella sacó un cuchillo de una de sus bolsas. Se abalanzó sobre Ritelio. Él la derribó de un golpe. Me volví para ayudarla a levantarse, mientras ella soltaba imprecaciones. Él estaba herido, le brotaba sangre del cuello, pero la edad o una mala preparación habían mermado su antigua habilidad, de modo que Perella no había logrado acabar con él.

Sin hacer caso de su herida, Ritelio se llevó en brazos a Esquila y salió corriendo hacia donde estaba la mula. Le arrancó la manta. Estaba ensillada. Ritelio montó. Esquila se colocó detrás de él y le rodeó la cintura con los brazos. Él hizo girar a la mula y galoparon hacia la parte delantera del palacio, con la intención de realizar una espectacular escapada por la rampa cubierta de Domiciano.

Era una buena mula. Era la mejor mula que había visto en mi vida, seguramente sabina. Sus cascos despedían chispas al alejarse galopando. Para su huida, Ritelio debía de haberse gastado todo el dinero del que había podido apoderarse. Hacía su salida en la mula más veloz de Occidente.

Capítulo 57

Él creía que sin Bruzeno. Una vez a solas, Bruzeno debía de haber roto las cuerdas. Había vuelto a colocar las herramientas en la carreta y las había cubierto con cuidado. Más tarde descubrimos que luego había bajado con esfuerzo por la Escalera de Caco. Al llegar abajo, en algún punto junto al Circo Máximo había encontrado un carro de carreras de dos caballos. Había derribado al sorprendido auriga y se había encaramado al carro. Con él había rodeado el Palatino velozmente y lo había llevado hasta la cumbre a través del Criptopórtico. Era un trayecto directo que se podía hacer con carro y estaba fuera de la vista. Solo tuvo que arrollar a unos cuantos sorprendidos pretorianos. Seguramente aquellos muchachos admiraron su osadía.

Ahora, sin la torques y con manchas de sangre en su rasgada túnica de seda, irrumpió en nuestra escena. Parecía increíble que un hombre tan corpulento pudiera mantener el equilibrio en la frágil cesta del carro, pero sus pies eran delicados. Los caballos de carreras son muy fuertes, de modo que podían tirar de su peso, y él resultó ser un experto auriga. Cuando Ritelio y su novia iniciaron lo que creían que era su carrera hacia la libertad, Bruzeno fue tras ellos en el carro.

Tras él fuimos Perella y yo, zigzagueando entre los arqueros partos. Detrás de nosotras oímos sonido de trompetas: Dolazebol había logrado alcanzar el asiento del *mahout* e intentaba dominar a su elefante de guerra. Se le había caído el tocado de la cabeza, así que tuvo que echarse hacia atrás las largas trenzas para apartárselas de los ojos, cuando el elefante empezó a moverse. La dura piel del animal había repelido las flechas de los partos, que se sacudió airadamente, pero seguía quieto junto a la fuente, con Dolazebol en el asiento del *mahout* gritándole.

Se inició un ataque contra los arqueros partos. Habían aparecido unos soldados a caballo, los que antes observaban el baile de Perella, encabezados por Tito, que cabalgaba con ellos. Sospeché que había ocultado los caballos en uno de los patios interiores. Eran caballos pequeños, robustos y rápidos. Sus versátiles jinetes habían recibido entrenamiento en el ejército como exploradores. La posibilidad de acorrular a unos partos en Roma era un gran premio.

Perella y yo dejamos atrás todo aquello cuando seguimos a la mula y al carro. En la carrera por la rampa, la mula era más veloz. Tomaba con facilidad las curvas en forma de U en los altos y oscuros corredores. Detrás, el carro de Bruzeno se retrasó cuando una de las ruedas se salió de la parte llana y fue a parar a los escalones que había en aquel trecho. En ese momento estuvimos a punto de alcanzarlo, cuando llegamos al principio de la rampa. Vimos que, de algún modo, Bruzeno lograba enderezar el carro y enfilar de nuevo la rampa, luego se precipitó cuesta abajo. La suspensión del carro debió de verse afectada por las terribles sacudidas, pero el eje aguantó cuando lo puso a prueba al enfilar los recodos. Aunque los caballos de

carreras no eran tan rápidos como una mula sabina en un lugar tan cerrado, estaban entrenados para dar la vuelta a los extremos de la *spina* en el circo. Perella y yo veíamos a veces el carro delante de nosotras, cuando los caballos reducían la marcha para doblar los recodos. Descendimos las pronunciadas cuestas detrás de ellos, obligadas a inclinarnos hacia atrás, notando la fuerte tensión en las piernas. Íbamos deprisa, pero no podíamos correr.

No había gente en los tramos de la rampa, pero un par de pretorianos tuvieron que saltar para ponerse a salvo tras sus parapetos.

La rampa se estrechaba un tanto a medida que bajaba. Eso constituyó un problema. Los caballos redujeron la velocidad. Bruzeno los castigó con un largo látigo. Las ruedas derraparon y chirriaron. Los tachones centrales chocaron contra los altos muros. Cerca del final había los servicios en un hueco de la pared. El suelo de la rampa tenía un escalón allí, antes de un recodo. El escalón parecía original; puede que fuera un obstáculo deliberado.

Un corpulento guardia pretoriano emergió del hueco en la pared, tras usar el cubo sanitario. Los caballos se asustaron. El carro botó en el escalón, se estrelló y se quedó inmóvil. Bruzeno cayó.

Perella y yo dimos la vuelta al recodo anterior. Luego saltamos a un lado, metiéndonos en un balcón que daba a la Casa de las Vestales, para evitar que nos aplastara el enorme elefante de Dolazebol, que llegaba imponiendo su fuerza. Pasó por nuestro lado corriendo, dando bandazos de un lado a otro, estrellando el *howdah* contra las paredes, mientras Dolazebol se aferraba al asiento del *mahout*. Al animal le asustaban los angostos corredores en penumbra llenos de gente que chillaba.

La bestia enloquecida por el miedo llegó al carro accidentado. Bruzeno estaba atrapado debajo, impotente a causa de su corpulencia. El elefante atacó el carro y arrancó trozos con la trompa como si despejara el camino a través de una densa jungla. El pretoriano empuñaba un cuchillo y trataba de liberar a los frenéticos caballos. También ellos perturbaban al elefante.

Emitiendo ruidos aterradores, el elefante pisoteó a Bruzeno una y otra vez. También usó los colmillos. Dolazebol estaba blanco como el papel y le gritaba, pero era incapaz de detenerlo. Después, el elefante se abrió paso por encima del carro y continuó hacia el Foro barritando.

Estábamos en uno de los puntos más oscuros, insuficientemente iluminado por las altas ventanas para que pudiéramos ver la sangre y los intestinos reventados. Trepé por encima de todo ello para pasar al otro lado. Perella se quedó atrás, empuñando el cuchillo, para ayudar a Bruzeno a partir hacia el Hades. No fue un acto de benevolencia.

Yo seguí corriendo. Una vez traspasado el arco monumental, llegado el camino llano, resultó más fácil. Pero aminoré el paso. No se veía la mula con Ritelio y Esquila por

ninguna parte. El elefante se había detenido en la vía Nova y volcaba los puestos como si fueran astillas de madera. La gente chillaba y huía. Un par de los exploradores a caballo debían de haber bajado por otra ruta; cabalgaron cautelosamente alrededor del elefante, aunque guardando las distancias.

Allí había unos servicios públicos muy antiguos, un lugar tan sórdido que a las mujeres de mi familia nos habían prohibido usarlos. Al oír el alboroto, salió de ellos tranquilamente el Princeps Peregrinorum. Debía de tener la vejiga floja. Normalmente, cuando un hombre sale con aire despreocupado, ajustándose la jabalina, por así decirlo, uno piensa, «debe de haber sido un gran alivio». Por supuesto Tito llevaba una jabalina de las de verdad.

El Princeps observó lo que ocurría, evaluando aquella nueva emergencia, con el enviado parto en lo alto de su elefante. Yo me quedé quieta y me preparé. Tito echó el brazo hacia atrás y arrojó la jabalina lúcula a Dolazebol.

Capítulo 58

Falló.

—¡Demasiado corto! Oh, mal lanzamiento, Tito.

El Princeps se volvió hacia mí.

—¡Solo porque un hombre le ponga su nombre a un arma no significa que sea buena! La lúcula era una porquería. Él lo sabía. Olvida la ejecución. La jabalina fue la mayor decepción de su vida.

Capítulo 59

Atrapar animales salvajes es deber de los ediles. ¿Dónde hay un edil cuando lo necesitas?

El elefante había encontrado un puesto de dulces, que yo conocía porque era uno de los lugares preferidos de Dromo. Allí, una joven dependienta se acercó sin miedo a la enorme bestia. Parecía saber lo que debía hacerse. Le ofreció pasteles y dulces de uno en uno. El elefante los iba aceptando, manso con ella; estaba claro que pensaba quedarse allí hasta que la chica dejara de darle más. Dolazebol no logró hacer que se moviera.

Un revuelo llamó nuestra atención desde el otro lado. Adiviné entonces adónde debía de haber ido Ritelio.

—¡El taller de marfil!

El Princeps y yo corrimos hacia allí.

Previendo que habría jaleo, algunos de los trabajadores del marfil se apresuraban a llevar sus costosas piezas a un almacén; parecía un procedimiento habitual que tenían practicado para momentos de agitación social.

Dentro del taller encontramos a Ritelio. Sangraba de mala manera, demasiado para cabalgar más. Hecha un mar de lágrimas, Ilia se había arrodillado junto a su marido e intentaba restañar la sangre de la herida infligida por Perella. Esquila permanecía de pie a un lado, pálida, sin ayudar. Todo como era de esperar.

Llegamos en un momento crítico. Oímos unas ruedas en medio del ruido de cascos de caballos. Era una *raeda*, un carruaje formal de cuatro ruedas tirado por mulas. Con bancos por asientos, y una tela que cubría la parte superior, no era cómodo, pero sí elegante. Solo seis personas tenían permiso para usar un carruaje con ruedas en Roma durante el día: las hijas sagradas de Roma, las Vírgenes Vestales. Siete, si se contaba a la emperatriz. (Que no era sagrada).

Fusco conducía la *raeda*. Rubrio saltó del interior. Fusco inició la maniobra de darle la vuelta al carruaje. Rubrio agarró a Esquila, la llevó hasta él, la metió dentro del carruaje y cerró las cortinas.

—¿Adónde la lleváis? —les gritó Ritelio.

—A la Casa de las Vestales. Cierra la boca. Nadie la tocará allí.

Pero una nueva amenaza llegaba entonces para impedir la huida.

—¡Partos! ¡No conseguirá pasar! —musitó el Princeps, saliendo de nuevo a la calle a toda prisa.

—¡Cuidado! —exclamó Rubrio, evaluando también el peligro: se acercaba un grupo de soldados de infantería partos equipados con arcos y aljabas llenas de flechas. ¿Cómo habían llegado hasta allí? El enviado debía de haber adivinado adónde llevaría Ritelio a Esquila.

El Princeps pataleó el suelo y alzó los brazos delante de ellos, como si ahuyentara vacas. Los partos retrocedieron ligeramente, luego empezaron a mofarse de él. Los

hombres del taller agitaron hachas y bastones.

Instantes después, los partos hicieron aparecer un espectacular tambor de guerra, tan grande que lo transportaban a lomos de un burro. Cuando lo golpeaban, el profundo sonido que emitía aquella monstruosa membrana se oía en leguas a la redonda. Empezaron a golpearlo. Ciertamente era el sonido más aterrador que habíamos oído la mayoría de nosotros en la vida... y ahora estaba profanando el sagrado Foro romano.

El tambor llegó acompañado por hombres a caballo. Aquellas figuras pesadas y exóticas iban cubiertas de cota de malla, e incluso los caballos llevaban armaduras de escamas completas. Su jefe portaba a dos manos una lanza tan pesada como un remo, forjada en metal y de más de cuatro metros de largo.

—¡Catafractos! —gruñó el Princeps—. ¡Se repite la historia de Carras!

Eran cuatro. Recordé a Trebiano quejándose de los catafractos que acompañaba a Dolazebol en su marcha carnavalesca hasta Roma. Incluso yo era consciente de que aquellos soldados eran tan temibles como aparentaban, y sabía que, en Carras, guerreros armados como ellos habían infligido daños espantosos.

A pesar de nuestro horror, la reacción fue inmediata. Alertados por el tambor de guerra, los exploradores romanos que habíamos visto en lo alto del Palatino por última vez reaparecieron en bloque, trotando en dirección a nosotros a lomos de sus pequeños y resistentes caballos. Su Princeps les gritó. Señalando la presencia de tropas enemigas, alzó los brazos, sujetando las puntas de su capa. Los exploradores aumentaron la velocidad, llegaron y trabaron combate con los partos. Los infantes partos trataron de contraatacar, pero disparar flechas en una calle romana y dar en el blanco no es lo mismo que hacerlo en una llanura abierta. Sin embargo, llevaban consigo un pote con betún ardiente, que empezaron a aplicar a las flechas. Podían incendiar cualquier cosa.

Fusco hostigó a las mulas para emprender la marcha con la *raeda*. Se vio obligado a detenerse a los pocos metros, al cerrarles el paso los catafractos.

Oímos los chillidos de terror de Esquila desde el interior del carruaje. En el taller, Ritelio se zafó de Ilia. Se puso en pie con dificultad: la mandíbula apretada, los nudillos blancos, un hombre de acción, un verdadero espía. Como pudo logró volver a donde estaba su mula sabina de brillantes ojos, se arrojó sobre la silla y tiró de los cierres de su capa para abrirla, quitársela y arrojarla al suelo, dejando ver que llevaba armas diversas, incluyendo un arco y flechas.

Mientras tanto el Princeps, a pie, se fue directamente a por el catafracto que portaba la enorme lanza. Intrépidamente realizó un truco que los mercenarios romanos habían utilizado en Partia: se agachó justo debajo del caballo y le clavó la espada, rajando el vientre desprotegido y destripando al pobre animal. El caballo se desplomó. El catafracto cayó pesadamente y quedó tumbado en la calle, desvalido a causa del peso de la armadura, a manos de gente de la calle que se lanzó a atacarlo. Los jinetes exploradores aullaron triunfalmente y cercaron a los otros tres hombres

con armadura, dispuestos a matarlos. Fusco pudo reemprender la marcha con la *raeda*. Se alejó sin ser advertido.

Ritelio llegó a lomos de la mula, se inclinó y se apoderó de la lanza de guerra del catafracto caído. Enfurecidos por este ultraje, los infantes partos se lanzaron a perseguirlo. Ritelio cabalgó en círculos, provocando a sus adversarios con la lanza capturada. Empapado en sangre, con los ojos desorbitados y ululando, resultaba una imagen inolvidable.

Se detuvo al ver a Dolazebol. El enviado, que montaba ahora una mula robada, se lanzó directamente contra él. Ritelio le dio la espalda, espoleó a su veloz mula, resuelto en apariencia a escapar. Dolazebol salió en su persecución.

Bruscamente se dio la vuelta en la silla. Sujetándose con muslos y rodillas, empuñó el arco. Alzó ambos brazos, colocó una flecha, apuntó y disparó hacia atrás. Un tiro parto. Exquisito.

Dolazebol, que no llevaba protección, recibió la flecha en el pecho. Le traspasó algún órgano vital. Cayó de la mula, muerto antes incluso de dar en el suelo.

El enloquecido Ritelio dejó escapar más aullidos de triunfo, más insultos a los adversarios. Se alejó en la dirección que había tomado la *raeda* donde se llevaban a Esquila, seguido por una andanada de flechas. Solo recorrió un trecho. Le falló la intensa carga emocional y cayó, herido de muerte.

Su esposa, que lo estaba observando, lo alcanzó un instante antes de perderlo. Yo corrí tras ella.

Ritelio se moría ante nuestros ojos. Ilia sollozaba, desconsolada. Cayó de rodillas junto a su esposo.

—Tú fuiste la única, querida... —Se le quebró la voz. Se le escapó la vida. Pero tuvo una última gentileza con la que había sido su esposa durante cuarenta años. Ella pensaría siempre que aquellas palabras significaban algo, y sin duda se sentiría consolada.

Pero yo había captado la expresión de sus ojos al ver que Esquila escapaba hacia lo que él creía que era un lugar seguro. Había vuelto a engañar a Ilia. Cayo Ritelio murió mintiendo.

Me di la vuelta. Rubrio se agachó junto al cadáver para comprobar que realmente habían matado al agente renegado. Querrían estar seguros, cuando Eutrapelo le colocara una theta en su historial.

—¿Esquila? —pregunté—. ¿Está a salvo con las Vestales?

—Las Vestales no la tocarán —respondió Rubrio, incorporándose—. Nos la entregarán a nosotros.

Acepté sus palabras sin darle más vueltas. Dado que Esquila había dado el nombre del traidor, debería permitírsele vivir en un pueblo muy pequeño de alguna provincia remota. Si eso no llegaba a ocurrir, su destino no era asunto mío.

En la calle, junto al taller de marfil, el tambor de guerra parto cayó por fin. Se convirtió en un botín que no volvió a verse jamás. Terminó el caos. Ruido de pies en

gran número marchando. Órdenes enérgicas. Trompetas. Se presentó un grupo de lictores extremadamente arrogantes, hombres con varas y hachas que escoltaban a un personaje de máximo prestigio: Rutilio Gálico, el prefecto de la ciudad. Las Cohortes Urbanas estaban bajo su mando. Su tarea consistía en sofocar disturbios, lo que lograron con destreza y eficiencia, como de costumbre. Los locales, que sabían cómo eran, se metieron rápidamente en sus casas, apartándose de su camino. A los extranjeros los rodearon sin miramientos.

Rutilio supervisó la tarea de limpieza. Ahora que el problema se había contenido totalmente, otros funcionarios se arriesgaron a bajar del Palatino para mirar.

Se oyó a Flavio Abascanto, el secretario de peticiones, decirle a un colega, Claudio Filippo, que aquella refriega con los partos era realmente desafortunada. Yo misma le oí afirmar descaradamente que su relación con Dolazebol y Bruzeno había sido como adentrarse en territorio enemigo para trazar mapas; un experimento científico. La exploración requería sigilo... pero debía hacerse. Todos sabíamos que mentía, pero él lo afrontó desvergonzadamente, creyéndose aún intocable.

Una última flecha aterrizó junto al taller de marfil. Una flecha perdida. Nadie supo quién la había disparado. Aquel fuego de artificio extranjero se hundió burbujeante en un gran caldero lleno de cola de pescado que estaba al aire libre.

Vi a Rubrio y al Princeps ahogar una exclamación de horror. Me cubrí los oídos con ambas manos y cerré los ojos. No había tiempo para correr. Todos nos preparamos para lo que iba a ocurrir a continuación: una explosión enorme.

Capítulo 60

No ocurrió nada.

La cola de pescado es una mercancía extremadamente estable. Inerte, no supone ningún riesgo cuando se utiliza en situaciones de trabajo normales. No presenta peligro de incendio.

Capítulo 61

Pasaron unos instantes más antes de que experimentáramos el suceso que iba a desbancar a todo lo demás cuando la *Gaceta Diaria* diera a conocer los hechos del día. Tras reunir a todos los partos, los organizados miembros de las Cohortes Urbanas recogieron todas las flechas que pudieron encontrar, por miedo a que se usaran como armas en alguna otra refriega. Bajo las órdenes de Rutilio Gálico, se aplicaban con tanto entusiasmo en la prevención de disturbios como en sofocarlos.

Un diligente miembro de las Cohortes encontró el pote de betún ardiente y consideró que debía eliminarse de manera segura. No evaluó los riesgos y no consultó con sus superiores. Con la intención de tirar el betún, llevó el pote al antiguo servicio público, donde entró en contacto con una burbuja de gas que emanaba el desagüe. El gas de las cloacas es inflamable.

Los servicios quedaron muy dañados. Muchas personas sufrieron heridas, algunas no se recuperaron jamás de la impresión. Los que tenían posaderas peludas sufrieron serias quemaduras, como informó la *Gaceta* con solemnidad.

Abandoné la escena en cuanto pude. Aún me quedaba una cosa por hacer.

Capítulo 62

Mario vivía en una única habitación en un piso alto de un lúgubre edificio. En eso mi joven primo era como la mayoría de personas en Roma. Hasta mi boda con Manlio Fausto, yo había hecho lo mismo.

El suyo era un edificio de apartamentos lleno de herreros y estibadores, hombres robustos que hacían mucho ruido cuando andaban por allí, aunque salían temprano y trabajaban muchas horas, lo que suponía un descanso para los que se levantaban tarde. Vivía allí porque había rechazado el edificio del Águila, con la excusa de que mi padre cobraba un alquiler demasiado alto. Falco es un alma cándida, lo que dice mucho de sus finanzas. Jamás fui a la casa de mi primo sin ver ratones. Las escaleras crujían, les faltaban la mitad de los peldaños y albergaban las telarañas más gruesas de Roma. Solo un joven podría soportar esos olores.

Nadie me oyó entrar en la habitación, que siempre tenía la puerta sin echar la llave. Los ladrones habían renunciado a robar en aquel edificio. Mario y su nuevo amigo yacían en la estrecha cama, durmiendo cabeza con pies y pies con cabeza, como hermanos en una casa pobre.

Abrí los desvencijados postigos, de los que faltaba la mitad. Así entró la luz y salieron los inevitables olores de una habitación donde dos jóvenes habían yacido comatosos durante muchas horas tras haber pasado toda la noche de borrachera. Por suerte, ninguno de los dos había vomitado.

Como esperaba, el nuevo amigo de mi primo daba el pego. Los conspiradores lo habían elegido bien. Era rechoncho. Mayor que Mario, con cabellos claros y largos que se rizaban sobre su musculoso cuello. Tenía la nariz recta, el mentón prominente. Por lo que pude ver a través de los párpados entornados, mientras él seguía tumbado roncando, tenía los ojos azules. Parecía bastante limpio, con las uñas bien cuidadas; su expresión tenía un agradable potencial.

Su instrumento estaba apoyado contra una pared; incrustada de marfil, era la lira más bonita que había visto nunca.

Los increpé hasta que los dos se despertaron.

—¡Estamos metidos en un lío! —gimió Mario, dando puntapiés a su amigo.

Me senté en el escabel que usaba Mario para practicar con su flauta, un asiento tallado a mano por su padre, Petro, que se consideraba un hacha como carpintero. Si apretabas con las piernas, casi conseguías evitar que se bamboleara.

Cuando terminaron de comparar sus espantosas resacas y estuvieron en disposición de escuchar, expliqué a aquel par que sabía lo de su noche en la taberna. Así que, ¿quién les había proporcionado el dinero necesario?

—Corelio —dijo Mario—. Ayer me entregó una gran bolsa y me pidió que mantuviera a Nemo lejos y a salvo mientras se resolvía una situación crítica.

¿Corelio? Quizá el agente doble de Marcia era en realidad triple.

—¿Nemo? —El nuevo amigo parecía confuso, aunque debía de ser una de esas mañanas en las que muchas cosas resultaban confusas, pero yo no hice caso—. ¿No te equivocas con el nombre?

—Como Odiseo al engañar al Cíclope —se apresuró a decir Mario, orgulloso de su burda alusión a Homero—. Cuando dice «Nadie es mi nombre^[25]».

—¡Muy culto! —exclamé con disgusto—. Baja de las nubes. Ya lo creo que es alguien. Se llama Haxamanis, y conocerlo es condenadamente peligroso. Ser él aún lo es más. Lo peor sería que llegara a actuar como la persona por la que querían que se hiciera pasar. Pero esa treta termina aquí —dije a Haxamanis, que pareció aliviado.

—¡Él solo quiere ser libre para tocar su música! —protestó Mario con sentido del compañerismo.

—Su música puede tocarla todo lo que quiera —repliqué con aspereza—. La basura que estaba aprendiendo, las composiciones de Nerón, no debe volver a tocarlas o cantarlas nunca más. ¿Queda claro, Haxamanis? Bien. Ahora, escúchame, Mario. Este es el trato, que os atañe a los dos.

—¿Nos va a gustar? —Hay que reconocérselo, incluso con la cabeza a punto de estallar y la lengua de trapo, Mario era valiente.

—Os va a encantar. Este trato se lo he arrancado a personas influyentes. —Había estado en palacio. Había amenazado con no cooperar, luego había prometido ayudar. Les había hecho entrar en razón. Su oferta era generosa.

—¿Tendrá que volver a Partia?

—No, tiene que quedarse en Italia. No podrá regresar a Oriente jamás.

—¿Está arrestado?

—¿Tengo yo pinta de pelotón de ejecución? En primer lugar, lleva a tu amigo al barbero de la plaza de la Fuente, al viejo Apio, y que le tiña el pelo de negro. A continuación, se os proporcionará un carro destartado, además de dinero suficiente para vivir unos cuantos meses, dependiendo de cuánto malgastéis en tabernas. Cuando se termine el dinero, tendréis que ganaros la vida por vuestros propios medios. Hoy mismo, en cuanto hayáis espabilado, tenéis que subir al carro y perderos de vista. Id al sur, a la bahía de Neápolis, o donde os apetezca. Podéis viajar por ahí haciendo el vago, tocando música en la calle. Es vuestro sueño, lo sé.

—¿Quién se lo dirá a mi madre? —Mario tenía sus prioridades.

—Abandonad Roma, y luego yo misma se lo diré. Y también se lo diré a tu tía, Haxamanis.

El joven parto quedó encantado, pero luego se mostró receloso. No acababa de creérselo. Le habían enseñado latín, que hablaba bien.

—¿Es esto cierto? ¿No más Nerón?

—No, querido —le dije amablemente para animarlo—. Todo eso se ha acabado. Confía en mí. No tendrás que volver a ser Nerón nunca más.

Capítulo 63

La conspiración se había desbaratado. Filippo sobreviviría, también Trebiano. El *Princeps Peregrinorum* recibiría su novena *phalera* como recompensa, distinción militar que no se haría pública, como tampoco ningún detalle de su noble acción. Perella regresaría a su retiro, rumiando aún la injusticia cometida con ella.

Domiciano viviría un día más para seguir con su tiranía. Por el momento, Flavio Abascanto seguía haciendo ostentación de la confianza del emperador, pero sin que él lo supiera, Eutrabelo, el anciano archivero, había sacado el rollo con el historial de un tal Cneo Octavio Ticinio Capito, un caballero. Unas manos discretas colocarían ese rollo delante de nuestro Dios y Amo cuando regresara. Unos hombres discretos le explicarían el porqué.

Ticinio Capito sustituiría a Flavio Abascanto, nombramiento que palacio gestionaría con habilidad y discreción. Abascanto desaparecería de los registros públicos. Los historiadores serían tan incapaces de comprender el motivo de este cambio, como de explicar por qué, durante el reinado de Domiciano, dos gobernadores provinciales fueron ejecutados mientras ejercían su cargo. Capito continuaría sirviendo como secretario de peticiones bajo el gobierno de cuatro emperadores.

Yo trabajaría con Ticinio Capito. También contra él. Además, otro de los personajes de esta investigación volvería a surgir más adelante... sobre todo para perjudicarme: Caro. Julio Caro se convertiría en una figura demasiado familiar.

Un edil al que había golpeado un rayo recibiría una recompensa de nuestro siempre benevolente emperador. El edil entregaría el dinero a su esposa, dado que vivían según los principios plebeyos y lo compartían todo. En cualquier caso, admitió, ella se lo había ganado.

Después de asegurarme de que los dos muchachos partían en dirección al barbero, fui en busca de mi esposo. Había estado en el Circo Máximo, pero había regresado a nuestra tranquila casa para comer. Habían retirado a los dos siniestros vigilantes del exterior. Por suerte yo me había ocupado de comprar comida; de lo contrario, no habríamos tenido nada que llevarnos a la boca.

—Vuelve a casa —me ordenó Tiberio—. No te veo nunca. Estoy harto de esta situación. Tenemos que encontrar un mayordomo y sirvientes. Vuelve a casa para elegir frescos, para mantener a raya a Dromo y para cuidar de tu marido. Quédate en casa ahora —dijo—, y ven a la cama conmigo.

Así es la vida de una mujer que se gana el pan. Trabajas muchas horas, vuelves a casa exhausta deseando irte a dormir, y te encuentras con que tu alma gemela se ha pasado toda la mañana en el Circo, tiene los ojos brillantes y quiere hacer el amor.

Mi marido volvía a ser él mismo. Así que yo no tenía nada de qué quejarme.



LINDSEY DAVIS nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford. Después de escribir con seudónimo algunas novelas románticas, saltó a la fama como autora de originales novelas históricas en las que la fiel reproducción de la vida cotidiana en la Roma imperial se combinaba con un agudo sentido del humor y unas perfectas tramas detectivescas. Su más célebre creación, el investigador privado Marco Didio Falco, la ha convertido en la más popular, leída y admirada cultivadora de novela histórica, al tiempo que le ha granjeado el respeto de los lectores de novela negra. La veintena de títulos de la serie han convertido a Falco en un personaje entrañable para miles de lectores en todo el mundo y le han valido a la autora la *Ellis Peters Historical Dagger* 1998, el Premio *Author's Club First Novel Award* en 1989, el Premio *Sherlock* 1999 y el Premio de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2009, entre otros galardones.

Notas

[1] Literalmente *Castra Peregrina* significa «campamento de los extranjeros». Era un acuartelamiento militar situado en el monte Celio, que albergaba a los *peregrini*, soldados de ejércitos de las provincias que actuaban como correos militares y también como espías; recibían ese nombre para diferenciarlos de las tropas permanentes de Roma. El *Princeps Peregrinorum* era el comandante en jefe. (*N. de la T.*). <<

[2] Descargo de responsabilidad del editor: ningún gato ha sufrido daño alguno durante la redacción de esta novela. (*N. del E.*). <<

[3] No se refiere al continente, sino a la provincia romana de Asia que correspondía a la península de Anatolia, con capital en Éfeso. (*N. de la T.*) <<

[4] Al igual que en el caso de Asia, no se refiere a todo el continente. La provincia romana de África se extendía aproximadamente por lo que hoy es Túnez y por la costa de Libia. (*N. de la T.*) <<

[5] Literalmente: «palomar». En la antigua Roma llamaban así al conjunto de nichos de los cementerios, precisamente por su semejanza con los palomares. (*N. de la T.*)

<<

[6] Conocido posteriormente como mármol de Carrara, los romanos lo llamaban *marmor lunensis*, ya que los navíos cargados de mármol partían del puerto de Luni. (N. de la T.) <<

[7] Se refiere al año 69 d. C. Tras la muerte de Nerón, se sucedieron rápidamente cuatro emperadores distintos: Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano. (*N. de la T.*). <<

[8] Tramo de escaleras que descendía desde una de las cumbres del monte Palatino hasta el Foro. Utilizadas como lugar de ejecución extremadamente deshonrosa y exhibición pública de los cadáveres. (*N. de la T.*) <<

[9] Las calendas eran el primer día de cada mes. (*N. de la T.*) <<

[10] El día 5 de cada mes, salvo en marzo, mayo, julio y octubre, en los que era el día 7. (*N. de la T.*) <<

[11] Plural de *putto*, eran motivos decorativos en forma de niños, por lo general desnudos y alados, representando cupidos. (N. de la T.) <<

[12] En la antigua Roma, un «cliente» era un individuo de rango inferior que se acogía a los favores de un patrón de rango superior. Cuantos más clientes tuviera un romano, más prestigio tenía. (*N. de la T.*) <<

[13] En su sentido original, los «magos» eran los integrantes de una tribu de la antigua Media. Después pasaron a designar a los sacerdotes persas, guardianes del legado de Zaratustra. (*N. de la T.*) <<

[14] Originalmente, *trans Tiberim* (de donde deriva Trastévere) designaba la parte «más allá del río Tíber» donde vivían los etruscos. A partir de la época imperial, se convirtió en el barrio más poblado de Roma. Allí vivían las comunidades extranjeras, especialmente de origen oriental. (*N. de la T.*) <<

[15] Plato romano consistente en asar un cerdo entero que se lleva así a la mesa, donde se abre en canal para que salgan unas salchichas que imitan los intestinos. (*N. de la T.*). <<

[16] La Galacia era una antigua región situada en lo que ahora es Turquía. Ancyra era el antiguo nombre de Ankara, que también se conoció como Angora hasta el siglo xx. (N. de la T.) <<

[17] Adaptación de un dicho inglés: «Cuidado con los griegos que traen regalos», que parafrasea la Eneida de Virgilio: *Timeo Danaos et dona ferentes*, que literalmente significa: «Temo a los dánaos (griegos) incluso cuando traen regalos». (N. de la T.).

<<

[18] Útil de metal, fino y alargado, que se usaba para untarse el cuerpo de aceite o lavarse en las termas. (*N. de la T.*) <<

[19] La Panonia era una provincia romana en Europa Central, limitada al norte por el río Danubio. Actualmente se corresponde con la parte occidental de Hungría y partes de Croacia, Serbia, Bosnia, Austria, Eslovaquia y Eslovenia. Vindobona es actualmente la ciudad de Viena. (*N. de la T.*) <<

[20] Segundo de los siete reyes de Roma, sucesor de Rómulo, entre el 715 a. C. y el 673 a. C. (*N. de la T.*) <<

[21] El istmo de Corinto es una franja de tierra que une la península griega del Peloponeso con la parte de la Grecia continental. Fue Nerón quien inició los trabajos de excavación para abrir el canal de Corinto, pero murió un año después y su sucesor, Galba, canceló el proyecto. El canal moderno acabó construyéndose en el siglo XIX. *(N. de la T.)*. <<

[22] Primera de las tres grandes rebeliones de los judíos contra el Imperio Romano. Se produjo entre los años 66 y 73 d. C. (*N. de la T.*). <<

[23] Ceñidor mágico que, según Homero, reunía todas las caricias de Cupido y todos los sortilegios amorosos que podían seducir a cualquiera. (*N. de la T.*) <<

[24] Monumento consagrado a las ninfas, especialmente en forma de fuente. Originalmente podía tratarse de una gruta natural que se consideraba el hogar de la ninfa. (*N. de la T.*) <<

[25] En la *Odisea* de Homero, Odiseo (Ulises) engaña al Cíclope diciéndole «*Nemo sum*» («soy Nadie, o Nadie es mi nombre»). Nemo es muy parecido a Nero, la forma inglesa de Nerón, confusión a la que alude la protagonista. (*N. de la T.*) <<